MEMORIAS DE ADRIANO

MARGUERITE YOURCENAR

Bienvenido. Su pantalla ***es ahora como la sala de lectura de una biblioteca****.* ***Pero recuerde que siempre es mejor comprar y guardar*** *el libro impreso en papel. Use la copia electrónica como una simple referencia para conocer la obra.*

Consultar más libros de:
M. Yourcenar
Buscar | Comprar

Diseño de cubierta: Ferran Cartes Montse Plass
Traducción: Julio Cortázar
Traducción cedida por Editorial Edhasa
Título original: Mémoires d'Hadrien

ISBN: 84-345-9042-5 (Obra completa)
ISBN: 84-345-9043-3 (Volumen 1)
Depósito Legal: B-26589-1994
Publicado por Salvat Editores, S.A. Barcelona
Impreso por CAYFOSA. Agosto 1994
Printed in Spain-Impreso en España

Animula vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quae nunc abibis in loca
Pallidula, rigida, nudula,
Nec, ut solis, dabis iocos...

P. AELIUS HADRIANUS, Imp.

VARIUS MULTIPLEX MULTIFORMIS

Querido Marco:

He ido esta mañana a ver a mi médico Hermógenes, que acaba de regresar a la Villa después de un largo viaje por Asia. El examen debía hacerse en ayunas; habíamos convenido encontrarnos en las primeras horas del día. Me tendí sobre un lecho luego de despojarme del manto y la túnica. Te evito detalles que te resultarían tan desagradables como a mí mismo, y la descripción del cuerpo de un hombre que envejece y se prepara a morir de una hidropesía del corazón. Digamos solamente que tosí, respiré y contuve el aliento conforme a las indicaciones de Hermógenes, alarmado a pesar suyo por el rápido progreso de la enfermedad, y pronto a descargar el peso de la culpa en el joven Iollas, que me atendió durante su ausencia. Es difícil seguir siendo emperador ante

un médico, y también es difícil guardar la calidad de hombre. El ojo de Hermógenes sólo veía en mí un saco de humores, una triste amalgama de linfa y de sangre. Esta mañana pensé por primera vez que mi cuerpo, ese compañero fiel, ese amigo más seguro y mejor conocido que mi alma, no es más que un monstruo solapado que acabará por devorar a su amo. Haya paz... Amo mi cuerpo; me ha servido bien, y de todos modos no le escatimo los cuidados necesarios. Pero ya no cuento, como Hermógenes finge contar, con las virtudes maravillosas de las plantas y el dosaje exacto de las sales minerales que ha ido a buscar a Oriente. Este hombre, tan sutil sin embargo, abundó en vagas fórmulas de aliento, demasiado triviales para engañar a nadie. Sabe muy bien cuánto detesto esta clase de impostura, pero no en vano ha ejercido la medicina durante más de treinta años. Perdono a este buen servidor su esfuerzo por disimularme la muerte. Hermógenes es sabio, y tiene también la sabiduría de la prudencia; su probidad excede con mucho a la de un vulgar médico de palacio. Tendré la suerte de ser el mejor atendido de los enfermos. Pero nada puede exceder de los limites prescritos; mis piernas hinchadas ya no me sostienen durante las largas ceremonias romanas; me sofoco; y tengo sesenta años.

No te llames sin embargo a engaño: aún no estoy tan débil como para ceder a las imaginaciones del miedo, casi tan absurdas como las de la

esperanza, y sin duda mucho más penosas. De engañarme, preferiría el camino de la confianza; no perdería más por ello, y sufriría menos. Este término tan próximo no es necesariamente inmediato; todavía me recojo cada noche con la esperanza de llegar a la mañana. Dentro de los limites infranqueables de que hablaba, puedo defender mi posición palmo a palmo, y aun recobrar algunas pulgadas del terreno perdido. Pero de todos modos he llegado a la edad en que la vida, para cualquier hombre, es una derrota aceptada. Decir que mis días están contados no tiene sentido; así fue siempre; así es para todos. Pero la incertidumbre del lugar, de la hora y del modo, que nos impide distinguir con claridad ese fin hacia el cual avanzamos sin tregua, disminuye para mí a medida que la enfermedad mortal progresa. Cualquiera puede morir súbitamente, pero el enfermo sabe que dentro de diez años ya no vivirá. Mi margen de duda no abarca los años sino los meses. Mis probabilidades de acabar por obra de una puñalada en el corazón o una caída de caballo van disminuyendo cada vez más; la peste parece improbable; se diría que la lepra o el cáncer han quedado definitivamente atrás. Ya no corro el riesgo de caer en las fronteras, golpeado por un hacha caledonia o atravesado por una flecha parta; las tempestades no supieron aprovechar las ocasiones que se les ofrecían, y el hechicero que me predijo que no moriría ahogado parece haber tenido razón.

Moriré en Tíbur, en Roma, o a lo sumo en Nápoles, y una crisis de asfixia se encargará de la tarea. ¿Cuál de ellas me arrastrará, la décima o la centésima? Todo está en eso. Como el viajero que navega entre las islas del Archipiélago ve alzarse al anochecer la bruma luminosa y descubre poco a poco la línea de la costa, así empiezo a percibir el perfil de mi muerte.

Ciertas porciones de mi vida se asemejan ya a las salas desmanteladas de un palacio demasiado vasto, que un propietario venido a menos no alcanza a ocupar por entero. He renunciado a la caza; si sólo estuviera yo para turbar su rumia y sus juegos, los cervatillos de los montes de Etruria vivirían tranquilos. Siempre tuve con la Diana de los bosques las relaciones mudables y apasionadas de un hombre con el ser amado; adolescente, la caza del jabalí me ofreció las primeras posibilidades de encuentro con el mando y el peligro; me entregaba a ellas con furor, y mis excesos me valieron las reprimendas de Trajano. La encarna, en un claro de bosque en España, fue mi primera experiencia de la muerte, del coraje, de la piedad por las criaturas, y del trágico placer de verlas sufrir. Ya hombre, la caza me sosegaba de tantas luchas secretas con adversarios demasiado sutiles o torpes, demasiado débiles o fuertes para mí. El justo combate entre la inteligencia humana y la sagacidad de las fieras parecía extrañamente leal comparado con las emboscadas de los hombres. Siendo emperador, mis cacerías en Toscana me sirvieron para juzgar el valor o las

aptitudes de los altos funcionarios; allí eliminé o elegí a más de un estadista. Después, en Bitinia y en Capadocia, convertí las grandes batidas en pretexto para fiestas-triunfo otoñal en los bosques del Asia. Pero el compañero de mis últimas cacerías murió joven, y mi gusto por esos violentos placeres disminuyó mucho después de su partida. Pero aun aquí, en Tíbur, el súbito resoplar de un ciervo entre el follaje basta para que se agite en mi un instinto más antiguo que todos los demás, gracias al cual me siento tanto onza como emperador. ¿Quién sabe? Si he ahorrado mucha sangre humana, quizá sea porque derramé la de tantas fieras, que a veces, secretamente, prefería a los hombres. Sea como fuere, la imagen de las fieras me persigue más y más, y tengo que hacer un esfuerzo para no abandonarme a interminables relatos de montería que pondrían a prueba la paciencia de mis invitados durante la velada. En verdad el recuerdo del día de mi adopción tiene su encanto, pero el de los leones cazados en Mauretania no está mal tampoco.

La renuncia a montar a caballo es un sacrificio aún más penoso: una fiera no pasa de ser un adversario, pero el caballo era un amigo. Si hubiera podido elegir mi condición, habría elegido la de centauro. Las relaciones entre Borístenes y yo eran de una precisión matemática: me obedecía como a su cerebro, no como a su amo. ¿Habré logrado jamás que un hombre hiciera lo mismo? Una autoridad tan absoluta comporta, como cualquier otra, los

riesgos del error para aquel que la ejerce, pero el placer de intentar lo imposible en el salto de obstáculos era demasiado grande para lamentar una clavícula fracturada o una costilla rota. Mi caballo reemplazaba las mil nociones vinculadas al título, la función y el nombre, que complican la amistad humana, por el único conocimiento de mi peso exacto de hombre. Participaba de mis impulsos; sabía exactamente, y quizá mejor que yo, el punto donde mi voluntad se divorciaba de mi fuerza. Pero ya no inflijo al sucesor de Borístenes la carga de un enfermo de músculos laxos, demasiado débil para montar por sus propios medios. Celer, mi ayuda de campo, lo adiestra en este momento en el camino de Preneste; todas mis antiguas experiencias con la velocidad me permiten compartir el placer del jinete y el de la cabalgadura, valorar las sensaciones del hombre a galope tendido en un día de sol y de viento. Cuando Celer desmonta, siento que vuelvo a tomar contacto con el suelo. Lo mismo ocurre con la natación; he renunciado a ella, pero participo todavía de la delicia del nadador acariciado por el agua. La carrera, aun la más breve, me sería hoy tan imposible como a una estatua, a un César de piedra, pero recuerdo mis carreras de niño en las resecas colinas españolas, el juego que se juega con uno mismo y en el cual se llega al límite del agotamiento, seguro de que el perfecto corazón y los intactos pulmones restablecerán el equilibrio; de cualquier atleta que se adiestra para la carrera

del estadio, alcanzo una comprensión que la inteligencia sola no me daría. Así, de cada arte practicado en su tiempo, extraigo un conocimiento que me resarce en parte de los placeres perdidos. Creí, y en mis buenos momentos lo creo todavía, que es posible compartir de esa suerte la existencia de todos, y que esa simpatía es una de las formas menos revocables de la inmortalidad. Hubo momentos en que esta comprensión trató de trascender lo humano, y fue del nadador a la ola. Pero en este punto me faltan ya seguridades, y entro en el dominio de las metamorfosis del sueño.

Comer demasiado es un vicio romano, pero yo fui sobrio con voluptuosidad. Hermógenes no se ha visto precisado a alterar mi régimen, salvo quizá esa impaciencia que me llevaba a devorar lo primero que me ofrecían, en cualquier parte y a cualquier hora, como para satisfacer de golpe las exigencias del hambre. De más está decir que un hombre rico, que sólo ha conocido las privaciones voluntarias o las ha experimentado a título provisional, como un incidente más o menos excitante de la guerra o del viaje, sería harto torpe si se jactara de no haberse saciado. Atracarse los días de fiesta ha sido siempre la ambición, la alegría y el orgullo naturales de los pobres. Amaba yo el aroma de las carnes asadas y el ruido de las marmitas en las festividades del ejército, y que los banquetes del campamento (o lo que en el campamento valía por un banquete) fuesen lo que deberían ser

siempre: un alegre y grosero contrapeso a las privaciones de los días hábiles. En la época de las saturnales, toleraba el olor a fritura de las plazas públicas. Pero los festines de Roma me llenaban de tal repugnancia y hastío que alguna vez, cuando me creí próximo a la muerte durante un reconocimiento o una expedición militar, me dije para reconfortarme que por lo menos no tendría que volver a participar de una comida. No me infieras la ofensa de tomarme por un vulgar renunciador; una operación que tiene lugar dos o tres veces por día, y cuya finalidad es alimentar la vida, merece seguramente todos nuestros cuidados. Comer un fruto significa hacer entrar en nuestro Ser un hermoso objeto viviente, extraño, nutrido y favorecido como nosotros por la tierra; significa consumar un sacrificio en el cual optamos por nosotros frente a las cosas. Jamás mordí la miga de pan de los cuarteles sin maravillarme de que ese amasijo pesado y grosero pudiera transformarse en sangre, en calor, acaso en valentía. ¡Ah! ¿Por qué mi espíritu, aun en sus mejores días, sólo posee una parte de los poderes asimiladores de un cuerpo?

En Roma, durante las interminables comidas oficiales, se me ocurrió pensar en los orígenes relativamente recientes de nuestro lujo, en este pueblo de granjeros parsimoniosos y soldados frugales, alimentados a ajo y a cebada, repentinamente precipitados por la conquista en las cocinas asiáticas y hartándose de alimentos

complicados con torpeza de campesinos hambrientos. Nuestros romanos se atiborran de pájaros, se inundan de salsas y se envenenan con especias. Un Apicio está orgulloso de la sucesión de las entradas, de la serie de platos agrios o dulces, pesados o ligeros, que componen la bella ordenación de sus banquetes; vaya y pase, todavía, si cada uno de ellos fuera servido aparte, asimilado en ayunas, doctamente saboreado por un gastrónomo de papilas intactas. Presentados al mismo tiempo, en una mezcla trivial y cotidiana, crean en el paladar y el estómago del hombre que los come una detestable confusión en donde los olores, los sabores y las sustancias pierden su valor propio y su deliciosa identidad. El pobre Lucio se divertía antaño en confeccionarme platos raros; sus patés de faisán, con su sabia dosis de jamón y especias, daban pruebas de un arte tan exacto como el del músico o el del pintor; yo añoraba sin embargo la carne pura de la hermosa ave. Grecia sabía más de estas cosas; su vino resinoso, su pan salpicado de sésamo, sus pescados cocidos en las parrillas al borde del mar, ennegrecidos aquí y allá por el fuego y sazonados por el crujir de un grano de arena, contentaban el apetito sin rodear con demasiadas complicaciones el más simple de nuestros goces. En algún tabuco de Egina o de Falera he saboreado alimentos tan frescos que seguían siendo divinamente limpios a pesar de los sucios dedos del mozo de taberna, tan módicos pero tan suficientes que parecían contener,

en la forma más resumida posible, una esencia de inmortalidad. También la carne asada por la noche, después de la caza, tenía esa calidad casi sacramental que nos devolvía más allá, a los salvajes orígenes de las razas. El vino nos inicia en los misterios volcánicos del suelo, en las ocultas riquezas minerales; una copa de Samos bebida a mediodía, a pleno sol, o bien absorbida una noche de invierno, en un estado de fatiga que permite sentir en lo hondo del diafragma su cálido vertimiento, su segura y ardiente dispersión en nuestras arterias, es una sensación casi sagrada, a veces demasiado intensa para una cabeza humana; no he vuelto a encontraría al salir de las bodegas numeradas de Roma, y la pedantería de los grandes catadores de vinos me impacienta. Más piadosamente aún, el agua bebida en el hueco de la mano, o de la misma fuente, hace fluir en nosotros la sal secreta de la tierra y la lluvia del cielo. Pero aun el agua es una delicia que un enfermo como yo sólo debe gustar con sobriedad. No importa; en la agonía, mezclada con la amargura de las últimas pociones, me esforzaré por saborear su fresca insipidez sobre mis labios.

Durante algún tiempo me abstuve de comer carne en las escuelas de filosofía, donde es de uso ensayar de una vez por todas cada método de conducta; más tarde, en Asia, vi a los gimnosofistas indios apartar la mirada de los corderos humeantes y de los cuartos de gacela servidos en la tienda de Osroes. Pero esta costumbre, que complace tu joven

austeridad, exige atenciones más complicadas que las de la misma gula; nos aparta demasiado del común de los hombres en una función casi siempre pública, presidida las más de las veces por el aparato o la amistad. Prefiero pasarme la vida comiendo gansos cebados y pintadas, y no que mis convidados me acusen de una ostentación de ascetismo. Bastante me ha costado —con ayuda de frutos secos o del contenido de un vaso saboreado lentamente— disimular ante los comensales que los aderezados manjares de mis cocineros estaban destinados a ellos más que a mí, o que mi curiosidad por probarlos se agotaba antes que la suya. Un príncipe carece en esto de la latitud que se ofrece al filósofo; no puede permitirse diferir en demasiadas cosas a la vez, y bien saben los dioses que mis diferencias eran ya demasiadas, aunque me jactase de que muchas permanecían invisibles. En cuanto a los escrúpulos religiosos del gimnosofista, a su repugnancia frente a las carnes sangrientas, me afectarían más si no se me ocurriera preguntarme en qué difiere esencialmente el sufrimiento de la hierba segada del de los carneros degollados, y si nuestro horror ante las bestias asesinadas no se debe sobre todo a que nuestra sensibilidad pertenece al mismo reino. Pero en ciertos momentos de la vida, por ejemplo en los períodos de ayuno ritual, o en las iniciaciones religiosas, he apreciado las ventajas espirituales —y también los peligros— de las diferentes formas de abstinencia, y aun de la inanición voluntaria, de

estos estados próximos al vértigo en que el cuerpo, privado de lastre, entra en un mundo para el cual no ha sido hecho y que prefigura las frías levedades de la muerte. En otros momentos esas experiencias me permitieron jugar con la idea del suicidio progresivo, de la muerte por inanición que escogieron ciertos filósofos, especie de incontinencia a la inversa por la cual se llega al agotamiento de la sustancia humana. Pero me hubiera disgustado adherirme por completo a un sistema; no quería que un escrúpulo me privara del derecho de hartarme de embutidos, si por casualidad me venían las ganas o si este alimento era el único accesible.

Los cínicos y los moralistas están de acuerdo en incluir las voluptuosidades del amor entre los goces llamados groseros, entre el placer de beber y el de comer, y a la vez, puesto que están seguros de que podemos pasarnos sin ellas, las declaran menos indispensables que aquellos goces. De un moralista espero cualquier cosa, pero me asombra que un cínico pueda engañarse así. Pongamos que unos y otros temen a sus demonios, ya sea porque luchan contra ellos o se abandonan, y que tratan de rebajar su placer buscando privarlo de su fuerza casi terrible ante la cual sucumben, y de su extraño misterio en el que se pierden. Creeré en esa asimilación del amor a los goces puramente físicos (suponiendo que existan como tales) el día en que haya visto a un gastrónomo llorar de deleite ante su plato favorito, como un amante sobre un hombro juvenil. De todos

nuestros juegos, es el único que amenaza trastornar el alma, y el único donde el jugador se abandona por fuerza al delirio del cuerpo. No es indispensable que el bebedor abdique de su razón, pero el amante que conserva la suya no obedece del todo a su dios. La abstinencia o el exceso comprometen al hombre solo; pero salvo en el caso de Diógenes, cuyas limitaciones y cuya razonable aceptación de lo peor se advierten por sí mismas, todo movimiento sensual nos pone en presencia del Otro, nos implica en las exigencias y las servidumbres de la elección. No sé de nada donde el hombre se resuelva por razones más simples y más ineluctables, donde el objeto elegido sea pesado con más exactitud en su peso bruto de delicias, donde el buscador de verdades tenga mayor probabilidad de juzgar la criatura desnuda. Partiendo de un despojamiento que iguala el de la muerte, de una humildad que excede la de la derrota y la plegaria, me maravillo de ver restablecerse cada vez la complejidad de las negativas, las responsabilidades, los dones, las tristes confesiones, las frágiles mentiras, los apasionados compromisos entre mis placeres y los del Otro, tantos vínculos irrompibles y que sin embargo se desatan tan pronto. El juego misterioso que va del amor a un cuerpo al amor de una persona me ha parecido lo bastante bello como para consagrarle parte de mi vida. Las palabras engañan, puesto que la palabra placer abarca realidades contradictorias, comporta a la vez las nociones de

tibieza, dulzura, intimidad de los cuerpos, y las de violencia, agonía y grito. La obscena frasecita de Posidonio sobre el frote de dos parcelas de carne —que te he visto copiar en tu cuaderno escolar como un niño aplicado— no define el fenómeno del amor, así como la cuerda rozada por el dedo no explica el milagro infinito de los sonidos. Esa frase no insulta a la voluptuosidad sino a la carne misma, ese instrumento de músculos, sangre y epidermis, esa nube roja cuyo relámpago es el alma.

Reconozco que la razón se confunde frente al prodigio del amor, frente a esa extraña obsesión por la cual la carne, que tan poco nos preocupa cuando compone nuestro propio cuerpo, y que sólo nos mueve a lavarla, a alimentarla y llegado el caso, a evitar que sufra, puede llegar a inspirarnos un deseo tan apasionado de caricias, simplemente porque está animada por una individualidad diferente de la nuestra y porque presenta ciertos lineamientos de belleza sobre los cuales, por lo demás, los mejores jueces no se han puesto de acuerdo. Aquí la lógica humana se queda corta, como en las revelaciones de los Misterios. Y no se ha engañado la tradición popular que siempre vio en el amor una forma de iniciación, uno de los puntos de contacto de lo secreto y lo sagrado. La experiencia sensual se asemeja además de los Misterios en que la primera aproximación produce en el no iniciado el efecto de un rito más o menos aterrador, escandalosamente alejado de las funciones

familiares del sueño, del beber y del comer, objeto de bromas, de vergüenza o de terror. Al igual que la danza de las ménades o el delirio de los coribantes, nuestro amor nos arrastra a un universo diferente, donde en otros momentos nos está vedado penetrar, y donde cesamos de orientarnos tan pronto el ardor se apaga o el goce se disuelve. Clavado en el cuerpo querido como un crucificado a su cruz, he aprendido algunos secretos de la vida que se embotan ya en mi recuerdo, sometidos a la misma ley que quiere que el convaleciente, una vez curado, cese de reconocerse en las misteriosas verdades de su mal, que el prisionero liberado olvide la tortura, o el vencedor ya sobrio la gloria.

He soñado a veces con elaborar un sistema de conocimiento humano basado en el erótico, una teoría del contacto en la cual el misterio y la dignidad del prójimo consistirían precisamente en ofrecer al Yo el punto de apoyo de ese otro mundo. En una filosofía semejante, la voluptuosidad sería una forma más completa, pero también más especializada, de este acercamiento al Otro, una técnica al servicio del conocimiento de aquello que no es uno mismo. Aun en los encuentros menos sensuales, la emoción nace o se alcanza por el contacto: la mano un tanto repugnante de esa vieja que me presenta un petitorio, la frente húmeda de mi padre agonizante, la llaga de un herido que curamos. Las relaciones más intelectuales o más neutras se operan asimismo a través de este sistema de señales del cuerpo: la

mirada súbitamente comprensiva del tribuno al cual explicamos una maniobra antes de la batalla, el saludo impersonal de un subalterno a quien nuestro paso fija en una actitud de obediencia, la ojeada amistosa del esclavo cuando le doy las gracias por traerme una bandeja, o el mohín apreciativo de un viejo amigo frente al camafeo griego que le ofrecemos.

En el caso de la mayoría de los seres, los contactos más ligeros y superficiales bastan para contentar nuestro deseo, y aun para hartarlo. Si insisten, multiplicándose en torno de una criatura única hasta envolverla por entero; si cada parcela de un cuerpo se llena para nosotros de tantas significaciones trastornadoras como los rasgos de un rostro; si un solo ser, en vez de inspirarnos irritación, placer o hastío, nos hostiga como una música y nos atormenta como un problema; si pasa de la periferia de nuestro universo a su centro, llegando a sernos más indispensable que nuestro propio ser, entonces tiene lugar el asombroso prodigio en el que veo, más que un simple juego de la carne, una invasión de la carne por el espíritu.

Estos criterios sobre el amor podrían inducir a una carrera de seductor. Si no la seguí, se debe sin duda a que preferí hacer, si no algo mejor, por lo menos otra cosa. A falta de genio, esa carrera exige atenciones y aun estratagemas para las cuales no me sentía destinado. Me fatigaban esas trampas armadas, siempre las mismas, esa rutina reducida a

perpetuos acercamientos y limitada por la conquista misma. La técnica del gran seductor exige, en el paso de un objeto amado a otro, cierta facilidad y cierta indiferencia que no poseo; de todas maneras, ellos me abandonaron más de lo que yo los abandoné; jamás he podido comprender que pueda uno saciarse de un ser. El deseo de detallar exactamente las riquezas que nos aporta cada nuevo amor, de verlo cambiar, envejecer quizá, no se concilia con la multiplicidad de las conquistas. Creí antaño que cierto gusto por la belleza me serviría de virtud, inmunizándome contra las solicitaciones demasiado groseras. Pero me engañaba. El catador de belleza termina por encontrarla en todas partes, filón de oro en las venas más innobles, y goza, al tener en sus manos esas obras maestras fragmentarias, manchadas o rotas, un placer de entendido que colecciona a solas una alfarería que otros creen vulgar. Para un hombre refinado, la eminencia en los negocios humanos significa un obstáculo más grave, pues el poder casi absoluto entraña riesgos de adulación o de mentira. La idea de que un ser se altera y cambia en mi presencia por poco que sea, puede llevarme a compadecerlo, despreciarlo u odiarlo. He sufrido estos inconvenientes de mi fortuna tal como un pobre sufre los de su miseria. Un paso más, y hubiera aceptado la ficción consistente en pretender que se seduce, cuando en realidad se domeña. Pero allí empieza el riesgo del asco, o quizá de la tontería.

Acabaríamos prefiriendo las simples verdades del libertinaje a las tan sabidas estratagemas de la seducción, si en aquéllas no reinara también la mentira. Estoy pronto a admitir en principio que la prostitución puede ser un arte como el masaje o el peinado, pero me cuesta ya sentirme a gusto en manos del barbero o los masajistas. Nada puede ser más grosero que nuestros cómplices. En mi juventud me bastaba la mirada de reojo del tabernero que me reservaba el mejor vino, privando por lo tanto a algún otro de beberlo, para asquearme de las diversiones romanas. Me desagrada que una criatura se crea capaz de calcular y prever mi deseo, adaptándose mecánicamente a lo que presume ser mi elección. Este reflejo imbécil y deformado de mí mismo, que me ofrece en esos momentos un cerebro humano, me induciría a preferir los tristes efectos del ascetismo. Si la leyenda no exagera las extravagancias de Nerón y las sabias búsquedas de Tiberio, esos grandes consumadores de delicias debieron de tener harto apagados los sentidos para procurarse un aparato tan complicado, y un singular desprecio de los hombres para tolerar que se burlaran o aprovecharan así de ellos. Y sin embargo, si he renunciado casi a esas formas demasiado maquinales del placer, o me he negado a seguir adelante, lo debo a mi suerte más que a mi virtud incapaz de resistir a cosa alguna. Podría recaer con la vejez, como se recae en cualquier forma de confusión o de fatiga. La enfermedad y la muerte

relativamente próxima me salvarán de la repetición monótona de los mismos gestos, semejante al deletreo de una Lección ya sabida de memoria.

De todas las felicidades que lentamente me abandonan, el sueño es una de las más preciosas y también de las más comunes. Un hombre que duerme poco y mal, apoyado en una pila de almohadones, tiene tiempo para meditar sobre esta voluptuosidad particular. Concedo que el sueño más perfecto sigue siendo casi por necesidad un anexo del amor: reposo reflejo, reflejado en dos cuerpos. Pero lo que aquí me interesa es el misterio especifico del sueño por el sueño mismo, la inevitable sumersión que noche a noche cumple osadamente el hombre desnudo, solo y desarmado, en un océano donde todo cambia, los colores y las densidades, hasta el ritmo del aliento, y donde nos encontramos con los muertos. Lo que nos tranquiliza en el sueño es que volvemos a salir de él, y que salimos inmutables, pues una interdicción extraña nos impide traer con nosotros el residuo exacto de nuestros ensueños. También nos tranquiliza el que nos cure de la fatiga, pero esa cura temporaria se cumple por el más radical de los procedimientos, el de dejar de ser. Allí, como en otras cosas, el placer y el arte consisten en abandonarse conscientemente a esa bienhechora inconsciencia, en aceptar ser, sutilmente, más débil, más pesado, más liviano y más confuso que uno mismo. Volveré a referirme a la asombrosa población de los ensueños. Ahora

prefiero hablar de ciertas experiencias de sueño puro, de puro despertar, que rozan la muerte y la resurrección. Me esfuerzo para aprehender otra vez la exacta sensación de aquellos sueños fulminantes de la adolescencia, cuando uno se dormía vestido sobre los libros, arrancado de golpe de las matemáticas y el derecho, y sumido en lo hondo de un sueño sólido y pleno, tan henchido de energía sin empleo, que en él se saboreaba, por así decirlo, el puro sentido del ser a través de los párpados cerrados. Evoco los bruscos sueños sobre la tierra desnuda, en la floresta, al término de fatigosas cacerías: el ladrido de los perros me despertaba, o sus patas plantadas en mi pecho. Tan total era el eclipse, que cada vez hubiera podido encontrarme siendo otro, y me asombraba —a veces me entristecía— el estricto ajuste que de tan lejos volvía a traerme a ese estrecho reducto de humanidad que era yo mismo. ¿Qué valían esas particularidades que tanto cuentan para nosotros, si tan poco contaban para el libre durmiente y si durante un segundo, antes de retornar descontento a la piel de Adriano, alcanzaba a saborear casi conscientemente a ese hombre vacío, a esa existencia sin pasado?

Por lo demás la enfermedad y la vejez tienen también sus prodigios, y reciben del sueño otras formas de bendición. Hace un año, después de un día especialmente fatigoso en Roma, conocí una de esas treguas en las que el agotamiento de las fuerzas provocaba los mismos milagros —u otros, mejor—

que las inagotables reservas de antaño. Voy poco a la capital; una vez en ella trato de hacer lo más posible. Aquella jornada había sido desagradablemente abrumadora: a una sesión del Senado siguió otra en el tribunal, y una interminable discusión con uno de los cuestores; vino luego una ceremonia religiosa que no se podía abreviar, y sobre la cual caía la lluvia. Yo mismo había reunido, ordenado esas diferentes actividades, para dejar entre una y otra el menor tiempo posible a las importunidades y a las adulaciones inútiles. El retorno fue uno de mis últimos viajes a caballo. Llegué hastiado y enfermo a la Villa, sintiendo el frío que sólo se siente cuando la sangre se rehúsa y deja de actuar en nuestras arterias. Celer y Chabrias se afanaban, pero la solicitud puede llegar a fatigar aun cuando sea sincera. Ya en mis aposentos, tragué unas cucharadas de una tisana caliente que preparaba yo mismo— no por sospecha, como algunos se figuran, sino porque así me doy el lujo de estar solo. Me acosté: el sueño parecía tan alejado de mí como la salud, como la juventud y la fuerza. Me adormecí. El reloj de arena me probó que apenas había llegado a dormir una hora. A mi edad, un breve sopor equivale a los sueños que en otros tiempos abarcaban una semirrevolución de los astros; mi tiempo está medido ahora por unidades mucho más pequeñas. Pero una hora había bastado para cumplir el humilde y sorprendente prodigio: el calor de mi sangre calentaba mis manos; mi

corazón, mis pulmones, volvían a funcionar con una especie de buena voluntad; la vida fluía como un manantial poco abundante pero fiel. En tan poco tiempo, el sueño había reparado mis excesos de virtud con la misma imparcialidad que hubiera aplicado en reparar los de mis vicios. Pues la divinidad del gran restaurador lo lleva a ejercer sus beneficios en el durmiente sin tenerlo en cuenta, así como el agua cargada de poderes curativos no se inquieta para nada de quién bebe en la fuente.

Si pensamos tan poco en un fenómeno que absorbe por lo menos un tercio de toda vida, se debe a que hace falta cierta modestia para apreciar sus bondades. Dormidos, Cayo Calígula y Arístides el Justo se equivalen; yo no me distingo del servidor negro que duerme atravesado en mi umbral. ¿Qué es el insomnio sino la obstinación maníaca de nuestra inteligencia en fabricar pensamientos, razonamientos, silogismos y definiciones que le pertenezcan plenamente, qué es sino su negativa de abdicar en favor de la divina estupidez de los ojos cerrados o de la sabia locura de los ensueños? El hombre que no duerme —y demasiadas ocasiones tengo de comprobarlo en mi desde hace meses— se rehúsa con mayor o menor conciencia a confiar en el flujo de las cosas. Hermano de la Muerte... Isócrates se engañaba, y su frase no es más que una amplificación de retórico. Empiezo a conocer a la muerte; tiene otros secretos, aún más ajenos a nuestra actual condición de hombres. Y sin

embargo, tan entretejidos y profundos son estos misterios de ausencia y de olvido parcial, que sentimos claramente confluir en alguna parte la fuente blanca y la fuente sombría. Nunca me gustó mirar dormir a los seres que amaba; descansaban de mí, lo sé; y también se me escapaban. Todo hombre se avergüenza de su rostro contaminado de sueño. Cuántas veces, al levantarme temprano para estudiar o leer, ordené con mis manos las almohadas revueltas, las mantas en desorden, evidencias casi obscenas de nuestros encuentros con la nada, pruebas de que cada noche dejamos de ser...

Comenzada para informarte de los progresos de mi mal, esta carta se ha convertido poco a poco en el esparcimiento de un hombre que ya no tiene la energía necesaria para ocuparse en detalle de los negocios del estado, meditación escrita de un enfermo que da audiencia a sus recuerdos. Ahora me propongo más: tengo intención de contarte mi vida. Como correspondía, el año pasado preparé un informe oficial sobre mis actos, en cuyo encabezamiento estampó su nombre mi secretario Flegón. He mentido allí lo menos posible; de todas maneras, el interés público y la decencia me forzaron a reajustar ciertos hechos. La verdad que quiero exponer aquí no es particularmente escandalosa, o bien lo es en la medida en que toda verdad es escándalo. Lejos de mí esperar que tus

diecisiete años comprendan algo de esto. Sin embargo me propongo instruirte, y aun desagradarte. Tus preceptores, elegidos por mí, te han impartido una educación severa, celosa, quizás demasiado aislada, de la cual en suma espero un gran bien para ti y para el Estado. Te ofrezco, como correctivo, un relato libre de ideas preconcebidas y principios abstractos extraídos de la experiencia de un solo hombre —yo mismo. Ignoro las conclusiones a que me arrastrará mi narración. Cuento con este examen de hechos para definirme, quizá para juzgarme, o por lo menos para conocerme mejor antes de morir.

Como todo el mundo, sólo tengo a mi servicio tres medios para evaluar la existencia humana: el estudio de mí mismo, que es el más difícil y peligroso, pero también el más fecundo de los métodos; la observación de los hombres, que logran casi siempre ocultarnos sus secretos o hacernos creer que los tienen; y los libros, con los errores particulares de perspectiva que nacen entre sus líneas. He leído casi todo lo que han escrito nuestros historiadores, nuestros poetas y aun nuestros narradores, aunque se acuse a estos últimos de frivolidad; quizá les debo más informaciones de las que pude recoger en las muy variadas situaciones de mi propia vida. La palabra escrita me enseñó a escuchar la voz humana, un poco como las grandes actitudes inmóviles de las estatuas me enseñaron a

apreciar los gestos. En cambio, y posteriormente, la vida me aclaró los libros.

Pero los escritores mienten, aun los más sinceros. Los menos hábiles, carentes de palabras y frases capaces de encerrarla, retienen una imagen pobre y chata de la vida; algunos, como Lucano, la cargan y abruman con una dignidad que no posee. Otros como Petronio, la aligeran, la convierten en una pelota hueca que rebota, fácil de recibir y lanzar en un universo sin peso. Los poetas nos transportan a un mundo más vasto o más hermoso, más ardiente o más dulce que el que nos ha sido dado, diferente de él y casi inhabitable en la práctica. Para estudiarla en toda su pureza, los filósofos hacen sufrir a la realidad casi las mismas transformaciones que el fuego o el mortero hacen sufrir a los cuerpos; en esos cristales o en esas cenizas nada parece subsistir de un ser o de un hecho tales como los conocimos. Los historiadores nos proponen sistemas demasiado completos del pasado, series de causas y efectos harto exactas y claras como para que hayan sido alguna vez verdaderas; reordenan esa dócil materia muerta, y sé que aun a Plutarco se le escapará siempre Alejandro. Los narradores, los autores de fábulas milesias, hacen como los carniceros, exponen en su tabanco pedacitos de carne que las moscas aprecian. Mucho me costaría vivir en un mundo sin libros, pero la realidad no está en ellos, puesto que no cabe entera.

La observación directa de los hombres es un método aún más incompleto, que en la mayoría de los casos se reduce a las groseras comprobaciones que constituyen el pasto de la malevolencia humana. La jerarquía, la posición, todos nuestros azares, restringen el campo visual del conocedor de hombres: para observarme, mi esclavo goza de facilidades totalmente distintas de las que tengo yo para observarlo; pero las suyas son tan limitadas como las mías. El viejo Euforión me presenta desde hace veinte años mi frasco de aceite y mi esponja, pero mi conocimiento de él se detiene en su servicio, y el suyo se limita a mi baño; toda tentativa para informarse mejor produce, tanto en el emperador como en el esclavo, el efecto de una indiscreción. Casi todo lo que sabemos del prójimo es de segunda mano. Si por casualidad un hombre se confiesa, aboga por su causa, con su apología pronta. Si lo observamos, deja de estar solo. Se me ha reprochado que me gusta leer los informes de la policía de Roma; continuamente descubro en ellos motivos de sorpresa; amigos o sospechosos, desconocidos o familiares, todos me asombran; sus locuras sirven de excusa a las mías. No me canso nunca de comparar el hombre vestido al hombre desnudo. Pero esos informes, tan ingenuamente circunstanciados, se agregan a mis archivos sin ayudarme para nada a pronunciar el veredicto final. El que ese magistrado de austera apariencia haya cometido un crimen, no me permite conocerlo

mejor. Me veo en presencia de dos fenómenos en vez de uno: la apariencia del magistrado y su crimen.

En cuanto a la observación de mí mismo, me obligo a ella aunque sólo sea para llegar a un acuerdo con ese individuo con quien me veré forzado a vivir hasta el fin, pero una familiaridad de casi sesenta años guarda todavía muchas posibilidades de error. En lo más profundo, mi autoconocimiento es oscuro, interior, informulado, secreto como una complicidad. En lo más impersonal, es tan glacial como las teorías que puedo elaborar sobre los números: empleo mi inteligencia para ver de lejos y desde lo alto mi propia vida, que se convierte así en la vida de otro. Pero estos dos medios de conocimiento son difíciles; el uno exige un descenso, y el otro una salida de uno mismo. Llevado por la inercia, tiendo como todos a reemplazarlos por una mera rutina, una idea de mi vida parcialmente modificada por la imagen que de ella se hace el público, por juicios en bloque, es decir falsos, como un patrón ya preparado al cual un sastre inepto adapta penosamente nuestra tela propia. Equipo de valor desigual; instrumentos más o menos embotados. Pero no tengo otros, y con ellos me fabrico lo mejor que puedo una idea de mi destino de hombre.

Cuando considero mi vida, me espanta encontrarla informe. La existencia de los héroes, según nos la cuentan, es simple; como una flecha, va en línea recta a su fin. Y la mayoría de los hombres

gusta resumir su vida en una fórmula, a veces jactanciosa o quejumbrosa, casi siempre recriminatoria; el recuerdo les fabrica, complaciente, una existencia explicable y clara. Mi vida tiene contornos menos definidos. Como suele suceder, lo que no fui es quizá lo que más ajustadamente la define: buen soldado pero en modo alguno hombre de guerra; aficionado al arte, pero no ese artista que Nerón creyó ser al morir; capaz de cometer crímenes, pero no abrumado por ellos. Pienso a veces que los grandes hombres se caracterizan precisamente por su posición extrema; su heroísmo está en mantenerse en ella toda la vida. Son nuestros polos o nuestros antípodas. Yo ocupé sucesivamente todas las posiciones extremas, pero no me mantuve en ellas; la vida me hizo resbalar siempre. Y sin embargo no puedo jactarme, como un agricultor o un mozo de cordel virtuosos, de una existencia situada en el justo medio.

El paisaje de mis días parece estar compuesto, como las regiones montañosas, de materiales diversos amontonados sin orden alguno. Veo allí mi naturaleza, ya compleja, formada por partes iguales de instinto y de cultura. Aquí y allá afloran los granitos de lo inevitable: por doquier, los desmoronamientos del azar. Trato de recorrer nuevamente mi vida en busca de su plan, seguir una vena de plomo o de oro, o el fluir de un río subterráneo, pero este plan ficticio no es más que una ilusión óptica del recuerdo. De tiempo en

tiempo, en un encuentro, un presagio, una serie definida de sucesos, me parece reconocer una fatalidad; pero demasiados caminos no llevan a ninguna parte, y demasiadas sumas no se adicionan. En esta diversidad y este desorden, percibo la presencia de una persona, pero su forma está casi siempre configurada por la presión de las circunstancias; sus rasgos se confunden como una imagen reflejada en el agua. No soy de los que afirman que sus acciones no se les parecen. Muy al contrario, pues ellas son mi única medida, el único medio de grabarme en la memoria de los hombres y aun en la mía propia; quizá sea la imposibilidad de seguir expresándose y modificándose por la acción lo que constituye la diferencia entre un muerto y un ser viviente. Pero entre yo y los actos que me constituyen existe un hiato indefinible. La prueba está en que sin cesar siento la necesidad de pensarlos, explicarlos, justificarlos ante mí mismo. Ciertos trabajos que duraron poco son despreciables, pero otras ocupaciones que abarcaron toda mi vida no me parecen más significativas. En el momento de escribir esto, por ejemplo, no me parece esencial haber sido emperador.

De todas maneras, tres cuartos de mi vida escapan a esta definición por los actos; la masa de mis veleidades, mis deseos, hasta de mis proyectos, sigue siendo tan nebulosa y huidiza como un fantasma. El resto, la parte palpable, más o menos

autentificada por los hechos, apenas si es más distinta, y la sucesión de los acaecimientos se presenta tan confusa como la de los sueños. Poseo mi cronología propia, imposible de acordar con la que se basa en la fundación de Roma o la era de las olimpiadas. Quince años en el ejército duraron menos que una mañana de Atenas; sé de gentes a quienes he frecuentado toda mi vida y que no reconoceré en los infiernos. También los planos del espacio se superponen: Egipto y el valle de Tempe se hallan muy próximos, y no siempre estoy en Tíbur cuando estoy ahí. De pronto mi vida me parece trivial, no sólo indigna de ser escrita, sino aun de ser contemplada con cierto detalle, y tan poco importante, hasta para mis propios ojos, como la del primero que pasa. De pronto me parece única, y por eso mismo sin valor, inútil —por irreductible a la experiencia del común de los hombres. Nada me explica: mis vicios y mis virtudes no bastan; mi felicidad vale algo más, pero a intervalos, sin continuidad, y sobre todo sin causa aceptable. Pero el espíritu humano siente repugnancia a aceptarse de las manos del azar, a no ser más que el producto pasajero de posibilidades que no están presididas por ningún dios, y sobre todo por él mismo. Una parte de cada vida, y aun de cada vida insignificante, transcurre en buscar las razones de ser, los puntos de partida, las fuentes. Mi impotencia para descubrirlos me llevó a veces a las explicaciones mágicas, a buscar en los delirios de lo oculto lo que

el sentido común no alcanzaba a darme. Cuando los cálculos complicados resultan falsos, cuando los mismos filósofos no tienen ya nada que decirnos, es excusable volverse hacia el parloteo fortuito de las aves, o hacia el lejano contrapeso de los astros.

VARIUS MULTIPLEX MULTIFORMIS

Mi abuelo Marulino creía en los astros. Aquel anciano demacrado, de rostro amarillento, me concedía el mismo afecto sin ternura, sin signos exteriores y casi sin palabras, que tenía por los animales de su granja, sus tierras, su colección de piedras caídas del cielo. Descendía de una vasta línea de antepasados establecidos en España desde la época de los Escipiones. Era de jerarquía senatorial, y tercero del mismo nombre; hasta entonces nuestra familia había pertenecido al orden ecuestre. Bajo el reinado de Tito, mi abuelo había participado modestamente en las actividades públicas. Este provinciano ignoraba el griego, y hablaba el latín con un ronco acento español que me transmitió y que más tarde fue motivo de risa. Pero su espíritu no era completamente inculto; a su muerte se halló en su casa un saco lleno de instrumentos de matemáticas y de libros que no había tocado en veinte años. Tenía conocimientos

semicientificos, semicampesinos, la misma mezcla de prejuicios estrechos y añeja sabiduría que caracterizaron a Catón el viejo. Pero Catón fue toda su vida el hombre del Senado romano y de la guerra de Cartago, el exacto representante de la dura Roma republicana. La dureza casi impenetrable de Marulino remontaba más atrás, a épocas más antiguas. Era el hombre de la tribu, la encarnación de un mundo sagrado y casi aterrador, cuyos vestigios encontré más tarde entre nuestros necrománticos etruscos. Andaba siempre a cabeza descubierta, cosa que luego habrían de criticar en mí; sus pies encallecidos prescindían de las sandalias. En los días ordinarios, sus ropas se distinguían apenas de las de los viejos mendigos y los graves aparceros acurrucados al sol. Tenía fama de brujo y los aldeanos trataban de evitar su mirada. Pero gozaba de un singular poder sobre los animales. Le he visto acercar su cabeza cana a un nido de víboras, prudente y amistosamente; he visto sus dedos nudosos que ejecutaban una especie de danza frente a un lagarto. En las noches de verano me llevaba a lo alto de una árida colina para observar el cielo. Me quedaba dormido en un hueco, fatigado de contar los meteoros. Él seguía sentado, alta la cabeza, girando imperceptiblemente con los astros. Debía de haber conocido los sistemas de Filolao y de Hiparco, y el de Aristarco de Samos, que preferí más tarde, pero esas especulaciones ya no le interesaban. Para él los astros eran puntos

inflamados, objetos como las piedras y los lentos insectos de los cuales también extraía presagios, partes constitutivas de un universo mágico que abarcaba las voluntades de los dioses, la influencia de los demonios, y la suerte reservada a los hombres. Había determinado el tema de mi natividad. Una noche vino a mí, me sacudió para despertarme y me anunció el imperio del mundo con el mismo laconismo gruñón que hubiera empleado para predecir una buena cosecha a las gentes de la granja. Luego, presa de desconfianza, fue a sacar una tea del pequeño fuego de sarmientos que mantenía para calentarnos en las horas de frío, la acercó a mi mano y leyó en mi espesa palma de niño de once años no sé qué confirmación de las líneas inscritas en el cielo. El mundo era para él un solo bloque: una mano confirmaba los astros. Su noticia me conmovió menos de lo que podía creerse: un niño lo espera siempre todo. Creo que después se olvidó de su profecía, sumido en esa indiferencia a los sucesos presentes y futuros que es propia de la ancianidad. Lo encontraron una mañana en el bosque de castaños de los confines del dominio, ya frío y picoteado por las aves de presa. Antes de morir había tratado de enseñarme su arte. No tuvo éxito; mi curiosidad natural saltaba de golpe a las conclusiones sin preocuparse por los detalles complicados y un tanto repugnantes de su ciencia. Pero quedó en mi el gusto por ciertas experiencias peligrosas.

Mi padre, Elio Afer Adriano, era un hombre abrumado de virtudes. Su vida transcurrió en administraciones sin gloria; su voz no contó jamás en el Senado. Contrariamente a lo que suele ocurrir, su gobierno de África no lo había enriquecido. Entre nosotros, en el municipio español de Itálica, se agotaba dirimiendo conflictos locales. Carecía de ambición y de alegría; como tantos otros hombres que se van eclipsando de año en año, había llegado a ocuparse con maniática minucia de las insignificancias a las cuales se dedicaba. También yo he conocido esas honorables tentaciones de la minucia y del escrúpulo. La experiencia había desarrollado en mi padre un extraordinario escepticismo sobre los seres humanos, y en él me incluía siendo yo apenas un niño. Si hubiera asistido a mis éxitos, no lo habrían deslumbrado en absoluto; el orgullo familiar era tan grande que nadie hubiera admitido que yo agregaba alguna cosa. Aquel hombre agotado sucumbió cuando yo tenía doce años. Mi madre habría de pasar el resto de su vida en una austera viudez; no volví a verla desde el día en que, llamado por mi tutor, partí para Roma. De su rostro alargado de española, lleno de una dulzura algo melancólica, guardo un recuerdo que el busto de cera del muro de los antepasados corrobora. De las hijas de Gades tenía los piececitos calzados con estrechas sandalias, y el dulce balanceo de las caderas de las danzarinas de la región asomaba en aquella joven matrona irreprochable.

Con frecuencia he reflexionado sobre el error que cometemos al suponer que un hombre o una familia participan necesariamente de las ideas o los acontecimientos del siglo en que les toca vivir. El contragolpe de las intrigas romanas llegaba apenas hasta mis padres en aquel rincón de España, aunque en tiempos de la revuelta contra Nerón mi abuelo hubiera ofrecido hospitalidad a Galba durante una noche. Se vivía con el recuerdo de cierto Fabio Adriano, quemado vivo por los cartagineses en el sitio de Utica, de un segundo Fabio, soldado sin suerte que persiguió a Mitridates en las rutas del Asia Menor, oscuros héroes de archivos sin fastos. Mi padre no sabía casi nada de los escritores de la época; Lucano y Séneca le eran ajenos, aunque oriundos de España como nosotros. Mi tío abuelo Elio, que era letrado, limitaba sus lecturas a los autores más conocidos del siglo de Augusto. Este desdén por las modas contemporáneas les ahorraba muchos errores de gusto; a él debían su falta de engreimiento. El helenismo y el Oriente eran desconocidos, o se los miraba de lejos con el ceño fruncido; creo que en toda la península no había una sola estatua griega. La economía iba a la par de la riqueza, y una cierta rusticidad con un empaque casi pomposo. Mi hermana Paulina era grave, silenciosa, retraída; se casó siendo joven con un viejo. La probidad era rigurosa, pero se trataba con dureza a los esclavos. No se incurría en ninguna curiosidad, limitándose a pensar en todo lo que

convenía a un ciudadano romano. Yo he debido de ser el disipador de tantas virtudes, si realmente se trataba de virtudes.

La ficción oficial quiere que un emperador romano nazca en Roma, pero nací en Itálica; más tarde habría de superponer muchas otras regiones del mundo a aquel pequeño país pedregoso. La ficción tiene su lado bueno, prueba que las decisiones del espíritu y la voluntad priman sobre las circunstancias. El verdadero lugar de nacimiento es aquel donde por primera vez nos miramos con una mirada inteligente; mis primeras patrias fueron los libros. Y, en menor grado, las escuelas. Las de España se resentían del ocio provinciano. La escuela de Terencio Scauro, en Roma, proporcionaba una enseñanza mediocre sobre las filosofías y los poetas, pero preparaba bastante bien para las vicisitudes de la existencia humana; los maestros ejercían sobre los alumnos un despotismo que yo me avergonzaría de imponer a los hombres; encerrados en los estrechos limites de su saber, cada uno despreciaba a sus colegas que poseían otros conocimientos igualmente estrechos. Aquellos pedantes se desgañitaban disputándose sobre palabras. Las querellas de precedencia, las intrigas, las calumnias, me familiarizaron con lo que debería encontrar más tarde en todos los círculos donde viví; y a ello se agregaba la brutalidad de la infancia. No obstante llegué a querer a algunos de mis maestros, a esas relaciones extrañamente intimas y extrañamente

elusivas que existen entre el profesor y el alumno, y a las Sirenas cantando en lo hondo de una voz cascada que por primera vez nos revela una obra maestra o nos explica una idea nueva. Después de todo, el más grande seductor no es Alcibíades sino Sócrates.

Los métodos de los gramáticos y los rectores eran quizá menos absurdos de lo que yo creía en la época en que me hallaba sometido a ellos. La gramática, con su mezcla de regla lógica y de uso arbitrario, propone al joven las primicias de lo que más tarde le ofrecerán las ciencias de la conducta humana, el derecho o la moral, todos los sistemas donde el hombre ha codificado su experiencia instintiva. En cuanto a los ejercicios de retórica, en los que éramos sucesivamente Jerjes y Temístocles, Octavio y Marco Antonio, me embriagaron; me sentí Proteo. Por ellos aprendí a penetrar sucesivamente en el pensamiento de cada hombre, a comprender que cada uno se decide, vive y muere conforme a sus propias leyes. La lectura de los poetas tuvo efectos todavía más trastornadores; no estoy seguro de que el descubrimiento del amor sea por fuerza más delicioso que el de la poesía. Me transformé; la iniciación a la muerte no me hará entrar más profundamente en otro mundo que un crepúsculo dicho por Virgilio. Más tarde preferí la rudeza de Ennio, tan próximo a los orígenes sagrados de la raza, a la sapiente amargura de Lucrecio; a la generosa soltura de Homero antepuse la humilde

parsimonia de Hesíodo. Gusté por sobre todo de los poetas más complicados y oscuros, que someten mi pensamiento a una difícil gimnástica; los más recientes o los más antiguos, aquellos que me abren caminos novísimos o aquellos que me ayudan a encontrar las huellas perdidas. Pero por aquel entonces amaba en el arte de los versos lo que toca más de cerca a los sentidos, el metal pulido de Horacio, la blanda carne de Ovidio. Scauro me desesperó al asegurarme que yo no pasaría nunca de ser un poeta mediocre; me faltaban el don y la aplicación. Mucho tiempo creí que se había engañado; guardo en alguna parte, bajo llave, uno o dos volúmenes de versos amorosos, en su mayoría imitaciones de Catulo. Pero ahora me importa muy poco que mis producciones personales sean o no detestables.

Siempre agradeceré a Scauro que me hiciera estudiar el griego a temprana edad. Aún era un niño cuando por primera vez probé de escribir con el estilo los caracteres de ese alfabeto desconocido; empezaba mi gran extrañamiento, mis grandes viajes y el sentimiento de una elección tan deliberada y tan involuntaria como el amor. Amé esa lengua por su flexibilidad de cuerpo bien adiestrado, su riqueza de vocabulario donde a cada palabra se siente el contacto directo y variado de las realidades, y porque casi todo lo que los hombres han dicho de mejor lo han dicho en griego. Bien sé que hay otros idiomas; están petrificados, o aún les falta nacer.

Los sacerdotes egipcios me mostraron sus antiguos símbolos, signos más que palabras, antiquísimos esfuerzos por clasificar el mundo y las cosas, habla sepulcral de una raza muerta. Durante la guerra con los judíos, el rabino Josuá me explicó literalmente ciertos textos de esa lengua de sectarios, tan obsesionados por su dios, que han desatendido lo humano. En el ejército me familiaricé con el lenguaje de los auxiliares celtas; me acuerdo sobre todo de ciertos cantos... Pero las jergas bárbaras valen a lo sumo por las reservas que proporcionan la palabra, y por todo lo que sin duda expresarán en el porvenir. En cambio el griego tiene tras de él tesoros de experiencia, la del hombre y la del Estado. De los tiranos jonios a los demagogos de Atenas, de la pura austeridad de un Agesilao o los excesos de un Dionisio o de un Demetrio, de la traición de Dimarates a la fidelidad de Filopemen, todo lo que cada uno de nosotros puede intentar para perder a sus semejantes o para servirlos, ha sido hecho ya alguna vez por un griego. Y lo mismo ocurre con nuestras elecciones personales: del cinismo al idealismo, del escepticismo de Pirrón a los sueños sagrados de Pitágoras, nuestras negativas o nuestros asentimientos ya han tenido lugar; nuestros vicios y virtudes cuentan con modelos griegos. Nada iguala la belleza de una inscripción votiva o funeraria latina; esas pocas palabras grabadas en la piedra resumen con majestad impersonal todo lo que el mundo necesita saber de nosotros. Yo he

administrado el imperio en latín; mi epitafio será inscrito en latín sobre los muros de mi mausoleo a orillas del Tíber; pero he pensado y he vivido en griego.

Tenía dieciséis años; volvía de un periodo de aprendizaje en la Séptima legión acantonada entonces en el corazón de los Pirineos, en una región salvaje de la España Citerior, harto diferente de la parte meridional de la península donde había crecido. Acilio Atiano, mi tutor, creyó oportuno equilibrar mediante el estudio aquellos meses de vida ruda y cacerías salvajes. Sensatamente se dejó persuadir por Scauro y me envió a Atenas como alumno del sofista Iseo, hombre brillante y dotado sobre todo de un raro talento para la improvisación. Atenas me conquistó de inmediato; el colegial un tanto torpe, el adolescente de tempestuoso corazón, saboreaba por primera vez ese aire intenso, esas conversaciones rápidas, esos vagabundeos en los demorados atardeceres rosados, esa incomparable facilidad para la discusión y la voluptuosidad. Las matemáticas y las artes —investigaciones paralelas— me ocuparon sucesivamente; tuve así ocasión de seguir en Atenas un curso de medicina de Leotiquidas. Me hubiera agradado la profesión de médico; su espíritu no difiere en esencia del que traté de aplicar a mi oficio de emperador. Me apasioné por esa ciencia demasiado próxima a nosotros para no ser incierta, para no estar sujeta a la infatuación y al error, pero a la vez rectificada de

continuo por el contacto de lo inmediato, de lo desnudo. Leotiquidas tomaba las cosas en la forma más positiva posible; había elaborado un admirable sistema de reducción de fracturas. Por la tarde nos paseábamos a orillas del mar; aquel hombre Universal se preocupaba por la estructura de los caracoles y la composición de los limos marinos. Le faltaban medios experimentales; añoraba los laboratorios y las salas de disección del museo de Alejandría, que había frecuentado en su juventud, el choque de las opiniones, la ingeniosa competencia de los hombres. Espíritu seco, me enseñó a preferir las cosas a las palabras, a desconfiar de las fórmulas, a observar más que a juzgar. Aquel áspero griego me enseñó el método.

A pesar de las leyendas que me rodean, he amado muy poco la juventud, y la mía menos que ninguna otra. Consideraba en si misma, esa juventud tan alocada se me presenta la mayoría de las veces como una época mal desbastada de la existencia, un periodo opaco e informe, huyente y frágil. De más está decir que en esta regla he hallado cierto número de excepciones deliciosas, y dos o tres admirables entre las cuales tú, Marco, has sido la más pura. Por lo que a mi se refiere, a los veinte años era poco más o menos lo que soy ahora, pero sin consistencia. No todo en mi era malo, pero podía llegar a serlo: lo bueno o lo excelente apuntalaban lo peor. Imposible pensar sin ruborizarme en mi ignorancia del mundo que creía conocer, mi

impaciencia, esa especie de ambición frívola y avidez grosera. ¿Debo confesarlo? En el seno de la vida estudiosa de Atenas, donde todos los placeres ocupaban su lugar morigeradamente, yo añoraba, si no a Roma misma, la atmósfera del lugar donde continuamente se hacen y deshacen los negocios del mundo, el ruido de poleas y engranajes de la máquina del poder. El reinado de Domiciano llegaba a su fin; mi primo Trajano, que se había cubierto de gloria en las fronteras del Rin, se convertía en hombre popular; la tribu española se afianzaba en Roma. Comparada con ese mundo de acción inmediata, la dulce provincia griega me parecía dormitar en un polvillo de ideas ya respiradas; la pasividad política de los helenos era para mí una forma asaz innoble de renunciación. Mi apetito de poder, de dinero —que entre nosotros suele ser su primera forma— y de gloria, para dar este hermoso nombre apasionado al prurito de oír hablar de nosotros, era ya innegable. A él se mezclaba confusamente el sentimiento de que Roma, inferior en tantas cosas, recobraba la ventaja en la familiaridad con los grandes negocios que exigía de sus ciudadanos, por lo menos aquellos de las órdenes senatorial o ecuestre. Había llegado al punto de sentir que la discusión más trivial sobre la importación de trigo de Egipto me hubiera enseñado más sobre el Estado que toda la *República* de Platón. Ya algunos años atrás, joven romano avezado en la disciplina militar, había creído

comprender mejor que mis profesores a los soldados de Leónidas y a los atletas de Píndaro. Abandoné Atenas, reseca y rubia, por la ciudad donde hombres envueltos en pesadas togas luchan contra el viento de febrero, donde el lujo y el libertinaje están privados de encanto, pero donde las menores decisiones afectan al destino de una parte del mundo y donde un joven provinciano ávido pero nada obtuso, y que al principio sólo creía obedecer a ambiciones bastante groseras, habría de perderlas a medida que las realizaba, aprendiendo a medirse con los hombres y las cosas, a mandar, y, lo que al fin de cuentas es quizá algo menos fútil, a servir.

No todo era bello en ese advenimiento de una virtuosa clase media que se establecía en vísperas de un cambio de régimen; la honestidad política ganaba la partida con ayuda de estratagemas asaz turbias. Al poner poco a poco la administración en manos de sus protegidos, el Senado cerraba el círculo en torno a Domiciano hasta sofocarlo; quizá los hombres nuevos a los cuales me vinculaban mis lazos de familia no diferían mucho de aquellos a quienes iban a reemplazar; de todas maneras estaban menos manchados por el poder. Los primos y sobrinos de provincia esperaban obtener puestos subalternos, pero se les pedía que los desempeñaran con integridad. También ya recibí mi puesto: fui nombrado juez del tribunal encargado de los litigios sucesorios. Desde esta modesta función asistí a los últimos golpes del duelo a muerte entre Domiciano

y Roma. El emperador había perdido pie en la capital, en la que sólo se sostenía gracias a continuas ejecuciones que apresuraban su propio fin; el ejército entero conspiraba para matarlo. No comprendí gran cosa de esta esgrima mucho más fatal que la de las arenas; me contenté con sentir hacia el tirano acorralado el desprecio un tanto arrogante de un alumno de los filósofos. Bien aconsejado por Atiano, desempeñé mi oficio sin ocuparme demasiado de política.

Aquel año de trabajo no se diferenció mucho de los años de estudio. Ignoraba el derecho, pero tuve la suerte de encontrar como colega en el tribunal a Neracio Prisco, quien consintió en instruirme y siguió siendo mi asesor legal y mi amigo hasta el día de su muerte. Pertenecía a esa rara familia espiritual que, poseyendo a fondo una especialidad, viéndola por así decirlo desde adentro, y con un punto de vista inaccesible a los profanos, conserva sin embargo el sentido de su valor relativo en el orden de las cosas, y la mide en términos humanos. Más versado que cualquiera de sus contemporáneos en la rutina legal, no vacilaba nunca frente a las innovaciones útiles. Gracias a él pude imponer más tarde ciertas reformas. Pero entonces se imponían otras tareas. Había yo conservado mi acento provinciano; mi primer discurso en el tribunal hizo reír a carcajadas. Aproveché entonces mi frecuentación de los actores, que escandalizaban a mi familia; durante largos

meses las lecciones de elocución fueron la más ardua pero la más deliciosa de mis tareas, y el secreto mejor guardado de mi vida. Hasta el libertinaje se convertía en un estudio en aquellos años difíciles. Trataba de ponerme a tono con la juventud dorada de Roma; jamás lo conseguí por entero. Movido por la cobardía propia de esa edad, cuya temeridad exclusivamente física se agota en otras cosas, sólo a medias me atrevía a confiar en mí mismo; con la esperanza de parecerme a los demás, embotaba o afilaba mi naturaleza.

No era muy querido. No había ninguna razón para que lo fuera. Ciertos rasgos, por ejemplo la afición a las artes, que pasaban inadvertidos en el colegial de Atenas y que serían más o menos aceptados en el emperador, resultaban incómodos en el oficial y el magistrado en los primeros peldaños de la autoridad. Mi helenismo se prestaba a las sonrisas, tanto más que yo lo exhibía y lo disimulaba alternativamente. En el Senado me llamaban el estudiante griego. Empezaba a tener mi leyenda, ese extraño reflejo centelleante nacido a medias de nuestras acciones y a medias de lo que el vulgo piensa de ellas. Los litigantes impudentes me delegaban sus mujeres, si sabían de mi aventura con la esposa de un senador, o sus hijos, cuando yo proclamaba alocadamente mi pasión por algún joven mimo. Confundir a esas gentes con mi indiferencia me resultaba un placer. Los más lamentables eran los que me hablaban de literatura

para congraciarse conmigo. La técnica que debía elaborar en aquellos puestos mediocres me sirvió más tarde para mis audiencias imperiales. Volcarse íntegramente a cada uno durante la breve duración de la entrevista, hacer del mundo una tabla rasa donde en ese momento sólo existe cierto banquero, cierto veterano, cierta viuda; acordar a esas personas tan variadas —aunque encerradas en los estrechos limites de alguna especie— toda la atención cortés que en los mejores momentos nos acordamos a nosotros mismos, y verlos casi infaliblemente aprovechar de esa facilidad para engreírse como la rana de la fábula; y, finalmente, consagrar seriamente algunos instantes a su problema o a su negocio. Aquello seguía siendo el consultorio del médico. Ponía al desnudo viejos odios aterradores, una lepra de mentiras. Maridos contra esposas, padres contra hijos, colaterales contra todo el mundo; el poco respeto que tenía personalmente por la institución de la familia no resistió a ese desfile.

No desprecio a los hombres. Si así fuera no tendría ningún derecho, ninguna razón para tratar de gobernarlos. Los sé vanos, ignorantes, ávidos, inquietos, capaces de cualquier cosa para triunfar, para hacerse valer, incluso ante sus propios ojos, o simplemente para evitar sufrir. Lo sé: soy como ellos, al menos por momentos, o hubiera podido serlo. Entre el prójimo y yo las diferencias que percibo son demasiado desdeñables como para que cuenten en la suma final. Me esfuerzo pues para

que mi actitud esté tan lejos de la fría superioridad del filósofo como de la arrogancia del César. Los hombres más opacos emiten algún resplandor: este asesino toca bien la flauta, ese contramaestre que desgarra a latigazos la espalda de los esclavos es quizá un buen hijo; ese idiota compartiría conmigo su último mendrugo. Y pocos hay que no puedan enseñarnos alguna cosa. Nuestro gran error está en tratar de obtener de cada uno en particular las virtudes que no posee, descuidando cultivar aquellas que posee. A la búsqueda de esas virtudes fragmentarias aplicaré aquí lo que decía antes, voluptuosamente, de la búsqueda de la belleza. He conocido seres infinitamente más noveles, más perfectos que yo, como Antonino, tu padre; he frecuentado a no pocos héroes, y también a algunos sabios. En la mayoría de los hombres encontré inconsistencia para el bien; no los creo más consistentes para el mal; su desconfianza, su indiferencia más o menos hostil cedía demasiado pronto casi vergonzosamente, y se convertía demasiado fácilmente en gratitud y respeto, que tampoco duraban mucho; aun su egoísmo podía ser aplicado a finalidades útiles. Me asombra que tan pocos me hayan odiado; sólo he tenido dos o tres enemigos encarnizados, de los cuales y como siempre yo era en parte responsable. Algunos me amaron, dándome mucho más de lo que tenía derecho a exigir y aun a esperar de ellos; me dieron

su muerte, y a veces su vida. Y el dios que llevan en ellos se revela muchas veces cuando mueren.

Sólo en un punto me siento superior a la mayoría de los hombres: soy a la vez más libre y más sumiso de lo que ellos se atreven a ser. Casi todos desconocen por igual su justa libertad y su verdadera servidumbre. Maldicen sus grillos; a veces parecería que se jactan de ellos. Por lo demás su tiempo transcurre en vanas licencias; no saben urdir para sí mismos el más ligero yugo. En cuanto a mí, busqué la libertad más que el poder, y el poder tan sólo porque en parte favorecía la libertad. No me interesaba una filosofía de la libertad humana (todos los que la intentan me hastían) sino una técnica; quería hallar la charnela donde nuestra voluntad se articula con el destino, donde la disciplina secunda a la naturaleza en vez de frenarla. Compréndeme bien: no se trata de la dura voluntad del estoico, cuyo poder estimas exageradamente, ni tampoco de una elección o una negativa abstractas, que insultan las condiciones de nuestro mundo pleno, continuo, formado de objetos y de cuerpos. Soñé con una aquiesciencia más secreta o una buena voluntad más flexible. La vida era para mi un caballo a cuyos movimientos nos plegamos, pero sólo después de haberlo adiestrado. Como en definitiva todo es una decisión del espíritu, aunque lenta e insensible, que entraña asimismo la adhesión del cuerpo, me esforzaba por alcanzar gradualmente ese estado de libertad —o de

sumisión— casi puro. La gimnástica me ayudaba a ello; la dialéctica no me perjudicaba. Busqué primero una simple libertad de vacaciones, de momentos libres. Toda vida bien ordenada los tiene, y quien no sabe crearlos no sabe vivir. Fui más allá; imaginé una libertad simultánea, en la que dos acciones, dos estados, serían posibles al mismo tiempo; tomando por modelo a César, aprendí a dictar diversos textos a la vez, y a hablar mientras seguía leyendo. Inventé un modo de vida en el que podía cumplirse perfectamente la tarea más pesada sin una tregua total; llegué aun a proponerme eliminar la noción física de fatiga. En otros momentos me ejercitaba en practicar una libertad alternativa: las emociones, las ideas, los trabajos, debían poder ser interrumpidos a cada instante y luego reanudados; la certidumbre de poder ahuyentarlos o llamarlos como a esclavos les quitaba toda posibilidad de tiranía, y a mi todo sentimiento de servidumbre. Hice más: ordené todo un día en torno a una idea escogida, que no debía abandonarme nunca; cuando hubiera podido desanimarme o distraerme, los proyectos o los trabajos de otro orden, las palabras vanas, los mil incidentes de la jornada, se apoyaban en esa idea como los pámpanos en un fuste de columna. Otras veces, en cambio, dividía al infinito: cada pensamiento, cada hecho, era objeto de una segmentación, de un seccionamiento en múltiples pensamientos o hechos más pequeños, de manejo más fácil. Las resoluciones difíciles se desmigajaban

así en un polvillo de decisiones minúsculas, tomadas una a una, determinándose consecutivamente, y por ello tan inevitables como fáciles.

Pero el mayor rigor lo apliqué a la libertad de aquiescencia, la más ardua de todas. Asumí mi estado y mi condición; en mis años de dependencia, la sujeción perdía lo que pudiera tener de amargo o aun de indigno, si aceptaba ver en ella un ejercicio útil. Elegía lo que tenía, exigiéndome tan sólo tenerlo totalmente y saborearlo lo mejor posible. Los trabajos más tediosos se cumplían sin esfuerzo a poco que me apasionara por ellos. Tan pronto un objeto me repugnaba, lo convertía en tema de estudio, forzándome hábilmente a extraer de él un motivo de alegría. Frente a un suceso imprevisto o casi desesperado, una emboscada o una tempestad en el mar, una vez adoptadas todas las medidas concernientes a los demás, me consagraba a festejar el azar, a gozar de lo que me traía de inesperado; la emboscada o la tormenta se integraban sin esfuerzo en mis planes o en mis ensueños. Aun en la hora de mi peor desastre, he visto llegar el momento en que el agotamiento lo privaba de una parte de su horror, en que yo lo hacia mío al aceptarlo. Si alguna vez me toca sufrir la tortura —y sin duda la enfermedad se encargará de someterme a ella—, no estoy seguro de conservar mucho tiempo la impasibilidad de un Trasea, pero al menos me quedará el recurso de resignarme a mis gritos. Y en esta forma, con una mezcla de reserva y audacia, de sometimiento y

rebelión cuidadosamente concertados, de exigencia extrema y prudentes concesiones, he llegado finalmente a aceptarme a mí mismo.

De haberse prolongado en exceso, esa vida en Roma me hubiera agriado, corrompido o gastado. Me salvó el reingreso en el ejército, que también tiene sus compromisos pero más sencillos. La incorporación significaba viajar, y me puse en marcha lleno de júbilo. Había sido nombrado tribuno en la Décima Legión, la Coadjutora; pasé a orillas del alto Danubio algunos meses lluviosos de otoño, sin otro compañero que un libro de Plutarco que acababa de aparecer. En noviembre fui trasladado a la Quinta Legión Macedonia, acantonada entonces (y aun hoy) en la desembocadura del mismo río, en las fronteras de la Moesia inferior. La nieve que bloqueaba las rutas me impidió viajar por tierra. Embarqué en Pola, y apenas tuve tiempo de visitar otra vez Atenas, donde más tarde habría de vivir largo tiempo. La noticia del asesinato de Domiciano, anunciada a los pocos días de mi llegada al campamento, no asombró a nadie y alegró a todo el mundo. Trajano no tardó en ser adoptado por Nerva; la avanzada edad del nuevo príncipe daba a esta sucesión un carácter perentorio. La política de conquistas, en la que mi primo se proponía lanzar a Roma según era notorio, los reagrupamientos de tropas que empezaban a cumplirse, la severidad progresiva de la disciplina, mantenían al ejército en

un estado de efervescencia y expectativa. Aquellas legiones danubianas funcionaban con la precisión de una máquina de guerra bien engrasada; no se parecían en nada a las soñolientas guarniciones que yo había conocido en España. Lo que es más importante, la atención del ejército había dejado de concentrarse en las querellas de palacio, para fijarse en los asuntos exteriores del imperio; nuestras tropas no se reducían ya a una banda de lictores prontos a aclamar o a degollar a cualquiera. Los oficiales más inteligentes se esforzaban por distinguir un plan general en esas reorganizaciones de las que participaban, por prever el futuro nacional y no solamente el suyo propio. Por lo demás aquellos acontecimientos, que atravesaban la primera etapa de su crecimiento, provocaban no pocos comentarios ridículos; todas las noches las mesas de los oficiales quedaban cubiertas de planes estratégicos tan gratuitos como inhábiles. El patriotismo romano, la creencia inquebrantable en los beneficios de nuestra autoridad y en la misión de Roma sobre los pueblos, asumían en aquellos profesionales una brutalidad a la cual yo no estaba aún acostumbrado. En las fronteras, donde precisamente hubiera hecho falta cierta habilidad, por lo menos momentánea, para obtener la adhesión de algunos jefes nómadas, el soldado eclipsaba por completo al estadista; los trabajos forzados y las requisiciones daban lugar a abusos que no asombraban a nadie. Gracias a las divisiones continuas entre los bárbaros, la situación

en el nordeste era más favorable que nunca; incluso dudo de que las guerras posteriores la hayan mejorado. Los incidentes fronterizos nos causaban pocas pérdidas, sólo inquietantes por su repetición continua; reconozcamos que ese perpetuo quién vive servia por lo menos para fortalecer el espíritu militar. Estaba persuadido sin embargo de que un menor número de demostraciones, unido al ejercicio de una mayor actividad mental; hubiera bastado para someter a ciertos jefes, para ganar la adhesión de los otros, y decidí consagrarme a esta última tarea que todo el mundo desdeñaba.

Impulsábame a ello mi gusto por el extrañamiento; me placía frecuentar a los bárbaros. Aquel gran país situado entre las bocas del Danubio y las de Borístenes, triángulo del cual recorrí por lo menos dos lados, se cuenta entre las regiones más sorprendentes del mundo, al menos para nosotros, hombres nacidos a orillas del Mar Interior, habituados a los paisajes puros y secos del sur, a las colinas y penínsulas. Allí adoré a la diosa Tierra, como aquí adoramos a la diosa Roma, y no hablo de Ceres sino de una divinidad más antigua, anterior a la invención de los cultivos. Nuestro suelo griego o latino, sostenido por la osamenta de las rocas, posee la elegancia ceñida de un cuerpo masculino; la tierra escita tenía la abundancia algo pesada de un cuerpo reclinado de mujer. La llanura sólo acababa en el cielo. Frente al milagro de los ríos mi maravilla no tenía fin; aquella vasta tierra vacía era tan sólo una

pendiente y un lecho para ellos. Nuestros ríos son cortos, y jamás nos sentimos lejos de sus fuentes. Pero el enorme caudal que acababa aquí en confusos estuarios, arrastraba consigo los limos de un continente desconocido, los hielos de regiones inhabitables. El frío de una meseta española no es inferior a ningún otro, pero por primera vez me hallaba cara a cara con el verdadero invierno, que en nuestras regiones sólo hace apariciones más o menos breves, mientras allá se mantiene durante largos meses, y más al norte se lo adivina inmutable, sin comienzo ni fin. La noche de mi llegada al campo, el Danubio era una inmensa ruta de hielo rojo, y más tarde de hielo azul, en la que el trabajo interior de las corrientes marcaba huellas tan hondas como las de los carros. Nos protegíamos del frío con pieles. La presencia de ese enemigo impersonal, casi abstracto, provocaba una exaltación extraordinaria, una sensación creciente de energía. Luchábamos por conservar ese calor, como en otras partes luchábamos por conservar el coraje. Ciertos días, en la estepa, la nieve borraba todos los planos, ya harto poco apreciables; se galopaba en un mundo de espacio puro, de puros átomos. La helada daba a las cosas más triviales y blandas una transparencia y una dureza celestes. Un junco quebrado se convertía en una flauta de cristal. Assar, mi guía caucásico, rompía hielo al atardecer para abrevar nuestros caballos. Aquellas bestias eran uno de nuestros puntos de contacto más útiles con los

bárbaros; los regateos y las interminables discusiones originaban una especie de amistad, y el respeto mutuo nacía de alguna proeza ecuestre. De noche, los fuegos del campamento iluminaban los extraordinarios brincos de los bailarines de estrecha cintura y sus extravagantes brazaletes de oro.

Muchas veces, en primavera, cuando el deshielo me permitía aventurarme hasta las regiones interiores, me ocurrió dar la espalda al horizonte austral que encerraba los mares y las islas bien conocidas, y al occidental, donde en alguna parte el sol se ponía sobre Roma, y soñar con adentrarme en aquellas estepas, superando los contrafuertes del Cáucaso, hacia el norte o el Asia más lejana. ¿Qué climas, qué fauna, qué razas humanas habría descubierto, qué imperios ignorantes del nuestro como nosotros de los suyos, o conociéndonos a lo sumo por algunas mercancías transmitidas de mano en mano por los traficantes, tan raras para ellos como la pimienta de la India y el grano de ámbar de las regiones bálticas para nosotros? En Odessos, un negociante que volvía después de un viaje de muchos años me regaló una piedra verde semitransparente, al parecer una sustancia sagrada procedente de un inmenso reino cuyos bordes había costeado, y cuyas costumbres y dioses no habían despertado el interés de aquel hombre sumido en la estrechez de su ganancia. La extraña gema me produjo el mismo efecto que una piedra caída del cielo, meteoro de otro mundo.

Conocemos aún muy mal la configuración de la tierra, pero no comprendo que uno pueda resignarse a esa ignorancia. Envidio a aquellos que lograrán dar la vuelta a los doscientos cincuenta mil estadios griegos tan bien calculados por Eratóstenes y cuyo recorrido nos traería otra vez al punto de partida. Me imaginaba a mí mismo tomando la simple decisión de seguir adelante por el sendero que reemplazaba nuestras rutas. Jugaba con esa idea... Estar solo, sin bienes, sin prestigio, sin ninguno de los beneficios de una cultura, exponiéndose en medio de hombres nuevos, entre azares vírgenes... Ni que decir que era un sueño, el más breve de todos. Aquella libertad que me inventaba sólo existía a la distancia; muy pronto hubiera recreado todo lo que acababa de abandonar. Más aún: en todas partes sólo hubiera sido un romano ausente. Una especie de cordón umbilical me ataba a la Ciudad. Quizá en aquella época, en aquel puesto de tribuno, me sentía más estrechamente ligado al imperio de lo que me siento hoy como emperador, por la misma razón que el hueso del puño es menos libre que el cerebro. Y sin embargo soñé ese sueño monstruoso que hubiera hecho estremecerse a nuestros antepasados, prudentemente confinados en su tierra del Lacio, y haberlo albergado en mí un instante me diferencia para siempre de ellos.

Trajano estaba a la cabeza de las tropas en la Germania inferior; el ejército del Danubio me designó portador de sus felicitaciones al nuevo heredero del imperio. Me hallaba a tres días de marcha de Colonia, en plena Galia, cuando en un alto del camino me fue anunciada la muerte de Nerva. Sentí la tentación de adelantarme al correo imperial y de llevar personalmente a mi primo la noticia de su advenimiento. Partí al galope, sin detenerme en parte alguna, salvo en Tréveris, donde mi cuñado Serviano residía en calidad de gobernador. Cenamos juntos. La alocada cabeza de Serviano estaba llena de vapores imperiales. Hombre tortuoso, empeñado en perjudicarme o por lo menos en impedirme agradar, concibió el plan de adelantárseme enviando su propio correo a Trajano. Dos horas después fui atacado al vadear un río; los asaltantes hirieron a mi ordenanza y mataron nuestros caballos. Pudimos sin embargo apoderarnos de uno de los agresores, antiguo esclavo de mi cuñado, quien confesó todo. Serviano hubiera debido darse cuenta de que no es tan fácil impedir que un hombre resuelto continúe su camino, a menos de matarlo, y era demasiado cobarde para llegar a ese punto. Tuve que hacer doce millas a pie antes de dar con un campesino que me vendiera su caballo. Llegué esa misma noche a Colonia, aventajando apenas al correo de mi cuñado. Esta especie de aventura tuvo éxito, y el ejército me recibió con un entusiasmo acrecentado.

El emperador me retuvo a su lado en calidad de tribuno de la Segunda Legión, la Fiel.

Había recibido la noticia de su advenimiento con admirable desenvoltura. Hacía mucho que la esperaba, y sus proyectos no cambiaban en absoluto. Seguía siendo el de siempre, el que sería hasta su muerte: un jefe. Pero había tenido la virtud de adquirir, gracias a una concepción totalmente militar de la disciplina, una idea de lo que es el orden en el Estado. Todo, por lo menos al principio, giraba en torno a esta idea, incluso sus planes de guerra y sus proyectos de conquista. Emperador-soldado, pero en modo alguno soldado-emperador. Nada cambió en su vida; su modestia prescindía tanto de la afectación como del empaque. Mientras el ejército se regocijaba, él asumía sus nuevas responsabilidades como parte del trabajo cotidiano, y mostraba a sus íntimos una sencilla satisfacción.

Yo le inspiraba muy poca confianza. Veinticuatro años mayor que yo, mi primo era mi co-tutor desde la muerte de mi padre. Cumplía sus obligaciones familiares con seriedad provinciana: estaba pronto a hacer lo imposible para ayudarme si mostraba ser digno, y a tratarme con más rigor que nadie si resultaba incompetente. Se había enterado de mis locuras de muchacho con una indignación en modo alguno injustificada, pero que sólo se da en el seno de las familias; por lo demás mis deudas lo escandalizaban mucho más que mis travesuras. Otros rasgos de mi carácter lo

inquietaban; poco cultivado, sentía un respeto conmovedor por los filósofos y los letrados, pero una cosa es admirar de lejos a los grandes filósofos y otra tener a su lado a un joven teniente demasiado teñido de literatura. No sabiendo dónde se situaban mis principios, mis contenciones, mis frenos, me suponía desprovisto de ellos y sin recursos contra mí mismo. De todas maneras, jamás había yo cometido el error de descuidar el servicio. Mi reputación de oficial lo tranquilizaba, pero para él no era más que un joven tribuno de brillante porvenir, que había que vigilar de cerca.

Un incidente de la vida privada estuvo muy pronto a punto de perderme. Un bello rostro me conquistó. Me enamoré apasionadamente de un jovencito que también había llamado la atención del emperador. La aventura era peligrosa, y la saboreé como tal. Cierto Galo, secretario de Trajano, que desde hacia mucho se creía en el deber de detallarle mis deudas, nos denunció al emperador. Su irritación fue grande, y yo pasé un mal momento. Algunos amigos, entre ellos Acilio Atiano, hicieron lo posible por impedir que se obstinara en un resentimiento tan ridículo. Acabó cediendo a sus instancias, y la reconciliación, al principio muy poco sincera por ambas partes, fue más humillante para mí que todas las escenas de cólera. Confieso haber guardado a Galo un odio incomparable. Muchos años más tarde fue condenado por falsificación de

escrituras públicas, y me sentí —con qué delicia— vengado.

La primera expedición contra los dacios comenzó al año siguiente. Por gusto y por política me he opuesto siempre al partido de la guerra, pero hubiera sido más o menos que un hombre si las grandes empresas de Trajano no me hubieran embriagado. Vistos en conjunto y a distancia, aquellos años de guerra se cuentan entre los más dichosos para mí. Su comienzo fue duro, o así me pareció. Empecé desempeñando puestos secundarios, pues aún no había alcanzado la total benevolencia de Trajano. Pero conocía el país y estaba seguro de ser útil. Casi a pesar mío, invierno tras invierno, campamento tras campamento, batalla tras batalla, sentía crecer mis objeciones a la política del emperador; en aquella época no tenía ni el deber ni el derecho de expresar esas objeciones en voz alta, aparte de que nadie me hubiera escuchado. Situado más o menos al margen, en el quinto o el décimo lugar, conocía tanto mejor a mis tropas y compartía más íntimamente su vida. Gozaba de cierta libertad de acción, o más bien de cierto desasimiento frente a la acción misma, que no es fácil permitirse una vez que se llega al poder y se han pasado los treinta años. Tenía mis ventajas: el gusto por ese duro país, mi pasión por todas las formas voluntarias —por lo demás intermitentes— de desposeimiento y austeridad. Quizá era el único de los oficiales jóvenes que no añoraba Roma.

Cuanto más se iban alargando en el lodo y en la nieve los años de la campaña, más ponían de relieve mis recursos.

Viví entonces una época de exaltación extraordinaria, debida en parte a la influencia de un pequeño grupo de tenientes que me rodeaba y que habían traído extraños dioses del fondo de las guarniciones asiáticas. El culto de Mitra, menos difundido entonces de lo que llegó a ser luego de nuestras expediciones contra los partos, me conquistó un momento por las exigencias de su arduo ascetismo, que tendía duramente el arco de la voluntad, por la obsesión de la muerte, del hierro y la sangre, que exaltaba al nivel de explicación del mundo la aspereza trivial de nuestras vidas de soldados. Nada hubiera debido oponerse más a las ideas que empezaba yo a abrigar acerca de la guerra, pero aquellos ritos bárbaros, que crean entre los afiliados vínculos de vida y de muerte, halagaban los más íntimos ensueños de un joven ansioso de presente, incierto ante el porvenir, y por ello mismo abierto a los dioses. Fui iniciado en una torrecilla de madera y juncos, a orillas del Danubio, teniendo por asistente a Marcio Turbo, mi compañero de armas. Me acuerdo de que el peso del toro agonizante estuvo a punto de derrumbar el piso bajo cuya abertura me hallaba para recibir la sangrienta aspersión. Más tarde he reflexionado sobre los peligros que estas sociedades casi secretas pueden hacer correr al estado si su príncipe es débil,

y he terminado por reprimirlas rigurosamente, pero reconozco que frente al enemigo confieren a sus adeptos una fuerza casi divina. Cada uno de nosotros creía escapar a los estrechos limites de su condición de hombre, se sentía a la vez él mismo y el adversario, asimilado al dios de quien ya no se sabe si muere bajo forma bestial o mata bajo forma humana. Aquellos ensueños extraños, que hoy llegan a aterrarme, no diferían tanto de las teorías de Heráclito sobre la identidad del arco y del blanco. En aquel entonces me ayudaban a tolerar la vida. La victoria y la derrota se mezclaban, confundidas, rayos diferentes de la misma luz solar. Aquellos infantes dacios que pisoteaban los cascos de mi caballo, aquellos jinetes sármatas abatidos más tarde en encuentros cuerpo o cuerpo donde nuestras cabalgaduras encabritadas se mordían en pleno pecho, a todos podía yo herirlos más fácilmente por cuanto me identificaba con ellos. Abandonado en un campo de batalla, mi cuerpo despojado de sus ropas no hubiera sido tan distinto de los suyos. El choque de la última estocada hubiera sido el mismo. Te confieso así pensamientos extraordinarios, que se cuentan entre los más secretos de mi vida, y una extraña embriaguez que jamás he vuelto a encontrar exactamente bajo esa forma.

Cierto número de acciones brillantes, que quizá no hubieran llamado la atención en un simple soldado, me dieron renombre en Roma y una suerte de gloria en el ejército. La mayoría de mis supuestas

proezas no eran más que inútiles bravatas; con cierta vergüenza descubro hoy, detrás de esa exaltación casi sagrada de que hablaba hace un momento, un bajo deseo de agradar a toda costa y atraer la atención sobre mí. Así, un día de otoño, crucé a caballo el Danubio henchido por las lluvias, llevando el pesado equipo de los soldados bátavos. En este hecho de armas, silo fue, mi cabalgadura tuvo más mérito que yo. Pero ese período de locuras heroicas me enseñó a distinguir entre los diversos aspectos del coraje. Aquel que me gustaría poseer de continuo es glacial, indiferente, libre de toda excitación física, impasible como la ecuanimidad de un dios. No me jacto de haberlo alcanzado jamás. La falsificación que utilicé más tarde no pasaba de ser, en mis días malos, una cínica despreocupación hacia la vida, y en los días buenos, un sentimiento del deber al cual me aferraba. Pero muy pronto, por poco que durara el peligro, el cinismo o el sentimiento del deber cedían a un delirio de intrepidez, especie de extraño orgasmo del hombre unido a su destino. A la edad que tenía entonces, aquel ebrio coraje persistía sin cesar. Un ser embriagado de vida no prevé la muerte; ésta no existe, y él la niega con cada gesto. Si la recibe, será probablemente sin saberlo; para él no pasa de un choque o de un espasmo. Sonrío amargamente cuando me digo que hoy consagro un pensamiento de cada dos a mi propio fin, como si se necesitaran tantos preparativos para decidir a este cuerpo

gastado a lo inevitable. En aquella época, en cambio, un joven que mucho hubiera perdido de no vivir algunos años más, arriesgaba alegremente su porvenir todos los días.

Sería fácil interpretar lo que antecede como la historia de un soldado demasiado intelectual, que busca hacerse perdonar sus libros. Pero estas perspectivas simplificadas son falsas. Diversos personajes reinaban en mi sucesivamente, ninguno por mucho tiempo, pero el tirano caído recobraba rápidamente el poder. Albergaba así al oficial escrupuloso, fanático de disciplina, pero que compartía alegremente las privaciones de la guerra con sus hombres; al melancólico soñador de los dioses, al amante dispuesto a todo por un instante de vértigo, al joven teniente altanero que se retira a su tienda, estudia sus mapas a la luz de la lámpara, sin ocultar a los amigos su desprecio por la forma en que van las cosas, y al estadista futuro. Pero tampoco olvidemos al innoble adulador, que para no desagradar consentía en emborracharse en la mesa imperial, al jovenzuelo que opinaba sobre cualquier cosa con ridícula seguridad; al conversador frívolo, capaz de perder a un buen amigo por una frase ingeniosa; al soldado que cumplía con precisión maquinal sus bajas tareas de gladiador. Y mencionemos también a ese personaje vacante, sin nombre, sin lugar en la historia, pero tan yo como todos los otros, simple juguete de las cosas, ni más ni menos que un cuerpo, tendido en

su lecho de campaña, distraído por un olor, ocupado por un aliento, vagamente atento a un eterno zumbido de abeja. Y sin embargo, poco a poco, un recién venido entraba en función: un hombre de teatro, un director de escena. Conocía el nombre de mis actores; arreglaba para ellos entradas y salidas plausibles; cortaba las réplicas inútiles; evitaba gradualmente los efectos vulgares. Aprendía por fin a no abusar del monólogo. Poco a poco mis actos me iban formando.

Las hazañas militares hubieran podido valerme la enemistad de un hombre menos grande que Trajano. Pero el coraje era el único lenguaje que comprendía inmediatamente y cuyas palabras llegaban a su corazón. Acabó por ver en mía un segundo, casi a un hijo, y nada de lo que sucedió más tarde pudo separarnos del todo. Por mi parte, algunas de mis nacientes objeciones a su política fueron dejadas momentáneamente de lado, olvidadas frente al admirable genio que Trajano desplegaba en el ejército. Siempre me ha gustado ver trabajar a un gran especialista. En lo suyo, el emperador poseía una habilidad y una seguridad inigualables. Al frente de la Legión Minervina, la más gloriosa de todas, fui designado para destruir las últimas defensas del enemigo en la región de las Puertas de Hierro. Luego del sitio de la ciudadela de Sarmizegetusa, entré con el emperador a la sala subterránea donde los consejeros del rey Decebalo acababan de envenenarse en el curso de un

banquete final; Trajano me ordenó hacer quemar aquel extraño amontonamiento de muertos. Por la noche, en la escarpa del campo de batalla, me puso en el dedo el anillo de diamantes que había recibido de Nerva, y que representaba en cierto modo la prenda de la Sucesión del poder. Aquella noche dormí contento.

Mi incipiente popularidad dio a mi segunda estadía en Roma algo de ese sentimiento de euforia que habría de volver a encontrar en un grado mucho mayor durante mis años de felicidad. Trajano me había entregado dos millones de sextercios para hacer regalos al pueblo. La suma no era bastante, pero yo gozaba ya de la administración de mi propia fortuna, que era considerable, y vivía a salvo de preocupaciones de dinero. Había perdido en gran medida mi innoble temor de desagradar. Una cicatriz en el mentón me proporcionó el pretexto para usar la corta barba de los filósofos griegos. Impuse a mi vestimenta una simplicidad que exageré todavía más en la época imperial; mi tiempo de brazaletes y perfumes había terminado. No importaba que esta simplicidad fuese todavía una actitud. Lentamente me iba habituando a la privación por sí misma y a ese contraste que amé más tarde entre una colección de gemas preciosas y las manos desnudas del coleccionista. A propósito de vestimentas, durante el año en que serví como tribuno del pueblo me ocurrió un incidente del cual se extrajeron presagios. Un día en que me tocaba

hablar en público bajo la lluvia, perdí mi abrigo de gruesa lana gala. Obligado a pronunciar mi discurso envuelto en una toga, por cuyos pliegues resbalaba el agua como en otros tantos canalones, me pasaba a cada momento la mano por la frente para secar la lluvia que me llenaba los ojos. Resfriarse es en Roma un privilegio de emperador, puesto que le está vedado llevar cualquier otra prenda que no sea la toga; a partir de aquel día, la vendedora de la esquina y el voceador de sandías creyeron en mi fortuna.

Se habla con frecuencia de los ensueños de la juventud. Pero se olvidan demasiado sus cálculos. También son ensueños, y no menos alocados que los otros. No era yo el único en soñarlos durante aquel período de fiestas romanas; el ejército entero se precipitaba a la carrera de los honores. Entré asaz alegremente en ese papel de ambicioso que jamás he podido representar mucho tiempo con convicción, o sin los constantes auxilios de un apuntador. Acepté desempeñar con la más prudente exactitud la aburrida función de curador de las actas del Senado, y cumplir mi tarea con provecho. El lacónico estilo del emperador, admirable en el ejército, resultaba insuficiente para Roma; la emperatriz, cuyos gustos literarios se parecían a los míos, lo persuadió de que me dejara preparar sus discursos. Aquél fue el primero de los buenos oficios de Plotina. Logré éxito, tanto más que estaba acostumbrado a ese tipo de complacencias. En la

época de mis penosos comienzos, muchas veces había redactado arengas para senadores cortos de ideas o de estilo, y que acababan por creerse sus verdaderos autores. Trabajar para Trajano me produjo un placer semejante al que los ejercicios de retórica me habían proporcionado en la adolescencia; a solas en mi habitación, estudiando mis efectos ante un espejo, me sentía emperador. La verdad es que aprendí a serlo; las audacias de que no me hubiera creído capaz se volvían fáciles cuando era otro quien las endosaba. El pensamiento del emperador, simple pero inarticulado, y por tanto oscuro, se me hizo familiar; me jactaba de conocerlo un poco mejor que él mismo. Me encantaba mimar el estilo militar del jefe, escucharlo pronunciar en el Senado frases que parecían típicas y de las cuales era yo responsable. Otras veces, estando enfermo Trajano, fui encargado de leer personalmente aquellos discursos de los cuales él ya no se enteraba; mi elocución por fin irreprochable honraba las lecciones del actor trágico Olimpo.

Aquellas funciones casi secretas me valían la intimidad del emperador y hasta su confianza, pero la antigua antipatía continuaba. Por un momento había cedido al placer que un viejo príncipe siente al ver que un joven de su sangre inicia una carrera, pues con no poca ingenuidad imagina que habrá de continuar la suya. Pero quizá ese entusiasmo había brotado con tanta fuerza en el campo de batalla de Sarmizegetusa porque irrumpía a través de

muchas capas superpuestas de desconfianza. Aun hoy creo que había allí algo más que la mextirpable animosidad basada en las querellas seguidas de difíciles reconciliaciones, en las diferencias de temperamento, o simplemente en los hábitos mentales de un hombre que envejece. El emperador detestaba instintivamente a los subalternos indispensables. Hubiera preferido en mí una mezcla de celo e irregularidad al cumplir mi cargo: le resultaba casi sospechoso a fuerza de técnicamente irreprochable. Bien se lo vio cuando la emperatriz creyó ayudar mi carrera arreglándome un casamiento con la sobrina nieta de Trajano. Éste se opuso obstinadamente al proyecto, alegando mi falta de virtudes domésticas, la extremada juventud de la elegida y hasta mis antiguas historias de deudas. la emperatriz se empecinó, y yo mismo insistí; a su edad, Sabina no dejaba de tener encantos. Aquel matrimonio, aligerado por una ausencia casi continua, fue para mí una frente tal de irritaciones y de inconvenientes, que me cuesta recordar que en su día representó un triunfo para un ambicioso de veintiocho años.

Ahora pertenecía más que nunca a la familia, y me vi forzado a vivir en su seno. Pero todo me desagradaba en ese medio, salvo el hermoso rostro de Plotina. Las comparsas españolas y los primos provincianos abundaban en la mesa imperial, así como más tarde habría de encontrarlos en las comidas de mi mujer, durante mis raras estadías en

Roma; ni siquiera agregaré que volvía a encontrarlos envejecidos, pues ya en aquella época todos parecían centenarios. Una espesa cordura, algo como una rancia prudencia, emanaba de sus personas. Casi toda la vida del emperador había transcurrido en el ejército; Conocía Roma muchísimo menos que yo. Ponía una buena voluntad incomparable en rodearse de todo lo que la ciudad le ofrecía de mejor, o de lo que le presentaban como tal. El círculo oficial estaba compuesto por hombres de admirable integridad, pero cuya cultura era un tanto pesada, mientras su blanda filosofía no iba al fondo de las cosas. Nunca me ha placido mucho la afabilidad estirada de Plinio; la sublime tiesura de Tácito se me antoja que encierra la concepción del mundo de un republicano reaccionario y que se detiene en la época de la muerte de César. En cuanto al círculo extraoficial, era de una repelente grosería, lo que me evitó momentáneamente correr nuevos riesgos. Para todas aquellas gentes tan variadas, tenía yo la cortesía indispensable. Me mostraba deferente hacia unos, flexible ante otros, canallesco cuando hacía falta, hábil pero no demasiado hábil. Mi versatilidad me era necesaria; era múltiple por cálculo, ondulante por juego. Caminaba sobre la cuerda floja. No sólo me hubieran hecho falta las lecciones de un actor, sino las de un acróbata.

Por aquel entonces me reprocharon algunos adulterios con patricias. Dos o tres de aquellas relaciones tan criticadas duraron más o menos hasta

comienzos de mi principado. Roma, tan propicia al libertinaje, no ha apreciado jamás el amor entre aquellos que gobiernan. Marco Antonio y Tito podrían dar testimonio de ello. Mis aventuras eran más modestas, pero teniendo en cuenta nuestras costumbres, no entiendo cómo un hombre a quien las cortesanas repugnaron siempre, y a quien el matrimonio hartaba ya, hubiera podido familiarizarse de otra manera con la variada sociedad de las mujeres. Mis enemigos, encabezados por el odioso Serviano, mi cuñado, que por tener treinta años más que yo podía aunar las atenciones del pedagogo con las del espía, pretendían que la ambición y la curiosidad pesaban en aquellos amores más que el amor mismo, que la intimidad con las esposas me hacía penetrar poco a poco en los secretos políticos de los maridos y que las confidencias de mis amantes valían para mí tanto como los informes policiales que habían de deleitarme más tarde. Verdad es que toda relación prolongada me valía casi inevitablemente la amistad de un esposo robusto o débil pomposo o tímido, y casi siempre ciego, pero por lo general extraía de ellas muy poco placer y menos provecho. Hasta debo confesar que ciertos relatos indiscretos de mis amantes, escuchados sobre la almohada, terminaban despertando simpatía por esos maridos tan burlados y tan mal comprendidos. Aquellas relaciones, harto agradables cuando las mujeres eran hábiles, llegaban a ser conmovedoras cuando eran

hermosas. Yo estudiaba las artes, me familiarizaba con las estatuas; aprendía a conocer mejor a la Venus de Cnido o a Leda temblorosa bajo el peso del cisne. Era el mundo de Tibulo y de Propercio; una melancolía, un ardor un tanto ficticio pero obsesionante como una melodía en el modo frigio, besos furtivos en las escaleras, velos flotantes sobre los pechos, partidas al alba, y coronas de flores abandonadas en los umbrales.

Ignoraba casi todo de esas mujeres; lo que me daban de su vida cabía entre dos puertas entornadas; su amor, del que hablaban sin cesar, me parecía a veces tan liviano como sus guirnaldas, una joya de moda, un accesorio costoso y frágil; sospechaba que se adornaban con su pasión a la vez que con su carmín y sus collares. Mi vida era igualmente misteriosa para ellas; no querían conocerla, prefiriendo soñarla de la manera más arbitraria. Acababa por comprender que el espíritu del juego exigía esos disfraces perpetuos, esos excesos en la confesión y las quejas, ese placer tan pronto fingido como disimulado, esos encuentros concertados como figuras de danza. Aun durante las querellas esperaban de mí una réplica prevista, y la bella desconsolada se retorcía las manos como en escena.

Con frecuencia he pensado que los amantes apasionados de las mujeres están tan enamorados del templo y los accesorios del culto como de la diosa misma; hallan deleite en los dedos enrojecidos con alheña, en los perfumes frotados sobre la piel,

en las mil astucias que exaltan la belleza y a veces la fabrican por entero. Aquellos tiernos ídolos diferían por completo de las grandes hembras bárbaras o de nuestras campesinas pesadas y graves; nacían de las volutas doradas de las grandes ciudades, de las cubas del tintorero o del vapor de los baños, tal como Venus de las olas griegas. Era casi imposible separarlas de la afiebrada dulzura de ciertas noches de Antioquía, de la excitación matinal de Roma, de los nombres famosos que ostentaban, del lujo en medio del cual su último secreto era el de mostrarse desnudas, pero jamás sin adornos. Yo hubiera querido más: la criatura humana despojada, a solas consigo misma, como alguna vez debería estarlo durante una enfermedad, a la muerte de un primogénito, al ver una arruga en el espejo. Un hombre que lee, que piensa o que calcula, pertenece a la especie y no al sexo; en sus mejores momentos llega a escapar a lo humano. Pero mis amantes parecían empecinarse en pensar tan sólo como mujeres; el espíritu o el alma que yo buscaba no pasaba todavía de un perfume.

Debía de haber otra cosa, sin embargo. Disimulado tras de una cortina, como un personaje de comedia que espera la hora propicia, espiaba con curiosidad los rumores de un interior desconocido, el sonido particular de las charlas de mujeres, el estallido de una cólera o una risa, los murmullos de una intimidad, todo aquello que cesaba tan pronto me sabían allí. Los niños, la

perpetua preocupación por los vestidos, las cuestiones de dinero, debían de adquirir en mi ausencia una importancia que me ocultaban; aun el marido tan befado se volvía esencial, quizá hasta lo amaban. Solía comparar a mis amantes con el rostro malhumorado de las mujeres de mi familia, las administradoras y las ambiciosas, ocupadas sin cesar en la liquidación de las cuentas matrimoniales o vigilar el tocado de los bustos de los antepasados. Me preguntaba si aquellas matronas estrecharían también a un amante bajo la glorieta del jardín, y si mis fáciles beldades no esperaban más que mi partida para reanudar una discusión con el intendente. Buscaba, bien o mal, unir esas dos caras del mundo de las mujeres.

El año pasado, poco después de la conspiración en la cual Serviano terminó perdiendo la vida, una de mis amantes de antaño se tomó el trabajo de ir a la Villa para denunciar a uno de sus yernos. No hice caso de la acusación, nacida quizá de un odio de suegra tanto como del deseo de serme útil. Pero me interesó la conversación, que sólo se refería, como en otros tiempos en el tribunal de herencias, a testamentos, tenebrosas maquinaciones entre pacientes cercanos, matrimonios intempestivos o desafortunados. Volvía a encontrar el estrecho circulo de las mujeres, su duro sentido práctico, su cielo que se vuelve gris tan pronto el amor deja de iluminarlo. Ciertas actitudes, una especie de áspera lealtad, me recordaron a mi fastidiosa Sabina. Las

facciones de la visitante parecían aplastadas, fundidas, como si la mano del tiempo hubiera pasado y repasado brutalmente sobre una máscara de cera blanda; aquello que yo había consentido en tomar un momento por belleza, no había sido más que una flor de frágil juventud. Pero el artificio reinaba todavía: aquel rostro arrugado utilizaba torpemente la sonrisa. Los recuerdos voluptuosos, si alguna vez los hubo, se habían borrado completamente para mí; quedaba un intercambio de frases afables con una criatura marcada como yo por la enfermedad o la vejez, la misma buena voluntad algo impaciente que habría mostrado ante una vieja prima española o una parienta lejana venida de Narbona.

Me esfuerzo por recobrar un instante, entre los anillos de humo, las burbujas irisadas de un juego de niño. Pero olvidar es fácil... Tantas cosas han pasado desde aquellos livianos amores, que sin duda ya no reconozco su sabor; me place sobre todo negar que me hayan hecho sufrir. Y sin embargo hay una, entre aquellas amantes, que quise deliciosamente. Era a la vez más fina y más robusta, más tierna y más dura que las otras; aquel menudo torso curvo hacía pensar en un junco. Siempre aprecié la belleza de las cabelleras, esa parte sedosa y ondulante de un cuerpo, pero la cabellera de la mayoría de nuestras mujeres son torres, laberintos, barcas o nudos de víboras. La suya consentía en ser lo que yo amo que sean: el racimo de uvas de la vendimia,

o el ala. Tendida de espaldas, apoyando en mi su pequeña cabeza orgullosa, me hablaba de sus amores con un impudor admirable. me gustaban su furor y su desasimiento en el placer, su gesto difícil y su encarnizamiento en destrozar su alma. Le conocí docenas de amantes; ya no llevaba la cuenta, y yo no era más que un comparsa que no exigía fidelidad. Se había enamorado de un bailarín llamado Batilo, tan hermoso, que todas las locuras se justificaban por adelantado. Sollozaba su nombre entre mis brazos; mi aprobación le devolvía el coraje. En otros momentos habíamos reído mucho juntos. Murió, joven, en una isla malsana donde la había exiliado su familia a consecuencia de un divorcio escandaloso. Me alegré por ella, pues temía envejecer, pero ese sentimiento no lo experimentamos jamás por aquellos que hemos amado verdaderamente. Aquella mujer tenía inmensas necesidades de dinero. Una vez me pidió que le prestara cien mil sextercios. Se los llevé al día siguiente. Se sentó en el suelo, figurilla de jugadora de dados, yació el saco y se puso a equilibrar las pilas resplandecientes. Yo sabia que para ella, como para todos nosotros los pródigos, las piezas de oro no eran monedas trabucantes marcadas con una cabeza de César, sino una materia mágica: una moneda personal en la que se había estampado la efigie de una quimera al lado del bailarín Batilo. Yo no existía ya. Ella estaba sola. Casi fea, arrugando la frente con una deliciosa indiferencia por su

belleza, hacia y rehacía con los dedos las difíciles sumas, plegada la boca en un mohín de colegiala. Jamás me pareció más encantadora.

La noticia de las incursiones sármatas llegó a Roma mientras se celebraba el triunfo dacio de Trajano. La fiesta, largo tiempo diferida, llevaba ya ocho días. Se había precisado cerca de un año para hacer venir de África y Asia los animales salvajes que habrían de ser abatidos en masa en la arena; la masacre de doce mil fieras, el metódico degüello de diez mil gladiadores, convertían a Roma en un lupanar de la muerte. Aquella noche me hallaba en la terraza de la casa de Atiano, con Marcio Turbo y nuestro huésped. La ciudad iluminada estaba espantosa de alegría desenfrenada; el populacho convertía aquella dura guerra, en la cual Marcio y yo habíamos consagrado cuatro años de juventud, en un pretexto de fiestas vinosas, en un brutal triunfo de segunda mano. No era oportuno hacer saber al pueblo que aquellas victorias tan alabadas no eran definitivas y que un nuevo enemigo avanzaba sobre nuestras fronteras. Ocupado ya en sus proyectos sobre el Asia, el emperador se desinteresaba más o menos de la situación en el nordeste, que prefería considerar como arreglada de una vez por todas. Aquella primera guerra sármata fue presentada como una simple expedición punitiva. Trajano me confió la dirección, con el título de gobernador de Panonia y poderes de general en jefe.

La guerra duró once meses y fue atroz. Creo todavía que la aniquilación de los dacios estaba más o menos justificada; ningún jefe de estado soporta de buen grado la existencia de un enemigo organizado a sus puertas. Pero la caída del reino de Decebalo había creado en esas regiones un vacío en el cual se precipitaban los sármatas; bandas surgidas de ninguna parte infestaban un país devastado por años de guerra, incendiado y vuelto a incendiar por nuestras tropas, y donde nuestros efectivos, insuficientes, carecían de puntos de apoyo; aquellas bandas pululaban como gusanos en el cadáver de nuestras victorias dacias. Los éxitos habían minado la disciplina; en los puestos avanzados volví a encontrar parte de la grosera despreocupación de las fiestas romanas. Ciertos tribunos mostraban una confianza estúpida ante el peligro; aislados en una región cuya única parte bien conocida era nuestra antigua frontera, contaban para seguir triunfando con los armamentos que yo veía disminuir de día en día por efecto de las pérdidas y el desgaste, y con refuerzos que no esperaba ver llegar, sabedor de que todos nuestros recursos serían concentrados desde ese momento en Asia.

Otro peligro empezaba a asomar: cuatro años de requisiciones oficiales habían arruinado las aldeas de la retaguardia. Desde las primeras campañas contra los dacios, por cada vacada o rebaño de carneros pomposamente ganado al enemigo, había

visto innumerables desfiles de animales arrancados por la fuerza a los aldeanos. Si este estado de cosas persistía, no estaba lejos la hora en que nuestras poblaciones campesinas, hartas de soportar la pesada máquina militar romana, terminarían prefiriendo a los bárbaros. Las rapiñas de la soldadesca presentaban un problema quizá menos esencial pero más visible. Mi popularidad era lo bastante grande como para no vacilar en imponer a las tropas las más duras restricciones; puse de moda una austeridad que era el primero en practicar; inventé el culto a la Disciplina Augusta, que logré extender más tarde a todo el ejército. Envié a Roma a los imprudentes y a los ambiciosos, que complicaban mi tarea; en cambio hice venir a los técnicos que necesitábamos. Fue preciso reparar las defensas que el orgullo de nuestras recientes victorias había descuidado singularmente; abandoné de una vez por todas aquellas que hubiera sido demasiado costoso mantener. Los administradores civiles, sólidamente instalados en el desorden que sigue a toda guerra, pasaban gradualmente a la situación de jefes semiindependientes, capaces de las peores exacciones a nuestros súbditos y de las peores traiciones contra nosotros. También aquí veía yo prepararse a mayor o menor plazo las rebeliones y las divisiones futuras. No creo que evitemos estos desastres, pues sería como evitar la muerte, pero de nosotros depende hacerlos recular algunos siglos. Despedí a los funcionarios incapaces; mandé

ejecutar a los peores. Descubrí que podía ser despiadado.

Un otoño brumoso y un invierno frío sucedieron a un húmedo verano. Tuve que recurrir a mis conocimientos de medicina, en primer lugar para cuidarme a mí mismo. Aquella vida de frontera me colocaba poco a poco al nivel de los sármatas; la corta barba del filósofo griego se convertía en la del jefe bárbaro. Volví a presenciar todo lo que había visto hasta la náusea en el curso de las campañas dacias. Nuestros enemigos quemaban vivos a los prisioneros; nosotros los degollábamos, por carecer de medios de transporte que los llevaran a los mercados de esclavos de Roma o de Asia. Las estacas de nuestras empalizadas se erizaban de cabezas cortadas. El enemigo torturaba a los rehenes; muchos de mis amigos perecieron así. Uno de ellos se arrastró con las piernas ensangrentadas hasta nuestro campo; estaba tan desfigurado, que jamás pude volver a imaginar su rostro intacto. El invierno escogió sus victimas: grupos ecuestres atrapados en el hielo o arrastrados por las crecientes, enfermos desgarrados por la tos, gimiendo débilmente en las tiendas, muñones helados de los heridos. Una buena voluntad admirable se concentró en torno a mí: la reducida tropa que mandaba tenía en su estrecha cohesión una forma suprema de virtud, la única que soporto todavía: su firme determinación de ser útil. Una tránsfuga sármata que me servia de intérprete arriesgó la vida para fomentar en su tribu

las revueltas o las traiciones. Conseguí tratar con aquella población; desde entonces sus hombres combatieron en nuestros puestos de avanzada, protegiendo a nuestros soldados. Algunos golpes de audacia, imprudentes en si pero sagazmente dispuestos, probaron al enemigo lo absurdo de luchar contra Roma. Uno de los jefes sármatas siguió el ejemplo de Decebalo: lo hallaron muerto en su tienda de fieltro, junto a sus mujeres estranguladas y un horrible paquete en el cual estaban sus niños. Mi repugnancia por el derroche inútil se hizo aquel día extensiva a las pérdidas de los bárbaros; lamenté aquellos muertos que Roma hubiera podido asimilar y emplear un día como aliados contra hordas todavía más salvajes. Nuestros asaltantes, desbandados, desaparecieron como habían venido en aquella oscura región de donde habrán de asomar sin duda muchas otras tempestades. La guerra no estaba concluida. Tuve que reanudaría y darle fin algunos meses después de mi advenimiento. El orden, por lo menos, reinaba momentáneamente en aquella frontera. Volví a Roma cubierto de honores. Pero había envejecido.

Mi primer consulado fue todavía un año de campaña, una lucha secreta pero continua en favor de la paz. No la libraba solo, sin embargo. Un cambio de actitud paralelo al mío se había producido antes de mi vuelta en Licinio Sura, en Atiano, en Turbo, como si a pesar de la severa censura que aplicaba yo a mis cartas, mis amigos me hubieran

comprendido, precediéndome o siguiéndome. Antaño, los altibajos de mi fortuna me molestaban sobre todo frente a ellos; los temores o las impaciencias que de estar solo hubiera sobrellevado sin esfuerzo, se tornaban aplastantes tan pronto me veía forzado a ocultarlos a su solicitud o a confesarlos; me incomodaba que su cariño se inquietara por mi más de lo que me inquietaba yo mismo, y que jamás viera, bajo las agitaciones exteriores, a ese ser más tranquilo a quien en el fondo nada le importa y que por consiguiente puede sobrevivir a todo. Pero ahora ya no había tiempo para interesarme en mí mismo, y tampoco para desinteresarme. Mi persona se borraba, precisamente porque mi punto de vista empezaba a pesar. Lo importante era que alguien se opusiera a la política de conquistar, arrostrara las consecuencias y el fin y se preparara de ser posible a reparar sus errores.

Mi puesto en las fronteras me había mostrado una cara de la victoria que no figura en la Columna Trajana. Mi retorno a la administración civil me permitió acumular contra el partido militar un legajo aún más decisivo que todas las pruebas reunidas en el ejército. La oficialidad de las legiones y la entera guardia pretoriana están formadas exclusivamente por elementos itálicos; aquellas lejanas guerras minaban las reservas de un país ya pobre en hombres. Los que no morían se malograban igualmente para la patria propiamente dicha, pues

se los obligaba a establecerse en las tierras recién conquistadas. Aun en las provincias, el sistema de reclutamiento provocó serios motines por aquel entonces. Un viaje a España, emprendido algo después para inspeccionar la explotación de las minas de cobre de mi familia, me mostró el desorden que había introducido la guerra en todas las ramas de la economía; terminé por convencerme de que las protestas de los negociantes que frecuentaba en Roma estaban bien fundadas. No incurría en la ingenuidad de creer que de nosotros dependería siempre evitar las guerras, pero sólo aceptaba las defensivas; concebía un ejército preparado para mantener el orden en las fronteras, rectificadas si fuese necesario, pero seguras. Todo nuevo desarrollo del vasto organismo imperial se me antojaba una excrecencia maligna, un cáncer o el edema de una hidropesía que terminaría matándonos.

Ninguno de estos pareceres hubieran podido ser expresados ante el emperador. Trajano había llegado a ese momento de la vida, variable para cada hombre, en el que ser humano se abandona a su demonio o a su genio, siguiendo una ley misteriosa que le ordena destruirse o trascenderse. En conjunto, la obra de su principado había sido admirable, pero los trabajos pacíficos hacia los cuales sus mejores consejeros lo inducían, aquellos grandes proyectos de los arquitectos y los legistas del reino, contaban menos para él que una sola victoria. El

despilfarro más insensato se había apoderado de aquel hombre tan noblemente parsimonioso cuando se trataba de sus necesidades personales. El oro bárbaro extraído del lecho del Danubio, los quinientos mil lingotes del rey Decebalo, habían bastado para pagar las larguezas concedidas al pueblo, las donaciones militares de las que yo había tenido mi parte, el lujo insensato de los juegos y los gastos iniciales de los grandes proyectos militares en Asia. Aquellas riquezas sospechosas engañaban sobre el verdadero estado de las finanzas. Lo que venia de la guerra se volvía a la guerra.

Licinio Sura murió en estas circunstancias. Había sido el más liberal de los consejeros privados del emperador. Su muerte significó para nosotros una batalla perdida. Hacia mi había mostrado siempre una solicitud paternal; desde hacia varios años las débiles fuerzas que le dejaba la enfermedad no le permitían los prolongados trabajos de la ambición personal, pero le bastaron siempre para servir a un hombre cuyas miras le parecían sanas. La conquista de Arabia había sido emprendida en contra de sus consejos; sólo él, de haber vivido, hubiera podido evitar al Estado las fatigas y los gigantescos gastos de la campaña parta. Aquel hombre devorado por la fiebre empleaba sus horas de insomnio en discutir conmigo los planes más agotadores, cuyo triunfo le importaba más que algunas horas suplementarias de existencia. Junto a su lecho viví por adelantado, hasta el último detalle

administrativo, ciertas fases futuras de mi reino. Las criticas del moribundo exceptuaban al emperador, pero sentía que al morir se llevaba consigo el resto de sensatez que aún quedaba al régimen. De haber vivido dos o tres años más, quizá hubieran podido evitarse algunas maquinaciones tortuosas que marcaron mi ascenso al poder; él hubiera logrado persuadir al emperador de que me adoptara antes, y a cielo descubierto. Pero las últimas palabras de aquel estadista que me legaba su tarea fueron una de mis investiduras imperiales.

Si el grupo de mis partidarios iba en aumento, lo mismo ocurría con el de mis enemigos. Mi adversario más peligroso era Lucio Quieto, romano mestizado de árabe, cuyos escuadrones númidas habían cumplido un importante papel en la segunda campaña dacia y que apoyaba con salvaje ímpetu la guerra en Asia. Todo, en aquel personaje, me era odioso: su lujo bárbaro, el presuntuoso ondular de sus velos blancos ceñidos con una cuerda de oro, sus ojos arrogantes y falsos, su increíble crueldad con los vencidos y los que se sometían. Aquellos jefes del partido militar se diezmaban en luchas intestinas, pero los restantes se iban afirmando en el poder, por lo cual yo me veía expuesto cada vez más a la desconfianza de Palma o al odio de Celso. Por fortuna mi posición era casi inexpugnable. El gobierno civil descansaba más y más en mi desde que el emperador se dedicaba exclusivamente a sus proyectos guerreros. Aquellos de mis amigos que

hubieran podido reemplazarme por sus aptitudes o su conocimiento de la cosa pública, insistían con doble modestia en preferirme. Neracio Prisco, que gozaba de la confianza del emperador, se acantonaba cada vez más deliberadamente en su especialidad legal. Atiano organizaba su vida de manera de serme útil. Contaba yo con la prudente aprobación de Plotina. Un año antes de la guerra fui promovido a la función de gobernador de Siria, a la que más tarde se agregó la de legado ante el ejército. Tenía a mi cargo la inspección y organización de nuestras bases, y me había convertido así en una de las palancas de mando de una empresa que consideraba insensata. Durante un tiempo vacilé, pero al final di mi consentimiento. Negarme hubiera sido cortar los accesos al poder en momentos en que el poder me importaba más que nunca. Y además hubiera perdido mi única oportunidad de desempeñar el papel de moderador.

Durante esos años que precedieron a la gran crisis, había tomado una decisión que llevó a mis enemigos a considerarme irremediablemente frívolo, y que en parte estaba destinada a lograr ese fin y parar así todo ataque. Pasé algunos meses en Grecia. La política, por lo menos en apariencia, no tuvo nada que ver con ese viaje. Se trataba de una excursión de placer y de estudio; volví con algunas copas grabadas y libros que compartí con Plotina. De todos mis honores oficiales, el que allí recibí me

dio la alegría más pura: fui nombrado arconte de Atenas. Pude concederme algunos meses de trabajo y fáciles deleites, de paseos en primavera por colinas sembradas de anémonas, de contacto amistoso con el mármol desnudo. En Queronea, adonde había ido a enternecerme con el recuerdo de las antiguas parejas de amigos del Batallón Sagrado, fui durante los días huésped de Plutarco. También yo había tenido mi Batallón Sagrado, pero, como me ocurre a menudo, mi vida me conmovía menos que la historia. Cacé en Arcadia; rogué en Delfos. En Esparta, a orillas del Eurotas, los pastores me enseñaron un antiquísimo aire de flauta, extraño canto de pájaros. Cerca de Megara di con una boda rústica que duró toda la noche; mis compañeros y yo osamos mezclarnos a las danzas, atrevimiento que las pomposas costumbres de Roma nos hubieran vedado.

Las huellas de nuestros crímenes eran visibles en todas partes: los muros de Corinto arruinados por Memnio y los nichos vacíos en el fondo de los santuarios, después del rapto de estatuas organizado durante el escandaloso viaje de Nerón. Empobrecida, Grecia mantenía una atmósfera de gracia pensativa, de clara sutileza, de discreta voluptuosidad. Nada había cambiado desde la época en que el alumno del retórico Iseo respirara por primera vez ese olor de miel caliente, de sal y resma; nada, en realidad, había cambiado desde hacía siglos. La arena de las palestras era tan rubia como

antaño; Fidias y Sócrates no las frecuentaban ya, pero los jóvenes que allí se adiestraban se parecían aún al delicioso Carmides. Me parecía a veces que el espíritu griego no había llevado a sus conclusiones extremas las premisas de su propio genio. Aún faltaba cosechar; las espigas maduradas al sol y ya tronchadas eran poca cosa al lado de la promesa eleusina del grano escondido en esa hermosa tierra. Aun entre mis salvajes enemigos sármatas había yo encontrado vasos de purísima línea, un espejo adornado con una imagen de Apolo, resplandores griegos semejantes a un pálido sol sobre la nieve. Entreveía la posibilidad de helenizar a los bárbaros, de aticizar a Roma, de imponer poco a poco al mundo la única cultura que ha sabido separarse un día de lo monstruoso, de lo informe, de lo inmóvil, que ha inventado una definición del método, una teoría de la política y de la belleza. El leve desdén de los griegos, que jamás dejé de sentir por debajo de sus más ardientes homenajes, no me ofendía; lo encontraba natural; cualesquiera fuesen las virtudes que me distinguían de ellos, siempre sería yo menos sutil que un marinero de Egina, menos sensato que una vendedora de hierbas del ágora. Aceptaba sin irritación las complacencias algo altaneras de aquella raza orgullosa; otorgaba a todo un pueblo los privilegios que siempre concedía fácilmente a los seres amados. Pero para permitir a los griegos que continuaran y perfeccionaran su obra, se necesitaban algunos siglos de paz y los tranquilos

ocios, las prudentes libertades que la paz autoriza. Grecia contaba con que fuéramos sus guardianes, puesto que al fin y al cabo pretendemos ser sus amos. Me prometí velar por el dios desarmado.

Llevaba un año en mi puesto de gobernador de Siria cuando Trajano se me reunió en Antioquía. Venía a inspeccionar los preparativos de la expedición a Armenia, que en su pensamiento preludiaba el ataque contra los partos. Como siempre, lo acompañaban Plotina y su sobrina Matidia, mi indulgente suegra que desde hacia años lo seguía en los campamentos como intendente. Celso, Palma y Nigrino, mis antiguos enemigos, seguían formando parte del Consejo y dominaban el estado mayor. Todos ellos se amontonaron en el palacio, aguardando la apertura de la campaña. Las intrigas de la corte crecían diariamente. Cada uno hacia su apuesta a la espera de que cayeran los primeros dados de la guerra.

El ejército partió casi en seguida hacia el norte. Con él vi alejarse la vasta muchedumbre de los altos funcionarios, los ambiciosos y los inútiles. El emperador y su séquito se detuvieron unos días en Comagene para asistir a fiestas ya triunfales; los reyezuelos orientales, reunidos en Satala, rivalizaban en protestas de lealtad que yo, de haber estado en el lugar de Trajano, no habría considerado muy seguras para el porvenir. Lucio Quieto, mi peligroso rival, dirigía las avanzadas que ocuparon los bordes del lago de Van en el curso de un inmenso

paseo militar. La parte septentrional de la Mesopotamia, abandonada por los partos, fue anexada sin dificultad; Abgar, rey de Osroene, se sometió en Edesa. El emperador retornó a Antioquía para sentar allí sus cuarteles de invierno, dejando para la primavera la invasión del imperio parto propiamente dicho. Todo se había cumplido según sus planes. La alegría de lanzarse por fin en aquella aventura tanto tiempo postergada devolvía como una segunda juventud a aquel hombre de sesenta y cuatro años.

Mis pronósticos seguían siendo sombríos. Los elementos judíos y árabes se mostraban más y más hostiles a la guerra, los grandes propietarios de provincias se veían forzados a pagar los gastos que ocasionaba el paso de las tropas; las ciudades soportaban a regañadientes la imposición de nuevos gravámenes. Apenas había retornado el emperador, una primera catástrofe sirvió de anuncio a las restantes: a mitad de una noche de diciembre un terremoto dejó en ruinas la cuarta parte de Antioquía. Trajano, golpeado por la caída de una viga, siguió ocupándose heroicamente de los heridos; en su círculo más íntimo hubo varios muertos. El populacho sirio buscó de inmediato a quién achacar el desastre; renunciando por una vez a sus principios de tolerancia, el emperador cometió la falta de permitir la matanza de un grupo de cristianos. Siento muy poca simpatía hacia esa secta, pero el espectáculo de los ancianos azotados y de

los niños supliciados contribuyó a la agitación de los espíritus, haciendo aún más odioso aquel invierno siniestro. Faltaba dinero para reparar en seguida los estragos del sismo: millares de personas sin techo dormían de noche en las plazas. Mis giras de inspección me revelaban la existencia de un sordo descontento, de un odio secreto que no sospechaban los altos dignatarios que atestaban el palacio. En medio de las ruinas, el emperador proseguía los preparativos de la próxima campaña; todo un bosque fue empleado para construir puentes móviles y pontones destinados al paso del Tigris. Trajano había recibido jubilosamente una serie de nuevos títulos discernidos por el Senado; se impacientaba por acabar con el Oriente y volver triunfante a Roma. Los menores retardos le producían tales cóleras, que se agitaba como en un acceso.

El hombre que recorría impaciente las vastas salas de aquel palacio erigido antaño por los Seléucidas, y que yo mismo (¡con qué hastío!) había decorado en su honor con inscripciones elogiosas y panoplias dacias, no era ya el mismo que me había recibido en el campamento de Colonia casi veinte años antes. Su jovialidad algo pesada, que ocultaba en otros tiempos una auténtica bondad, no pasaba ahora de una rutina vulgar; su firmeza se había convertido en obstinación; sus aptitudes para lo inmediato y lo práctico, en una total negativa a pensar. El tierno respeto que sentía hacia la

emperatriz, el afecto gruñón que testimoniaba a su sobrina Matidia, se transformaban en una dependencia senil ante aquellas mujeres, cuyos consejos desoía sin embargo más y más. Sus crisis hepáticas inquietaban a Crito, su médico, pero él no se preocupaba. Siempre había faltado el arte en sus placeres y su nivel descendía aún más con la edad. Poco importaba si el emperador, terminada la tarea del día, se abandonaba a orgías de cuartel, acompañado de jóvenes que le parecían agradables o hermosos. Pero en cambio era muy grave que Trajano abusara del vino, que soportaba mal, y que aquella corte de subalternos, cada vez más mediocres, elegidos y manejados por equívocos libertos, tuviera el privilegio de asistir a todas mis conversaciones con él y las comunicara a mis adversarios. Durante el día sólo me era dado ver al emperador en las reuniones del estado mayor, ocupado en la preparación de los planes, y donde nunca llegaba el momento de expresar libremente una opinión. En las restantes oportunidades, Trajano evitaba los diálogos conmigo. El vino proporcionaba a aquel hombre poco sutil todo un arsenal de groseras astucias. Su susceptibilidad de otros tiempos había cesado; insistía en asociarme a sus placeres; el ruido, las risas, las bromas más insignificantes de los jóvenes eran siempre bien recibidas, como otros tantos medios de mostrarme que no era el momento de ocuparse de cosas serias; me espiaba, aguardando el momento en que un

trago de más me privaría de razón. Todo giraba en torno de mí en aquella sala donde las cabezas de aurochs de los trofeos bárbaros parecían reírseme en la cara. Los jarros seguían a los jarros; una canción vinosa salpicaba aquí y allá, o la risa insolente y encantadora de un paje; el emperador, apoyando en la mesa una mano más y más temblorosa, amurallado en una embriaguez quizá fingida a medias, perdido en las rutas del Asia, se sumía gravemente en sus ensoñaciones...

Por desgracia, aquellas ensoñaciones eran bellas. Coincidían con las mismas que antaño me habían tentado a abandonarlo todo y seguir, más allá del Cáucaso, las rutas septentrionales asiáticas. Aquella fascinación a la que el emperador avejentado se entregaba como un sonámbulo, Alejandro la había sufrido antes que él, realizando casi los mismos sueños y muriendo por ellos a los treinta años. Pero el peor peligro de tan vastos planes era en el fondo su sensatez: como siempre, abundaban las razones prácticas para justificar el absurdo, para inducir a lo imposible. El problema del Oriente nos preocupaba desde hacia siglos; parecía natural terminar con él de una vez por todas. Nuestros intercambios de mercancías con la India y el misterioso País de la Seda dependían por entero de los mercaderes judíos y los exportadores árabes que gozaban de franquicias en los puertos y los caminos de los partos. Una vez aniquilado el vasto y flotante imperio de los jinetes arsácidas,

tocaríamos directamente esos ricos confines del mundo; por fin unificada, el Asia no sería más que otra provincia romana. El puerto de Alejandría en Egipto era la única de nuestras salidas hacia la India que no dependía de la buena voluntad de los partos, pero allí tropezábamos continuamente con las exigencias y las revueltas de las comunidades judías. El triunfo de la expedición de Trajano nos hubiera permitido prescindir de aquella ciudad poco segura. Pero todas esas razones jamás me habían convencido. Hubiera preferido oportunos tratados comerciales, y entreveía ya la posibilidad de disminuir el papel de Alejandría creando una segunda metrópolis griega en las vecindades del Mar Rojo, cosa que realicé más tarde al fundar Antínoe. Empezaba a conocer la complicación del mundo asiático. Los simples planes de exterminio total que habían dado buenos resultados en Dacia, no podían aplicarse a este país de vida más múltiple, mejor arraigada, y del cual dependía además la riqueza del mundo. Pasado el Eufrates, empezaba para nosotros la región de los riesgos y los espejismos, las arenas devorantes, las rutas que no terminan en ninguna parte. El menor revés ocasionaría un desprestigio capaz de desencadenar todas las catástrofes; no se trataba solamente de vencer, sino de vencer siempre, y nuestras fuerzas se agotarían en la empresa. Ya lo habíamos intentado; pensaba con horror en la cabeza de Craso, lanzada de mano en mano como una pelota durante

una representación de las *Bacantes* de Eurípides, que un rey bárbaro teñido de helenismo ofrecía la noche de su victoria sobre nosotros. Trajano soñaba con vengar esa vieja derrota; yo pensaba sobre todo en impedir que se repitiera. Preveía con bastante exactitud el porvenir, cosa posible cuando se está bien informado sobre la mayoría de los elementos del presente. Algunas victorias inútiles llevarían demasiado lejos a nuestros ejércitos peligrosamente retirados de las restantes fronteras; el emperador próximo a la muerte se cubriría de gloria, y nosotros, los que seguiríamos viviendo, quedaríamos encargados de resolver todos los problemas y remediar todos los males.

César tenía razón al preferir el primer puesto en una aldea que el segundo en Roma. No por ambición o vanagloria, sino porque el hombre que ocupa el segundo lugar no tiene otra alternativa que los peligros de la obediencia, los de la rebelión y aquellos aún más graves de la transacción. Yo no era ni siquiera el segundo en Roma. A punto de partir para una arriesgada expedición, el emperador no había designado aún a su sucesor; cada paso adelante daba una nueva oportunidad a los jefes del estado mayor. Aquel hombre casi ingenuo me resultaba ahora más complicado que yo mismo. Sólo sus rudezas me tranquilizaban: el malhumorado emperador me trataba como a un hijo. En otros momentos pensaba que apenas fuera posible prescindir de mis servicios sería desplazado por

Palma o eliminado por Quieto. Me faltaba poder: ni siquiera pude obtener una audiencia para los miembros influyentes del Sanhedrin de Antioquía, tan preocupados como nosotros por las actividades de los agitadores judíos, y que hubieran aclarado a Trajano los amaños de sus correligionarios. Mi amigo Latinio Alexander, descendiente de una de las antiguas familias reales del Asia Menor, y cuyo nombre y fortuna pesaban mucho, tampoco era escuchado. Plinio, enviado cuatro años atrás a Bitinia, había muerto sin tener tiempo de informar al emperador sobre la situación exacta de las opiniones y las finanzas —suponiendo que su incurable optimismo le hubiera permitido hacerlo. Los informes secretos del comerciante lidio Opramoas, que conocía bien las cuestiones asiáticas, habían sido tomados en broma por Palma. Los libertos aprovechaban los períodos de enfermedad que seguían a las noches de borrachera, para alejarme de la cámara imperial; Fedimas, oficial de órdenes del emperador, honesto pero obtuso, y lleno de animosidad hacia mí, me negó dos veces al acceso. En cambio mi enemigo, el teniente imperial Celso, se encerró una noche con Trajano y mantuvo con él un conciliábulo que duró horas enteras, luego del cual me creí perdido. Busqué aliados donde pude; corrompí a precio de oro a antiguos esclavos que con mucho gusto hubiera enviado a las galeras; acaricié horribles cabezas rizadas. El diamante de Nerva no despedía ya ninguna chispa.

Y fue entonces cuando surgió el más sabio de mis genios benéficos, en la persona de Plotina. Hacía cerca de veinte años que conocía a la emperatriz. Pertenecíamos al mismo medio; teníamos casi la misma edad. La había visto vivir una existencia tan forzada como la mía y más desprovista de porvenir. Me había sostenido, sin parecer darse cuenta de que lo hacía, en momentos difíciles. Pero su presencia se me hizo indispensable durante los días peligrosos de Antioquía, tal como más adelante me sería indispensable su estima, que conservé hasta su muerte. Me acostumbré a aquella figura de ropajes blancos, los más simples imaginables en una mujer; me habitué a sus silencios, a sus palabras mesuradas que valían siempre por una respuesta, la más clara posible. Su aspecto no chocaba para nada en aquel palacio más antiguo que los esplendores de Roma: aquella hija de advenedizos era harto digna de los Seléucidas. Estábamos de acuerdo en casi todo. Los dos teníamos la pasión de adornar y luego despojar nuestra alma, de someter el espíritu a todas las piedras de toque. Plotina se inclinaba a la filosofía epicúrea, ese lecho angosto pero limpio donde a veces he tenido mi pensamiento. El misterio de los dioses, tan angustioso para mí, no la tocaba, y tampoco compartía mi apasionado gusto por los cuerpos. Era casta por repugnancia hacia la facilidad, generosa por decisión antes que por naturaleza, prudentemente desconfiada pero pronta a aceptarlo

todo de un amigo, aun sus inevitables errores. La amistad era una elección en la que se comprometía por entero, entregándose como yo sólo me he entregado en el amor. Plotina me conoció mejor que nadie; le dejé ver lo que siempre disimulé cuidadosamente ante otros, por ejemplo ciertas secretas cobardías. Quiero creer que, por su parte, no me ocultó casi nada. La intimidad de los cuerpos, que jamás existió entre nosotros, fue compensada por el contacto de dos espíritus estrechamente fundidos.

Nuestro entendimiento no requirió confesiones, reticencias ni explicaciones: los hechos bastaban por sí mismos. Ella los observaba mejor que yo. Bajo las pesadas trenzas que la moda exigía, aquella frente lisa era la de un juez. Su memoria guardaba la huella exacta de los menores objetos; jamás le ocurría como a mí vacilar demasiado o decidirse prematuramente. Le bastaba una ojeada para descubrir a mis más ocultos enemigos; valoraba a mis partidarios con una prudente frialdad. A decir verdad éramos cómplices, pero el oído más aguzado apenas hubiera podido reconocer entre nosotros los signos de un acuerdo secreto. Jamás cometió ante mí el grosero error de quejarse de Trajano, o el más sutil de excusarlo o elogiarlo. Mi lealtad, por otra parte, no le inspiraba la menor duda. Atiano, que acababa de llegar a Roma, se sumaba a aquellas entrevistas que duraban a veces la noche entera; nada parecía fatigar a esa mujer imperturbable y

frágil. Había logrado que mi antiguo tutor fuese designado consejero privado, eliminando así a mi enemigo Celso. La desconfianza de Trajano, o la imposibilidad de encontrarme un reemplazante en la retaguardia, me obligaba a permanecer en Antioquía; pero contaba con ellos para enterarme de todo lo que no me dirían los boletines. En caso de desastre, sabrían agrupar en torno a mí la fidelidad de una parte del ejército. Mis adversarios tendrían que soportar la presencia de aquel anciano gotoso que sólo partía para servirme, y de aquella mujer capaz de exigirse a sí misma una larga resistencia de soldado.

Los vi alejarse, con el emperador a caballo, firme, admirablemente plácido, el grupo de las mujeres en literas, los guardias pretorianos mezclados con los exploradores númidas del temible Lucio Quieto. El ejército, que había invernado a orillas del Eufrates, se puso en marcha apenas llegado el jefe: la campaña parta comenzaba más que auspiciosamente. Las primeras noticias fueron sublimes: conquistada Babilonia, franqueado el Tigris, Ctesifón acababa de caer. Como siempre, todo cedía ante la asombrosa capacidad de aquel hombre. Sharaceno, príncipe de Arabia, se sometió abriendo todo el curso del Tigris a las flotillas romanas; el emperador se embarcó rumbo al puerto de Sharax, en el fondo del Golfo Pérsico. Tocaba ya en las orillas fabulosas. Mis inquietudes subsistían, pero las disimulaba como si fueran crímenes; tener

razón demasiado pronto es lo mismo que equivocarse. Lo que es peor, dudaba de mí mismo; había sido culpable de esa innoble incredulidad que nos impide reconocer la grandeza de un hombre que conocemos demasiado. Había olvidado que ciertos seres modifican los límites del destino, cambian la historia. Había blasfemado del Genio del emperador. Me consumía en mi puesto. Si por casualidad se producía lo imposible, ¿quedaría yo excluido? Como todo es más fácil que la sensatez, me venían deseos de vestir la cota de malla de las guerras sármatas y utilizar la influencia de Plotina para hacerme llamar al ejército. Envidiaba al último de nuestros soldados, el polvo de las rutas asiáticas, el choque de los batallones persas acorazados. El Senado acababa de otorgar al emperador, no ya el derecho de celebrar un triunfo, sino una sucesión de triunfos que durarían tanto como su vida. Por mi parte hizo lo que correspondía hacer: ordené fiestas y subí a sacrificar a la cima del monte Casio.

Súbitamente, el incendio que se incubaba en las tierras orientales estalló por todas partes. Los comerciantes judíos se negaron a pagar los impuestos a Seleucia; inmediatamente Cirene se sublevó y el elemento oriental asesinó al elemento griego; las rutas que llevaban el trigo de Egipto a nuestras tropas fueron cortadas por una banda de zelotes de Jerusalén; en Chipre, los residentes griegos y romanos cayeron en manos del populacho judío, que los obligó a matarse entre ellos en combates de

gladiadores. Logré mantener el orden en Siria, pero advertía las llamaradas en los ojos de los mendigos acurrucados en los umbrales de las sinagogas, las sonrisas irónicas en los gruesos labios de los camelleros, un odio que en resumidas cuentas no merecíamos. Desde el comienzo los judíos y los árabes habían hecho causa común frente a una guerra que amenazaba arruinar su negocio; pero Israel aprovechaba para lanzarse contra un mundo del que la excluían sus furores religiosos, sus singulares ritos y la intransigencia de su dios. Luego de volver apresuradamente a Babilonia, el emperador delegó en Quieto el castigo de las ciudades sublevadas; Cirene, Edesa, Seleucia, las grandes metrópolis helénicas del Oriente, fueron entregadas a las llamas para vengar las traiciones premeditadas durante los altos de las caravanas o maquinadas en las juderías. Más tarde, visitando aquellas ciudades que habría de reconstruir, anduve bajo columnatas en ruinas, entre hileras de estatuas rotas. El emperador Osroes, que había fomentado aquellas revueltas, tomó inmediatamente la ofensiva; Abgar se sublevó y penetró en Edesa reducida a cenizas; nuestros aliados armenios, con los cuales había creído contar Trajano, se volcaron a los sátrapas. Bruscamente el emperador se halló en medio de un inmenso campo de batalla, donde había que hacer frente en todas direcciones.

Perdió el invierno en el sitio de Hatra, nido de águilas casi inexpugnable en pleno desierto y que

costó miles de muertos a nuestro ejército. Su obstinación asumía más y más una forma de coraje personal; aquel hombre enfermo se negaba a abandonar la partida. Por Plotina sabía que Trajano, a pesar de la advertencia de un breve ataque de parálisis, seguía rehusándose a nombrar su heredero. Si el imitador de Alejandro moría a su vez de fiebre o de intemperancia en algún rincón malsano de Asia, la guerra exterior se complicaría con una guerra civil; una lucha a muerte estallaría entre mis partidarios y los de Celso o Palma. De pronto las noticias cesaron casi por completo; la precaria línea de comunicación entre el emperador y yo sólo subsistía por obra de las bandas númidas de mi peor enemigo. Entonces, por primera vez, ordené a mi médico que marcara en mi pecho, con tinta roja, el lugar del corazón; si sobrevenía lo peor no estaba dispuesto a caer vivo en manos de Lucio Quieto. La difícil tarea de pacificar las islas y las provincias limítrofes se agregaba a las demás obligaciones de mi puesto, pero el agotador trabajo diurno no era nada comparado con las interminables noches de insomnio. Todos los problemas del imperio me abrumaban a la vez, pero el mío propio pesaba más. Quería el poder. Lo quería para imponer mis planes, ensayar mis remedios, restaurar la paz. Sobre todo lo quería para ser yo mismo antes de morir.

Iba a cumplir cuarenta años. Si sucumbía en esa época, de mí sólo quedaría un nombre en una

serie de altos funcionarios, y una inscripción griega en honor del arconte de Atenas. Desde entonces, cada vez que he visto desaparecer en mitad de la vida a un hombre cuyos éxitos y fracasos el público cree poder medir exactamente, he recordado que a esa edad yo existía tan sólo para mí mismo y para algunos amigos, que a veces debían dudar de mí como lo hacía yo personalmente. He comprendido que pocos hombres se realizan antes de morir, y he juzgado con mayor piedad sus interrumpidos trabajos. Aquella amenaza de una vida frustrada inmovilizaba mi pensamiento en un punto, fijándolo como un absceso. Mi deseo de poder era semejante al del amor, que impide al amante comer, dormir, pensar, y aun amar, hasta que no se hayan cumplido ciertos ritos. Las más urgentes tareas parecían vanas, desde el momento que me estaba vedado adoptar, como señor, decisiones referentes al futuro; necesitaba tener la seguridad de que iba a reinar para sentir de nuevo el placer de ser útil. Aquel palacio de Antioquía, donde algunos años más tarde habría de vivir en una especie de frenesí de felicidad, era para mi una prisión, y tal vez una prisión de condenado a muerte. Envié mensajes secretos a los oráculos, a Júpiter Amón, a Castalia, a Zeus Doliqueno. Me rodeé de magos; llegué al punto de hacer traer a los calabozos de Antioquía a un criminal condenado a la crucifixión y a quien un hechicero degolló en mi presencia, con la esperanza de que el alma, flotando un instante entre la vida y

la muerte, me revelara el porvenir. Aquel miserable se salvó de una agonía más prolongada, pero las preguntas formuladas quedaron sin respuesta. De noche andaba de vano en vano, de balcón en balcón, por las salas del palacio cuyos muros mostraban aún las fisuras del terremoto, trazando aquí y allá cálculos astrológicos en las losas, interrogando las estrellas titilantes. Pero los signos del porvenir había que buscarlos en la tierra.

El emperador levantó por fin el sitio de Hatra y se decidió a volver sobre sus pasos, cruzando el Eufrates que jamás hubiera debido franquear. Los calores tórridos y el hostigamiento de los arqueros partos hicieron todavía más desastroso aquel amargo retorno. En un ardiente anochecer de mayo, a orillas del Orontes y fuera de las puertas de la ciudad, salí a recibir al pequeño grupo castigado por las fiebres, la ansiedad y la fatiga: el emperador enfermo, Atiano y las mujeres. Trajano se obstinó en llegar a caballo hasta el palacio; apenas podía sostenerse; aquel hombre tan lleno de vida parecía más cambiado que otro por la cercanía de la muerte. Crito y Matidia lo sostuvieron al subir la escalinata, lo llevaron a acostarse y se instalaron a su cabecera. Atiano y Plotina me narraron los incidentes de la campaña que no habían incluido en sus breves mensajes. Uno de aquellos relatos me conmovió al punto de incorporarse para siempre a mis recuerdos personales, a mis símbolos propios. Apenas llegado a Sharax, el fatigado emperador había ido a sentarse

a la orilla del mar, frente a las densas aguas del Golfo Pérsico. En aquel momento no dudaba todavía de la victoria, pero por primera vez lo abrumaba la inmensidad del mundo, la conciencia de su edad y de los límites que nos encierran. Gruesas lágrimas rodaron por las arrugadas mejillas del hombre a quien se creía incapaz de llorar. El jefe que había llevado las águilas romanas a riberas hasta entonces inexploradas, comprendió que no se embarcaría jamás en aquel mar tan soñado; la India, la Bactriana, todo ese Oriente tenebroso del que se había embriagado a distancia, se reducirían para él a unos nombres y a unos ensueños. A la mañana siguiente, las malas noticias lo forzaron a retroceder. Cada vez que el destino me ha dicho no, he recordado aquellas lágrimas derramadas una noche en lejanas playas por un anciano que quizá miraba por primera vez su vida cara a cara.

Al otro día subí a ver al emperador. Me sentía filial y fraternal a su lado. El hombre que se había gloriado siempre de servir y pensar como cualquier soldado de su ejército, llegaba a su fin en la más grande soledad; tendido en su lecho, seguía combinando grandiosos planes que ya no interesaban a nadie. Como siempre, su lenguaje seco y cortante afeaba su pensamiento; articulando trabajosamente las palabras, me habló del triunfo que le preparaba Roma. Negaba la derrota como negaba la muerte. Dos días después tuvo un segundo ataque. Se reanudaron mis ansiosos conciliábulos

con Atiano y Plotina. Previsora, la emperatriz había elevado a mi antiguo amigo a la todopoderosa dignidad de prefecto del pretorio, poniendo así la guardia imperial a sus órdenes. Matidia, que no abandonaba la habitación del enfermo, estaba afortunadamente de nuestra parte; aquella mujer tan sencilla y tan tierna era como de cera entre las manos de Plotina. Pero ninguno de nosotros osaba recordar al emperador que la sucesión seguía pendiente. Quizá, como Alejandro, había decidido no nombrar en persona a su heredero; quizá tenía con el partido de Quieto compromisos que sólo él conocía. O, más sencillamente, se negaba a admitir su propio fin; así es como en tantas familias se ve morir intestados a tercos ancianos. Para ellos no se trata tanto de guardar hasta el fin su tesoro o su imperio, que sus dedos entumecidos ya han soltado a medias, como de no ingresar prematuramente en el estado póstumo de un hombre que ya no tiene decisiones que adoptar, sorpresas que dar, amenazas o promesas que hacer a los vivientes. Yo lo compadecía: éramos demasiado diferentes como para que pudiera encontrar en mi ese dócil continuador, dispuesto desde el comienzo a emplear los mismos métodos y hasta los mismos errores, y que la mayoría de los hombres que han ejercido autoridad absoluta buscan desesperadamente en su lecho de muerte. Pero el mundo, en torno a él, carecía de estadistas; yo era el único a quien podía elegir sin faltar a sus deberes de buen funcionario y

de gran príncipe; como jefe habituado a valorar las hojas de servicio, estaba prácticamente obligado a aceptarme. Por lo demás, esa razón le daba un excelente motivo para odiarme. Poco a poco su salud se restableció lo bastante como para permitirle salir de su habitación. Hablaba de emprender una nueva campaña, pero ni él mismo creía en ella. Su médico Crito, que temía los calores de la canícula, logró por fin convencerlo de que retornara por mar a Roma. La noche antes de su partida me hizo llamar a bordo del navío que lo llevaría a Italia, y me nombró comandante en jefe en su reemplazo. Llegaba hasta eso; pero lo esencial quedaba por hacer.

Contrariamente a las órdenes recibidas, pero en secreto, comencé de inmediato a negociar la paz con Osroes. Me fundaba en que probablemente ya no tendría que rendir cuentas al emperador. Menos de diez días después me despertó a mitad de la noche la llegada de un mensajero: reconocí de inmediato a un hombre de confianza de Plotina. Me traía dos misivas. Una, oficial, anunciaba que Trajano, incapaz de soportar la navegación, había sido desembarcado en Selinunte, en Cilicia, donde yacía gravemente enfermo en casa de un mercader. La otra carta, secreta, me anunciaba su muerte que Plotina prometía mantener oculta el mayor tiempo posible, dándome así la ventaja de haber sido advertido el primero. Partí inmediatamente para Selinunte, después de tomar las medidas necesarias a fin de

contar con las guarniciones sirias. Apenas me había puesto en marcha, un nuevo correo me anunció oficialmente el deseo del emperador. Su testamento, donde me nombraba su heredero, acababa de ser enviado a Roma por mensajeros de confianza. Todo lo que desde hacia diez años fuera febrilmente soñado, combinado, discutido o callado, se reducía a un mensaje de dos líneas, trazado en griego por una mano firme y una menuda escritura de mujer. Atiano, que me aguardaba en el muelle de Selinunte, fue el primero en saludarme con el título de emperador.

Aquí, en ese intervalo entre el desembarco del enfermo y el momento de su muerte, se sitúa una de esas series de acontecimientos que jamás me será posible reconstruir y sobre las cuales se ha edificado sin embargo mi destino. Esos pocos días pasados por Atiano y las mujeres en la casa del mercader decidieron para siempre mi vida, pero con ellos ocurrirá eternamente lo que más tarde habría de ocurrir con cierta tarde en el Nilo, de la que tampoco sabré jamás nada, precisamente porque me importaría tanto saberlo todo. En Roma hasta el último charlatán tiene una opinión formada sobre estos episodios de mi vida, mientras yo sigo siendo el menos informado de los hombres. Mis enemigos acusaron a Plotina de aprovecharse de la agonía del emperador para hacer escribir al moribundo las pocas palabras que me legaban el poder. Los calumniadores, aun más groseros, hablaron de un

lecho con colgaduras, la incierta lumbre de una lámpara, el médico Crito dictando las últimas voluntades de Trajano con una voz que imitaba la del muerto. Se hizo notar que Fedimas, el oficial de órdenes, que me odiaba y cuyo silencio mis amigos no habrían podido comprar, sucumbió muy oportunamente de una fiebre maligna al otro día del deceso de su amo. En esas imágenes de violencia y de intriga hay algo que impresiona la imaginación popular, y aun la mía. No me desagradaría que un pequeño grupo de gentes honradas hubiese sido capaz de llegar hasta el crimen por mí, ni que la abnegación de la emperatriz la hubiera arrastrado tan lejos. Plotina conocía los riesgos que la falta de una decisión acarreaba al Estado; la estimo lo suficiente como para creer que hubiera aceptado incurrir en un fraude necesario, si la prudencia, el sentido común, el interés público y la amistad la impulsaban a ello. Más tarde he tenido en mis manos ese documento tan violentamente impugnado por mis adversarios; no puedo pronunciarme en pro o en contra de la autenticidad de ese último dictado de un enfermo. Prefiero suponer claro está, que renunciando antes de morir a sus prejuicios personales, Trajano haya dejado por su propia voluntad el imperio a aquel a quien después de todo juzgaba el más digno. Pero debo confesar que en este caso el fin me importaba más que los medios; lo esencial es que el hombre llegado al poder haya probado luego que merecía ejercerlo.

El cadáver fue quemado a orillas del mar, poco después de mi llegada, a la espera de los funerales triunfales que se celebrarían en Roma. Casi nadie asistió a la sencilla ceremonia cumplida al alba; no fue más que el último episodio de los largos cuidados domésticos proporcionados por las mujeres a la persona de Trajano. Matidia lloraba a lágrima viva; la vibración del aire en torno de la pira borraba los rasgos de Plotina. Serena, distante, un poco demacrada por la fiebre, se mantenía como siempre claramente impenetrable. Atiano y Crito cuidaban de que todo se consumara decorosamente. La pequeña columna de humo se disipó en el pálido aire de la mañana sin sombras. Ninguno de mis amigos aludió a los incidentes de los días que precedieron a la muerte del emperador. Evidentemente su consigna era la de callar; la mía consistió en no hacer preguntas peligrosas.

El mismo día la emperatriz viuda y sus familiares se embarcaron rumbo a Roma. Volví a Antioquía, acompañado a lo largo del camino por las aclamaciones de las tropas. Una calma extraordinaria se había adueñado de mí: la ambición y el temor parecían una pesadilla terminada. Siempre había estado decidido a defender hasta el fin mis probabilidades imperiales, pasara lo que pasare; pero el acto de adopción, lo simplificaba todo. Mi propia vida ya no me preocupaba; podía pensar otra vez en el resto de los hombres.

TELLUS STABILITA

Mi vida había vuelto al orden, pero no así el imperio. El mundo que acababa de heredar semejaba a un hombre en la flor de la edad, robusto todavía aunque mostrando a los ojos de un médico imperceptibles signos de desgaste, y que acabara de sufrir las convulsiones de una grave enfermedad. Las negociaciones se reanudaron abiertamente; hice correr la voz en todas partes de que Trajano en persona me las había encomendado antes de morir. Suprimí de un trazo las conquistas peligrosas, no sólo la Mesopotamia donde no habíamos podido mantenernos, sino Armenia, demasiado excéntrica y lejana, que me limité a conservar en calidad de estado vasallo. Dos o tres dificultades, que hubieran prolongado por años una conferencia de paz si los principales interesados hubieran tenido interés en dilatarla, fueron allanadas gracias a la habilidad del comerciante Opramoas, que gozaba de la confianza de los sátrapas. Traté de infundir a aquellas negociaciones todo el ardor que otros reservan para

el campo de batalla; forcé la paz. La parte contraria la deseaba por lo menos tanto como yo mismo; los partos sólo pensaban en reabrir sus rutas comerciales entre la India y nosotros. Pocos meses después de la gran crisis, tuve la alegría de ver formarse otra vez a orillas del Oronte la hilera de las caravanas; los oasis se repoblaban de mercaderes que comentaban las noticias a la luz de las hogueras y que cada mañana, al cargar sus mercaderías para transportarlas a países desconocidos, cargaban también cieno número de ideas, de palabras, de costumbres bien nuestras, que poco a poco se apoderarían del globo con mayor seguridad que las legiones en marcha. La circulación del oro, el paso de las ideas, tan sutil como el del aire vital en las arterias; el pulso de la tierra volvía a latir.

La fiebre de la rebelión disminuía a su turno. En Egipto había alcanzado tal violencia que fue necesario reclutar con todo apuro milicias de campesinos a la espera de nuestros esfuerzos. Encargué inmediatamente a mi camarada Marcio Turbo que restableciera el orden, cosa que hizo con prudente firmeza. Pero el orden en las calles apenas me bastaba; quería, de ser posible, restaurarlo en los espíritus, o más bien hacerlo reinar en ellos por primera vez. Una visita de una semana a Pelusio se pasó en equilibrar la balanza entre los griegos y los judíos, eternos incompatibles. No vi nada de lo que hubiera deseado ver: ni las orillas del Nilo, ni el museo de Alejandría, ni las estatuas de los templos;

apenas si hallé la manera de consagrar una noche a las agradables orgías de Canope. Seis interminables días se pasaron en la hirviente cuba del tribunal, protegido del calor de fuera por largas cortinas de varilla que restallaban al viento. De noche, enormes mosquitos zumbaban en torno a las lámparas. Trataba yo de demostrar a los griegos que no siempre eran los más sabios, y a los judíos que de ninguna manera eran los más puros. Las canciones satíricas con que esos helenos de baja ralea hostigaban a sus adversarios no eran menos estúpidas que las groseras imprecaciones de las juderías. Aquellas razas que vivían en contacto desde hacía siglos, no habían tenido jamás la curiosidad de conocerse ni la decencia de aceptarse. Los extenuados litigantes que se marchaban al final de la noche, volvían a encontrarme al alba en mi sitial, ocupado en aventar el montón de basura de los falsos testimonios; los cadáveres apuñalados que me traían como pruebas eran muchas veces los de los enfermos muertos en su cama o robados a los embalsamadores. Pero cada hora de apaciguamiento era una victoria, precaria como todas; cada arbitraje en una disputa representaba un precedente, una prenda para el porvenir. Poco me importaba que el acuerdo obtenido fuese exterior, impuesto y probablemente temporario; sabia que tanto el bien como el mal son cosas rutinarias, que lo temporario se prolonga, que lo exterior se infiltra al interior y que a la larga la máscara se convierte en rostro.

Puesto que el odio, la tontería y el delirio producen efectos duraderos, no veía por qué la lucidez, la justicia y la benevolencia no alcanzarían los suyos. El orden en las fronteras no era nada sí no conseguía persuadir a ese ropavejero judío y a ese carnicero griego de que vivieran pacíficamente como vecinos.

La paz era mi fin, pero de ninguna manera mi ídolo; hasta la misma palabra ideal me desagradaría, por demasiado alejada de lo real. Había imaginado llevar a su extremo mi rechazo de toda conquista, abandonando la Dacia; lo hubiera cumplido de no haber sido una locura alterar radicalmente la política de mi predecesor; más valía aprovechar lo más sensatamente posible las ganancias previas a mi reino, y ya registradas por la historia. El admirable Julio Basso, primer gobernador de aquella provincia apenas organizada, había muerto de fatiga como yo mismo había estado a punto de sucumbir durante mi servicio en las fronteras sármatas, aniquilado por ese trabajo sin gloria consistente en pacificar todo el tiempo un país al que se da por sometido. Ordené que le hicieran funerales triunfales, que de ordinario se reservaban a los emperadores; aquel homenaje a un buen servidor oscuramente sacrificado fue mi última y discreta protesta contra la política de conquista; puesto que era dueño de suprimirla de golpe ya no tenía motivos para denunciarla en voz alta. En cambio se imponía una represión militar en Mauretania, donde los agentes de Lucio Quieto fomentaban la agitación, pero mi presencia

inmediata no era necesaria. Lo mismo ocurría en Bretaña, donde los caledonios habían aprovechado el retiro de las tropas con motivo de la guerra en Asia, para diezmar las insuficientes guarniciones fronterizas. Julio Severo se encargó allí de lo más urgente, hasta que la liquidación de los asuntos romanos me permitiera emprender aquel largo viaje. Pero yo estaba deseoso de terminar personalmente la guerra sármata en suspenso y utilizar esta vez el número necesario de tropas para dar fin a las depredaciones de los bárbaros. En esto, como en todo, me negaba a someterme a un sistema. Aceptaba la guerra como un medio para la paz, toda vez que las negociaciones no bastaban, así como el médico se decide por el cauterio después de haber probado los simples. Todo es tan complicado en los negocios humanos, que mi reino pacífico tendría también sus períodos de guerra, así como la vida de un gran capitán tiene, mal que le pese, sus interludios de paz.

Antes de remontar hacia el norte, para liquidar el conflicto sármata, volví a ver a Quieto. El carnicero de Cirene seguía siendo temible. Mi primera medida había consistido en disolver sus columnas de exploradores númidas. Le quedaba su sitial en el Senado, su cargo en el ejército regular y el inmenso dominio de las arenas occidentales que podía convertir a gusto suyo en un trampolín o en un asilo. Me invitó a una cacería en Misia, en plena selva, y tramó un accidente en el cual, de haber tenido

menos suerte o menos agilidad física, hubiera perdido seguramente la vida. Pero era preferible aparentar que no sospechaba nada y esperar con paciencia. Poco más tarde, en la Moesia Inferior, en momentos en que la capitulación de los príncipes sármatas me permitía pensar en el pronto retorno a Roma, un cambio de mensajes cifrados con mi antiguo tutor me hizo saber que Quieto, luego de volver presuroso a Roma, acababa de conferenciar con Palma. Nuestros enemigos fortificaban sus posiciones, organizaban sus tropas. Mientras tuviéramos en contra a aquellos dos hombres, ninguna seguridad sería posible. Escribí a Atiano para que obrara con rapidez. El anciano golpeó como el rayo. Fue más allá de mis órdenes, librándome de una sola vez de todos mis enemigos declarados. El mismo día, con pocas horas de diferencia, Celso fue ejecutado en Bayas, Palma en su villa de Terracina y Nigrino en Favencia, en el umbral de su casa de campo. Quieto pareció en ruta, al salir de un conciliábulo con sus cómplices, junto al carruaje que lo traía de vuelta a la ciudad. Serviano, mi anciano cuñado, que aparentemente se había resignado a mi fortuna pero que acechaba ávidamente mis pasos en falso, debió de sentir una alegría que sin duda fue la mayor voluptuosidad que tuvo en su vida. Los siniestros rumores que corrían acerca de mí hallaron nuevamente oídos crédulos.

Recibí estas noticias a bordo del navío que me traía a Italia. Me aterraron. Siempre es grato saberse a salvo de los adversarios, pero mi tutor había demostrado una indiferencia de viejo ante las consecuencias de su acto; había olvidado que yo tendría que vivir más de veinte años soportando los resultados de aquellas muertes. Pensaba en las proscripciones de Octavio, que habían manchado para siempre la memoria de Augusto, en los primeros crímenes de Nerón seguidos de tantos otros. Me acordaba de los últimos años de Domiciano, aquel hombre mediocre pero no peor que otros, a quien el miedo infligido y soportado había privado poco a poco de forma humana, muerto en pleno palacio como una bestia acosada en los bosques. Mi vida pública me escapaba ya: la primera línea de la inscripción contenía algunas palabras, profundamente grabadas, que no podría borrar jamás. El Senado, ese vasto cuerpo débil, pero que se volvía poderoso apenas se sentía perseguido, no olvidaría nunca que cuatro hombres salidos de sus filas habían sido ejecutados sumariamente por orden mía; tres intrigantes y una bestia feroz pasarían por mártires. Ordené a Atiano que se me reuniera en Bríndisi, para darme cuenta de sus actos.

Me esperaba a dos pasos del puerto, en una de las habitaciones del albergue que miraba hacia el oriente, y donde antaño había muerto Virgilio. Se asomó cojeando al umbral para recibirme; sufría de

una crisis de gota. Tan pronto quedamos solos, estallé en reproches. Un reino que deseaba moderado, ejemplar, comenzaba por cuatro ejecuciones, de las cuales sólo una era indispensable; con peligrosa negligencia, se las había cumplido sin rodearías de formas legales. Aquel abuso de fuerza me sería tanto más reprochado cuanto que traería en el futuro de ser clemente, escrupuloso o justo; solo emplearía para probar que mis supuestas virtudes no pasaban de una serie de máscaras y para fabricarme una leyenda de tirano que quizá habría de seguirme hasta el fin de la historia. Confesé mis temores: no me sentía más exento de crueldad que de cualquier otra tara humana; aceptaba el lugar común según el cual el crimen llama al crimen y la imagen del animal que ha conocido el sabor de la sangre. Un antiguo amigo cuya lealtad me había parecido segura, se emancipaba aprovechándose de las debilidades que había creído notar en mi; so pretexto de servirme, se las había arreglado para liquidar una cuestión personal con Nigrino y Palma. Comprometía mi obra de pacificación; me preparaba el más negro de los retornos a Roma.

El anciano pidió permiso para sentarse, y apoyó en un taburete su pierna vendada. Mientras le hablaba, cubrí con una manta su pie enfermo. Me escuchaba con la sonrisa de un gramático que observa cómo su alumno sale del paso en un recitado difícil. Al terminal, me preguntó tranquilamente

qué había pensado hacer con los enemigos del régimen. Si era necesario, se probaría que los cuatro hombres habían tramado mi muerte; en todo caso tenían interés en ella. Todo paso de un reino a otro entraña esas operaciones de limpieza; él se había encargado de ésta para dejarme las manos libres. Si la opinión pública reclamaba una víctima, nada más sencillo que quitarle su cargo de prefecto del pretorio. Había previsto esa medida y me aconsejaba tomarla. Y si se necesitaba todavía más para tranquilizar al Senado, estaría de acuerdo en que yo llegara hasta el confinamiento o el exilio.

Atiano había sido ese tutor al que se le pide dinero, el consejero en los días difíciles, el agente fiel, pero por primera vez miraba yo atentamente aquel rostro de mejillas cuidadosamente afeitadas, aquellas manos deformes que se apoyaban calmosas sobre el puño en un bastón de ébano. Conocía bastante bien los diversos elementos de su próspera existencia: su mujer, que tanto quería y cuya salud reclamaba cuidados, sus hijas casadas, sus nietos, para los cuales sentía ambiciones modestas y tenaces a la vez, como lo habían sido las suyas propias; su amor por los platos finos; su marcado gusto por los camafeos griegos y las danzarinas jóvenes. Pero me había dado prioridad frente a todas esas cosas; desde hacia treinta años, su primer cuidado había sido el de protegerme, y más tarde el de servirme. Para mí, que hasta entonces sólo había preferido ideas, proyectos, o a lo sumo una imagen futura de mí

mismo, aquella trivial abnegación de hombre a hombre me parecía prodigiosamente insondable. Nadie es digna de ella, y sigo sin explicármela. Acepté su consejo: Atiano perdió su puesto. Una fina sonrisa me mostró que esperaba que lo tomara al pie de la letra. Sabia bien que ninguna solicitud intempestiva hacia un viejo amigo me impediría adoptar el partido más sensato; aquel político sutil no hubiera deseado otra cosa de mí. Pero no había por qué exagerar la duración de su desgracia; después de algunos meses de eclipse, conseguí hacerlo entrar en el Senado. Era el máximo honor que podía otorgar a un hombre de la orden ecuestre. Tuvo una vejez tranquila de rico caballero romano, gozando de la influencia que le daba su profundo conocimiento de las familias y los negocios; muchas veces fui su huésped en su villa de los montes de Alba. No importa: tal como Alejandro la víspera de una batalla, yo había sacrificado al Miedo antes de mi entrada a Roma. Suelo contar a Atiano entre mis victimas humanas.

Atiano había visto bien: el oro virgen del respeto sería demasiado blando sin una cierta aleación de temor. Con el asesinato ocurrió como con la historia del testamento fraguado: las gentes honestas, los corazones virtuosos se rehusaron a considerarme culpable; los cínicos suponían lo peor, pero me admiraban más por ello. Roma se tranquilizó, apenas supo que mis rencores no iban

más allá; el júbilo que sentía cada uno al saberse seguro lo llevó a olvidar prontamente a los muertos. Se maravillaban de mi moderación pues la consideraban deliberada, voluntaria, preferida diariamente a una violencia que me hubiera sido igualmente fácil; alababan mi simplicidad pues la creían obra del cálculo. Trajano había tenido la mayoría de las virtudes modestas; las mías asombraban más; otro poco, y hubieran visto en ellas un refinamiento de vicio. Yo era el mismo hombre de antaño, pero lo que habían despreciado en mí pasaba ahora por sublime: una extremada cortesía, en la que los espíritus groseros habían visto una forma de debilidad, Quizá de cobardía, se transformaba en la vaina lisa y brillante de la fuerza. Pusieron por las nubes mi paciencia hacia los solicitantes, mis frecuentes visitas a los enfermos de los hospitales militares, mi amistosa familiaridad con los veteranos de vuelta al hogar. Nada de eso difería de la forma en que había tratado toda mi vida a mis servidores y a los colonos de mis granjas. Cada uno de nosotros posee más virtudes de lo que se cree, pero sólo el éxito las pone de relieve, quizá porque entonces se espera que dejemos de manifestarías. Los seres humanos confiesan sus peores debilidades cuando se asombran de que un amo del mundo no sea de una estúpida indolencia, presunción o crueldad.

Había rechazado todos los títulos. Durante el primer mes de mi reinado, y contra mi voluntad, el

Senado me había conferido a la larga serie de designaciones honoríficas que, a manera de un chal rayado, adorna el cuello de ciertos emperadores. Dácico, Pártico, Germánico: Trajano había amado esos bellos sonidos de músicas guerreras, semejantes a los címbalos y los tambores de los regimientos partos; en él habían suscitado ecos y respuestas; a mime irritaban y me aturdían. Hice suprimir todo eso; también rechacé, provisionalmente, el admirable título de Padre de la Patria que Augusto sólo aceptó al final y del que no me consideraba todavía digno. Hice lo mismo con el triunfo; hubiera sido ridículo consentir en él por una guerra en la cual mi mérito era el de haberle puesto fin. Aquellos que vieron modestia en estos rechazos se engañaron tanto como los que los atribuían a orgullo. Mis cálculos atendían menos al efecto provocado en el prójimo que a mis propias ventajas. Quería que mi prestigio fuese personal, pegado a la piel, inmediatamente mensurable en términos de agilidad mental, de fuerza o de actos cumplidos. Los títulos, de venir, vendrían más tarde y serían diferentes: testimonios de victorias más secretas a las cuales todavía no osaba pretender. Bastante ocupado estaba por el momento en llegar a ser, o ser lo más posible Adriano.

Me acusan de no querer a Roma. Y sin embargo era bella en esos dos años en que el Estado y yo nos probamos mutuamente, con sus calles estrechas, sus foros amontonados, sus ladrillos de color de carne

vieja. Después de Oriente y Grecia, volver a ver Roma la revestía de una cierta rareza que un romano, nacido y alimentado perpetuamente en la ciudad, no hubiera advertido. Me acostumbré otra vez a sus inviernos húmedos y cubiertos de hollín, a sus veranos africanos moderados por la frescura de las cascadas de Tíbur y por los lagos de Alba, a su pueblo casi rústico, provincianamente aferrado a sus siete colinas, pero en el cual la ambición, el cebo del lucro, los azares de la conquista y de la servidumbre vuelcan poco a poco todas las razas del mundo, el negro tatuado, el germano velludo, el esbelto griego y el pesado oriental. Me desembaracé de ciertas delicadezas: acudía a los baños públicos en las horas de afluencia popular; aprendí a soportar los Juegos, en los que hasta entonces sólo había visto un feroz derroche. No había cambiado de opinión: detestaba esa matanza donde las fieras no tienen ninguna probabilidad a su favor; poco a poco, sin embargo, percibía su valor ritual, sus efectos de purificación trágica en la inculta multitud; quería que las fiestas igualaran en esplendor a las de Trajano, pero con más arte y más orden. Me obligaba a saborear la esgrima exacta de los gladiadores, pero a condición de que nadie fuera obligado a ejercer ese oficio contra su voluntad. Desde lo alto de la tribuna del Circo, aprendía a parlamentar con la multitud por boca de los heraldos, a imponerle silencio con una deferencia que ella me devolvía centuplicada, a no concederle

jamás algo que no tuviera derecho a esperar dentro de lo razonable, a no negar nada sin explicar mi negativa. No llevaba, como haces tú, mis libros al palco imperial; se insulta al prójimo cuando se desdeñan sus alegrías. Si el espectáculo me repugnaba, el esfuerzo de soportarlo era un ejercicio más valioso que la lectura de Epicteto.

La moral es una convención privada; la decencia, una cuestión pública; toda licencia demasiado visible me ha hecho siempre el efecto de una ostentación de mala ley. Prohibí los baños mixtos, causa de riñas casi continuas; hice fundir e incorporar a las arcas del Estado la colosal vajilla de plata que había servido para la gula de Vitelio. Nuestros primeros Césares adquirieron una detestable reputación de cazadores de herencias; tomé por principio no aceptar para el Estado ni para mi ningún legado sobre el cual algún heredero directo pudiera considerarse con derechos. Traté de reducir la exorbitante cantidad de esclavos del palacio imperial, y sobre todo su audacia, que los llevaba a considerarse los iguales de los mejores ciudadanos, y a veces a aterrorizarlos; cierto día uno de mis servidores interpeló con impertinencia a un senador; mandé que lo abofetearan. Mi repugnancia al desorden me indujo a hacer fustigar en pleno Circo a algunos disipadores cubiertos de deudas. Para evitar las confusiones, insistía en que se llevara la toga o la laticlavia en la vida pública de Roma; eran ropas incómodas, como todo lo

honorífico, y sólo en la capital me Sometía a su uso. Me ponía de pie para recibir a mis amigos; nunca me sentaba durante las audiencias, como reacción contra la desvergüenza que significa recibir a alguien estando sentado o acostado. Ordené reducir el número de carruajes que obstruyen nuestras calles, lujo de velocidad que se destruye a sí mismo, pues un peatón saca ventaja a cien vehículos amontonados a lo largo de las vueltas de la Vía Sacra. Cuando iba de visita, tomé la costumbre de hacerme transportar en litera hasta el interior de las casas, evitando así mi huésped la fatiga de esperarme o despedirme bajo el sol o el enconado viento de Roma.

Volví a encontrar a los míos; siempre sentí algún afecto por mi hermana Paulina, y el mismo Serviano parecía menos odioso que en el pasado. Mi suegra Matidia había traído de Oriente los primeros síntomas de una enfermedad mortal; me ingenié para distraerla de sus sufrimientos con ayuda de frugales fiestas, y embriagar inocentemente con un dedo de vino a aquella matrona llena de ingenuidades de jovencita. La ausencia de mi mujer, que se había refugiado en la campiña a consecuencia de uno de sus malhumores, no restaba nada a aquellos placeres de familia. Probablemente haya sido el ser a quien menos supe agradar; cierto es que no me preocupé demasiado por hacerlo. Frecuentaba la modesta casa donde la emperatriz viuda se entregaba a las graves delicias de la

meditación y los libros. Volví a encontrar el bello silencio de Plotina. La veía apartarse suavemente; aquel jardín, aquellas habitaciones claras, se volvían de más en más el recinto de una Musa, el templo de una emperatriz ya divina. Su amistad, sin embargo, seguía siendo exigente, pero sus exigencias eran siempre sensatas.

Volví a ver a mis amigos; gocé del placer exquisito de reanudar el contacto después de largas ausencias, de juzgar y ser nuevamente juzgado. Mi camarada de placeres y trabajos literarios de antaño, Víctor Voconio, había muerto; tomé a mi cargo escribir su oración fúnebre. Las gentes sonrieron al oír mencionar, entre las virtudes del difunto, la castidad que sus propios poemas negaban tanto como la presencia de Thestylis la de los rizos de miel, que Víctor había llamado en otros tiempos su hermoso tormento. Pero mi hipocresía era menos grosera de lo que pensaban: todo placer regido por el gusto me parecía casto. Ordené a Roma como una casa que el amo puede abandonar sin que sufra durante su ausencia: puse a prueba nuevos colaboradores; los adversarios incorporados a mi política cenaron en el Palatino con los amigos de los tiempos difíciles. Neracio Prisco esbozaba en mi mesa sus planes de legislación; el arquitecto Apolodoro nos explicaba sus planos; Ceyonio Cómodo, riquísimo patricio descendiente de una antigua familia etrusca de sangre casi real, buen

catador de vinos y de hombres, combinaba conmigo mi próxima maniobra en el Senado.

Su hijo Lucio Ceyonio, que apenas tenía dieciocho años, alegraba con su riente gracia de joven príncipe aquellas fiestas que yo hubiera querido austeras. Lucio tenía ya entonces algunas manías absurdas y deliciosas: la pasión de confeccionar platos raros a sus amigos, un gusto exquisito por las decoraciones florales, un loco amor por los juegos de azar y los disfraces. Marcial era su Virgilio; declamaba aquellas poesías lascivas con una encantadora desvergüenza. Le hice promesas que más tarde me acarrearon hartas preocupaciones; aquel joven fauno danzante ocupó seis meses de mi vida.

Tantas veces he perdido de vista y he vuelto a encontrar a Lucio en el curso de los años siguientes, que temo guardar de él una imagen formada por recuerdos superpuestos y que no corresponde en suma a ninguna fase de su breve existencia. El árbitro algo insolente de las elegancias romanas, el orador en sus comienzos, inclinado tímidamente sobre los ejemplos de estilo a la espera de mi parecer sobre un pasaje difícil, el joven oficial preocupado, atormentando su barba rala, el enfermo desgarrado por la tos, a quien velé hasta la agonía, sólo existieron mucho más tarde. La imagen de Lucio adolescente se recorta en rincones más secretos del recuerdo: un rostro, un cuerpo, el alabastro de una tez pálida y rosada, el exacto equivalente de un

epigrama amoroso de Calímaco, de unas pocas líneas claras y desnudas del poeta Estratón.

Pero yo tenía prisa en salir de Roma. Hasta ahora mis predecesores se habían ausentado de ella por razones de guerra; para milos grandes proyectos, las actividades pacíficas y mi vida misma empezaban fuera de sus muros.

Me quedaba por cumplir un último deber: había que ofrecer a Trajano el triunfo que había obsesionado sus sueños de enfermo. Un triunfo sólo sienta a los muertos. En vida, siempre hay alguien pronto a reprocharnos nuestras debilidades, como antaño reprochaban a César su calvicie y sus amores. Pero un muerto tiene derecho a esa especie de inauguración funeraria, a esas pocas horas de pompa ruidosa antes de los siglos de gloria y los milenios de olvido. La fortuna de un muerto está al abrigo de los reveses; hasta sus derrotas adquieren un esplendor de victoria. El triunfo final de Trajano no conmemoraba un éxito más o menos dudoso sobre los partos, sino el honorable esfuerzo que había constituido toda su vida. Nos habíamos reunido para celebrar el mejor emperador que conociera Roma desde la vejez de Augusto, el más asiduo en su trabajo, el más honesto y el menos injusto. Aun sus defectos eran esas particularidades que llevan a reconocer la perfecta semejanza de un busto de mármol con el rostro. El alma del emperador subía al cielo, llevado por la inmóvil es piral de la Columna Trajana. Mi padre adoptivo pasaba a ser un dios;

tomaba su lugar en la serie de las encarnaciones guerreras del Marte eterno, que de siglo en siglo vienen a trastornar y renovar el mundo. De pie en el balcón del Palatino, medí mis diferencias: yo me instrumentaba para fines más serenos. Empezaba a soñar con una soberanía olímpica.

Roma ya no está en Roma: tendrá que perecer o igualarse en adelante a la mitad del mundo: Estos muros que el sol poniente dora con un rosa tan bello, ya no son sus murallas; yo mismo levanté buena parte de las verdaderas, a lo largo de las florestas germánicas y las landas bretonas. Cada vez que desde lejos, en un recodo de alguna ruta asoleada, he mirado una acrópolis griega y su ciudad perfecta como una flor, unida a su colina como el cáliz al tallo, he sentido que esa planta incomparable estaba limitada por su misma perfección, cumplida en un punto del espacio y un segmento del tiempo. Su única probabilidad de expansión, como en las plantas, hubiera sido su semilla: la siembra de ideas con que Grecia ha fecundado el mundo. Pero Roma, más pesada e informe, vagamente tendida en su llanura al borde de su río, se organizaba para desarrollos más vastos: la ciudad se convertía en el Estado. Yo hubiera querido que el Estado siguiera ampliándose, hasta llegar a ser el orden del mundo y de las cosas. Las virtudes que bastaban para la pequeña ciudad de las siete colinas, tendrían que diversificarse, ganar en flexibilidad, para convenir

a la tierra entera. Roma, que fui el primer en atreverme a calificar de eterna, se asimilaría más y más a las diosas-madres de los cultos asiáticos: progenitora de los jóvenes y las cosechas, estrechando contra su seno leones y colmenas. Pero toda creación humana que aspire a la eternidad debe adaptarse al ritmo cambiante de los grandes objetos naturales, concordar con el tiempo de los astros. Nuestra Roma no es más la aldea pastoril del tiempo de Evandro, grávida de un porvenir que parte ya es pasado; la Roma agresiva de la República ha cumplido su misión; la alocada capital de los primeros Césares tiende por si misma a sentar cabeza; vendrán otras Romas cuya fisonomía me cuesta concebir, pero que habré contribuido a formar. Cuando visitaba las ciudades antiguas, sagradas pero ya muertas, sin valor presente para la raza humana, me prometía evitar a mi Roma el destino petrificado de una Tebas, una Babilonia o una Tiro. Roma debería escapar a su cuerpo de piedra; con la palabra Estado, la palabra ciudadanía, la palabra república, llegaría a componer una inmortalidad más segura. En los países todavía incultos, a orillas del Rin, del Danubio o del mar de los bátavos, cada aldea defendida por una empalizada de estacas me recordaba la choza de juncos, el montón de estiércol donde nuestros mellizos romanos dormían ahítos de leche de loba: esas metrópolis futuras reproducirían a Roma. A los cuerpos físicos de las naciones y las razas, a los

accidentes de la geografía y la historia, a las exigencias dispares de los dioses o los antepasados, superpondríamos para siempre, y sin destruir nada, la unidad de una conducta humana, el empirismo de una sabia experiencia. Roma se perpetuaría en la más insignificante ciudad donde los magistrados se esforzaran por verificar las pesas y medidas de los comerciantes, barrer e iluminar las calles, oponerse al desorden, a la incuria, al miedo, a la injusticia, y volver a interpretar razonablemente las leyes. Y sólo perecería con la última ciudad de los hombres.

Humanitas, *Felicitas*, *Libertas*: no he inventado estas bellas palabras que aparecen en las monedas de mi reinado. Cualquier filósofo griego, casi todos los romanos cultivados, se proponen la misma imagen del mundo. Frente a una ley injusta por demasiado rigurosa, he oído gritar a Trajano que su ejecución ya no respondía al espíritu de la época. Pero tal vez sería yo el primero que subordinara conscientemente mis actos a ese espíritu de la época, haciendo de él otra cosa que el sueño nebuloso de un filósofo o la vaga aspiración de un buen príncipe. Y daba gracias a los dioses por haberme dejado vivir en una época en la que mi tarea consistía en reorganizar prudentemente un mundo, y no en extraer del caos una materia aún informe, o en tenderme sobre un cadáver para tratar de resucitarlo. Me congratulaba de que nuestro pasado fuese lo bastante amplio para proporcionarnos

ejemplos, sin aplastarnos con un exceso de peso; de que el desarrollo de nuestras técnicas hubiera llegado al punto de facilitar la higiene de las ciudades y la prosperidad de los pueblos, sin exceder de la medida y abrumar a los hombres con adquisiciones inútiles; y de que nuestras artes, árboles fatigados ya por la abundancia de sus dones, fueran todavía capaces de dar algunos frutos deliciosos. Me alegraba de que nuestras vagas y venerables religiones, decantadas de toda intransigencia o de todo rito salvaje, nos asociaran misteriosamente a los más antiguos sueños del hombre y de la tierra, pero sin vedamos una explicación laica de los hechos, una visión racional de la conducta humana. Me placía, por fin, que aquellas palabras de Humanidad, Libertad y Felicidad no hubieran sido todavía devaluadas por un exceso de aplicaciones ridículas.

Advierto una objeción a todo esfuerzo por mejorar la condición humana: la de que quizá los hombres son indignos de él. Pero la desecho sin esfuerzo: mientras el sueño de Calígula siga siendo irrealizable y el género humano no se reduzca a una sola cabeza ofrecida al cuchillo, tendremos que tolerarlo, contenerlo, utilizarlo para nuestros fines; nuestro interés bien entendido será el de servirlo. Mi manera de obrar se basaba en una serie de observaciones sobre mí mismo, hechas desde mucho tiempo atrás; toda explicación lúcida me ha convencido siempre, toda cortesía me conquista,

toda felicidad me da casi siempre la cordura. Y sólo escuchaba a medias a los bien intencionados que afirman que la felicidad relaja, que la libertad reblandece, que la humanidad corrompe a aquellos en quienes se ejerce. Puede ser; pero en el estado actual del mundo, eso equivale a no querer dar de comer a un hombre exánime por miedo de que dentro de unos años sufra de plétora. Cuando hayamos aliviado lo mejor posible las servidumbres inútiles y evitado las desgracias innecesarias, siempre tendremos, para mantener tensas las virtudes heroicas del hombre, la larga serie de males verdaderos, la muerte, la vejez, las enfermedades incurables, el amor no correspondido, la amistad rechazada o vendida, la mediocridad de una vida menos vasta que nuestros proyectos y más opaca que nuestros ensueños — todas las desdichas causadas por la naturaleza divina de las cosas. Tengo que confesar que creo poco en las leyes. Si son demasiado duras, se las transgrede con razón. Si son demasiado complicadas, el ingenio humano encuentra fácilmente el modo de deslizarse entre las mallas de esa red tan frágil. El respeto a las leyes antiguas corresponde a lo que la piedad humana tiene de más hondo; también sirve de almohada a la inercia de los jueces. Las más remotas participan del salvajismo que se esforzaban por corregir; las más venerables siguen siendo un producto de la fuerza. La mayoría de nuestras leyes penales sólo alcanzan, por suerte quizá, a una mínima parte de

los culpables; nuestras leyes civiles no serán nunca lo suficientemente flexibles para adaptarse a la inmensa y fluida variedad de los hechos. Cambian menos rápidamente que las costumbres; peligrosas cuando quedan a la zaga de éstas, lo son aún más cuando pretenden precederlas. Sin embargo, en esta aglomeración de innovaciones arriesgadas o de rutinas añejas, sobresalen aquí y allá, como sucede en la medicina, algunas fórmulas útiles. Los filósofos griegos nos han enseñado a conocer algo mejor la naturaleza humana; desde hace varias generaciones, nuestros mejores juristas trabajan en pro del sentido común. Yo mismo llevé a cabo algunas de esas reformas parciales, las únicas duraderas. Toda ley demasiado transgredida es mala; corresponde al legislador abrogaría o cambiarla, a fin de que el desprecio en que ha caído esa ordenanza insensata no se extienda a leyes más justas. Me proponía la prudente eliminación de las leyes superfluas y la firme promulgación de un pequeño cuerpo de decisiones prudentes. Parecía llegado el momento de revaluar todas las antiguas prescripciones, en interés de la humanidad.

En España, cerca de Tarragona, un día que visitaba solo una mina semiabandonada, un esclavo cuya larga vida había transcurrido casi por completo en los corredores subterráneos, se lanzó sobre mí armado de un cuchillo. Muy lógicamente, se vengaba en el emperador de sus cuarenta y tres años de servidumbre. Lo desarmé fácilmente, y lo entregué

a mi médico; su furor se calmó, y acabó convirtiéndose en lo que verdaderamente era: un ser no menos sensato que los demás, y más fiel que muchos. Aquel culpable, que la ley salvajemente aplicada hubiera mandado ejecutar de inmediato, se convirtió para mí en un servidor útil. Casi todos los hombres se parecen a ese esclavo, viven demasiado sometidos, y sus largos períodos de embotamiento se ven interrumpidos por sublevaciones tan brutales como inútiles. Quería yo ver si una libertad bien entendida no sacaría mejor partido de ellos, y me asombra que una experiencia semejante no haya tentado a más príncipes. Aquel bárbaro condenado a trabajar en las minas se convirtió para mí en el emblema de todos nuestros esclavos, de todos nuestros bárbaros. No me parecía imposible tratarlos como había tratado a ese hombre, devolverlos inofensivos a fuerza de bondad, siempre y cuando comprendieran previamente que la mano que los desarmaba era firme. Los pueblos han perecido hasta ahora por falta de generosidad: Esparta hubiera sobrevivido más tiempo de haber interesado a los ilotas en su supervivencia; un buen día Atlas deja de sostener el peso del cielo y su rebelión conmueve la tierra. Hubiera querido hacer retroceder, evitar si fuera posible, ese momento en que los bárbaros de fuera y los esclavos internos se arrojarán sobre un mundo que se les exige respetar de lejos o servir desde abajo, pero cuyos beneficios no son para ellos. Me obstinaba en que el más

desheredado de los seres, el esclavo que limpia las cloacas de la ciudad, el bárbaro hambriento que ronda las fronteras, tuviera interés en que Roma durara.

Dudo de que toda la filosofía de este mundo consiga suprimir la esclavitud; a lo sumo le cambiarán el nombre. Soy capaz de imaginar formas de servidumbre peores que las nuestras, por más insidiosas, sea que se logre transformar a los hombres en máquinas estúpidas y satisfechas, creídas de su libertad en pleno sometimiento, sea que, suprimiendo los ocios y los placeres humanos, se fomente en ellos un gusto por el trabajo tan violento como la pasión de la guerra entre las razas bárbaras. A esta servidumbre del espíritu o la imaginación, prefiero nuestra esclavitud de hecho. Sea como fuere, el horrible estado que pone a un hombre a merced de otro exige ser cuidadosamente reglado por la ley. Velé para que el esclavo dejara de ser esa mercancía anónima que se vende sin tener en cuenta los lazos de la familia que pueda tener, ese objeto despreciable cuyo testimonio no registra el juez hasta no haberlo sometido a la tortura, en vez de aceptarlo bajo juramento. Prohibí que se lo obligara a oficios deshonrosos o arriesgados, que se lo vendiera a los dueños de lenocinios o a las escuelas de gladiadores. Aquellos a quienes esas profesiones agraden, que las ejerzan por su cuenta: las profesiones saldrán ganando. En las granjas, donde los capataces abusan de su fuerza, he reemplazado

lo más posible a los esclavos por colonos libres. Nuestras colecciones de anécdotas están llenas de historias sobre gastrónomos que arrojan a sus domésticos a las murenas, pero los crímenes escandalosos y fácilmente punibles son poca cosa al lado de millares de monstruosidades triviales, perpetradas cotidianamente por gentes de bien y de corazón duro, a quien nadie pensaría en pedir cuentas. Hubo muchas protestas cuando desterré de Roma a una patricia rica y estimada que maltrataba a sus viejos esclavos; un ingrato que abandona a sus padres enfermos provoca mayor escándalo en la conciencia pública, pero yo no veo gran diferencia entre las dos formas de inhumanidad.

La situación de las mujeres se ve determinada por extrañas condiciones: sometidas y protegidas a la vez, débiles y todopoderosas, son demasiado despreciadas y demasiado respetadas. En este caos de hábitos contradictorios, lo social se superpone a lo natural y no es fácil distinguirlos. Tan confuso estado de cosas es más estable de lo que parece; en general, las mujeres son lo que quieren ser; o resisten a los cambios, o los aplican a los mismos y únicos fines. La libertad de las mujeres de hoy, mayor o por lo menos más visible que en otros tiempos, no pasa de ser uno de los aspectos de la vida más fácil de las épocas de prosperidad; los principios, y aun los prejuicios de antaño, no se han visto mayormente afectados. Sinceros o no, los elogios oficiales y las

Inscripciones funerarias continúan atribuyendo a nuestras matronas las mismas virtudes de industriosidad, recato y austeridad que se les exigía bajo la República. Por lo demás los cambios, reales o supuestos, no han modificado en nada la eterna licencia de las costumbres de las clases inferiores o la eterna mojigatería burguesa, y sólo el tiempo mostrará si son perdurables. La debilidad de las mujeres, como la de los esclavos, depende de su condición legal; su fuerza se desquita en las cosas menudas donde el poder que ejercen es casi ilimitado. Raras veces he visto casas donde no reinaran las mujeres; con frecuencia he visto reinar también al intendente, al cocinero o al liberto. En el orden financiero, siguen legalmente sometidas a una forma cualquiera de tutela, pero en la práctica, en cada tienda de la Suburra la vendedora de aves o la frutera es la que casi siempre manda en el mostrador. La esposa de Atiano administraba los bienes familiares con admirable capacidad de hombre de negocios. Las leyes deberían diferir lo menos posible de los usos; he acordado a la mujer una creciente libertad para administrar su fortuna, testar y heredar. Insistí para que ninguna doncella sea casada sin consentimiento: la violación legal es tan repugnante como cualquier otra. El matrimonio es la cuestión más importante de su vida: justo es que la resuelvan según su voluntad.

Parte de nuestros males proviene de que hay demasiados hombres vergonzosamente ricos o

desesperadamente pobres. Hoy en día, por suerte, tiende a establecerse el equilibrio entre los dos extremos; las colosales fortunas de emperadores y libertos son cosa pasada; Trimalción y Nerón han muerto. Pero un inteligente reajuste económico del mundo está todavía por hacerse. Cuando subí al poder renuncié a las contribuciones voluntarias ofrecidas al emperador por las ciudades, y que no son más que un robo disfrazado. Te aconsejo que también renuncies a ellas cuando te llegue el día. La anulación completa de las deudas de los particulares al Estado era una medida más osada, pero igualmente necesaria para hacer tabla rasa después de diez años de economía de guerra. Nuestra moneda se ha devaluado peligrosamente a lo largo de un siglo, y sin embargo la eternidad de Roma está tasada por nuestras monedas de oro; preciso es, entonces, devolverles su valor y su peso, sólidamente respaldados en las cosas. Nuestras tierras se cultivan al azar; tan sólo dos distritos privilegiados —Egipto, el África, la Toscana y algunos otros— han sabido crear comunidades campesinas que conocen a fondo el cultivo del trigo o de la vid. Una de mis preocupaciones consistía en sostener esa clase, que me proporcionaría instructores destinados a las poblaciones rurales más primitivas o más rutinarias. Acabé con el escándalo de las tierras dejadas en barbecho por los grandes propietarios indiferentes al bien público; a partir de ahora, todo campo no cultivado durante cinco

años pertenece al agricultor que se encarga de aprovecharlo. Lo mismo puedo decir de las explotaciones mineras. La mayoría de nuestros ricos hacen enormes donaciones al Estado, a las instituciones públicas y al príncipe. Muchos lo hacen por interés, algunos por virtud, y casi todos salen ganando con ello. Pero yo hubiese querido que su generosidad no asumiera la forma de la limosna ostentosa, y que aprendieran a aumentar sensatamente sus bienes en interés de la comunidad, así como hasta hoy lo han hecho para enriquecer a sus hijos. Guiado por este principio, tomé en mano propia la gestión del dominio imperial; nadie tiene derecho a tratar la tierra como trata el avaro su hucha llena de oro.

A veces nuestros comerciantes son nuestros mejores geógrafos y astrónomos, nuestros naturalistas más sabios. Los banqueros se cuentan entre los mejores conocedores de hombres. Utilicé las competencias; luché con todas mis fuerzas contra las usurpaciones. El apoyo dado a los armadores ha duplicado los intercambios con países extranjeros; pude así, con poco gasto, reforzar la costosa flota imperial. Con respecto a las importaciones del Oriente y África, Italia es una isla, y a falta de cosecha propia depende de los comerciantes en granos para su subsistencia. La única manera de remediar los peligros de esta situación consiste en tratar a esos indispensables negociantes como a funcionarios estrechamente vigilados. Nuestras antiguas

provincias han alcanzado en los últimos años una prosperidad que aún puede ir en aumento, pero lo que importa es que la prosperidad sirva para todos y no solamente para la banca de Herodes Ático o para el pequeño especulador que acapara todo el aceite de una aldea griega. Se necesitan las leyes más rigurosas para reducir el número de los intermediarios que pululan en nuestras ciudades: raza obscena y ventruda, murmurando en todas las tabernas, acodada en todos los mostradores, pronto a mirar cualquier política que no le proporcione ganancias inmediatas. Una distribución juiciosa de los graneros del Estado ayuda a contener la escandalosa inflación de los precios en épocas de carestía, pero yo contaba sobre todo con la organización de los productores mismos, los viñateros galos, los pescadores del Ponto Euxino cuya miserable pitanza devoran los importadores de caviar y de pescado salado prontos a sacar tajada de sus fatigas y sus peligros. Uno de mis días más hermosos fue aquel en que convencí a un grupo de marineros del Archipiélago de que se asociaran formando una corporación y que trataran directamente con los vendedores de las ciudades. Jamás me sentí más útil como príncipe.

Con harta frecuencia el ejército considera la paz como un período de ocio turbulento entre dos combates; la alternativa de esa inacción o ese desorden es la preparación de una determinada guerra, seguida por la guerra misma. Rompí con

esas rutinas; mis continuas visitas a los puestos de avanzada eran un medio entre muchos otros para mantener un ejército pacífico en estado de actividad útil. Por doquiera, en la llanura como en la montaña, al borde de la selva y en pleno desierto, la legión extiende o concentra sus edificios siempre iguales, sus campos de maniobras, sus barras construidas en Colonia para resistir a la nieve, o en Lambesis para defenderse de las tormentas de arena, sus almacenes cuyo material inútil había mandado vender, su circulo de oficiales presidido por una estatua del príncipe. Pero esta uniformidad es sólo aparente, esos cuarteles intercambiables contienen la multitud siempre diferente de las tropas auxiliares; todas las razas aportan al ejército sus virtudes y sus armas particulares, su genio de infantes, de jinetes o de arqueros. Volvía a encontrar en estado bruto aquella diversidad dentro de la unidad que constituía mi propósito imperial. Permití a los soldados que profirieran sus gritos de guerra nacionales y que las órdenes se dieran en su propio idioma; autoricé las uniones de los veteranos con mujeres bárbaras y legitimé a sus hijos. Me esforzaba así por mitigar el salvajismo de la vida rural y tratar a aquellos hombres sencillos como hombres. A riesgo de perder movilidad, quería que se afincaran en el rincón de la tierra que estaban encargados de defender; no vacilaba en regionalizar el ejército. Esperaba restablecer, en escala imperial, el equivalente de las milicias de la joven República,

en las que cada hombre defendía su campo y su granja. Me esforzaba sobre todo por desarrollar la eficacia técnica de las legiones; quería servirme de esos centros militares como de una palanca civilizadora, una cuña lo bastante sólida para entrar poco a poco allí donde se embotaran los instrumentos más delicados de la vida civil. El ejército se convertía en lazo de unión entre el pueblo de la selva, la estepa y las marismas, y el habitante refinado de las ciudades; sería escuela primaria para bárbaros, escuela de resistencia y de responsabilidad para el griego ilustrado o el joven caballero habituado a las comodidades de Roma. Conocía personalmente los lados penosos de esa vida, así como sus facilidades y sus subterfugios. Anulé los privilegios, prohibí que los oficiales gozaran de licencias demasiado frecuentes; mandé que se suprimieran en los campamentos las salas de banquetes, las casas de reposo y sus costosos jardines. Aquellos edificios inútiles pasaron a ser enfermerías y hospicios para veteranos. Hasta ahora reclutábamos nuestros soldados antes de que tuvieran edad suficiente y los guardábamos hasta que eran demasiado viejos, todo lo cual era tan poco económico como cruel. Cambié ese estado de cosas. La Disciplina Augusta tiene el deber de participar en la humanidad del siglo.

Somos funcionarios del Estado, no Césares. Razón tenía aquella querellante a quien me negué cierto día a escuchar hasta el fin, cuando me gritó

que si no tenía tiempo para escucharla, tampoco lo tenía para reinar. Las excusas que le presenté no eran solamente de forma. Y sin embargo me falta tiempo: cuanto más crece el imperio, más tienden a concentrarse los diferentes aspectos de la autoridad en manos del funcionario en jefe; este hombre apremiado tiene que delegar parte de sus tareas en otros; su genio consistirá cada vez más en rodearse de un personal de confianza. El gran crimen de Claudio o de Nerón fue el de permitir perezosamente que sus libertos o sus esclavos se apoderaran de la función de agentes, consejeros y delegados del amo. Parte de mi vida y de mis viajes ha estado dedicada a elegir los jefes de una burocracia nueva, a adiestrarlos, a hacer coincidir lo mejor posibles las aptitudes con las funciones, a proporcionar posibilidades de empleo a la clase media de la cual depende el Estado. Veo el peligro de estos ejércitos civiles y puedo resumirlo en una palabra: la rutina. Estos engranajes destinados a durar siglos, se estropearán si no se tiene cuidado; al amo corresponde regular incesantemente su movimiento, prever o reparar el desgaste. Pero la existencia demuestra que a pesar del infinito cuidado en la elección de nuestros sucesores, los Césares mediocres serán siempre los más numerosos, y que por lo menos una vez por siglo algún insensato llega al poder. En tiempos de crisis, la administración bien organizada podrá seguir atendiendo a lo esencial, llenar el intervalo, a veces demasiado largo, entre

uno y otro príncipe prudente. Ciertos emperadores desfilan llevando a la zaga a los bárbaros atados por el cuello, en interminable procesión de vencidos. El grupo selecto de funcionarios que he decidido formar será un cortejo harto diferente. Gracias a aquellos que constituyen mi consejo, he podido ausentarme durante años de Roma y volver solamente de paso. Me comunicaba con ellos mediante los correos más veloces; en caso de peligro se usaban las señales de los semáforos. Ellos han formado a su vez a otros auxiliares útiles. Su competencia es obra mía: su actividad bien ordenada me ha permitido dedicarme a otras cosas. Me permitirá, sin demasiada inquietud, ausentarme en la muerte.

A lo largo de veinte años de poder, pasé doce sin domicilio fijo. Ocupaba sucesivamente los palacios de los mercaderes asiáticos, las discretas casas griegas, las hermosas villas provistas de baños y caloríferos de los residentes romanos de la Galia, las chozas o las granjas. Seguía prefiriendo la liviana tienda, la arquitectura de tela y de cuerdas. Los navíos no eran menos variados que los alojamientos terrestres. Tuve el mío, provisto de un gimnasio y una biblioteca, pero desconfiaba demasiado de toda fijación como para aficionarme a una residencia aunque fuera móvil. Lo mismo me servían la barca de lujo de un millonario sirio, los bajeles de alto bordo de la flota o el queche de un pescador griego. El único lujo era la velocidad y todo lo que la

favorecía: los mejores caballos, los vehículos de mejor suspensión, el equipaje menos incómodo, las ropas y accesorios apropiados para el clima. Pero el gran recurso lo constituía sobre todo la perfecta salud corporal; una marcha forzada de veinte leguas no era nada, una noche de insomnio valía como una invitación a pensar. Pocos hombres aman durante mucho tiempo los viajes, esa ruptura perpetua de los hábitos, esa continua conmoción de todos los prejuicios. Pero yo tendía a no tener ningún prejuicio y el mínimo de hábitos. Gustaba de la deliciosa profundidad de los lechos, pero también el contacto y el olor de la tierra desnuda, las desigualdades de cada segmento de la circunferencia del mundo. Estaba habituado a la variedad de los alimentos, pasta de cereales británica o sandia africana. Un día llegué a probar la carne semipodrida que hace las delicias de ciertos pueblos germánicos: la vomité, pero la experiencia quedaba hecha. Claramente decidido en materia de preferencias amorosas, aun allí temía las rutinas. Mi séquito, reducido a lo indispensable o a lo exquisito, me aislaba poco del resto del mundo; velaba por mantener la libertad de mis movimientos y para que pudiera llegarse fácilmente hasta mí. Las provincias, esas grandes unidades oficiales cuyos emblemas yo mismo había elegido, la Britania en su territorio rocoso o la Dacia y su cimitarra, se disociaban en bosques donde había yo buscado la sombra, en pozos donde había bebido, en individuos

hallados al azar de un alto, en rostros elegidos y a veces amados. Conocía cada milla de nuestras rutas, quizá el más hermoso don que ha hecho Roma a la tierra. Pero el momento inolvidable era aquel en que la ruta se detenía en el flanco de una montaña, a la cual subíamos de grieta en grieta, de bloque en bloque, para ver la aurora desde lo alto de un pico de los Pirineos a los Alpes.

Algunos hombres habían recorrido la tierra antes que yo: Pitágoras, Platón, una docena de sabios y no pocos aventureros. Por primera vez el viajero era al mismo tiempo el amo, capaz de ver, reformar y crear al mismo tiempo. Allí estaba mi oportunidad, y me daba cuenta de que tal vez pasarían siglos antes de que volviera a producirse el feliz acorde de una función, un temperamento y un mundo. Y entonces me di cuenta de la ventaja que significa ser un hombre nuevo y un hombre solo, apenas casado, sin hijos, casi sin antepasados, un Ulises cuya Itaca es sólo interior. Debo hacer aquí una confesión que no he hecho a nadie: jamás tuve la sensación de pertenecer por completo a algún lugar, ni siquiera a mi Atenas bienamada, ni siquiera a Roma. Extranjero en todas partes, en ninguna me sentía especialmente aislado. A lo largo de los caminos iba ejerciendo las diferentes profesiones que integran el oficio de emperador: entraba en la vida militar como en una vestimenta cómoda a fuerza de usada. Volvía a hablar sin trabajo el idioma de los campamentos, ese latín deformado por la presión

de las lenguas bárbaras, sembrado de palabrotas rituales y bromas fáciles; me habituaba nuevamente al pesado equipo de los días de maniobra, a ese cambio de equilibrio que determina en todo el cuerpo la presencia del pesado escudo en el brazo izquierdo. El interminable oficio de contable me ocupaba aún más, ya se tratara de liquidar las cuentas de la provincia de Asia o las de una pequeña aldea británica endeudada por la construcción de un establecimiento termal. Del oficio del juez ya he hablado. Me venían a la mente analogías extraídas de otras ocupaciones: pensaba en el médico ambulante que cura a las gentes de puerta en puerta, en el obrero que acude a reparar una calzada o a soldar una cañería de agua, en el capataz que corre de un extremo a otro del banco de los navíos, alentando a los remeros pero empleando lo menos posible el látigo. Y hoy, mientras desde las terrazas de la Villa observo a los esclavos que podan las ramas o escardan los arriates, pienso sobre todo en el sabio ir y venir del jardinero.

Los artesanos a quienes llevaba conmigo en mis giras me causaban preocupaciones, pues su gusto por los viajes igualaba al mío. En cambio me vi en dificultades con los hombres de letras. El indispensable Flegón tiene defectos de mujer vieja, pero es el único secretario que haya resistido al uso: todavía está ahí. El poeta Floro, a quien ofrecí una secretaría en lengua latina, dijo a todo el mundo que no hubiera querido ser César para tener que

andar soportando los inviernos escitas y las lluvias bretonas. Las largas caminatas tampoco le agradaban. Por mi parte le dejaba de buen grado las delicias de la vida literaria romana, las tabernas donde sus colegas se reúnen todas las noches para repetir las mismas ocurrencias y hacerse picar fraternalmente por los mismos mosquitos. Había nombrado a Suetonio encargado de los archivos, cargo que le permitía consultar los documentos secretos que necesitaba para sus biografías de los Césares. Aquel hombre tan hábil, y tan bien apodado Tranquilo, no era concebible más que en una biblioteca; permaneció en Roma, donde llegó a ser uno de los familiares de mi mujer, miembro de ese pequeño círculo de conservadores descontentos que se reunían en su casa para criticar lo mal que anda el mundo. Como ese circulo me desagradaba, obligué a retirarse a Tranquilo, que se marchó a su pabellón de los montes sabinos para seguir soñando en paz con los vicios de Tiberio. Favorino de Arles desempeñó cierto tiempo una secretaria griega; aquel enano de voz aflautada no carecía de fineza. Era uno de los espíritus más falsos que jamás he encontrado; disputábamos, pero me encantaba su erudición. Me regocijaba su hipocondría, que lo llevaba a ocuparse de su salud como un amante de su amada. Tenía un servidor hindú que le preparaba el arroz traído con no poco gasto de Oriente; por desgracia aquel exótico cocinero hablaba muy mal el griego, y apenas sabia otros idiomas, por lo cual

no pudo enseñarme nada sobre las maravillas de su país natal. Favorino se jactaba de haber realizado en su vida tres cosas bastante raras. Galo, se había helenizado mejor que nadie; hombre de baja extracción, disputaba sin cesar con el emperador sin que ello le acarreara ningún inconveniente, singularidad que en definitiva le honraba; impotente, tenía que pagar de continuo la multa aplicable a los adúlteros. Verdad es que sus admiradoras provincianas le metían en dificultades de las cuales tenía yo que andar sacándolo. Al final me cansé y Eudemón ocupó su puesto. Pero en conjunto he sido bien servido. El respeto de ese pequeño grupo de amigos y de empleados ha sobrevivido, sólo los dioses saben cómo, a la brutal intimidad de los viajes; su discreción ha sido más asombrosa, si es posible, que su fidelidad. Los Suetonios del futuro cosecharán muy pocas anécdotas sobre mí. Lo que el público sabe de mi vida, es lo que yo mismo he revelado. Mis amigos guardaron mis secretos, tanto los políticos como los otros; justo es decir que hice lo mismo con los suyos.

Construir es colaborar con la tierra, imprimir una marca humana en un paisaje que se modificará así para siempre; es también contribuir a ese lento cambio que constituye la vida de las ciudades. Cuántos afanes para encontrar el emplazamiento exacto de un puente o una fontana, para dar a una ruta de montaña la curva más económica que será al mismo tiempo la más pura... La ampliación de la

ruta de Megara transformaba el paisaje de rocas esquinorianas; los dos mil estadios de camino pavimentado, provisto de cisternas y puestos militares, que unen Antínoe al Mar Rojo, inauguraban en el desierto la era de la seguridad y acababan con la del peligro. Los impuestos de quinientas ciudades asiáticas no eran demasiados para construir un sistema de acueductos en la Tróade; el acueducto de Cartago resarcía en cierto modo de las durezas de las guerras púnicas. Levantar fortificaciones, en suma, era lo mismo que construir diques: consistía en hallar la línea desde donde puede defenderse un ribazo o un imperio, el punto donde el asalto de las olas o de los bárbaros será contenido y roto. Dragar los puertos era fecundar la hermosura de los golfos. Fundar bibliotecas equivalía a construir graneros públicos, amasar reservas para un invierno del espíritu que, a juzgar por ciertas señales y a pesar mío, veo venir. He reconstruido mucho, pues ello significaba colaborar con el tiempo en su forma pasada, aprehendiendo o modificando su espíritu, sirviéndole de relevo hacia un más lejano futuro; es volver a encontrar bajo las piedras el secreto de las fuentes. Nuestra vida es breve; hablamos sin cesar de los siglos que preceden o siguen al nuestro, como si nos fueran totalmente extranjeros; y sin embargo llegaba a tocarlos en mis juegos con la piedra. Esos muros que apuntalo están todavía tibios del contacto de cuerpos desaparecidos; manos que todavía no

existen acariciarán los fustes de estas columnas. Cuanto más he pensado en mi muerte, y sobre todo en la del otro, con mayor motivo he buscado agregar a nuestras vidas esas prolongaciones casi indestructibles. En Roma utilizaba de preferencia el ladrillo eterno, que sólo muy lentamente vuelve a la tierra de la cual ha nacido y cuyo lento desmoronamiento e imperceptible desgaste se cumplen de modo tal que el edificio sigue siendo montaña aun cuando haya dejado de ser visiblemente una fortaleza, un circo o una tumba. En Grecia y en Asia empleaba el mármol natal, la hermosa sustancia que una vez tallada sigue fiel a la medida humana, tanto que el plano del entero templo se halla contenido en cada fragmento de tambor. La arquitectura tiene muchas más posibilidades de las que hacen suponer los cuatro órdenes de Vitrubio; nuestros bloques, como nuestros tonos musicales, admiten combinaciones infinitas. Para alzar el Panteón me remonté a la antigua Etruria de los divinos y los arúspices; el santuario de Venus, en cambio, redondea al sol sus formas jónicas, la profusión de columnas blancas y rosadas en torno a la diosa de carne de donde brotó la raza de César. El Olimpión de Atenas tenía que ser el contrapeso exacto del Partenón, alzarse en la llanura como aquél en la colina, inmenso allí donde el otro es perfecto: el ardor arrodillado ante la calma, el esplendor a los pies de la belleza. Las capillas de Antínoo, sus templos, habitaciones mágicas,

monumentos de un misterioso pasaje entre la vida y la muerte, oratorios de un dolor y una felicidad sofocantes, eran recinto de la plegaria y la reaparición; en ellos me entregaba a mi duelo. La tumba que me he destinado a orillas del Tíber reproduce en escala gigantesca las antiguas tumbas de la Vía Appia, pero sus proporciones mismas la transforman, hacen pensar en Ctesifón y Babilonia, en las terrazas y las torres por las cuales el hombre se aproxima a los astros. El Egipto funerario ordenó los obeliscos y las avenidas de esfinges del cenotafio que impone a una Roma vagamente hostil la memoria del amigo nunca bastante llorado. La Villa era la tumba de los viajes, el último campamento del nómada, el equivalente en mármol de las tiendas y los pabellones de los príncipes asiáticos. Casi todo lo que nuestro gusto consiente ha sido ya intentado en el mundo de las formas; pasé entonces al de los colores: el jaspe, verde como las profundidades marinas; el pórfido graneado como la carne, el basalto, la taciturna obsidiana. El denso rojo de las tapicerías se adornaba con bordados cada vez más sutiles; los mosaicos de las murallas o los pavimentos no eran nunca bastante dorados, o blancos, o negros. Cada piedra era la extraña concreción de una voluntad, de un recuerdo, a veces de un desafío. Cada edificio era el plano de un sueño.

Plotinópolis, Andrinópolis, Antínoe. Adrianoterea... He multiplicado todo lo posible esas colmenas de la abeja humana. El plomero y el

albañil, el ingeniero y el arquitecto presiden esos nacimientos de ciudades; la operación exige asimismo ciertos dones de rabdomante. En un mundo que los bosques, el desierto, las llanuras incultas cubren en su mayor parte, resulta bello el espectáculo de una calle pavimentada, un templo dedicado a cualquier dios, los baños y letrinas públicos, la tienda donde el barbero discute con sus clientes las noticias de Roma, la del pastelero, la del vendedor de sandalias, la del librero, la enseña de un médico, un teatro donde de tiempo en tiempo representan una pieza de Terencio. Nuestros exquisitos se quejan de la uniformidad de nuestras ciudades; lamentan encontrar en todas partes la misma estatua de emperador y el mismo acueducto. Se equivocan: la belleza de Nimes difiere de la de Arles. Pero además esa uniformidad, repetida en tres continentes, contenta al viajero como una piedra miliar; nuestras ciudades más insignificantes guardan su prestigio tranquilizador de relevo, de posta o de abrigo. La ciudad: el marco, la construcción humana, monótona si se quiere pero como son monótonas las celdillas de cera henchidas de miel, el lugar de los intercambios y los contactos, la plaza a la que acuden los campesinos para venden sus productos y donde se quedan mirando boquiabiertos las pinturas de un pórtico... Mis ciudades han nacido de encuentros: mi encuentro con mi rincón de tierra, el de mis planes de emperador con los incidentes de mi vida de hombre.

Plotinópolis surgió de la necesidad de establecer nuevos centros agrícolas en Tracia, pero también del tierno deseo de honrar a Plotina. Adrianoterea está destinada a servir de emporio a los madereros del Asia Menor; al principio fue para mi el retiro estival, las cacerías en la floresta, el pabellón de troncos al pie de la colina de Atis, el torrente coronado de espuma donde nos bañábamos por las mañanas. Adrianópolis, en Epiro, reabre un centro urbano en el seno de una provincia empobrecida, y nació de una visita al santuario de Dodona. Adrianópolis, ciudad campesina y militar, centro estratégico en el linde de las regiones bárbaras, está habitada por los veteranos de las guerras sármatas; conozco personalmente lo bueno y lo malo de cada uno de ellos, su nombre, sus años de servicio y las heridas que han recibido. Antínoe, la más querida, emplazada en el lugar de la desgracia, está ceñida de una angosta faja de tierra árida, entre el río y la roca. Busqué ansiosamente enriquecerla con otros recursos, el comercio de la India, los transportes fluviales, las sapientes gracias de una metrópolis griega. En la tierra entera no hay otro lugar que menos desee volver a ver; y hay muy pocos a los cuales haya consagrado más cuidados. Antínoe es un peristilo perpetuo. Mantengo correspondencia con su gobernador, Fido Aquila, acerca de los propileos de su templo, de las estatuas de su anca; he elegido los nombres de sus barrios urbanos y de sus demos, símbolos aparentes y secretos, catálogo

completo de mis recuerdos. Tracé por mí mismo el plano de las columnatas corintias que replican, a lo largo de la ribera, la alineación regular de las palmeras. Mil veces he recorrido con el pensamiento ese cuadrilátero casi perfecto, cortado por calles regulares, escindido en dos por una avenida triunfal que va de un teatro griego a una tumba.

Vivimos abarrotados de estatuas, ahítos de delicias pintadas o esculpidas, pero esa abundancia es ilusoria: reproducimos al infinito algunas docenas de obras maestras que ya no seríamos capaces de inventar. También yo he mandado copiar para la Villa el Hermafrodita y el Centauro, Niobe y Venus. He querido vivir lo más posible en medio de esas melodías de formas. Presté mi apoyo a las experiencias con el pasado, al sabio arcaísmo que vuelve a encontrar el sentido de las intenciones y las técnicas perdidas. Intenté esas variaciones consistentes en transcribir en mármol rojo en Marsias desollado de mármol blanco, devolviéndolo así al mundo de las figuras pintadas, o en transponer en el tono del mármol de Paros el grano negro de las estatuas egipcias, cambiando así el ídolo en fantasma. Nuestro arte es perfecto, es decir plenamente cumplido, pero su perfección es susceptible de modulaciones tan variadas como las de una voz pura; a nosotros nos toca jugar ese hábil juego consistente en acercarse o alejarse perpetuamente de la solución encontrada de una vez por todas, llegando al limite del rigor o del

exceso, encerrando innumerables construcciones nuevas en el interior de esa hermosa esfera. Gozamos de la ventaja de tener tras de nosotros mil puntos de comparación, de poder continuar con inteligencia la línea de Scopas o contradecir voluptuosamente a Praxiteles. Mis contactos con las artes bárbaras me han llevado a creer que cada raza se limita a ciertos temas, a ciertos modos dentro de los modos posibles; y dentro de las posibilidades ofrecidas a cada raza, la época cumple además una selección complementaria. En Egipto he visto dioses y reyes colosales; los prisioneros sármatas tenían en las muñecas brazaletes que repiten al infinito el mismo caballo al galope, las mismas serpientes devorándose entre sí. Pero nuestro arte (quiero decir el griego) ha elegido atenerse al hombre. Sólo nosotros hemos sabido mostrar en un cuerpo inmóvil la fuerza y la agilidad latentes; sólo nosotros hemos hecho de una frente lisa el equivalente de un pensar profundo. Soy como nuestros escultores: lo humano me satisface, pues allí encuentro todo, hasta lo eterno. La floresta bienamada se resume para mí íntegramente en la imagen del centauro; la tempestad nunca respira mejor que en el henchido peplo de una diosa marina. Los objetos naturales, los emblemas sagrados valen tan sólo cuando están preñados de asociaciones humanas: la piña fálica y fúnebre, el tazón de fuente con palomas que sugiere la siesta al borde de los manantiales, el grifo que arrebata al cielo al bienamado.

El arte del retrato me interesa poco. Nuestros retratos romanos sólo tienen valor de crónica: copias donde no faltan las arrugas exactas ni las verrugas características, calcos de modelos a cuyo lado pasamos de largo en la vida y que olvidamos tan pronto han muerto. Los griegos, en cambio, amaron la perfección humana al punto de despreocuparse del variado rostro de los hombres. Apenas si echaba una ojeada a mi propia imagen, a ese rostro moreno que la blancura del mármol desnaturaliza, a esos grandes ojos abiertos, a esa boca fina y sin embargo carnosa, dominada hasta el temblor. Pero el rostro de otro ser me preocupó más. Tan pronto se volvió importante para mi vida, el ante dejó de ser un lujo para convertirse en un recurso, una forma de auxilio. Impuse al mundo esa imagen: actualmente hay más retratos de aquel niño que de cualquier hombre ilustre o cualquier reina. Al comienzo me preocupé de que el escultor registrara la belleza sucesiva de un ser que está cambiando; después el arte se convirtió en una especie de operación mágica capaz de evocar un rostro perdido. Las efigies colosales parecían un medio de expresar las verdaderas proporciones que da el amor a los seres; quería que esas imágenes fueran enormes como una figura vista de muy cerca, altas y solemnes como las visiones y las apariciones de la pesadilla, aplastantes como lo ha seguido siendo ese recuerdo. Reclamaba un acabado perfecto, una pura perfección, reclamaba ese dios que todo aquel que

ha muerto a los veinte años llega a ser para quienes lo amaban, y también el parecido fiel, la presencia familiar, cada irregularidad de un rostro más querido que la belleza. Cuántas discusiones para mantener la espesa línea de una ceja, la redondez un tanto mórbida de un labio... Contaba desesperadamente con la eternidad de la piedra y la fidelidad del bronce para perpetúan un cuerpo perecedero o ya destruido, pero también insistía en que el mármol, ungido diariamente con una mezcla de aire y de ácidos, tomara el brillo y casi la blandura de una carne joven. En todas partes volvía a encontrar aquel rostro único; amalgamaba las personas divinas, los sexos y los atributos eternos, la dura Diana de los bosques a Baco melancólico, el vigoroso Hermes de las palestras al dios que duerme, apoyada la cabeza en el brazo, en un desorden de flor. Comprobaba hasta qué punto un joven que piensa se parece a la viril Atenea. Mis escultores solían confundirse; los más mediocres caían aquí y allá en la blandura o en el énfasis; pero todos participaban más o menos del sueño. Están las estatuas y las pinturas del joven viviente, reflejando ese paisaje inmenso y cambiante que va de los quince a los veinte años, el perfil lleno de seriedad del niño bueno, está la estatua en que un escultor de Corinto se atrevió a fijan el abandono del adolescente que comba el vientre y adelanta los hombros, la mano en la cadera, como si parado en alguna esquina contemplara una partida de dados.

Está ese mármol en el que Pappas de Afrodisia trazó un cuerpo más que desnudo, indefenso, con la frágil frescura del narciso. Y en una piedra algo rugosa, Aristeas esculpió siguiendo mis órdenes aquella pequeña cabeza imperiosa y altane..... Están los retratos posteriores a la muerte, por donde la muerte ha pasado, esos grandes rostros de labios sapientes, cargados de secretos que ya no son los míos porque ya no son los de la vida. Está el bajorrelieve donde Antoniano de Mileto transpuso en términos sobrehumanos al vendimiador vestido de seda, y el hocico amistoso del perro que se frota en una pierna desnuda. Y esa mascarilla casi intolerable, obra de un escultor de Cirene, en la que el placer y el dolor brotan y se entrechocan en el rostro como dos olas contra una misma roca. Y esas estatuillas de arcilla que valen un centavo y que sirvieron para propaganda imperial: *Tellus stabilitata*, el Genio de la tierra pacificada bajo el aspecto de un joven tendido entre frutos y flores.

Trahit suaquemque voluptas. A cada uno su senda; y también su meta, su ambición si se quiere, su gusto más secreto y su más claro ideal. El mío estaba encerrado en la palabra belleza, tan difícil de definir a pesar de todas las evidencias de los sentidos y los ojos. Me sentía responsable de la belleza del mundo. Quería que las ciudades fueran espléndidas, ventiladas, regadas por aguas límpidas, pobladas por seres humanos cuyo cuerpo no se viera estropeado por las marcas de la miseria o la

servidumbre, ni por la hinchazón de una riqueza grosera; quería que los colegiales recitaran con voz justa las lecciones de un buen saber; que las mujeres, en sus hogares, se movieran con dignidad maternal, con una calma llena de fuerza; que los jóvenes asistentes a los gimnasios no ignoraran los juegos ni las artes; que los huertos dieran los más hermosos frutos y los campos las cosechas más ricas. Quería que a todos llegara la inmensa majestad de la paz romana, insensible y presente como la música del cielo en marcha; que el viajero más humilde pudiera errar en un país, de un continente al otro, sin formalidades vejatorias, sin peligros, por doquiera seguro de un mínimo de legalidad y de cultura; que nuestros soldados continuaran su eterna danza pírrica en las fronteras; que todo funcionara sin inconvenientes, los talleres y los templos; que en el mar se trazara la estela de hermosos navíos y que frecuentaran las rutas numerosos vehículos; quería que, en un mundo bien ordenado, los filósofos tuvieran su lugar y también lo tuvieran los bailarines. Este ideal, modesto al fin y al cabo, podría llegan a cumplirse silos hombres pusieran a su servicio parte de la energía que gastan en trabajos estúpidos o feroces; una feliz oportunidad me ha permitido realizarlo parcialmente en este último cuarto de siglo. Arriano de Nicomedia, uno de los seres más finos de nuestro tiempo, se complace en recordarme los bellos versos donde el viejo Terpandro definió en tres palabras el ideal espartano, el perfecto modo

de vida que la Lacedemonia soñó siempre sin alcanzarlo: la Fuerza, la Justicia, las Musas. La Fuerza constituía la base, era el rigor sin el cual no hay belleza, la firmeza sin la cual no hay justicia. La Justicia era el equilibrio de las partes, el conjunto de las proporciones armoniosas que ningún exceso debe comprometer. Fuerza y Justicia eran tan sólo un instrumento bien acordado en manos de las Musas. Toda miseria, toda brutalidad, debía suprimirse como otros tantos insultos al hermoso cuerpo de la humanidad. Toda iniquidad era una nota falsa que debía evitarse en la armonía de las esferas.

Las fortificaciones y los campamentos que había que renovar o establecer, las nuevas rutas o las que necesitaban ser puestas en buen estado, me retuvieron en Germania cerca de un año; nuevos bastiones, erigidos en una extensión de setenta leguas, reforzaron nuestras fronteras a lo largo del Rin. Aquel país de viñedos y ríos torrentosos no me ofrecía nada imprevisto; volvía a encontrar en él las huellas del joven tribuno que llevara a Trajano la noticia de su advenimiento. También encontré, más allá de nuestro último fuerte de troncos de abetos, el mismo horizonte monótono y negro, el mismo mundo cerrado para nosotros desde el imprudente avance que hicieron en él las legiones de Augusto, el océano de árboles, la reserva de hombres blancos y rubios. Cumplida la tarea de reorganización, bajé hasta la desembocadura del Rin por las praderas

belgas y bátavas. Dunas desoladas componían un paisaje septentrional matizado por hierbas sibilantes; las casas del puerto de Noviomago, construidas sobre pilotes, se recostaban en los navíos amarrados a sus umbrales; las aves marinas se posaban en los tejados. Yo amaba aquellos lugares melancólicos que parecían horribles a mis ayudas de campo, aquel cielo nublado, los ríos fangosos desgastando una tierra informe y sin fuerza, con cuyo limo nada han modelado los dioses.

Una banca de fondo casi plano me condujo a la isla de Bretaña. El viento nos devolvió varias veces a la costa que acabábamos de abandonan; aquella accidentada travesía me valió algunas asombrosas horas vacías. Gigantescas nubes nacían del pesado mar, sucio de arena, incesantemente removido en su lecho. Si antaño, entre los dacios y los sármatas, había contemplado religiosamente la Tierra, ahora percibía por primera vez un Neptuno más caótico que el nuestro, un infinito mundo liquido. En Plutarco había leído una leyenda de navegantes acerca de una isla situada en los parajes vecinos al Mar Tenebroso, donde los Olímpicos triunfantes habrían confinado siglos atrás a los Titanes vencidos. Aquellos grandes cautivos de la roca y la ola, eternamente flagelados por un océano insomne, incapaces de dormir pero soñando sin cesar, seguirían oponiendo al orden olímpico su violencia, su angustia, su deseo perpetuamente crucificado. En aquel mito situado en los confines del mundo

volvía a encontrar las teorías filosóficas que había hecho mías: cada hombre está eternamente obligado, en el curso de su breve vida, a elegir entre la esperanza infatigable y la prudente falta de esperanza, entre las delicias del caos y las de la estabilidad, entre el Titán y el Olímpico. A elegir entre ellas, o a acordarlas alguna vez entre sí.

Las reformas civiles cumplidas en Bretaña forman parte de mi obra administrativa, de la que he hablado en otra parte. Lo que importa aquí es que he sido el primer emperador que se instaló pacíficamente en esa isla situada en los límites del mundo conocido, donde sólo Claudio se había arriesgado algunos días en su calidad de general en jefe. Durante todo un invierno, Londinium se convirtió por mi voluntad en ese centro efectivo del mundo que había sido Antioquia en tiempos de la guerra parta. Cada viaje desplazaba así el centro de gravedad del poder, lo llevaba por un tiempo al borde del Rin o a orillas del Támesis, permitiéndome valorar los puntos fuertes y débiles que hubieran tenido como sede imperial. Aquella estadía en Bretaña me indujo a contemplar la hipótesis de un estado centrado en el Occidente, de un mundo atlántico. Estas imaginaciones carecen de valor práctico, y sin embargo dejan de ser absurdas apenas el calculista traza sus esquemas concediéndose una suficiente cantidad de futuro.

Apenas tres meses antes de mi llegada, la Sexta Legión Victoriosa había sido transferida a territorio

británico. Reemplazaba a la malhadada Novena Legión, deshecha por los caledonios durante las revueltas que nuestra expedición contra los partos había desencadenado como contragolpe en Bretaña. Para impedir la repetición de semejante desastre se imponían dos medidas. Nuestras tropas fueron reforzadas por la creación de un cuerpo auxiliar indígena; en Eboracum, desde lo alto de un otero verde, vi maniobrar por primera vez aquel ejército británico recién constituido. La erección de una muralla que dividía la isla por su parte más angosta, sirvió al mismo tiempo para proteger las regiones fértiles y civilizadas del sur contra los ataques de las tribus norteñas. Inspeccioné personalmente buena parte de los trabajos, emprendidos simultáneamente sobre un terraplén de ochenta leguas; se me presentaba la ocasión de ensayar, en ese espacio bien delimitado que va de una costa a otra, un sistema de defensa que más tarde podría aplicarse a otras partes. Pero aquella obra puramente militar servía ya a la paz, favoreciendo la prosperidad de esa región de Bretaña; nacían aldeas, y las poblaciones convergían hacia nuestras fronteras. Los albañiles de la legión recibían ayuda de equipos indígenas; para muchos de aquellos montañeros, aún ayer insumisos, la erección de la muralla significaba la primera prueba irrefutable del poder protector de Roma; el dinero del salario era la primera moneda romana que pasaba por sus manos. Aquella línea de defensa se convirtió en el

emblema de mi renuncia a la política de conquistas; al pie del bastión más avanzado hice levantar un templo al dios Término.

Todo me pareció encantador en aquella tierra lluviosa: las franjas de bruma en el flanco de las colinas, los lagos consagrados a ninfas aún más fantásticas que las nuestras, la melancólica raza de ojos grises. Tenía como guía a un joven tribuno del cuerpo auxiliar británico; aquel dios rubio había aprendido el latín, balbuceaba el griego, ejercitándose tímidamente en componer poesías amorosas en esa lengua. Una fría noche otoñal fue mi intérprete ante una sibila. Sentados en la choza de humo de un carbonero celta, calentándonos las piernas metidas en gruesas bragas de áspera lana, vimos arrastrarse hasta nosotros a una vieja empapada por la lluvia, desmelenada por el viento, feroz y furtiva como un animal de los bosques. Aquel ser se precipitó sobre los panecillos de avena que se cocían en el hogar. Mi guía consiguió persuadir a la profetisa de que examinara para mí las volutas de humo, las chispas, las frágiles arquitecturas de sarmientos y cenizas. Vio ciudades que se alzaban, multitudes jubilosas, pero también vio ciudades incendiadas, tristes hileras de vencidos que desmentían mis sueños de paz, un rostro joven y dulce, que tomó por un rostro de mujer y en el cual me negué a creer; un espectro blanco que acaso no era más que una estatua, objeto aún más inexplicable para aquella habitante de los bosques y las landas.

Y, a una vaga distancia en el tiempo, vio mi muerte, que yo era harto capaz de prever sin su ayuda.

La Galia próspera, la opulenta España, me retuvieron menos tiempo que Bretaña. En la Galia Narbonense volví a encontrar a Grecia, que ha llevado hasta allí sus hermosas escuelas de elocuencia y sus pórticos bajo un cielo puro. Me detuve en Nimes para sentar el plano de una basílica dedicada a Plotina y destinada a convertirse un día en su templo. Los recuerdos familiares que vinculaban a la emperatriz con aquella ciudad me hacían aún más caro su paisaje seco y dorado.

Pero la revuelta de Mauretania ardía aún. Abrevié mi travesía de España negándome, entre Córdoba y el mar, a detenerme un instante en Itálica, ciudad de mi infancia y mis antepasados. En Gades me embarqué rumbo a África.

Los hermosos guerreros tatuados de las montañas del Atlas seguían inquietando a las ciudades africanas costaneras. Durante algunas breves jornadas vivía allí el equivalente númida de las luchas con los sármatas; volvía a ven las tribus domadas una a una, la fiera sumisión de los jefes prosternados en pleno desierto, en un desorden de mujeres, hatos y animales arrodillados. Pero la arena reemplazaba allí a la nieve.

Pon una vez me hubiera sido dulce la primavera en Roma, volver a encontrar la Villa ya empezada, las caricias caprichosas de Lucio, la amistad de Plotina. Pero mi permanencia en la

ciudad se vio interrumpida casi de inmediato por alarmantes rumores de guerra. La paz con los partos había quedado sellada hacia apenas tres años y ya estallaban graves incidentes en el Eufrates. Partí de inmediato para Oriente.

Estaba decidido a liquidar aquellos incidentes fronterizos usando medios menos triviales que el de las legiones en marcha. Concerté una entrevista personal con Osroes. Llevaba conmigo a la hija del emperador, que había sido tomada prisionera casi en la cuna, en la época en que Trajano ocupó Babilonia, y mantenida en Roma como rehén. Era una niña enclenque, de grandes ojos. Su presencia y las de sus azafatas me incomodó bastante en un viaje que importaba sobre todo cumplir sin retardos. El grupo de mujeres veladas fue llevado a lomo de dromedario a través del desierto sirio, bajo un baldaquino de cortinas severamente cerradas. Por la noche, en los altos, mandaba preguntan si nada faltaba a la princesa.

En Licia me detuve una hora a fin de decidir al comerciante Opramoas, que ya había mostrado sus cualidades de negociador, para que me acompañara al territorio parto. La falta de tiempo le impidió desplegar su lujo habitual. Aquel hombre ablandado por la opulencia no dejaba por eso de ser un admirable compañero de ruta, habituado a todos los azares del desierto.

El lugar de la conferencia quedaba en la orilla izquierda del Eufrates, no lejos de Dura. Cruzamos el río en una balsa. Los soldados de la guardia imperial parta, con sus corazas de oro, montados en caballos tan espléndidos como ellos, formaban a lo largo de la ribera una línea enceguecedora. Mi inseparable Flegón estaba muy pálido. También los oficiales que me acompañaban sentían algún temor: aquel encuentro podía ser una trampa. Opramoas, habituado a olfatear el aire del Asia, se mostraba perfectamente tranquilo, confiado en esa mezcla de silencio y tumulto, de inmovilidad y repentinos galopes, en ese lujo tendido en el desierto como un tapiz sobre la arena. En cuanto a mí, estaba maravillosamente sereno: como César en su barca, me entregaba a esos leños que llevaban mi fortuna. Una prueba de esa confianza estaba en restituir de inmediato la princesa parta a su padre, en vez de guardarla en nuestras líneas hasta mi retorno. Prometí también devolver el trono de oro de la dinastía arsácida, arrebatado antaño por Trajano; de nada nos servia, mientras que la superstición oriental lo valoraba extraordinariamente.

El fasto de aquellas entrevistas con Osroes no fue más que exterior. Nada las diferenciaba de las conversaciones entre dos vecinos que se esfuerzan por arreglar amistosamente una cuestión de pared medianera. Me veía abocado a un bárbaro refinado, que hablaba griego, nada tonto, sin que nada que obligara a creerlo más pérfido que yo mismo, pero

lo bastante vacilante como para dar una impresión de inseguridad. Mis curiosas disciplinas mentales me permitían captar su esquivo pensamiento; sentado frente al emperador de los partos, aprendía a prever, y muy pronto a orientar sus respuestas; entraba en su juego, me imaginaba a Osroes regateando con Adriano. Me horrorizan los debates inútiles en los que cada uno sabe por adelantado que va a ceder o no; en los negocios, la verdad me agrada sobre todo como medio de simplificar y andar rápido. Los partos nos temían; nosotros desconfiábamos de los partos; la guerra nacería del acoplamiento de nuestros dos temores. Los sátrapas fomentaban la guerra por interés personal no tardé en darme cuenta de que también Osroes tenía sus Quietos y sus Palmas. El más belicoso de aquellos príncipes semiindependientes apostados en la frontera, Farasmanés, era aún más peligroso para el imperio parto que para nosotros. Se me ha acusado de neutralizar, mediante subsidios, ese grupo dañino y ocioso: pero era un dinero bien invertido. Me sentía demasiado seguro de la superioridad de nuestras fuerzas para que pesara en mí un estúpido amor propio; estaba dispuesto a todas las concesiones huecas, que sólo afectan el prestigio, y a ninguna otra. Lo más difícil fue persuadir a Osroes de que si yo le prometía pocas cosas era porque estaba dispuesto a cumplir mis promesas. Me creyó, sin embargo, o hizo como si creyera. El acuerdo que sellamos en aquella visita

sigue en pie; desde hace quince años, tanto por una como por otra parte, nada ha alterado la paz en las fronteras. Cuento contigo para que ese estado de cosas continúe después de mi muerte.

Una noche, durante una fiesta que Osroes daba en mi honor en la tienda imperial, advertí entre las mujeres y los pajes de largas pestañas a un hombre desnudo, descarnado, completamente inmóvil, cuyos enormes ojos parecían ignorar aquella confusión de platos cargados de carnes, de acróbatas y bailarinas. Le hablé, valiéndome de mi intérprete; no se dignó contestar. Era un sabio. Pero sus discípulos se mostraban más locuaces; aquellos piadosos vagabundos venían de la India y su maestro pertenecía a la poderosa casta de los brahmanes. Supe que sus meditaciones lo llevaban a creer que todo el universo no es más que un tejido de ilusiones y errores; la austeridad, el renunciamiento, la muerte, eran para él la única manera de escapar al flujo cambiante de las cosas, por el cual sin embargo se había dejado arrastrar nuestro Heráclito, y de alcanzar más allá del mundo de los sentidos esa esfera de la pura divinidad, ese firmamento inmóvil y vacío con el cual también soñó Platón. A través de las torpezas de mis intérpretes presentía ciertas ideas que no habían sido enteramente extrañas a algunos de nuestros filósofos, pero que el sabio indio expresaba de manera más definitiva y desnuda. Aquel brahmán había llegado al estado en que nada, salvo su cuerpo, lo separaba del dios intangible, sin

presencia y sin forma, al cual quería unirse: había decidido quemarse vivo al día siguiente. Osroes me invitó a presenciar la solemnidad. Alzóse una pira de maderas olorosas; el hombre se arrojó a ella y desapareció sin lanzar un grito. Sus discípulos no manifestaron la menor señal de dolor; para ellos no se trataba de una ceremonia fúnebre.

Aquella noche medité largamente. Estaba tendido en un tapiz de riquísima lana, protegido por una tienda adornada con espesas telas tornasoladas. Un paje me masajeaba los pies. Me llegaban de afuera los raros sonidos de aquella noche asiática: una conversación de esclavos susurrando junto a mi puerta, el leve frotar de una palmera, el ronquido de Opramoas detrás de una colgadura, el golpear de un casco de caballo; y más lejos, en el sector de las mujeres, el arrullo melancólico de un canto. El brahmán había desdeñado todo aquello. Ebrio de rechazo, se había entregado a las llamas como un amante que rueda en un lecho. Había apartado las cosas, los seres, y luego a sí mismo, como otras tantas vestiduras que le ocultaban la presencia única, el centro invisible y vacío que prefería a todo.

Yo me sentía diferente, pronto para otras lecciones. La austeridad, el renunciamiento y la negación no me eran completamente ajenos; había mordido en ellos a los veinte años, como ocurre casi siempre. Aún no tenía esa edad cuando fui a visitar, guiado por un amigo, al viejo Epicteto en su

covacha de la Suburra, pocos días antes de que Domiciano lo exilara. El ex esclavo a quien un amo brutal había roto antaño una pierna sin hacerle exhalar una sola queja, el achacoso anciano que soportaba con paciencia el largo tormento del mal de piedra, me había parecido dueño de una libertad casi divina. Había mirado con admiración aquellas muletas, el jergón, la lámpara de terracota, la cuchara de madera en un vaso de arcilla, simples utensilios de una vida pura. Pero Epicteto renunciaba a demasiadas cosas, y yo no había tardado en darme cuenta de que nada era tan peligrosamente fácil como renunciar. El indio, más lógico, rechazaba la vida misma. Tenía mucho que aprender de aquellos fanáticos puros, pero a condición de alterar el sentido de la lección que me brindaban. Aquellos sabios se esforzaban por recobrar a su dios más allá del océano de las formas, por reducirlo a esa cualidad de único, de intangible, de incorpóreo, a la cual renunció el día en que se quiso universo. Yo entreveía de otra manera mis relaciones con lo divino. Me imaginaba secundándolo en su esfuerzo por informar y ordenar un mundo, desarrollando y multiplicando sus circunvoluciones, sus ramificaciones y rodeos. Yo era uno de los rayos de la rueda, uno de los aspectos de esa fuerza única sumida en la multiplicidad de las cosas, águila y toro, hombre y cisne, falo y cerebro conjuntamente. Proteo que a la vez es Júpiter.

Por aquel entonces empecé a sentirme dios. No vayas a engañarte: seguía siendo, más que nunca, el mismo hombre nutrido por los frutos y los animales de la tierra, que devolvía al suelo los residuos de sus alimentos, que sacrificaba el sueño a cada revolución de los astros, inquieto hasta la locura cuando le faltaba demasiado tiempo la cálida presencia del amor. Mi fuerza, mi agilidad física o mental, se mantenían gracias a una cuidadosa gimnástica humana. ¿Pero qué puedo decir sino que todo aquello era vivido divinamente? Las azarosas experiencias de la juventud habían llegado a su fin, y también su urgencia por gozar del tiempo que pasa. A los cuarenta y cuatro años me sentía libre de impaciencia, seguro de mí, tan perfecto como mi naturaleza me lo permitía, eterno. Y entiende bien que se trata aquí de una concepción del intelecto; los delirios si preciso es darles ese nombre, vinieron más tarde. Yo era dios, sencillamente, porque era hombre. Los títulos divinos que Grecia me concedió después no hicieron más que proclamar lo que había comprobado mucho antes por mí mismo. Creo que hubiera podido sentirme dios en las prisiones de Domiciano o en el pozo de una mina. Si tengo la audacia de pretenderlo se debe a que ese sentimiento apenas me parece extraordinario, y no tiene nada de único. Otros lo sintieron, o lo sentirán en el futuro.

He dicho que mis títulos no agregaban casi nada a tan asombrosa certidumbre; en cambio ésta se veía confirmada por las más simples rutinas de mi oficio

de emperador. Si Júpiter es el cerebro del mundo, el hombre encargado de organizar y moderar los negocios humanos puede razonablemente considerarse como parte de ese cerebro que todo lo preside. Con o sin razón, la humanidad ha concebido casi siempre a su dios en términos de providencia; mis funciones me obligaban a ser esa providencia para una parte del género humano. Cuanto más se desarrolla el Estado, ciñendo a los hombres en sus mallas exactas y heladas, más aspira la confianza humana a situar en el otro extremo de la inmensa cadena la adorada imagen de un hombre protector. Lo quisiera o no, las poblaciones orientales del imperio me trataban como a un dios. Aun en Occidente, aun en Roma, donde sólo somos declarados oficialmente divinos después de nuestra muerte, la oscura piedad popular se complace más y más en deificamos vivos. Muy pronto la gratitud de los partos elevó templos al emperador romano que había instaurado y mantenido la paz; tuve mi santuario en Vologeso, en el seno de aquel vasto mundo extranjero. Lejos de ver en esas señales la adoración un peligro de locura o prepotencia para el hombre que las acepta, descubría en ellas un freno, la obligación de realizarse de conformidad con un modelo eterno, de asociar a la fuerza humana una parte de sapiencia suprema. Ser dios, en resumidas cuentas, exige más virtudes que ser emperador.

Dieciocho meses más tarde me hizo iniciar en Eleusis. Aquella visita a Osroes había cambiado en

cierto sentido el curso de mi vida. En vez de regresar a Roma decidí consagrar algunos años a las provincias griegas y orientales del imperio; Atenas se convertía cada vez más en mi patria, mi centro. Quería agradar a los griegos, y también helenizarme lo más posible, pero aquella iniciación, motivada en parte por consideraciones políticas, fue sin embargo una experiencia religiosa sin igual. Los grandes ritos eleusinos sólo simbolizan los acaecimientos de la vida humana, pero el símbolo va más allá del acto, explica cada uno de nuestros gestos en términos de mecánica eterna. La enseñanza recibida en Eleusis debe ser mantenida en secreto; por lo demás, siendo por naturaleza inefable, corre pocos riesgos de ser divulgada. Si se la formulara, no pasaría de las evidencias más triviales; su profundidad reside precisamente en eso. Los grados superiores que me fueron conferidos luego de mis conversaciones privadas con el hierofante, no agregaron casi nada al loo choque inicial, idéntico al que siente el más ignorante de los peregrinos que participa de las abluciones rituales y bebe en la fuente. Había oído las disonancias resolviéndose en acorde; por un instante me había apoyado en otra esfera y contemplado desde lejos, pero también desde muy cerca, esa procesión humana y divina en la que yo tenía mi lugar, ese mundo donde el dolor existe todavía, pero no ya el error. El destino humano, ese vago trazo en el cual la mirada menos experta

reconoce tantas faltas, centelleaba como los dibujos del cielo.

Conviene que mencione aquí una costumbre que me llevó durante toda mi vida por caminos menos secretos que los de Eleusis, pero que al fin y al cabo son paralelos: me refiero al estudio de los astros. He sido siempre amigo de los astrónomos y cliente de los astrólogos. La ciencia de estos últimos es incierta, falsa en los detalles, quizá verdadera en su totalidad; pues si el hombre, parcela del universo, está regido por las mismas leyes que presiden en el cielo, nada tiene de absurdo buscar allá arriba los temas de nuestras vidas, las frías simpatías que participan de nuestros triunfos y nuestros errores. Jamás dejaba yo, a cada anochecer de otoño, de saludar en el sur a Acuario, al Copero celeste, al Dispensador bajo el cual he nacido. Nunca olvidaba verificar los pasajes de Júpiter y Venus, que regulan mi vida, ni de medir la influencia del peligroso Saturno. Pero si esa extraña refracción de lo humano en la bóveda estelar preocupaba con frecuencia mis vigilias, aún más me interesaban las matemáticas celestes, las especulaciones abstractas a que dan lugar esos grandes cuerpos inflamados. Inclinábame a creer, como algunos de nuestros sabios más atrevidos, que también la tierra participa de esa marcha nocturna y diurna que las santas procesiones de Eleusis simbolizan en su humano simulacro. En un mundo donde todo es torbellino de fuerzas, danza de átomos, donde todo está arriba y abajo a

la vez, en la periferia y en el centro, me costaba imaginar la existencia de un globo inmóvil, de un punto fijo que al mismo tiempo no fuera moviente. Otras veces, los cálculos de la precesión de los equinoccios establecida por Hiparco de Alejandría obsesionaban mis veladas; volvía a encontrar en ellos, en forma de demostraciones y no ya como fábulas o símbolos, el mismo misterio eleusino del pasaje y el retorno. La Espiga de la Virgen no está ya en nuestros días en el punto del mapa señalado por Hiparco, pero esta variación es el cumplimiento de un ciclo, y el cambio mismo confirman las hipótesis del astrónomo. Lenta, ineluctablemente, este firmamento volverá a ser como era en tiempos de Hiparco: será de nuevo lo que es en tiempos de Adriano. El desorden se integraba en el orden; el cambio formaba parte de un plan que el astrónomo era capaz de aprehender por adelantado; el espíritu humano revelaba su participación en el universo mediante teoremas exactos, así como lo revelaba en Eleusis con gritos rituales y danzas. El contemplador y los astros contemplados rodaban inevitablemente hacia su fin, marcado en alguna parte del cielo. Pero cada momento de esa caída era una pausa, un hito, un segmento de una curva tan sólida como una cadena de oro. Cada deslizamiento nos devolvía a ese punto en el que por azar nos encontramos y que por ello nos parece un centro.

Jamás, desde las noches de mi infancia en que el brazo alzado de Marulino me mostraba las

constelaciones, me abandonó la curiosidad por las cosas del cielo. Durante las vigilias forzadas de los campamentos contemplaba la luna corriendo a través de las nubes de los cielos bárbaros; más tarde, en las claras noches áticas, escuché al astrónomo Terón de Rodas explicar su sistema del mundo; tendido en el puente de un navío, en pleno mar Egeo, vi oscilar lentamente el mástil, desplazándose entre las estrellas, yendo del ojo enrojecido de Toro al llanto de las Pléyades, de Pegaso al Cisne; contesté lo mejor posible a las preguntas ingenuas y graves del joven que contemplaba conmigo ese mismo cielo. Aquí, en la Villa, hice levantar un observatorio al que la enfermedad ya no me deja subir. Pero hice aun más, una vez en la vida: ofrecí a las constelaciones el sacrificio de toda una noche. Fue después de mi visita a Osroes, durante la travesía del desierto sirio. Tendido de espaldas, bien abiertos los ojos, abandonando durante algunas horas todo cuidado humano, me entregué desde la noche hasta el alba a ese mundo de llama y de cristal. Fue el más hermoso de mis viajes. El gran astro de la constelación de la Lira, estrella polar de los hombres que vivirán dentro de algunas decenas de millares de años, resplandecía sobre mi cabeza. Los Gemelos brillaban débilmente en los últimos resplandores del crepúsculo; la Serpiente precedía al Sagitario; el Águila ascendía al cenit, abiertas las alas, y bajo ella ardía esa constelación aún no designada por los astrónomos y a la cual habría que dar un día el

más querido de los nombres. La noche, jamás tan completa como lo creen aquellos que viven y duermen encerrados en sus habitaciones, se volvió más oscura y luego más clara. Las hogueras destinadas a alejar a los chacales se fueron apagando; aquellos montones de carbones ardientes me recordaron a mi abuelo erguido en su viña sus profecías convertidas ya en presente y que bien pronto serían pasado. En mi vida busqué unirme a lo divino bajo muchas formas; conocí más de un éxtasis; los hay atroces, y los hay de una conmovedora dulzura. El éxtasis de la noche siria fue extrañamente lúcido. Inscribió en mí los movimientos celestes con una precisión que jamás me habría permitido alcanzar ninguna observación parcial. En el momento en que te escribo, sé exactamente qué estrellas pasan en Tíbur sobre este techo ornado de estucos y pinturas preciosas, y cuáles están suspendidas, en otras tierras, sobre una tumba. Algunos años después, la muerte había de convertirse en objeto de mi contemplación constante, pensamiento al cual dedicaría todas las fuerzas de mi espíritu que no estuvieran absorbidas por el Estado. Y quien dice muerte dice también el mundo misterioso al cual acaso ingresamos por ella. Después de tantas reflexiones y de tantas experiencias quizá condenables, sigo ignorando lo que sucede detrás de esa negra colgadura. Pero la noche siria representa mi parte consciente de inmortalidad.

SAECVLVM AVREVM

Pasé en el Asia Menor el verano que siguió a mi encuentro con Osroes, deteniéndome en Bitinia para vigilar personalmente la tala de los bosques del Estado. En Nicomedia, ciudad clara, civil, sapiente, me instalé en casa del procurador de la provincia, Cneio Pompeyo Próculo, que habitaba en la antigua residencia del rey Nicomedes, llena de los recuerdos voluptuosos del joven Julio César. Las brisas de la Propóntida ventilaban aquellas salas frescas y sombrías. Próculo, hombre refinado, organizó reuniones literarias en mi honor. Sofistas de paso, pequeños grupos de estudiantes y aficionados a la literatura, se reunían en los jardines, al borde de una fuente consagrada a Pan. De tiempo en tiempo, un servidor sumergía en ella una jarra de arcilla porosa; los cristales más límpidos parecían opacos comparados con aquella agua pura.

Aquella noche se leía una obra asaz abstrusa de Licofrón, a quien admiro por sus alocadas yuxtaposiciones de sonidos, alusiones e imágenes, su complejo sistema de reflejos y de ecos. Algo

apartado, un muchacho escuchaba las difíciles estrofas con una atención a la vez ausente y pensativa, que me hizo pensar inmediatamente en un pastor en el hondo de los bosques, vagamente atento a algún oscuro reclamo de pájaro. No había traído ni tabletas ni estilo. Sentado al borde de la taza de la fuente, mojaba los dedos en la bella superficie lisa. Supe que su padre había ocupado un puesto secundario en la administración de los vastos dominios imperiales; como quedara de niño a cargo de su abuelo, éste lo había enviado a casa de un amigo de sus padres, armador en Nicomedia, que pasaba por rico a ojos de aquella pobre familia. Hice que se quedara cuando se marcharon los demás. Era poco instruido, lleno de ignorancias, reflexivo y crédulo. Conocía yo Claudiópolis, su ciudad natal; logré hacerlo hablar de su casa familiar, al borde de los grandes bosques de pinos que proporcionan los mástiles de nuestros navíos, del templo de Atis situado en la colina, cuyas estridentes músicas amaba, de los hermosos caballos de su país y de sus extraños dioses. Aquella voz algo velada pronunciaba el griego con acento asiático. De pronto, sabiéndose escuchado o quizás contemplado, se turbó enrojeciendo, y recayó en uno de esos obstinados silencios a los que acabé por habituarme. Así habría de nacer una intimidad. A partir de entonces me acompañó en todos mis viajes, y comenzaron algunos años fabulosos.

Antínoo era griego; remonté en los recuerdos de aquella familia antigua y oscura, hasta la época de los primeros colonos arcadios a orillas de la Propóntida. Pero en aquella sangre algo acre el Asia había producido el efecto de la gota de miel que altera y perfuma un vino puro. Volvía a encontrar en él las supersticiones de un discípulo de Apolonio, el culto monárquico de un súbdito oriental del Gran Rey. Su presencia era extraordinariamente silenciosa; me siguió en la vida como un animal o como un genio familiar. De un cachorro tenía la infinita capacidad para la alegría y la indolencia, así como el salvajismo y la confianza. Aquel hermoso lebrel ávido de caricias y de órdenes se tendió sobre mi vida. Yo admiraba esa indiferencia casi altanera para todo lo que no fuese su delicia o su culto; en él reemplazaba al desinterés, a la escrupulosidad, a todas las virtudes estudiadas y austeras. Me maravillaba de su dura suavidad, de esa sombría abnegación que comprometía su entero ser. Y sin embargo aquella sumisión no era ciega; los párpados, tantas veces bajados en señal de aquiescencia o de ensueño, volvían a alzarse; los ojos más atentos del mundo me miraban en la cara; me sentía juzgado. Pero lo era como lo es un dios por uno de sus fieles; mi severidad, mis accesos de desconfianza (pues los tuve más tarde), eran pacientes, gravemente aceptados. Sólo una vez he sido amo absoluto; y lo fui de un solo ser.

Si aún no he dicho nada de una belleza tan visible, no hay que ver en ello la reticencia de un hombre completamente conquistado. Pero los rostros que buscamos desesperadamente nos escapan; apenas si un instante... Vuelvo a ver una cabeza inclinada bajo una cabellera nocturna, ojos que el alargamiento de los párpados hacían parecer oblicuos, una cara joven y ancha. Aquel cuerpo delicado se modificó continuamente, a la manera de una planta, y algunas de sus alteraciones son imputables al tiempo. El niño cambiaba, crecía. Una semana de indolencia bastaba para ablandarlo; una tarde de caza le devolvía su firmeza, su atlética rapidez. Una hora de sol lo hacía pasar del color del jazmín al de la miel. Las piernas algo pesadas del potrillo se alargaron; la mejilla perdió su delicada redondez infantil, ahondándose un poco bajo el pómulo saliente; el tórax henchido de aire del joven corredor asumió las curvas lisas y pulidas de una garganta de bacante. El mohín petulante de los labios se cargó de una ardiente amargura, de una triste saciedad. Sí, aquel rostro cambiaba como si yo lo esculpiera noche y día.

Cuando considero estos años, creo encontrar en ellos la Edad de Oro. Todo era fácil; los esfuerzos de antaño se veían recompensados por una facilidad casi divina. Viajar era un juego: placer controlado, conocido, puesto hábilmente en acción. El trabajo incesante no era más que una forma de voluptuosidad. Mi vida, a la que todo llegaba tarde,

el poder y aun la felicidad, adquiría un esplendor cenital, el brillo de las horas de la siesta en que todo se sume en una atmósfera de oro, los objetos del aposento y el cuerpo tendido a nuestro lado. La pasión colmada posee su inocencia, casi tan frágil como las otras; el resto de la belleza humana pasaba a ser espectáculo, no era ya la presa que yo había perseguido como cazador. Aquella aventura, tan trivial en su comienzo, enriquecía pero también simplificaba mi vida; el porvenir ya no me importaba. Dejé de hacer preguntas a los oráculos; las estrellas no fueron más que admirables diseños en la bóveda del cielo. Nunca había observado con tanto deleite la palidez del alba en el horizonte de las islas, la frescura de las grutas consagradas a las Ninfas y llenas de aves de paso, el pesado vuelo de las codornices en el crepúsculo. Releí a los poetas; algunos me parecieron mejores que antes, y la mayoría peores. Escribí versos que me dieron la impresión de ser menos insuficientes que de costumbre.

Tuvimos el mar de los árboles, las florestas de alcornoques y los pinares de Bitinia; el pabellón de caza, con sus galerías iluminadas en las que el niño, abandonándose al ambiente de su país natal, se despojaba al azar de sus flechas, su daga, su cinturón de oro, y se revolcaba con los perros sobre los divanes de cuero. Las planicies habían acumulado el calor del prolongado verano; el vapor subía de las praderas a orillas del Sangarios, donde galopaban

tropillas de caballos salvajes; al amanecer bajábamos a bañarnos a la ribera, rozando al pasar las altas hierbas empapadas de rocío nocturno, bajo un cielo en el cual estaba suspendida la delgada luna en cuarto creciente que sirve de emblema a Bitinia. Aquel país fue colmado de favores, y hasta asumió mi nombre. Hicimos una bella travesía del Bósforo, bajo la tormenta; hubo cabalgatas en la selva tracia, con el viento agrio que se engolfaba en los pliegues de los mantos, el innumerable tamborilear de la lluvia en el follaje y en el techo de la tienda, el alto en el campamento de trabajadores donde habría de alzarse Andrinópolis, las ovaciones de los veteranos de las guerras dacias, la blanda tierra de donde pronto surgirían murallas y torres. Una visita a las guarniciones del Danubio me llevó hasta la próspera población que hoy es Sarmizegetusa; el adolescente bitinio llevaba en la muñeca un brazalete del rey Decebalo. Volvimos a Grecia por el norte; me demoré unos días en el valle de Tempe, salpicado de aguas vivas; la rubia Eubea precedió al Ática color de vino rosado. Apenas permanecimos en Atenas; pero en Eleusis, durante mi iniciación en los Misterios, pasamos tres días participando con la multitud del baño de mar ritual, de los sacrificios y las carreras de antorchas.

Llevé a Antínoo a la Arcadia de sus antepasados; sus bosques seguían tan impenetrables como en los tiempos de aquellos antiguos cazadores de lobos. A veces un jinete asustaba a una víbora

con un latigazo; en las cimas pedregosas el sol llameaba como en lo más vivo del verano; el adolescente se adormecía contra las rocas, caída la cabeza sobre el pecho, los cabellos acariciados por el viento como un Endimión de pleno día. Una liebre que mi joven cazador había domesticado con gran trabajo fue destrozada por los perros; nuestros días sin sombras no tuvieron más desgracias que ésa. Los habitantes de Mantinea se descubrieron lazos de parentesco con la familia de colonos bitinios, hasta entonces desconocidos; la ciudad, donde el niño tuvo más tarde sus templos, fue enriquecida y adornada por mí. El inmemorial santuario de Neptuno, casi arruinado, era tan venerable, que su entrada estaba prohibida a todos; tras de sus puertas siempre cerradas se perpetuaban misterios más antiguos que la raza humana. Construí un nuevo templo, mucho más vasto, dentro del cual el vetusto edificio yace desde entonces como el hueso en el centro del fruto. No lejos de Mantinea, sobre el camino, hice embellecer la tumba donde Epaminondas, muerto en plena batalla, reposa junto a un joven camarada caído a su lado; una columna donde está grabado un poema se alzó para conmemorar el recuerdo de un tiempo en el que todo, visto desde lejos, parece haber sido noble y sencillo: la ternura, la gloria y la muerte. Los juegos ístmicos se celebraron en Acaya con un esplendor que no se veía desde antiguos tiempos; al restablecer aquellas grandes fiestas helénicas confiaba en devolver a Grecia una viviente

unidad. Las cacerías nos llevaron al valle de Helicón, dorado por las últimas lumbres del otoño; hicimos alto al borde de la fuente de Narciso, junto al santuario del Amor, y ofrecimos a este dios, el más sabio de todos, los despojos de una osezna, trofeo suspendido con clavos de oro en la pared del templo.

La barca que el mercader Erasto de Éfeso me prestaba para navegar por el archipiélago fondeó en la bahía de Falera, y me instalé en Atenas como un hombre que vuelve al hogar. Me atrevía a tocar aquella belleza, trataba de convertir una ciudad admirable en una ciudad perfecta. Por primera vez Atenas se repoblaba, empezaba a crecer después de un largo período de decadencia. Doblé su extensión; preví, a lo largo del Iliso, una nueva Atenas, la ciudad de Adriano después de la de Teseo. Había que disponerlo y construirlo todo. Seis siglos antes, la construcción del gran templo consagrado a Zeus Olímpico había quedado interrumpida. Mis obreros se pusieron a la tarea; Atenas conoció otra vez la exaltación jubilosa de las grandes empresas, que no había saboreado desde los días de Pendes. La inspección de los trabajos requirió ir y venir diariamente en un laberinto de máquinas, de complicadas poleas, fustes semilevantados y bloques blancos negligentemente apilados bajo lío el cielo azul. Volvía a encontrar allí algo de la excitación de los astilleros navales; un navío aparejaba rumbo al porvenir. Por la noche, la arquitectura cedía el lugar

a la música, esa construcción invisible. He practicado un poco todas las artes, pero sólo me he ejercitado constantemente en el de los sonidos, donde me reconozco con cierta excelencia. En Roma disimulaba esa afición, a la que podía entregarme discretamente en Atenas. Los músicos se reunían en el patio donde había un ciprés, al pie de una estatua de Hermes. Seis o siete solamente: una orquesta de flautas y liras, a la que a veces se agregaba un virtuoso de la citara. Casi siempre tocaba yo la flauta travesera. Ejecutábamos melodías antiguas, casi olvidadas, y también nuevas melodías compuestas para mí. Amaba la viril austeridad de los aires dorios, pero no me desagradaban las melodías voluptuosas o apasionadas, las modulaciones patéticas o artificiosas, que las personas graves, cuya virtud consiste en tenerlo todo, rechazan por considerarlas trastornadoras de los sentidos o del corazón. A través de las cuerdas entreveía el perfil de mi joven camarada, atentamente ocupado en cumplir su parte en el conjunto, y sus dedos que corrían a lo largo de los hilos tendidos. Aquel hermoso invierno fue rico en frecuentaciones amistosas; el opulento Ático, cuyo banco costeaba mis trabajos edilicios no sin obtener provecho, me invitó a sus jardines de Kefisia, donde vivía rodeado de una corte de improvisadores y escritores de moda; su hijo, el joven Herodes, era un conservador arrebatador y sutil a la vez, que se convirtió en el comensal indispensable de mis cenas

atenienses. Había perdido por completo la timidez que lo hiciera quedarse corto en mi presencia, en la época en que la efebía ateniense lo envió a la frontera sármata para felicitarme por mi advenimiento, pero su creciente vanidad me parecía divertidamente ridícula. El retórico Polemón, famoso en Laodicea, que rivalizaba con Herodes en elocuencia y sobre todo en riqueza, me encantó por su estilo asiático, amplio y centelleante como las olas de un Pactolo; aquel hábil ajustador de palabras vivía como hablaba, con fasto. Pero el más precioso de los encuentros fue el de Arriano de Nicomedia, mi mejor amigo. Doce años menor que yo, había comenzado la bella carrera política y militar en la cual continúa honrándose y sirviendo. Su experiencia de los grandes negocios, su conocimiento de los caballos, los perros y todos los ejercicios corporales, lo ponían infinitamente por encima de los simples hacedores de frases. En su juventud había sido presa de una de esas extrañas pasiones del espíritu sin las cuales no hay quizá verdadera sabiduría ni verdadera grandeza: dos años de su vida habían transcurrido en Nicópolis, en Epiro, habitando el cuchitril frío y desnudo donde agonizaba Epicteto; se había impuesto la tarea de recoger y transcribir palabra por palabra los últimos pensamientos del anciano filósofo enfermo. Aquel periodo de entusiasmo lo marcó para siempre; conservaba de él admirables disciplinas morales y una especie de grave candor. Practicaba en secreto

una vida austera de la que nadie tenía idea. Pero el largo aprendizaje del deber estoico no lo había endurecido en una actitud de falsa sabiduría; era demasiado fino como para no haberse apercibido de que los extremos de la virtud se asemejan a los del amor en que su mérito proviene precisamente de su rareza, de su condición de obra maestra única, de hermoso exceso. La inteligencia serena, la perfecta honradez de Jenofonte le servían desde entonces de modelo. Escribía la historia de Bitinia, su país. Había yo colocado a esta provincia, largo tiempo mal administrada por los procónsules, bajo mi jurisdicción personal; Arriano me aconsejó en mis planes de reforma. Lector asiduo de los diálogos socráticos, no ignoraba nada de las reservas de heroísmo, abnegación y a veces sapiencia con que Grecia ha sabido ennoblecer la pasión por el amigo; así, trataba a mi joven favorito con una tierna deferencia. Los dos bitinios hablaban ese dulce dialecto de la Jonia, lleno de desinencias casi homéricas, en el cual convencí más tarde a Arriano de que escribiera sus obras.

En aquella época Atenas tenía su filósofo de la vida frugal: en una cabaña de la aldea de Colona, Demonax vivía una existencia ejemplar y alegre. No era Sócrates: le faltaban la sutileza y el ardor, pero me gustaba su burlona llaneza. El actor cómico Aristómenes, que interpretaba con brío la antigua comedia ática, fue otro de mis amigos de corazón sencillo. Le llamaba mi perdiz griega; pequeño,

gordo, alegre como un niño o un pájaro, sabía más que nadie sobre los ritos, la poesía y las recetas culinarias de antaño. Me divirtió y me instruyó mucho tiempo. Por aquel entonces Antínoo se encariñó con el filósofo Chabrias, platónico con ribetes de orfismo, el más inocente de los hombres, que consagró al adolescente una fidelidad de perro guardián, transmitida a mí más tarde. Once años de vida palaciega no lo han cambiado; es siempre el mismo ser cándido, devoto, castamente ocupado de ensueños, ciego a las intrigas y sordo a los rumores. A veces me aburre, pero sólo la muerte me separará de él.

Mis relaciones con el filósofo estoico Eufrates fueron más breves. Habíase retirado a Atenas, luego de brillantes triunfos en Roma. Lo tomé como lector, pero los sufrimientos ocasionados por un absceso al hígado, y la debilidad consiguiente, lo persuadieron de que su vida no le ofrecía ya nada digno de ser vivido. Me pidió que lo autorizara a abandonar mi servicio y suicidarse. Jamás he sido enemigo de la desaparición voluntaria; había pensado en ella como posible final en la hora de la crisis que precedió a la muerte de Trajano. El problema del suicidio, que habría de obsesionarme más tarde, me parecía entonces de fácil solución. Eufrates recibió el permiso que reclamaba; se lo hice llegar por mano de mi joven bitinio, quizá porque me hubiera gustado recibir de un mensajero semejante la respuesta suprema. El filósofo se

presenté aquella noche al palacio, para mantener una conversación que en nada difería de las anteriores, y se suicidó a la mañana siguiente. Hablamos muchas veces de ese episodio, que tuvo taciturno a Antínoo durante muchos días. Aquel hermoso ser sensual miraba con horror la muerte, y yo no me daba cuenta de que pensaba ya mucho en ella. Por mi parte, apenas comprendía que pudiera abandonarse un mundo que me parecía hermoso, y que no se agotara hasta el límite, pese a todos los males, la última posibilidad de pensamiento, de contacto y hasta de mirada. Mucho he cambiado desde entonces.

Las fechas se mezclan; mi memoria compone un solo fresco donde se acumulan los incidentes y los viajes de diversas temporadas. La lujosa barca del comerciante Erasto de Éfeso puso proa a Oriente, luego al sur y por fin rumbo a Italia, que para mí significaba el Occidente. Tocamos Rodas dos veces; Delos, encenguecedora de blancura, nos recibió una mañana de abril y más tarde bajo la luna llena del solsticio; el mal tiempo en la costa de Epiro me permitió prolongar mi visita a Dodona. En Sicilia nos demoramos unos días en Siracusa para explorar el misterio de las fuentes: Aretusa, Ciadné, hermosas ninfas azules. Me acordaba de Licinio Sura, que antaño consagraba sus ocios de estadista a estudiar las maravillas de las aguas. Había oído hablar de las sorprendentes irisaciones de la aurora sobre el mar Jónico cuando se la contempla desde la cima del

Etna. Decidí emprender la ascensión de la montaña, pasamos de la región de los viñedos a la de la lava, y por fin a la de la nieve. El adolescente de piernas danzantes corría por las pendientes escarpadas; los hombres de ciencia que me acompañaban subían a lomo de muía. En la cresta habían levantado un abrigo que nos permitiría esperar el alba. Amaneció: un inmenso velo de Iris se desplegó de uno a otro horizonte; extraños fuegos brillaron en los hielos de la cima; el espacio terrestre y marino se abría a la mirada hasta el África visible y la Grecia adivinada. Fue una de las cumbres de mi vida. No faltó nada en ella, ni la franja dorada de una nube, ni las águilas, ni el escanciador de inmortalidad.

Días alciónicos, solsticio de mi vida... Lejos de embellecer mi dicha distante, tengo que luchar para no empalidecer su imagen; hasta su recuerdo es ya demasiado fuerte para mí. Más sincero que la mayoría de los hombres, confieso sin ambages las causas secretas de esa felicidad; aquella calma tan propicia para los trabajos y las disciplinas del espíritu se me antoja uno de los efectos más bellos del amor. Y me asombra que esas alegrías tan precarias, tan raramente perfectas a lo largo de una vida humana —bajo cualquier aspecto con que las hayamos buscado o recibido—, sean objeto de tanta desconfianza por quienes se creen sabios, temen el hábito y el exceso de esas alegrías en vez de temer su falta y su pérdida, y gastan en tiranizar sus sentidos un tiempo que estaría mejor empleado en

ordenar o embellecer su alma. En aquella época ponía yo en acendrar mi felicidad, en saborearla, y también en juzgarla, esa constante atención que siempre concedí a los menores detalles de mis actos; ¿y qué es la voluptuosidad sino un momento de apasionada atención del cuerpo? Toda dicha es una obra maestra: el menor error la falsea, la menor vacilación la altera, la menor pesadez la desluce, la menor tontería la envilece. La mía no es responsable de ninguna de las imprudencias que más tarde la quebraron; mientras obré a su favor fui sensato. Creo todavía que un hombre más sensato que yo hubiera podido ser dichoso hasta su muerte.

Tiempo después, en Frigia, en los confines donde Grecia y Asia se entremezclan, tuve la imagen más completa y más lúcida de esa dicha. Acampábamos en un lugar desierto y salvaje, en el emplazamiento de la tumba de Alcibíades, muerto allí víctima de las maquinaciones de los sátrapas. En la tumba abandonada desde siglos atrás había hecho emplazar una estatua de mármol de Paros, con la efigie de ese hombre a quien Grecia amó como a pocos. Había ordenado asimismo que todos los años se celebraran ciertos ritos conmemorativos; los habitantes de la aldea vecina se habían reunido con los hombres de mi escolta para la ceremonia inaugural. Se sacrificó un novillo, reservándose parte de su carne para el festín nocturno. En la llanura se improvisó una carrera de caballos, y danzas en las cuales el adolescente bitinio participó

con una gracia fogosa; algo después, junto a la última hoguera, cantó con su hermosa cabeza echada hacia atrás. Amo tenderme junto a los muertos para medirme a mí mismo; aquella noche comparé mi vida con la del gran gozador envejecido, que cayera acribillado de flechas en aquel lugar, defendido por un joven amigo y llorado por una cortesana ateniense. Mi juventud no había pretendido los prestigios de la de Alcibíades, pero mi diversidad igualaba o superaba la suya. Yo había gozado tanto como él, reflexionado más, trabajado mucho más; como él, tenía la extraña felicidad de ser amado. Alcibíades lo ha seducido todo, hasta la Historia, y sin embargo deja tras él los montones de muertos atenienses abandonados en las canteras de Siracusa, una patria tambaleante, los dioses de las encrucijadas tontamente mutilados por su mano. Yo había gobernado un mundo infinitamente más vasto que aquel donde viviera el ateniense; había mantenido la paz en él, aparejándolo como a un bello navío para un viaje que durará siglos; había luchado lo mejor posible para favorecer el sentido de lo divino en el hombre, sin sacrificar lo humano. Mi felicidad era una retribución.

Roma estaba ahí. Pero ya no me veía forzado a contemporizar, a dar seguridades, a complacer. La obra del principado se imponía; las puertas del templo de Jano, que se abren en tiempo de guerra, seguían cerradas. Las intenciones daban su fruto;

la prosperidad de las provincias refluía sobre la metrópolis. Acepté por fin el título de Padre de la Patria que me había sido propuesto en la época de mi advenimiento.

Plotina había muerto. Durante una estadía anterior en la capital había visto por última vez a aquella mujer que sonreía fatigada y que la nomenclatura oficial me asignaba por madre, aunque era mucho más que eso: mi única amiga. Esta vez sólo encontré de ella una pequeña urna depositada bajo la Columna Trajana. Asistí en persona a las ceremonias de la apoteosis; contrariando los usos imperiales, llevé luto durante nueve días. Pero la muerte no cambiaba gran cosa en esa intimidad que desde hacía muchos años prescindía de la presencia. La emperatriz seguía siendo lo que siempre había sido para mí: un espíritu, un pensamiento al cual estaba unido el mío.

Algunas de las grandes construcciones llegaban a su término. El Coliseo, reparado y lavado de los recuerdos de Nerón que aún duraban en él, había sido adornado, en reemplazo de la imagen de aquel emperador, con una efigie colosal del Sol, Helios-Rey, aludiendo a mi gentilicio Elio. Se estaba terminando el templo de Venus y de Roma, situado en el emplazamiento de la escandalosa Casa Áurea en la que Nerón había desplegado con pésimo gusto un mal adquirido. *Roma, Amor*: la divinidad de la Ciudad Eterna se identificaba por primera vez con la Madre del Amor, inspiradora de toda alegría.

Era una de las ideas de mi vida. La potencia romana adquiría así ese carácter cósmico y sagrado, esa forma pacífica y tutelar que ambicionaba darle. Se me ocurría a veces asimilar la emperatriz difunta a aquella Venus sapiente, consejera divina.

Cada vez más, todas las deidades se me aparecían como misteriosamente fundidas en un Todo, emanaciones infinitamente variadas, manifestaciones iguales de una misma fuerza; sus contradicciones no eran otra cosa que una modalidad de su acuerdo. Me obsesionaba la idea de construir un templo a todos los dioses, un Panteón. Había elegido el emplazamiento sobre los restos de antiguos baños públicos ofrecidos al pueblo romano por Agripa, el yerno de Augusto. Del viejo edificio no quedaba más que un pórtico y la placa de mármol conteniendo una dedicatoria al pueblo de Roma: esta última fue cuidadosamente reinstalada en el frontón del nuevo templo. Poco me importaba que mi nombre no figurara en esa obra, que era mi pensamiento. En cambio me agradaba que una inscripción, de más de un siglo de antigüedad, la asociara con los comienzos del imperio, con el pacífico reinado de Augusto. Aun allí donde innovaba quería sentirme ante todo un continuador. Más allá de Trajano y de Nerva, convertidos oficialmente en mi padre y mi abuelo, me vinculaba con aquellos doce césares tan maltratados por Suetonio; la lucidez y no la dureza de Tiberio, la erudición y no la debilidad de Claudio,

el sentido artístico y no la estúpida vanidad de Nerón, la bondad y no la insipidez de Tito, la economía y no la ridícula tacañería de Vespesiano, eran otros tantos ejemplos que me proponía a mí mismo. Aquellos príncipes habían desempeñado su papel en los negocios humanos; ahora me incumbía a mí elegir de entre sus actos aquellos que importaba continuar, consolidando los mejores corrigiendo los peores, hasta el día en que otros hombres, más o menos calificados pero igualmente responsables, se encargaran de hacer otro tanto con los míos.

La consagración del templo de Venus y de Roma fue una especie de triunfo acompañado de carreras de carros, espectáculos públicos, distribuciones de especias y perfumes. Los veinticuatro elefantes que habían arrastrado hasta el lugar de la erección de aquellos enormes bloques, reduciendo así el trabajo forzado de los esclavos, figuraban como monolitos vivientes en el cortejo. La fecha elegida para la fiesta era el aniversario del nacimiento de Roma, el octavo día siguiente a los idus de abril del año ochocientos ochenta y dos de la fundación de la ciudad. Jamás la primavera romana había sido más dulce, más violenta, más azul. El mismo día, con una solemnidad más recogida y como en una sordina, tuvo lugar en el interior del Panteón una ceremonia consagratoria. Había yo corregido personalmente los planes excesivamente tímidos del arquitecto Apolodoro. Utilizando las artes griegas como simple

ornamentación, lujo agregado, me había remontado para la estructura misma del edificio a los tiempos primitivos y fabulosos de Roma, a los templos circulares de la antigua Etruria. Había querido que el santuario de Todos los Dioses reprodujera la forma del globo terrestre y de la esfera estelar, del globo donde se concentran las simientes del fuego eterno, de la esfera hueca que todo lo contiene. Era también la forma de aquellas chozas ancestrales de donde el humo de los más arcaicos hogares humanos se escapaba por un orificio practicado en lo alto. La cúpula, construida con una lava dura y liviana que parecía participar todavía del movimiento ascendente de las llamas, comunicaba con el cielo por un gran agujero alternativamente negro y azul. El templo, abierto y secreto, estaba concebido como un cuadrante solar. Las hojas girarían en el centro del pavimento cuidadosamente pulido por artesanos griegos; el disco del día reposaría allí como un escudo de oro; la lluvia depositaría un charco puro; la plegaria escaparía como una humareda hacia ese vacío donde situamos a los dioses. La fiesta fue para mí una de esas horas a las que todo converge. De pie en el fondo de aquel pozo de claridad, tenía a mi lado a los integrantes de mi principado, los materiales que componían mi destino de hombre maduro, edificado más que a medias. Reconocía la austera energía de Marcio Turbo, servidor fiel; la dignidad gruñona de Serviano, cuyas críticas bisbisadas con voz cada vez más sorda ya no me

alcanzaban; la elegancia real de Lucio Ceyonio, y, algo aparte, en esa clara penumbra que conviene a las apariciones divinas, el rostro soñador del joven griego en quien había encarnado mi fortuna. Mi mujer, también presente, acababa de recibir el título de emperatriz.

Hacía ya largo tiempo que prefería las fábulas sobre los amores y las querellas de los dioses a los torpes comentarios de los filósofos acerca de la naturaleza divina; aceptaba ser la imagen terrestre de Júpiter en la medida en que éste es hombre, sostén del mundo, justicia encarnada, orden de las cosas, amante de los Ganimedes y las Europas, esposo negligente de la acerba Juno. Mi espíritu, dispuesto este día a verlo todo a plena luz, durante una reciente visita a Argos, había consagrado un pavo real de oro ornado de piedras preciosas. Hubiera podido divorciarme para quedar libre de aquella mujer a quien no amaba; como simple ciudadano, no había vacilado en hacerlo. Pero me incomodaba poco, y nada en su conducta justificaba un insulto tan público. Siendo joven esposa la habían ofuscado mis desvíos, pero un poco como a su tío lo irritaban mis deudas. Ahora asistía, sin aparentar darse cuenta, a las manifestaciones de una pasión que se anunciaba duradera. Como muchas mujeres poco sensibles al amor, no comprendía bien su poder; su ignorancia excluía a la vez la indulgencia y los celos. Sólo se hubiera inquietado en caso de que sus títulos o su seguridad se vieran amenazados, lo que no era

el caso. Ya no le quedaba nada de la gracia de adolescente que antaño me hubiera interesado por un momento; aquella española prematuramente envejecida se mostraba grave y dura. Agradecía a su frialdad que no hubiera tomado un amante; me complacía que llevara dignamente sus velos de matrona, que eran casi velos de viuda. Me gustaba que en las monedas romanas figurara un perfil de emperatriz, llevando en el reverso una inscripción dedicada al Pudor o a la Tranquilidad. Solía pensar en ese matrimonio ficticio que, la noche de las fiestas de Eleusis, tiene lugar entre la gran sacerdotisa y el hierofante, matrimonio que no es una unión, ni siquiera un contacto, pero sí un rito, y como tal sagrado.

La noche que siguió a estas celebraciones vi arder a Roma desde lo alto de una terraza. Aquellos fuegos jubilosos reemplazaban los incendios ordenados por Nerón, y eran casi tan terribles. Roma, crisol, pero también la hoguera y el metal hirviente; martillo; pero también el yunque, prueba visible de los cambios y de los recomienzos de la historia; Roma, uno de los lugares del mundo donde el hombre ha vivido más tumultuosamente. La conflagración de Troya, de donde había escapado un hombre llevando a su anciano padre, su joven hijo y sus Lares, culminaba aquella noche en esas altas llamaradas de fiesta. Pensaba también, con una especie de terror sagrado, en los incendios del futuro. Esos millones de vidas pasadas, presentes y

futuras, esos edificios recientes nacidos de edificios antiguos y seguidos de edificios por nacer, parecían sucederse como olas en el tiempo; el azar hacía que aquellas olas vinieran esa noche a romper a mis pies. Nada he de decir sobre esos momentos de delirio en que la púrpura imperial, la tela santa que tan pocas veces aceptaba vestir, fue puesta en los hombros de la criatura que se convertía en mi Genio; sí, me convenía oponer ese rojo profundo al oro pálido de una nuca, pero sobre todo obligar a mi Dicha, a mi Fortuna, entidades inciertas y vagas, a que se encarnaran en esa forma tan terrestre, a que adquirieran el calor y el peso tranquilizador de la carne. Los espesos muros del Palatino, donde vivía poco pero que acababa de hacer reconstruir, oscilaban como los flancos de una barca; las colgaduras, apartadas para dejar entrar la noche romana, eran las de un pabellón de popa; los gritos de la muchedumbre sonaban como el ruido del viento en el cordaje. El enorme escollo que se percibía a lo lejos en la sombra, los cimientos gigantescos de mi tumba que empezaba a alzarse al borde del Tíber, no me inspiraban ni terror, ni nostalgia, ni vana meditación sobre la brevedad de la vida.

La luz fue cambiando poco a poco. Desde hacía dos años, el paso del tiempo se marcaba en los progresos de una juventud que se formaba, dorándose, ascendiendo a su cenit; la voz, grave, se

habituaba a gritar órdenes a los pilotos y a los monteros; el corredor corría más lejos, las piernas del jinete dominaban con mayor pericia la cabalgadura; el escolar que en Claudiópolis había aprendido de memoria largos fragmentos de Homero, se apasionaba ahora por la poesía voluptuosa y sapiente, entusiasmándose con ciertos pasajes de Platón. Mi joven pastor se convertía en un joven príncipe. No era ya el niño diligente que en los altos se arrojaba del caballo para ofrecerme, en el cuenco de sus manos, el agua de la fuente; el donante conocía ahora el inmenso valor de sus dones. En el curso de las cacerías organizadas en los dominios de Lucio, en Toscana, me había complacido en mezclar ese rostro perfecto con las caras opacas o preocupadas de los altos dignatarios, los perfiles agudos de los orientales, los espesos hocicos de los monteros bárbaros, obligando al bienamado a desempeñar el difícil papel del amigo. En Roma, las intrigas se habían anudado en torno a su juvenil cabeza, con innobles esfuerzos por ganar su influencia o sustituirla por otra. El vivir absorbido en un pensamiento único dotaba a aquel joven de dieciocho años de un poder de indiferencia que falta en los más probados; había sabido desdeñarlo o ignorarlo todo. Pero su hermosa boca había asumido un amargo pliegue que los escultores advertían.

Ofrezco aquí a los moralistas una fácil oportunidad de triunfar sobre mí. Mis censores se aprestan a mostrar en mi desgracia las

consecuencias de un extravío, el resultado de un exceso; tanto más difícil me es contradecirlos cuanto que apenas veo en qué consiste el extravío y dónde se sitúa el exceso. Me esfuerzo por reducir mi crimen, si lo hubo, a sus justas proporciones; me digo que el suicidio no es infrecuente, y nada raro morir a los veinte años. Sólo para mí la muerte de Antínoo es un problema y una catástrofe. Puede que ese desastre haya sido inseparable de un exceso de júbilo, un colmo de experiencia, de los que no habría consentido en privarme ni privar a mi compañero de peligro. Aun mis remordimientos se han convertido poco a poco en una amarga forma de posesión, una manera de asegurarme de que fui hasta el fin el triste amo de su destino. Pero no ignoro que hay que tener en cuenta las decisiones de ese bello extranjero que sigue siendo, a pesar de todo, cada ser que amamos. Al hacer recaer toda la falta sobre mí, reduzco su joven figura a las proporciones de una estatuilla de cera que, luego de plasmada, hubiera aplastado entre mis dedos. No tengo derecho a disminuir la singular obra maestra que fue su partida; debo dejar a ese niño el mérito de su propia muerte.

De más está decir que no incrimino la preferencia sensual, nada importante, que determinaba mi elección en el amor. Otras pasiones parecidas habían cruzado con frecuencia por mi vida; aquellos amores varios no me habían costado hasta entonces más que un mínimo de promesas,

de mentiras y de males. Mi breve apasionamiento por Lucio sólo me indujo a algunas locuras reparables. Nada impedía que ocurriera lo mismo en esa suprema ternura; nada, salvo precisamente la cualidad única que la distinguía de las otras. La costumbre nos hubiera llevado a ese fin sin gloria pero también sin desastres que la vida procura a los que no rehúsan su dulce embotamiento por el uso. Hubiera visto cambiarse la pasión en amistad, como lo quieren los moralistas, o en indiferencia, que es lo más frecuente. Un ser joven se hubiera apartado de mí en el momento en que nuestros lazos comenzaran a pesarme; otras rutinas sensuales, o las mismas con diferentes formas, habríanse establecido en mi vida; el porvenir hubiera incluido un matrimonio ni mejor ni peor que tantos otros, un puesto en la administración provincial, la gestión de un dominio rural en Bitinia; también podía ser la inercia, la vida palaciega proseguida en alguna posición subalterna; en el peor de los casos, una de esas carreras de favoritos caídos que terminan en confidentes o en proxenetas. Si algo entiendo de eso, la sensatez consiste en no ignorar nada de esos azares, que son la vida misma, esforzándose a la vez por evitar los peores. Pero ni aquel adolescente ni yo éramos sensatos.

No había esperado la presencia de Antínoo para sentirme dios. El éxito, sin embargo, multiplicaba en torno a mí las ocasiones de abandonarme a ese vértigo; cada estación parecía

colaborar con los poetas y los músicos de mi séquito para convertir nuestra existencia en una fiesta olímpica. El día de mi llegada a Cartago terminó una sequía de cinco años; delirante bajo la lluvia, la multitud me aclamó como el dispensador de los beneficios del cielo; los grandes trabajos realizados en África no fueron luego más que una manera de canalizar aquella prodigalidad celeste. Poco antes, mientras hacíamos escala en Cerdeña, una tormenta nos obligó a buscar refugio en la cabaña de unos campesinos. Antínoo ayudó a nuestro huésped a asar dos trozos de atún sobre las brasas; me creí Zeus visitando a Filemón en compañía de Hermes. El adolescente sentado en una cama, con las piernas cruzadas, era ese mismo Hermes que desataba sus sandalias; Baco cortaba el racimo, o saboreaba por mí una copa de vino rosado; aquellos dedos endurecidos por el arco eran los de Eros. En medio de tantas máscaras, en el seno de tantos prestigios, terminé olvidando a la persona humana, al niño que se esforzaba vanamente por aprender el latín, que rogaba al ingeniero Decriano que le diera lecciones de matemáticas, terminando por renunciar a ellas, y que al menor reproche se enfurruñaba y se iba a la proa del navío para contemplar el mar.

El viaje por África terminó bajo el sol de julio en los nuevos cuarteles de Lambesa. Mi compañero se puso la coraza y la túnica militar con pueril alegría; durante unos días fui un Marte desnudo y con casco que participaba de los ejercicios del campamento,

el Hércules atlético embriagado por el sentimiento de vigor todavía joven. Pese al calor y a los duros trabajos de nivelación cumplidos antes de mi llegada, el ejército funcionó como todo el resto con una facilidad divina; imposible hubiera sido obligar a un corredor a que saltara otro obstáculo más, o exigir de un jinete otro volteo, sin malograr la eficacia de aquellas maniobras quebrando en alguna parte el justo equilibrio de fuerzas que constituían su belleza. No tuve que señalar a los oficiales más que un error imperceptible —un grupo de caballos que quedaban en descubierto durante el simulacro de ataque en campo raso—; mi prefecto Corneliano me satisfizo en todo. Un orden inteligente regía aquellas masas de hombres, de animales de tiro, de mujeres bárbaras acompañadas de robustos niños que se agolpaban en las inmediaciones del pretorio para besarme las manos. Aquella obediencia no era servil; su ímpetu salvaje se aplicaba a sostener mi programa de seguridad; nada había costado demasiado caro, nada había sido descuidado. Hubiera querido que Arriano escribiera un tratado de táctica, exacto como un cuerpo bien construido.

Tres meses más tarde, en Atenas, la consagración del Olimpión dio lugar a fiestas que recordaban las solemnidades romanas, pero lo que en Roma había acontecido en tierra se situaba allá en pleno cielo. Una clara tarde de otoño ocupé mi puesto bajo aquel pórtico concebido a la escala sobrehumana de Zeus; el templo de mármol, erigido

en el lugar donde Deucalión vio cesar el diluvio, parecía perder su peso, flotar como una espesa nube blanca; mis vestiduras rituales se acordaban con los tonos del anochecer en el cercano Himeto. Había encargado a Polemón el discurso inaugural. Ese día Grecia me discernió aquellos títulos divinos donde yo veía a la vez una fuente de prestigio y el fin más secreto de las tareas de mi vida: Evergeta, Olímpico, Epifanio, Amo del Todo. Y el título más hermoso, el más difícil de merecer: Jonio, Filoheleno. Había en Polemón mucho de actor, pero el juego fisonómico de un gran comediante traduce a veces una emoción de la cual participa toda una multitud, todo un siglo. Alzó la mirada, se recogió antes del exordio, pareciendo concentrar en él todos los dones contenidos en aquel instante. Yo había colaborado con los tiempos, con la vida griega misma; la autoridad que ejercía no era tanto un poder como una potencia misteriosa, superior al hombre, pero que sólo obraba eficazmente por intermedio de una persona humana; la unión de Roma y Atenas quedaba consumada; el pasado recobraba un semblante de porvenir; Grecia reiniciaba la marcha como un navío largo tiempo inmovilizado por la calma chicha y que siente otra vez en sus velas el impulso del viento. Entonces una melancolía fugitiva me apretó el corazón; pensé que las palabras de culminación, de perfección, contienen en sí mismas la palabra fin; quizá no había hecho otra cosa que ofrecer una presa más al Tiempo devorador.

Entramos luego en el templo, donde los escultores trabajaban todavía; la inmensa estatua de Zeus, de oro y marfil, iluminaba vagamente la penumbra; al pie de los andamios, el gran pitón que había mandado traer de la India para consagrarlo en el santuario griego descansaba ya en su cesta de filigrana, animal divino, emblema rampante del espíritu de la Tierra, asociado desde siempre al joven desnudo que simboliza el Genio de emperador. Antínoo, asumiendo cada vez más ese papel, sirvió personalmente al monstruo su ración de abejarucos con las alas cortadas. Luego, alzando los brazos, oró. Yo sabia que aquella plegaria, hecha para mí, sólo a mí se dirigía, pero no era lo bastante dios para adivinar su sentido ni para saber si alguna vez sería o no escuchada. Me alivió salir de aquel silencio, el resplandor azulado, y encontrarme de nuevo en las calles de Atenas donde ya se encendían las lámparas, envuelto en la familiaridad de las gentes sencillas y los gritos en el aire polvoriento del anochecer. La joven fisonomía, que bien pronto habría de embellecer tantas monedas del mundo griego, se convertía para la multitud en una presencia amistosa, en un signo.

No amaba menos, sino al contrario. Pero el peso del amor, como el de un brazo tiernamente posado sobre un pecho, se hacía cada vez más difícil de soportar. Reaparecían las comparsas: recuerdo a aquel adolescente duro y fino que me acompañó durante una estadía en Mileto, pero al cual renuncié.

Vuelvo a ver aquella velada en Sardes, cuando el poeta Estratón nos llevó de un lugar equívoco a otro, rodeados de dudosas conquistas. Estratón, que había preferido la oscura libertad de las tabernas asiáticas a mi corte, era un hombre exquisito y burlón, ansioso de probar lo inane de todo lo que no sea el placer mismo, quizá para excusarse de haberle sacrificado el resto. Y hubo también aquella noche de Esmirna en que obligué al bienamado a soportar la presencia de una cortesana. La idea que se hacía el adolescente del amor continuaba siendo austera, porque era exclusiva; su repugnancia llegó a la náusea. Más tarde se habituó. Aquellas vanas tentativas se explican pasablemente por la afición al libertinaje; se mezclaba en ellas la esperanza de inventar una nueva intimidad en la que el compañero de placer no dejara de ser el bienamado y el amigo, el deseo de instruirlo, de someter su juventud a las experiencias por las que había pasado la mía, y quizá, más inconfesadamente, la intención de rebajarlo poco a poco al nivel de las delicias triviales que en nada comprometen.

Había mucho de angustia en mi necesidad de herir aquella sombría ternura que amenazaba complicar mi vida. En el curso de un viaje por la Tróade, visitamos la llanura del Escamandro bajo un verde cielo de catástrofe; la inundación, cuyos daños había venido a inspeccionar sobre el terreno, convertía en islotes los túmulos de las tumbas antiguas. Dediqué unos instantes a recogerme junto

a la tumba de Héctor; Antínoo fue a soñar a la de Patroclo. No supe reconocer en el cervatillo que me acompañaba el émulo del camarada de Aquiles y me burlé de aquellas fidelidades apasionadas que florecen sobre todo en los libros. Insultado, Antínoo enrojeció violentamente. La franqueza era la única virtud a la que me ceñía cada vez más; me daba cuenta de que entre nosotros las disciplinas heroicas con que Grecia rodeaba el afecto de un hombre maduro por un camarada más joven suelen no pasar de un simulacro hipócrita. Más sensible de lo que me había imaginado a los prejuicios de Roma, recordaba que éstos conceden su parte al placer, pero sólo ven en el amor una manía vergonzosa; otra vez me ganaba el violento deseo de no depender exclusivamente de nadie. Me exasperaban esos caprichos propios de la juventud, y como tales inseparables de mi elección; acababa por encontrar en aquella pasión diferente todo lo que me había irritado en mis amantes romanas; los perfumes, los aderezos, el frío lujo de los ornatos, recobraban su lugar en mi vida. Entre tanto, en aquel corazón sombrío penetraban temores casi injustificados: lo he visto inquietarse porque pronto cumpliría diecinueve años. Caprichos peligrosos, cóleras que agitaban en su frente obstinada los rizos de Medusa, alternaban con una melancolía semejante al estupor, con una dulzura cada vez más quebrada. Llegué a golpearlo: me acordaré siempre de sus ojos espantados. Pero el ídolo abofeteado

seguía siendo el ídolo, y comenzaban los sacrificios expiatorios.

Todos los Misterios asiáticos acudían a reforzar este voluptuoso desorden con sus músicas estridentes. Los tiempos de Eleusis habían llegado a su fin. Las iniciaciones en los cultos secretos o extraños, prácticas más toleradas que permitidas y que el legislador que había en mi observaba con desconfianza, se adecuaban a ese momento de la vida en que la danza se convierte en vértigo, en que el canto culmina en grito. En la isla de Samotracia había sido iniciado en los misterios de los Cabires, antiguos y obscenos, sagrados como la carne y la sangre; las serpientes ahítas de leche del antro de Trofonio se frotaron en mis tobillos; las fiestas tracias de Orfeo dieron lugar a salvajes ritos de fraternidad. El estadista que había prohibido bajo las penas más severas todas las formas de mutilación consintió en asistir a las orgías de la Diosa Siria; allí vi el horrible torbellino de las danzas sangrientas; fascinado como un cabrito frente a un reptil, mi joven camarada contemplaba aterrado a aquellos hombres que elegían dar a las exigencias de la edad y del sexo una respuesta tan definitiva como la de la muerte, y quizá todavía más atroz. Pero el horror culminó durante una estadía en Palmira, donde el comerciante árabe Melés Agripa nos albergó tres semanas en el seno de un lujo bárbaro y espléndido. Un día en que habíamos estado bebiendo, Melés, alto dignatario del culto de Mitra, que tomaba poco

en serio sus deberes de pastóforo, propuso a Antínoo que participara del taurόbolo. Sabedor de que yo me había sometido antaño a una ceremonia del mismo género, el joven se ofreció ardorosamente. No creí oportuno oponerme a su fantasía, para cuyo cumplimiento sólo se requería un mínimo de purificaciones y abstinencias. Acepté ser un asistente, junto con Marco Ulpio Castoras, mi secretario en lengua árabe. A la hora indicada bajamos a la caverna sagrada; el joven bitinio se tendió para recibir la sangrienta aspersión. Pero cuando vi surgir de la profundidad aquel cuerpo estriado de rojo, la cabellera apelmazada por un lodo pegajoso, el rostro salpicado de manchas que estaba vedado lavar y que debían borrarse por sí mismas, sentí que el asco me ganaba la garganta, y con él el horror de aquellos ambiguos cultos subterráneos. Días después prohibí a las tropas acantonadas en Emesa la entrada al negro santuario de Mitra.

También yo tuve mis presagios; como Marco Antonio antes de su última batalla, oí en plena noche alejarse la música del relevo de los dioses protectores que se marchan... La escuchaba sin prestar atención. Mi seguridad era como la del jinete a quien un talismán protege de las caídas. Un congreso de reyezuelos de Oriente tuvo lugar bajo mis auspicios en Samosata; durante las cacerías en la montaña, Abgar, rey de Osroene, me enseñó personalmente el arte del halconero; batidas, preparadas como

escenas teatrales, precipitaban manadas enteras de antílopes en redes de púrpura; Antínoo se curvaba con todas sus fuerzas para frenar el impulso de una pareja de panteras que tiraban de sus pesados collares de oro. A cubierto de esos esplendores selláronse los acuerdos; las negociaciones me fueron invariablemente favorables, seguí siendo el jugador que gana todas las manos. El invierno transcurrió en aquel palacio de Antioquía donde antaño había pedido a los hechiceros que me iluminaran el porvenir. Pero el porvenir ya no podía darme nada, o por lo menos nada que pasara por un don. Mis vendimias estaban hechas; el mosto de la vida llenaba la cuba. Verdad es que había dejado de ordenar mi propio destino, pero las disciplinas cuidadosamente elaboradas de antaño sólo me parecían ahora la primera etapa de una vocación humana; con ellas pasaba lo que con las cadenas de que un bailarín se carga a fin de saltar mejor cuando las arroja. En ciertos puntos mi austeridad se mantenía; seguía prohibiendo que sirvieran vino antes de la segunda guardia nocturna; me acordaba de haber visto, sobre esas mismas mesas de madera pulida, la mano temblorosa de Trajano. Pero hay otras formas de embriaguez. Ninguna sombra se perfilaba sobre mis días, ni la muerte, ni la derrota —aun esa más sutil que nos infligimos a nosotros mismos—, ni la vejez que sin embargo acabaría por llegar. Pero me apresuraba, como si cada una de esas horas fuese a la vez la más bella y la última.

Mis frecuentes estadías en Asia Menor me habían puesto en contacto con un pequeño grupo de hombres dedicados seriamente a las artes mágicas. Cada siglo tiene sus audacias; los espíritus más excelsos del nuestro, cansados de una filosofía que se va reduciendo a las declamaciones escolares, terminan por rondar esas fronteras prohibidas al hombre. En Tiro, Filón de Biblos me había revelado ciertos secretos de la antigua magia fenicia; me acompañó ahora a Antioquía. Numenio interpretaba tímidamente los mitos de Platón sobre la naturaleza del alma, pero sus ideas hubieran llevado lejos a un espíritu más osado que el suyo. Sus discípulos evocaban los demonios: aquello fue un juego como tantos otros. Extrañas figuras que parecían hechas con la médula misma de mis ensueños se me aparecieron en el humo del styrax, oscilaron, se fundieron, dejándome tan sólo la sensación de una semejanza con Un rostro conocido y viviente. Quizá todo aquello no pasaba de un simple truco de saltimbanqui; si lo era, el saltimbanqui conocía su oficio. Me puse a estudiar otra vez anatomía, como en mi juventud, pero ya no lo hacía para considerar la estructura del cuerpo. Habíase despertado en mi la curiosidad por esas regiones intermedias donde el alma y la carne se confunden, donde el sueño responde a la realidad y a veces se le adelanta, donde vida y muerte intercambian sus atributos y sus máscaras. Hermógenes, mi médico, desaprobaba esos

experimentos, pero acabó haciéndome conocer a ciertos colegas que se ocupaban de esas cosas. A su lado traté de localizar el asiento del alma, de hallar los lazos que la atan al cuerpo, midiendo el tiempo que tarda en desprenderse de ellos. Algunos animales fueron sacrificados en esas investigaciones. El cirujano Sátiro me llevó a su clínica para que asistiera a la agonía de los moribundos. Soñábamos en voz alta: ¿Será el alma la culminación suprema del cuerpo, frágil manifestación del dolor y el placer de existir? ¿O bien, por el contrario, es más antigua que ese cuerpo modelado a su imagen y que le sirve bien o mal de instrumento momentáneo? ¿Es válido imaginarla en el interior de la carne, establecer entre ambas esa estrecha unión, esa combustión que llamamos vida? Si las almas poseen identidad propia, ¿pueden intercambiarse, ir de un ser a otro como el bocado de fruta, el trago de vino que dos amantes se pasan en un beso? Sobre estas cosas, todo estudioso cambia veinte veces por año de opinión; en mí el escepticismo luchaba con el deseo de saber, y el entusiasmo con la ironía. Pero estaba convencido de que nuestra inteligencia sólo deja filtrar hasta nosotros un magro residuo de los hechos; de más en más me interesaba el mundo oscuro de la sensación, negra noche donde fulguran y ruedan soles enceguecedores. En aquel entonces, Flegón, que coleccionaba historias de fantasmas, nos contó una noche la de la *novia de Corinto*, asegurándonos que era auténtica. Aquella aventura,

en la que el amor devuelve un alma a la tierra y le da temporariamente un cuerpo, nos emocionó a todos, aunque de manera más o menos profunda. Muchos intentaron una experiencia análoga: Sátiro se esforzó por evocar a su maestro Aspasio, que había hecho con él uno de esos pactos jamás cumplidos por los cuales los que mueren prometen dar noticias a los vivientes. Antínoo me hizo una promesa del mismo género, que tomé a la ligera pues nada me llevaba a suponer que aquel niño no me sobreviviría. Filón se esforzó por hacer aparecer a su esposa muerta. Permití que se pronunciaran los nombres de mi padre y mi madre, pero una especie de pudor me impidió evocar a Plotina. Ninguna de esas tentativas tuvo éxito; pero habíamos abierto puertas extrañas.

Pocos días antes de partir de Antioquía, fui como antaño a sacrificar a la cima del monte Casio. La ascensión se cumplió de noche; como en el Etna, sólo llevé conmigo a un reducido número de amigos capaces de subir a pie firme. Mi objeto no era tan sólo cumplir un rito propiciatorio en aquel santuario más sagrado que otros; quería ver otra vez desde lo alto el fenómeno de la aurora, prodigio cotidiano que jamás he podido contemplar sin un secreto grito de alegría. Ya en la cumbre, el sol hace brillar los ornamentos de cobre del templo, y los rostros iluminados sonríen, cuando las llanuras asiáticas y el mar están todavía sumidos en la sombra; durante unos instantes, el hombre que ruega en el pináculo

es el único beneficiario de la mañana. Preparóse lo necesario para el sacrificio, comenzamos a ascender a caballo, y luego a pie, las peligrosas sendas bordeadas de retama y lentiscos, que reconocíamos en plena noche por su perfume. El aire estaba pesado, la primavera ardía como en otras partes el verano. Por primera vez en la ascensión de una montaña me faltó el aliento; tuve que apoyarme un momento en el hombro del preferido. Una tormenta, prevista desde hacía rato por Hermógenes, entendido en meteorología, estalló a un centenar de pasos de la cumbre. Los sacerdotes salieron a recibirnos a la luz de los relámpagos; empapado hasta los huesos, el pequeño grupo se reunió junto al altar preparado para el sacrificio. En el momento de cumplirse, un rayo, estallando sobre nosotros, mató al mismo tiempo al victimario y a la víctima. Pasado el primer instante de horror, Hermógenes se inclinó con la curiosidad del médico sobre los fulminados; Chabrias y el sumo sacerdote lanzaban gritos de admiración: el hombre y el cervatillo sacrificados por aquella espada divina se unían a la eternidad de mi Genio: aquellas vidas sustituidas prolongaban la mía. Aferrado a mi brazo, Antínoo temblaba, no de terror como lo creía en ese momento, sino bajo la influencia de un pensamiento que comprendí más tarde. Espantado ante la idea de la decadencia, es decir de la vejez, había debido prometerse mucho tiempo atrás que moriría a la primera señal de declinación, y quizá antes. Hoy

creo que esa promesa, que tantos nos hemos hecho sin cumplirla, remontaba en su caso a los primeros tiempos, a la época de Nicomedia y de nuestro encuentro al borde de la fuente. Ello explicaba su indolencia, su ardor en el placer, su tristeza, su total indiferencia a todo futuro. Pero hacía falta además que aquella partida no tuviera el aire de una rebelión y se cumpliera sin la menor queja. El rayo del monte Casio le mostraba una salida: la muerte podía convertirse en un supremo servir, un último don, el único que le quedaba. La iluminación de la aurora fue poca cosa al lado de la sonrisa que se alzó en aquel rostro conmovido. Días más tarde volví a ver esa sonrisa, pero más oculta, ambiguamente velada. Durante la cena, Polemón, que pretendía saber de quiromancia, quiso examinar la mano del joven, esa palma donde a mí mismo me asustaba una asombrosa caída de estrellas. El niño la retiró, cerrándola, con un gesto dulce y casi púdico. Quería guardar el secreto de su juego y el de su fin.

Hicimos alto en Jerusalén. Allí, sobre el terreno, estudié el proyecto de una nueva ciudad que tenía intención de construir en el emplazamiento de la ciudad judía arrasada por Tito. La buena administración de Judea y los progresos del comercio oriental requerían el desarrollo de una gran metrópolis en esa encrucijada de caminos. Imaginé la capital romana habitual: Elia Capitolina tendría sus templos, sus mercados, sus baños públicos, su

santuario de Venus romana. Mis recientes preferencias por los cultos apasionados y sensibles mi indujo a elegir en el monte Moriah el emplazamiento de una gruta donde se celebrarían las Adonías. Estos proyectos indignaron a la población judía; aquellos desheredados preferían sus ruinas a una gran ciudad donde tendrían todas las ventajas del dinero, el saber y los placeres. Los obreros que daban los primeros golpes de zapa a los muros agrietados fueron molestados por la multitud. Seguí adelante: Fido Aquila, que más tarde había de aplicar su genio de organizador a la construcción de Antínoe, se puso al frente de las obras de Jerusalén. Me negué a advertir, en aquel montón de escombros, el rápido crecimiento del odio. Un mes más tarde llegamos a Pelusio, donde me ocupé de restaurar la tumba de Pompeyo. Cuanto más me sumía en los negocios del Oriente, más admiraba el genio político de aquel eterno vencido del gran Julio. A veces me parecía que el esforzarse por poner orden en aquel incierto mundo asiático. Pompeyo había sido más útil a Roma que el mismo César. Los trabajos de refección fueron una de mis últimas ofrendas a los muertos de la historia; bien pronto tendría que ocuparme de otras tumbas.

Nuestra llegada a Alejandría se cumplió discretamente. La entrada triunfal quedaba postergada hasta el arribo de la emperatriz. Habían persuadido a mi mujer, poco amiga de viajar, que

pasara el invierno en el clima más suave de Egipto; Lucio, apenas repuesto de una tos pertinaz, debía probar el mismo remedio. Congregábase una flotilla de barcas para un viaje por el Nilo, cuyo programa incluía una serie de inspecciones oficiales, fiestas, banquetes, que prometían ser tan fatigosos como los de una temporada en el Palatino. Yo mismo había organizado todo aquello; el lujo, el prestigio de una corte, tenían su valor en aquel viejo país habituado a los fastos reales.

Pero mi mayor deseo era el de dedicar a la caza las semanas precedentes a la llegada de mis huéspedes. En Palmira, Melés Agripa nos había preparado excursiones en el desierto, pero nunca nos internamos lo suficiente como para encontrar leones. Dos años antes, África me había ofrecido algunas hermosas cacerías de fieras. Sabiéndolo demasiado joven e inexperto, no había permitido a Antínoo que figurara en primera línea. Por él yo era capaz de cobardías que jamás me hubiera consentido cuando se trataba de mí mismo. Ahora, cediendo como siempre, le prometí el papel principal en la caza del león. No podía seguir tratándolo como a un niño, y estaba orgulloso de su fuerza juvenil.

Partimos rumbo al oasis de Amón, a algunos días de marcha de Alejandría; aquel lugar era el mismo donde Alejandro había sabido, por boca de los sacerdotes, el secreto de su nacimiento divino. Los indígenas habían señalado en esos parajes la presencia de una fiera extraordinariamente

peligrosa, que atacaba con frecuencia al hombre. Por la noche, en torno a las hogueras del campamento, comparábamos alegremente nuestras futuras hazañas con las de Hércules. Pero lo único que nos proporcionaron los primeros días fueron algunas gacelas. Por fin, Antínoo y yo decidimos apostarnos cerca de una charca arenosa cubierta de juncos. Decíase que el león acudía allí a beber a la caída de la noche. Los negros estaban encargados de encaminarlo hacia nosotros con gran algarabía de tambores, címbalos y gritos; el resto de nuestra escolta permanecía a cierta distancia. El aire estaba pesado y tranquilo; no valía la pena preocuparse por la dirección del viento. Apenas había transcurrido la hora décima, pues Antínoo me hizo ver en el estanque los nenúfares rojos que seguían abiertos. Súbitamente la bestia real apareció entre un frotar de juncos y volvió hacia nosotros su cara tan hermosa como terrible, una de las fisonomías más divinas que puede asumir el peligro. Situado algo atrás, no tuve tiempo de retener a Antínoo que, dando imprudentemente rienda suelta a su caballo, lanzó su pica y sus dos jabalinas con suma destreza, pero demasiado cerca de la fiera. Herido en el cuello, el león se desplomó batiendo el suelo con la cola; la arena removida nos permitía apenas entrever una masa rugiente y confusa. De pronto el león se enderezó, concentrando sus fuerzas para saltar sobre el caballo y el caballero desarmados. Yo había previsto el riesgo, y por fortuna el caballo de

Antínoo no se movió; nuestras cabalgaduras habían sido admirablemente adiestradas para esos juegos. Interpuse mi caballo, exponiendo el flanco derecho. Estaba habituado a tales ejercicios, y no me resultó difícil rematar a la bestia herida ya de muerte. Desplomóse por segunda vez; el hocico se hundió en el limo, mientras un hilo de sangre negra se mezclaba con el agua. El enorme gato color de desierto, miel y sol, expiró con una majestad más que humana. Antínoo desmontó de su caballo cubierto de espuma, que todavía temblaba; nuestros camaradas se nos reunieron; los negros arrastraron hasta el campamento la enorme víctima muerta.

Improvisóse una especie de festín; tendido boca abajo frente a una bandeja de cobre, Antínoo distribuyó con sus propias manos las porciones de cordero cocido en la ceniza. Bebimos vino de palmera en su honor. Su exaltación subía como un canto. Acaso exageraba el alcance del auxilio que yo le había prestado, olvidando que hubiera hecho lo mismo por cualquier otro cazador en peligro; pero sin embargo nos sentíamos devueltos a ese mundo heroico donde los amantes mueren el uno por el otro. La gratitud y el orgullo alternaban en su alegría como las estrofas de una onda. Los negros trabajaron a maravilla; por la noche, la piel del león se balanceaba bajo las estrellas, suspendida de dos estacas en la entrada de mi tienda. A pesar de los perfumes derramados profusamente, su olor a fiera nos obsesionó toda la noche. Por la mañana, luego

de comer fruta, abandonamos el campamento; en el momento de partir vimos en un foso los restos de la bestia real de la víspera: una osamenta roja envuelta en una nube de moscas.

Volvimos a Alejandría unos días después. El poeta Pancratés me honró con una fiesta en el Museo, en cuya sala de música había reunido una colección de instrumentos preciosos. Las viejas liras dóricas, más pesadas y menos complicadas que las nuestras, alternaban con las citaras curvas de Persia y Egipto, los caramillos frigios, agudos como voces de eunucos, y delicadas flautas indias cuyo nombre ignoro. Un etíope golpeó largamente sobre calabazas africanas. Una mujer cuya belleza algo fría me hubiera seducido, de no haber decidido simplificar mi vida reduciéndola a lo que para mí era esencial, tañó un arpa triangular de triste sonido. Mesomedés de Creta, mi músico favorito, acompañó en el órgano hidráulico la recitación de su poema *La Esfinge*, obra inquietante, sinuosa, huyente como la arena al viento. La sala de conciertos se abría a un patio interior; los nenúfares flotaban en el agua de su estanque, bajo el resplandor casi furioso de un atardecer a fines de agosto. Durante un intervalo, Pancratés nos hizo admirar de cerca aquellas flores de una variedad muy rara, rojas como sangre y que sólo florecen a fines del estío. Inmediatamente reconocimos nuestros nenúfares escarlatas del oasis de Amón. Pancratés se inflamó con la idea de la fiera herida expirando entre las flores. Me propuso

versificar el episodio de caza; la sangre del león pasaría por haber teñido a los lirios acuáticos. La fórmula no era nueva, pero le encargué el poema. Pancratés, perfecto poeta cortesano, compuso de inmediato algunos agradables versos en honor de Antínoo: la rosa, el jacinto, la celidonia, eran sacrificadas a aquellas corolas de púrpura que llevarían desde entonces el nombre del preferido. Se ordenó a un esclavo que entrara en el estanque para recoger un ramo. Habituado a los homenajes, Antínoo aceptó gravemente las flores cerosas de tallos serpentinos y blandos, que se cerraron como párpados cuando cayó la noche.

Por aquellos días arribó la emperatriz. El largo viaje la había afectado mucho; la encontré frágil, sin que hubiera perdido su dureza. Sus frecuentaciones políticas ya no me causaban inquietud, como en la época en que había alentado tontamente a Suetonio; ahora sólo se rodeaba de literatas inofensivas. La confidenta del momento, una tal Julia Balbila, escribía versos griegos bastante agradables. La emperatriz y su séquito se establecieron en el Liceo, del cual salían poco. Lucio, en cambio, se mostraba como siempre ávido de todos los placeres, comprendidos los de la inteligencia y los ojos. A los veintiséis años no había perdido casi nada de aquella sorprendente belleza que le valía ser aclamado en las calles por la juventud romana. Seguía siendo absurdo, irónico y alegre. Sus

caprichos de antaño se habían convertido en manías. Jamás viajaba sin llevar a su cocinero; los jardineros le componían, aun a bordo, asombrosos arriates de flores raras; llevaba consigo su lecho, cuyo modelo había diseñado personalmente, y cuatro colchones rellenos con cuatro especies de sustancias aromáticas, sobre los cuales se acostaba rodeado de sus jóvenes amantes como de otras tantas almohadas. Sus pajes, empolvados y llenos de afeites, vestidos como los Céfiros y el Amor, hacían lo posible por adaptarse a sus caprichos muchas veces crueles; tuve que intervenir personalmente para impedir que el pequeño Bóreas, cuya delgadez admiraba Lucio, se dejara morir de hambre. Todo eso era más irritante que agradable. Visitamos juntos lo que hay para ver en Alejandría: el Faro, el mausoleo de Alejandro, el de Marco Antonio donde Cleopatra triunfa eternamente sobre Octavio, y no olvidamos los templos, los talleres, las fábricas y aun el barrio de los embalsamadores. El sacerdote del templo de Serapis me ofreció un servicio de cristalería opalina, que envié a Serviano, con el cual quería mantener relaciones cordiales por respeto hacia mi hermana Paulina. De aquellas giras asaz fastidiosas nacieron grandes proyectos edilicios.

En Alejandría las religiones son tan variadas como los negocios, pero la calidad del producto me parece más dudosa. Los cristianos, sobre todo, se distinguen por una abundancia inútil de sectas. Dos charlatanes, Valentino y Basílides, intrigaban el uno

contra el otro, vigilados de cerca por la policía romana. La hez del pueblo egipcio aprovechaba cada observancia ritual para precipitarse garrote en mano sobre los extranjeros; la muerte del buey Apis provoca más motines en Alejandría que una sucesión imperial en Roma. Las gentes a la moda cambian allí de dios como en otras partes se cambia de médico, y no con mejor suerte. Pero su único ídolo es el oro: en ninguna parte he visto pedigüeños más desvergonzados. En todas partes surgían inscripciones pomposas para conmemorar mis beneficios, pero mi negativa a suprimir un impuesto que la población estaba en condiciones de pagar, no tardó en enajenarme la buena voluntad de aquella turba. Los dos jóvenes que me acompañaban fueron repetidamente insultados: a Lucio le reprochaban su lujo, por lo demás excesivo; a Antínoo, su origen oscuro, sobre el cual corrían absurdas historias; a ambos, el ascendiente que les atribuían sobre mi. Este último cargo era ridículo: Lucio, que juzgaba las cuestiones públicas con una sorprendente perspicacia, no tenía la menor influencia política, y Antínoo no se preocupaba por tenerla. El joven patricio, conocedor del mundo, se limitaba a reírse de los insultos; pero Antínoo sufrió.

Los judíos, aguijoneados por sus correligionarios de Judea, agriaban lo mejor posible aquella masa ya ácida. La sinagoga de Jerusalén delegó a su miembro más venerado, el nonagenario Akiba, para que me instara a renunciar a los

proyectos en vía de realización en Jerusalén. Con ayuda de intérpretes, pues el anciano no sabia griego, sostuve varias conversaciones que le sirvieron de pretexto para monologar. En menos de una hora fui capaz de aprehender, ya que no de compartir, su pensamiento; él no hizo ningún esfuerzo por lo que se refiere al mío. Fanático, no tenía la menor idea de que pueda razonarse sobre premisas diferentes de las suyas. Ofrecía yo a aquel pueblo despreciado un lugar entre los que constituían la comunidad romana. Jerusalén, por boca de Akiba, me significaba su voluntad de seguir siendo hasta el fin la fortaleza de una raza y de un dios aislados del género humano. Aquellas ideas insensatas se expresaban con fatigante sutileza; tuve que soportar una larga hilera de razones, sabiamente deducidas unas de otras, que probaban la superioridad de Israel. Al cabo de ocho días, el obstinado negociador terminó por percatarse de que había tomado el camino equivocado, y anunció su partida. Odio la derrota, aun la ajena; me emociona sobre todo cuando el vencido es un anciano. La ignorancia de Akiba, su negativa a aceptar nada que no fueran sus libros santos y su pueblo, le confería una especie de íntima inocencia. Pero no era fácil enternecerse con el sectario. La longevidad parecía haberlo despojado de toda flexibilidad humana; su cuerpo descarnado y su espíritu reseco tenían un duro vigor de langosta. Parece ser que más tarde murió como un héroe defendiendo la

causa de su pueblo, o más bien de su ley; cada cual se consagra a sus propios dioses.

Las distracciones de Alejandría empezaban a agostarse. Flegón, que conocía todas las curiosidades locales, la alcahueta o el hermafrodita célebre, nos propuso visitar a una maga. Aquella proxeneta de lo invisible habitaba en Canope. Acudimos de noche, en barca, siguiendo el canal de aguas espesas. El trayecto fue aburrido. Como siempre, una sorda hostilidad reinaba entre los dos jóvenes; la intimidad a la cual yo los forzaba no hacía más que aumentar su mutua aversión. Lucio ocultaba la suya bajo una condescendencia burlona; mi joven griego se encerraba en uno de sus accesos de humor sombrío. Por mi parte me sentía cansado; días antes, al volver de un paseo a pleno sol, había sufrido un breve síncope del que sólo fueron testigos Antínoo y Euforión, mi servidor negro. Ambos se habían alarmado excesivamente, pero los obligué a que guardaran el secreto.

Canope no es más que una decoración; la casa de la maga hallábase situada en la parte más sórdida de aquella ciudad de placer. Desembarcamos en una terraza semiderrumbada. La hechicera nos esperaba dentro, munida de los sospechosos instrumentos de su oficio. Parecía competente y no había en ella nada de la nigromántica de teatro; ni siquiera era vieja.

Sus predicciones fueron siniestras. Hacía ya algún tiempo que los oráculos me anunciaban

dificultades de toda suerte, trastornos políticos, intrigas palaciegas y enfermedades graves. Hoy me siento convencido de que en aquellas bocas de la sombra actuaban influencias muy humanas, a veces para prevenirme, casi siempre para infundirme miedo. La verdadera situación en una parte del Oriente se expresaba así más claramente que en los informes de mis procónsules. Yo recibía serenamente esas supuestas revelaciones, pues mi respeto por el mundo invisible no llegaba al punto de confiar en aquellos divinos parloteos. Diez años atrás, poco después de mi llegada al poder, había hecho cerrar el oráculo de Dafné, cerca de Antioquía, que me había vaticinado el poder, por miedo a que siguiera haciendo lo mismo con el primer pretendiente que lo consultara. Pero siempre es enojoso oír hablar de cosas tristes.

Después de habernos inquietado lo mejor posible, la adivinadora nos ofreció sus servicios; un sacrificio mágico, que constituye la especialidad de los hechiceros egipcios, bastaría para lograr un arreglo amistoso con el destino. Mis incursiones en la magia fenicia me habían llevado a comprender que el horror de esas prácticas prohibidas no radica tanto en lo que nos muestran como en lo que nos ocultan. Si mi odio a los sacrificios humanos no hubiera sido conocido, probablemente me habrían aconsejado inmolar a un esclavo. Pero se contentaron con hablar de un animal familiar.

Se requería que, en la medida de lo posible, la víctima me hubiera pertenecido; los perros quedaban descartados, pues la superstición egipcia los considera inmundos. Lo más conveniente era un pájaro, pero no viajo llevando una pajarera. Mi joven amo me ofreció su halcón. Las condiciones quedarían cumplidas: yo le había regalado el bello animal luego de recibirlo personalmente del rey de Osroene. El adolescente lo alimentaba con su propia mano, y era una de las raras posiciones con las cuales se había encariñado. Comencé por negarme, pero insistió gravemente; comprendí que atribuía una significación extraordinaria a su ofrenda, y acepté por bondad. Luego de recibir detalladas instrucciones, mi correo Menécrates partió en busca del ave, que se hallaba en nuestros aposentos del Serapeum. Aun al galope, el viaje exigiría más de dos horas. No era cuestión de pasarlas en la sucia covacha de la maga, y Lucio se quejaba de la humedad de la barca. Flegón encontró un medio, y nos instalamos como pudimos en casa de una proxeneta, después que ésta hubo alejado al personal de la casa. Lucio decidió dormir y yo aproveché del intervalo para dictar algunos mensajes; Antínoo se acostó a mis pies. El cálamo de Flegón chirriaba bajo la lámpara. Entrábamos en la última vigilia de la noche cuando Menécrates volvió con el ave, el guantelete, el capuchón y la cadena.

Retornamos a casa de la maga. Antínoo retiró el capuchón, y después de acariciar largamente la

cabecita soñolienta y salvaje del halcón, lo entregó a la encantadora, que inició una serie de pases mágicos. Fascinada, el ave se durmió de nuevo. Era necesario que la víctima no se debatiera y que su muerte diese la impresión de ser natural. Ritualmente ungido de miel y esencia de rosa, el halcón fue metido en una cuba llena de agua del Nilo; el animal ahogado se asimilaba a Osiris llevado por la corriente del río; los años terrestres del ave se sumaban a los míos; la menuda alma solar se unía al Genio del hombre por quien se la sacrificaba; aquel Genio invisible podría aparecérseme y servirme desde entonces bajo esa forma. Las prolongadas manipulaciones que siguieron no eran más interesantes que una preparación culinaria.

Lucio bostezaba. Las ceremonias imitaron hasta el fin los funerales humanos, y las fumigaciones y las salmodias continuaron hasta el alba. El ave fue metida en un sarcófago lleno de sustancias aromáticas, que la maga enterró ante nosotros al borde del canal, en un cementerio abandonado. Acurrucóse luego bajo un árbol para contar, una a una, las monedas de oro que Flegón acababa de darle.

Volvimos en barca. Soplaba un viento extrañamente frío. Sentado junto a mí, Lucio levantaba con la punta de sus finos dedos las mantas de algodón bordado; por pura cortesía seguíamos cambiando frases sobre las noticias y los escándalos de Roma. Antínoo, tendido en el fondo de la barca,

había apoyado la cabeza en mis rodillas; fingía dormir para aislarse de esa conversación que no lo incluía. Mi mano resbalaba por su nuca, bajo sus cabellos. Así, en los momentos más vanos o más apagados, tenía la sensación de mantenerme en contacto con los grandes objetos naturales, la espesura de los bosques, el lomo musculoso de las panteras, la pulsación regular de las fuentes. Pero ninguna caricia llega hasta el alma. Brillaba el sol cuando arribamos al Serapeum; los vendedores de sandias anunciaban su mercancía por las calles. Dormí hasta la hora de la sesión del Senado local, a la cual asistí. Más tarde supe que Antínoo había aprovechado de esa ausencia para persuadir a Chabrias de que lo acompañara a Canope. Una vez allí volvió a casa de la maga.

El primer día del mes de Atir, el segundo año de la CCXXVI Olimpíada... era el aniversario de la muerte de Osiris, dios de las agonías; a lo largo del río, agudas lamentaciones resonaban desde hacia tres días en todas las aldeas. Mis huéspedes romanos, menos habituados que yo a los misterios de Oriente, mostraban cierta curiosidad por esas ceremonias de una raza diferente. A mi me fatigaban. Había hecho amarrar mi barca a cierta distancia de las otras, lejos de todo lugar habitado. Pero un templo faraónico semi abandonado alzábase cerca de la ribera, y como conservaba aún

su colegio de sacerdotes, no pude escapar del todo al resonar de las lamentaciones.

La noche anterior Lucio me había invitado a cenar en su barca. Me hice trasladar a ella a la caída del sol. Antínoo se negó a seguirme. Lo dejé en mi cabina de popa, tendido sobre su piel de león, ocupado en jugar a los dados con Chabrias. Media hora más tarde, ya cerraba la noche, cambió de parecer y mandó llamar una canoa. Ayudado por un solo remero, recorrió contra la corriente la distancia bastante considerable que nos separaba de las otras barcas. Su entrada en la tienda donde tenía lugar la cena interrumpió los aplausos provocados por las contorsiones de una bailarina. Llevaba una larga vestidura siria, tenue como la gasa, sembrada de flores y de quimeras. Para remar con más soltura había dejado caer la manga derecha; el sudor temblaba en aquel pecho liso. Lucio le lanzó una guirnalda que él atrapó al vuelo; su alegría casi estridente no cesó un solo instante, sostenida apenas por una copa de vino griego. Regresamos juntos con mi canoa de seis remeros, acompañados desde lo alto por la despedida mordaz de Lucio. La salvaje alegría continuó. Pero de mañana toqué por casualidad un rostro empapado en lágrimas. Le pregunté con impaciencia por qué lloraba; contestó humildemente, excusándose por la fatiga. Acepté aquella mentira y volví a dormirme. Su verdadera agonía se cumplió en ese lecho, junto a mí.

El correo de Roma acababa de llegar; la jornada transcurrió en lecturas y respuestas. Como siempre, Antínoo iba y venía silenciosamente por la habitación; nunca sabré en qué momento aquel hermoso lebrel se alejó de mi vida. Hacia la duodécima hora se presentó Chabrias muy agitado. Contrariando todas las reglas, el joven había abandonado la barca sin especificar el objeto y la duración de su ausencia; ya habían pasado más de dos horas de su partida. Chabrias se acordaba de extrañas frases pronunciadas la víspera, y de una recomendación formulada esa misma mañana y que se refería a mí. Me confesó sus temores. Bajamos presurosamente a la ribera. El viejo pedagogo se encaminó instintivamente hacia una capilla situada junto al río, pequeño edificio aislado pero dependiente del templo, que Antínoo y él habían visitado juntos. En una mesa para las ofrendas, las cenizas de un sacrificio estaban todavía tibias. Cabrias hundió en ellas los dedos y extrajo unos rizos cortados.

No nos quedaba más que explorar el ribazo. Una serie de cisternas que habían debido de servir antaño para las ceremonias sagradas, comunicaban con un ensanchamiento del río. Al borde de la última, a la luz del crepúsculo que caía rápidamente, Chabrias percibió una vestidura plegada, unas sandalias. Bajé los resbaladizos peldaños: estaba tendido en el fondo, envuelto ya por el lodo del río. Con ayuda de Chabrias, conseguí levantar su

cuerpo, que de pronto pesaba como de piedra. Chabrias llamó a los remeros, que improvisaron unas angarillas de tela. Reclamado con todo apuro, Hermógenes no pudo sino comprobar la muerte. Aquel cuerpo tan dócil se negaba a dejarse calentar, a revivir. Lo transportamos a bordo. Todo se venía abajo; todo pareció apagarse. Derrumbarse el Zeus Olímpico, el Amo del Todo, el Salvador del Mundo, y sólo quedó un hombre de cabellos grises sollozando en el puente de una barca.

Dos días después Hermógenes consiguió hacerme pensar en los funerales. Los ritos de sacrificio que Antínoo había elegido para rodear su muerte nos mostraban el camino a seguir; no por nada la hora y el día de aquel final coincidían con el momento en que Osiris baja a la tumba. Me trasladé a Hermópolis, en la otra orilla, donde vivían los embalsamadores. Había visto a los que trabajaban en Alejandría, y no ignoraba a qué ultrajes entregaría su cuerpo. Pero también es horrible el fuego, que asa y carboniza una carne que fue amada, y la tierra donde se pudren los muertos. La travesía fue breve; acurrucado en un rincón de la cabina de popa, Euforión plañía en voz baja no sé qué canto fúnebre africano; su ulular ahogado y ronco se me antojaba casi mi propio grito. Llevamos al muerto a una sala que acababan de lavar a baldes de agua, y que me recordó la clínica de Sátiro. Ayudé al amoldador, untando con aceite el rostro antes de que aplicara la cera. Todas las metáforas recobraban

su sentido; sí, tuve ese corazón entre mis manos. Cuando me alejé, el cuerpo vacío no era más que una preparación de embalsamador, primer estado de una atroz obra maestra, sustancia preciosa tratada con sal y pasta de mirra, que el aire y el sol no volverían a tocar jamás.

De regreso visité el templo cerca del cual se había consumado el sacrificio, y hablé con los sacerdotes. Su santuario, renovado, se convertiría otra vez en centro de peregrinación para todo el Egipto; su colegio, enriquecido y aumentado, se consagraría en adelante al servicio de mi dios. Aun en los momentos más torpes, jamás había dudado de que aquella juventud fuese divina. Grecia y Asia lo venerarían a nuestra usanza, con juegos, danzas, ofrendas rituales al pie de una estatua blanca y desnuda. Egipto, que había asistido a la agonía, participaría también de la apoteosis. Su parte sería la más negra, la más secreta, la más dura: aquel país desempeñaría para él la función eterna de embalsamador. Durante siglos, los sacerdotes de cráneos rapados recitarían letanías donde figuraría su nombre, sin valor para ellos pero que todo lo contenía para mí. Año tras año, la barca sagrada pasearía aquella efigie por el río; el primer día del mes de Atir las plañideras marcharían por aquel ribazo donde yo había marchado. Toda hora tiene su deber inmediato, un mandamiento que domina a todo el resto; el mío, en ese momento, era el de defender contra la muerte lo poco que me quedaba.

Flegón había reunido a orillas del río a los arquitectos e ingenieros de mi séquito; sostenido por una especie de embriaguez lúcida, los arrastré a lo largo de las colinas pedregosas, explicando mi plan; el desarrollo de los cuarenta y cinco estadios de la muralla del recinto; marqué en la arena el lugar del arco del triunfo y el de la tumba. Antínoo iba a nacer, era ya una victoria contra la muerte imponer a aquella tierra siniestra una ciudad enteramente griega, un bastión que mantendría a distancia a los nómadas de Eritrea, un nuevo mercado en la ruta de la India.

Alejandro había celebrado los funerales de Efestión con devastaciones y hecatombes. Más hermoso me parecía ofrecer al preferido una ciudad donde su culto se mezclaría para siempre con el ir y venir de la plaza pública, donde su nombre sería pronunciado en las conversaciones nocturnas, donde los jóvenes se lanzarían coronas a la hora de los banquetes. Pero mis ideas no estaban decididas en un punto. Me parecía imposible abandonar aquel cuerpo en suelo extranjero. Como un hombre que, inseguro sobre la etapa siguiente, reserva alojamiento en diversas posadas, ordené en Roma un monumento a orillas del Tíber, junto a mi tumba; pensé también en los oratorios egipcios que por capricho había hecho erigir en la Villa, y que de pronto se mostraban trágicamente útiles. Se fijó la fecha de los funerales, que se celebrarían al cabo de los meses exigidos por los embalsamadores. Encargué a Mesomedés que compusiera los coros

fúnebres. Volví a bordo avanzada la noche; Hermógenes me preparó una poción para dormir.

Seguimos remontando el río, pero yo navegaba por la Estigia. En los campos de prisioneros, a orillas del Danubio, había visto antaño cómo algunos miserables, tendidos contra un muro, daban contra él la frente con un movimiento salvaje, insensato y dulce, repitiendo sin cesar el mismo nombre. En los sótanos del Coliseo me habían hecho ver leones que enflaquecían por la ausencia del perro con el cual los habían acostumbrado a vivir. Yo reunía mis pensamientos: Antínoo había muerto. De niño había clamado sobre el cadáver de Marulino, picoteado por las cornejas, pero mi clamor había sido semejante al de un animal privado de razón. Mi padre había muerto, pero el huérfano de doce años sólo había reparado en el desorden de la casa, el llanto de su madre y su propio terror; nada había sabido de las angustias por las que había pasado el moribundo. Mi madre había muerto mucho después, en tiempos de mi misión en Panonia; ya no me acordaba de la fecha exacta. Trajano era tan sólo un enfermo a quien se trata de convencer para que haga testamento. No había visto morir a Plotina. Atiano había muerto: era un anciano. Durante las guerras dacias había perdido camaradas a quienes creía amar ardientemente; pero éramos jóvenes, la vida y la muerte igualmente embriagadoras y fáciles. Antínoo había muerto. Me acordaba de los lugares comunes

tantas veces escuchados: se muere a cualquier edad, los que mueren jóvenes son los amados de los dioses. Yo mismo había participado de ese infame abuso de las palabras, hablando de morirme de sueño, de morirme de hastío. Había empleado la palabra agonía, la palabra duelo, la palabra pérdida. Antínoo había muerto.

Amor, el más sabio de los dioses... Pero el amor no era responsable de esa negligencia, de esas durezas, de esa indiferencia mezclada a la pasión como la arena al oro que arrastra un río, de esa torpe inconsciencia del hombre demasiado dichoso y que envejece. ¿Cómo había podido sentirme tan ciegamente satisfecho? Antínoo había muerto. Lejos de haber amado con exceso, como Serviano lo estaría afirmando en ese momento en Roma, no había amado lo bastante para obligar al niño a que viviera. Chabrias, que como iniciado órfico consideraba que el suicidio era un crimen, insistía en el lado sacrificatorio de ese fin; yo mismo sentía una especie de horrible alegría cuando pensaba que aquella muerte era un don. Pero sólo yo podía medir cuánta actitud fermenta en lo hondo de la dulzura, qué desesperanza se oculta en la abnegación, cuánto odio se mezcla con el amor. Un ser insultado me arrojaba a la cara aquella prueba de devoción; un niño, temeroso de perderlo todo, había hallado el medio de atarme a él para siempre. Si había esperado protegerme mediante su sacrificio, debió pensar que

yo lo amaba muy poco para no darse cuenta de que el peor de los males era el de perderlo.

Las lágrimas cesaron; los dignatarios que se me acercaban no tenían ya que desviar la mirada de mi rostro, como si llorar fuera obsceno. Se reanudaron las visitas a las granjas modelo y a los canales de irrigación; poco importaba la forma en que pasara mi tiempo. Mil rumores erróneos corrían a propósito de mi desgracia; hasta en las barcas que seguían a la mía circulaban atroces historias que me avergonzaban. Yo dejaba decir; la verdad no era de las que se pueden andar gritando. A su manera, las mentiras más maliciosas eran exactas; me acusaban de haberlo sacrificado, y en cierto sentido lo había hecho. Hermógenes, que me transmitía fielmente esos ecos del exterior, fue portador de algunos mensajes de la emperatriz. Su tono era digno, como ocurre casi siempre en presencia de la muerte. Aquella compasión descansaba en un malentendido: me compadecían, siempre y cuando me consolara pronto. Yo mismo me consideraba casi tranquilo, y me sonrojaba de sólo pensarlo. No sabía que el dolor contiene extraños laberintos por los cuales no había terminado de andar.

Todos buscaban distraerme. Pocos días después de nuestra llegada a Tebas, supe que la emperatriz y su séquito habían estado dos veces al pie del coloso de Memnón, con la esperanza de escuchar el misterioso sonido que brota de la piedra, famoso

fenómeno que todos los viajeros desean presenciar. El prodigio no se había producido, y la superstición llevaba a suponer que ocurriría estando yo presente. Acepté acompañar a las mujeres al día siguiente; todos los medios eran buenos para acortar la interminable duración de las noches otoñales. Por la mañana, a la hora undécima, Euforión entró en mi cámara para avivar la lámpara y ayudar a vestirme. Subí a la cubierta; el cielo, aún negro, era el cielo de bronce de los poemas de Homero, indiferente a las alegrías y a los males de los hombres. Aquello había ocurrido hacía más de veinte días. Embarqué en la canoa; el corto viaje se cumplió con no pocos gritos y sustos de las mujeres.

Desembarcamos cerca del Coloso. Una franja rosada se tendía en el oriente; empezaba un nuevo día. El misterioso sonido se produjo tres veces y me recordó el de la cuerda de un arco al romperse. La inagotable Julia Balbila dio inmediatamente a luz varios poemas. Las mujeres se fueron a visitar los templos, y las acompañé un rato a lo largo de los muros acribillados de monótonos jeroglíficos. Me sentía abrumado por las colosales imágenes de reyes tan parecidos entre sí, sentados uno junto al otro con sus pies largos y chatos, y por esos bloques inertes donde nada hay de lo que para nosotros constituye la vida, ni dolor, ni voluptuosidad, ni el movimiento que libera los miembros, ni la reflexión que organiza el mundo en torno a una cabeza inclinada. Los sacerdotes que me guiaban parecían

casi tan mal informados como yo sobre esas existencias aniquiladas; de tiempo en tiempo surgía una discusión a propósito de un nombre. Sabían vagamente que cada uno de estos monarcas había heredado un reino, gobernado su pueblo, procreado su sucesor; eso era todo. Aquellas oscuras dinastías se remontaban más allá de Roma, más allá de Atenas, más allá del día en que Aquiles murió bajo los muros de Troya, más allá del ciclo astronómico de cinco mil años calculado por Menón para Julio César. Fatigado, despedí a los sacerdotes y descansé un rato a la sombra del Coloso antes de volver a la barca. Sus piernas estaban cubiertas hasta las rodillas de inscripciones griegas trazadas por los viajeros: había nombres, fechas, una plegaria, un tal Servio Suavis, un tal Eumenes que había estado en ese mismo sitio seis siglos antes que yo, un cierto Panión que había visitado Tebas seis meses atrás. Seis meses atrás... Un capricho nació en mí, que no había sentido desde los tiempos de niño cuando grababa mi nombre en la corteza de los castaños, en un dominio español; el emperador que se negaba a hacer inscribir sus nombres y sus títulos en los monumentos que había erigido, desenvainó su daga y rasguñó en la dura piedra algunas letras griegas, una forma abreviada y familiar de su nombre: AΔPIANO... Era, una vez más, luchar contra el tiempo: un hombre, una suma de vida cuyos elementos innumerables nadie computaría, una marca dejada por un hombre perdido en esa

sucesión de siglos. Y de pronto me acordé que estábamos en el vigésimo séptimo día del mes de Atir, en el quinto día anterior a nuestras calendas de diciembre. Era el cumpleaños de Antínoo; de estar vivo, hubiera tenido ese día veinte años.

Subí a bordo. La herida, cerrada prematuramente, volvía a abrirse. Grité, hundida la cara en la almohada que Euforión había deslizado bajo mi cabeza. Aquel cadáver y yo partíamos a la deriva, llevados en sentido contrario por dos corrientes del tiempo. El quinto día anterior a las calendas de diciembre, el primero del mes de Atir: cada instante transcurrido hundía aún más ese cuerpo, tapaba ese fin. Yo remontaba la pendiente resbaladiza, sirviéndome de mis uñas para exhumar aquel día muerto. Flegón, sentado de frente al umbral, sólo recordaba un ir y venir en la cabina de popa, gracias al rayo luminoso que lo había molestado cada vez que una mano empujaba el batiente. Como un hombre acusado de un crimen, examinaba el empleo de mis horas: un dictado, una respuesta al Senado de Éfeso... ¿A qué grupo de palabras correspondía aquella agonía? Reconstruía la curvatura de la pasarela bajo los pies presurosos, el ribazo árido, el enlosado plano, el cuchillo que corta un bucle contra la sien; después, el cuerpo que se inclina, la pierna replegada para que la mano pueda desatar la sandalia; y esa manera única de entreabrir los labios, cerrando los ojos. Aquel excelente nadador había debido estar

desesperadamente resuelto para asfixiarse en el negro lodo. Trataba de imaginar esa revolución por la cual todos habremos de pasar, el corazón que renuncia, el cerebro que se nubla, los pulmones que cesan de aspirar la vida. Yo sufriré una convulsión análoga; un día moriré. Pero cada agonía es diferente; mis esfuerzos por imaginar la suya culminaban en una fabricación sin valor; él había muerto solo.

Resistí. He luchado contra el dolor como contra una gangrena. Me acordaba de las obstinaciones, de las mentiras; me decía que hubiera cambiado, engordado, envejecido. Tiempo perdido: tal como un obrero concienzudo se agota copiando una obra maestra, así me encarnizaba exigiendo a mi memoria una insensata exactitud; recreaba aquel pecho alto y combado como un escudo. A veces la imagen brotaba por si misma, y una ola de ternura me arrebataba; volvía a ver un huerto de Tíbur, el efebo juntando las frutas otoñales en su túnica recogida a modo de cesta. Todo faltaba a la vez: el camarada de las fiestas nocturnas, el adolescente que se sentaba sobre los talones para ayudar a Euforión, rectificar los pliegues de mi toga. De creer a los sacerdotes, su sombra también sufría, añorando el cálido abrigo de su cuerpo, y rondaba plañidera los parajes familiares, lejana y tan próxima; demasiado débil momentáneamente para hacerme sentir su presencia. Si era cierto, entonces mi sordera era peor que la misma muerte. ¿Pero acaso había

comprendido, aquella mañana, al joven viviente que sollozaba junto a mí? Chabrias me llamó una noche para mostrarme en la constelación del Águila una estrella, hasta entonces poco visible, que de pronto palpitaba como una gema, latía como un corazón. La convertí en su estrella, en su signo. Noche a noche me agotaba siguiendo su curso; vi extrañas figuras en aquella región del cielo. Me creyeron loco, pero no tenía importancia.

La muerte es horrorosa, pero también lo es la vida. Todo hacía muecas. La función de Antínoe era un juego irrisorio: una ciudad más, un refugio para los fraudes de los mercaderes, las exacciones de los funcionarios, las prostituciones, el desorden, y para los cobardes que lloran a sus muertos antes de olvidarlos. La apoteosis era vana; aquellos honores públicos sólo servirían para que el adolescente sirviera de pretexto a bajezas e ironías, para que fuera un objeto póstumo de deseo o escándalo, una de esas leyendas semi podridas que se amontonan en los recovecos de la historia. Mi duelo no pasaba de un exceso, de un grosero libertinaje; seguía siendo aquel que aprovecha, aquel que goza, aquel que experimenta; el bienamado me entregaba su muerte. Un hombre frustrado lloraba vuelto hacia sí mismo. Las ideas rechinaban, las palabras se llenaban de vacío, las voces hacían sus ruidos de langostas en el desierto o de moscas en un montón de basura; nuestras barcas, con las velas hinchadas como buches de palomas, servían de

vehículo a la intriga y a la mentira; la estupidez estaba estampada en la frente de los hombres. La muerte asomaba por doquier en forma de decrepitud o de podredumbre: la mancha en un fruto, la rotura imperceptible en el orillo de una colgadura, una carroña en la ribera, las pústulas de un rostro, la señal de los azotes en la espalda de un marinero. Sentía que mis manos estaban siempre algo sucias. A la hora del baño, mientras abandonaba a los esclavos mis piernas para que las depilaran, miraba con asco ese cuerpo sólido, esa máquina casi indestructible que digería, andaba, era capaz de dormir, y que volvería a acostumbrarse un día a las rutinas del amor. Sólo toleraba la presencia de algunos servidores que se acordaban del muerto; ellos lo habían amado a su manera. Mi duelo hallaba eco en el dolor algo tonto de un masajista o del viejo negro encargado de las lámparas. Pero su pena no les impedía reír suavemente entre ellos, mientras tomaban el fresco a orilla del río. Una mañana, apoyado en las jarcias, vi en el sector reservado a las cocinas que un esclavo destripaba uno de esos pollos que los egipcios hacen nacer por millares en sucio hornos; tomando con ambas manos el pegajoso montón de entrañas, las tiró al agua. Apenas tuve tiempo de volver la cabeza para vomitar. En Filaé, durante una fiesta, ofrecida por el gobernador, a un niño de tres años, oscuro como el bronce, hijo de un portero nubio, se deslizó hasta las galerías del primer piso para contemplar los bailes,

precipitándose desde lo alto. Se hizo todo lo posible por ocultar el incidente; el portero contenía sus sollozos para no molestar a los huéspedes de su amo. Lo hicieron salir con el cadáver por la puerta de las cocinas, pero a pesar de todo alcancé a ver sus hombros que se levantaban y bajaban convulsivamente como si lo azotaran. Yo me sentía asumiendo aquel dolor de padre, como había asumido el de Hércules, el de Alejandro, el de Platón, que lloraban a sus amigos muertos. Hice que dieran algunas monedas de oro al miserable; ¿qué más podía hacer? Volví a verlo dos días más tarde: tendido al sol, en el umbral, se despiojaba beatíficamente.

Afluían los mensajes. Pancratés me envió su poema, por fin terminado. No pasaba de un mediocre centón de hexámetros homéricos, pero el nombre que se repetía casi a cada línea lo tornaba más conmovedor para mí que muchas obras maestras. Numenio me hizo llegar una *Consolación* escrita conforme a las reglas del género, cuya lectura me llevó toda una noche; no faltaba en ella ninguno de los esperados lugares comunes. Aquellas débiles defensas alzadas por el hombre contra la muerte se desarrollaban conforme a dos líneas de argumentos. La primera consistía en presentarla como a un mal inevitable, recordándonos que ni la belleza, ni la juventud, ni el amor, escapan a la podredumbre, y a probarnos por fin que la vida y su cortejo de males son todavía más horribles que la muerte, por lo cual

es preferible perecer que llegar a viejo. Estas verdades están destinadas a movernos a la resignación, pero lo que realmente justifican es la desesperación. La segunda línea de argumentos contradice la primera, pero nuestros filósofos no miran las cosas demasiado cerca; ahora ya no se trata de resignarse a la muerte, sino de negarla. El tratado sostenía que sólo el alma contaba; arrogantemente daba por sentada la inmortalidad de esa vaga entidad que jamás hemos visto funcionar en ausencia del cuerpo, antes de tomarse el trabajo de probar su existencia. Yo no estaba tan seguro; si la sonrisa, la mirada, la voz, esas realidades imponderables, habían sido aniquiladas, ¿por qué no el alma? No me parecía ésta más inmaterial que el calor del cuerpo. Me apartaba de los restos donde ya no habitaba esa alma; sin embargo era la única cosa que me quedaba, mi única prueba de que ese ser viviente había existido. La inmortalidad de la raza se consideraba como un paliativo de la muerte de cada hombre, pero poco me importaba que las generaciones de los bitinios se sucedieran hasta el final de los tiempos al borde del Sangarios. Se hablaba de gloria, bella palabra que dilata el corazón, pero con miras a establecer entre ella y la inmortalidad una confusión falaz, como si la huella de un ser fuese lo mismo que su presencia. En lugar del cadáver me mostraban al dios deslumbrante; yo mismo había hecho ese dios, creía a mi manera en él, pero el más luminoso de los destinos póstumos

en lo hondo de las esferas estelares no compensaba aquella breve vida; el dios no me pagaba al viviente perdido. Me indignaba el apasionamiento que pone el hombre en desdeñar los hechos en beneficio de las hipótesis y en no reconocer sus sueños como sueños. Entendía de otro modo mis obligaciones de sobreviviente. Aquella muerte sería vana si yo no tenía el coraje de mirarla cara a acara, de abrazar esas realidades del frío, del silencio, de la sangre coagulada, de los miembros inertes, que el hombre cubre tan pronto de tierra y de hipocresía; me parecía mejor andar a tientas en las tinieblas sin el socorro de lámparas vacilantes. Sentía que en torno a mí empezaban a ofuscarse frente a un dolor tan prolongado; su violencia causaba mayor escándalo que su causa. Si me hubiera abandonado a las mismas lamentaciones por la muerte de un hermano o de un hijo, lo mismo me hubieran reprochado que llorara como una mujer. La memoria de la mayoría de los hombres es un cementerio abandonado donde yacen los muertos que aquellos han dejado de honrar y de querer. Todo dolor prolongado es un insulto a ese olvido. Las barcas nos trajeron otra vez al lugar donde empezaba a levantarse Antínoe. Eran menos numerosas que a la partida; Lucio, a quien había visto muy poco, se volvía a Roma, donde su joven esposa acababa de dar a luz a un niño. Su partida me libraba de no pocos curiosos e importunos. Los trabajos de construcción alteraban la forma del ribazo; el plano

de los futuros edificios se esbozaba entre montones de tierra removida. Pero ya no pude reconocer el lugar exacto del sacrificio. Los embalsamadores entregaron su obra; el delgado ataúd de cedro fue puesto en un sarcófago de pórfido, de pie en la sala más secreta del templo. Me acerqué tímidamente al muerto. Parecía disfrazado; el rígido tocado egipcio cubría los cabellos. Las piernas, ceñidas por las vendas, no eran más que un paquete blanco, pero el perfil del joven halcón no había cambiado; las pestañas vertían sobre las mejillas pintadas una sombra que reconocí. Antes de terminar el vendaje de las manos, quisieron que admirase las uñas de oro. Empezaron las letanías; por boca de los sacerdotes, el muerto declaraba haber sido perpetuamente veraz, perpetuamente casto, perpetuamente compasivo y justo, jactándose de virtudes que, de haberlas practicado, lo hubieran puesto al margen de sus semejantes para siempre. El rancio olor del incienso llenaba la sala; a través de una nube trataba de lograr la ilusión de una sonrisa; el hermoso rostro inmóvil parecía temblar. Asistí a los pases mágicos mediante los cuales los sacerdotes obligan al alma del muerto a encarnar una parcela de sí misma en el interior de las estatuas que conservarán su memoria; asistí a otros exorcismos aún más extraños. Cuando todo hubo terminado, ajustaron la máscara de oro moldeada sobre la mascarilla de cera que coincidía exactamente con las facciones. Aquella hermosa

superficie incorruptible no tardaría en reabsorber sus posibilidades de irradiación y de calor, yaciendo para siempre en la caja herméticamente cerrada, símbolo inerte de inmortalidad. Pusieron sobre su pecho un ramillete de acacias. Doce hombres colocaron en su sitio la pesada tapa. Pero yo vacilaba todavía acerca del emplazamiento de la tumba. Recordaba que al ordenar por doquiera las fiestas apoteósicas, los juegos fúnebres, la acuñación de monedas, las estatuas en las plazas públicas, había hecho una excepción con Roma, temiendo aumentar la animosidad que en mayor o menor grado rodea siempre a un favorito extranjero. Me dije que no siempre estaría allí para proteger su sepultura. El monumento previsto en las puertas de Antínoe me parecía igualmente demasiado público, y por tanto poco seguro. Acepté el consejo de los sacerdotes. Me indicaron, en el flanco de una montaña de la cadena arábiga, a unas tres leguas de la ciudad, una de las cavernas que los reyes de Egipto utilizaban antaño como pozos funerarios. Un tiro de bueyes arrastró el sarcófago por la pendiente. Con ayuda de cuerdas se lo hizo resbalar por los corredores subterráneos, hasta dejarlo apoyado contra la pared de roca. El niño de Claudiópolis descendía a la tumba como un faraón, como un Ptolomeo. Lo dejamos solo. Entraba en esa duración sin aire, sin luz, sin estaciones y sin fin, frente a la cual toda vida parece efímera; había alcanzado la estabilidad, quizá la calma. Los siglos contenidos en el seno opaco del

tiempo pasarían por millares sobre esa tumba sin devolverle la existencia, pero sin agregar nada a la muerte, sin poder impedir que un día hubiera sido. Hermógenes me tomó el brazo para ayudarme a remontar el aire libre; sentí casi alegría al ,volver a la superficie, al ver de nuevo el frío cielo azul entre dos filos de rocas rojizas. El resto del viaje fue breve. En Alejandría, la emperatriz se embarcó rumbo a Roma.

DISCIPLINA AVGVSTA

Volví por tierra a Grecia. El viaje fue largo. Tenía razones para pensar que aquélla sería mi última gira oficial por Oriente, y quería más que nunca verlo todo por mis propios ojos. Antioquía, donde me detuve algunas semanas, se me apareció bajo una nueva luz; ya no era tan sensible como antaño a los prestigios de los teatros, las fiestas, las delicias de los jardines de Dafné, el amontonamiento abigarrado de las multitudes. Advertía con mayor fuerza la eterna ligereza de aquel pueblo maldiciente y burlón, que me recordaba al de Alejandría, la necedad de los pretendidos ejercicios intelectuales, el trivial despliegue de lujo de los ricos. Casi ninguno de aquellos notables comprendía la totalidad de mis programas de obras y reformas en Asia; se contentaban con aprovecharse de ellos para su ciudad, y sobre todo para su propio beneficio. Me encantaba la idea de trasladar la capital de la provincia a Esmirna o Pérgamo, pero los defectos de Antioquía eran los de cualquier gran metrópolis; no hay ciudad de esa importancia que no los tenga.

Mi repugnancia hacia la vida urbana me indujo a consagrarme aún más a las reformas agrarias; completé la larga y compleja reorganización de los dominios imperiales en Asia Menor, por la cual los campesinos lograron mejoras y el Estado también. En Tracia fui a visitar Andrinópolis, donde los veteranos de las campañas dacias y sármatas se habían congregado atraídos por donaciones de tierras y reducciones de impuestos. Un plan análogo debería aplicarse en Antínoe. Hacia mucho que había concedido exenciones análogas a los médicos y profesores de todas partes, con la esperanza de favorecer el mantenimiento y el desarrollo de una clase media seria e instruida. Conozco sus defectos, pero un Estado sólo se mantiene gracias a ella.

Atenas seguía siendo la etapa preferida; me maravillaba que su belleza dependiera tan poco de los recuerdos, ya fueran míos o históricos; la ciudad parecía nueva cada mañana. Esta vez me instalé en casa de Arriano. Iniciado como yo en Eleusis, había sido adoptado luego de ello por una de las grandes familias sacerdotales del territorio ático, la de los Kerikés, tal como yo fuera adoptado por la de los Eumólpidas. Se había casado con una joven ateniense, fina y orgullosa. Ambos me rodeaban de discretos cuidados. Su casa se hallaba situada a pocos pasos de la nueva biblioteca que yo había donado a Atenas y en la que no faltaba nada de lo que puede ayudar a la meditación o al reposo que la precede: asientos cómodos, calefacción adecuada durante los

inviernos con frecuencia rigurosos, escaleras para llegar a las galerías donde se guardan los libros, el alabastro y el oro de un lujo discreto y sereno. La elección y el emplazamiento de las lámparas habían sido objeto de particular cuidado. Cada vez sentía mayor necesidad de recopilar y conservar los volúmenes antiguos, y encargar a escribas concienzudos de que hicieran copias nuevas. Tan bella tarea no me parecía menos urgente que la ayuda a los veteranos o los subsidios a las familias prolíficas y pobres; me decía que bastarían algunas guerras, con la miseria que las acompaña, y un pendo de grosería o salvajismo bajo el reinado de algún príncipe perverso, para que los pensamientos conservados con ayuda de aquellos frágiles objetos de fibras y de tinta perecieran para siempre. Todo hombre lo bastante afortunado para beneficiarse en mayor o menor medida de aquel legado cultural se me antoja responsable de él, su fideicomisario ante el género humano.

Mucho leí durante aquel periodo. Había convencido a Flegón para que compusiera, con el nombre de *Olimpíadas*, una serie de crónicas que continuarían las *Helénicas* de Jenofonte y que terminarían en mi reino; plan atrevido, en cuanto convertía la inmensa historia de Roma en una simple continuación de la de Grecia. El estilo de Flegón es enojosamente seco, pero de todas maneras vale la pena reunir y dejar sentados los hechos. El proyecto me despertó el deseo de releer a los historiadores

de antaño. Su obra, comentada por mi propia experiencia, me llenó de ideas sombrías. La energía y buena voluntad de cada estadista parecían poca cosa frente a ese acaecer fortuito y fatal a la vez, ese torrente de sucesos demasiado confusos para admitir una previsión, una dirección o un juicio. También me atraían los poetas; amaba evocar desde un lejano pasado esas pocas voces plenas y puras. Llegué a sentirme amigo de Teognis, el aristócrata, el exiliado, el observador sin ilusión ni indulgencia de las acciones humanas, siempre pronto a denunciar esos errores y esas faltas que llamamos nuestros males. Aquel hombre tan lúcido había saboreado las punzantes delicias del amor; a pesar de las sospechas, los celos, los agravios recíprocos, su relación con Cirno se prolongó hasta la vejez del uno y la edad madura del otro; la inmortalidad que prometía al joven de Megara era algo más que una palabra vana, puesto que su recuerdo llegaba hasta mí desde más allá de seis siglos. De todos los poetas antiguos, Antímaco fue empero el que más me atrajo; estimaba ese estilo oscuro y denso, las frases amplias y a la vez condensadas al máximo, grandes copas de bronce llenas de un vino espeso. Prefería su relato del periplo de Jasón a los *Argonautas* de Apolonio. Antímaco había comprendido mejor el misterio de los horizontes y los viajes, la sombra que proyecta el hombre efímero sobre los paisajes eternos. Había llorado apasionadamente a su esposa Lydyé, dando el nombre de la muerta a un extenso poema donde

figuraban todas las leyendas de dolor y de duelo. Lydyé, a quien quizá yo no habría mirado en vida, se me convertía en una figurilla familiar, más querida que muchos personajes femeninos de mi propia existencia. Aquellos poemas, casi olvidados sin embargo, me devolvían poco a poco la confianza en la inmortalidad.

Revisé mis propias obras: los poemas de amor, los de circunstancias, la oda a la memoria de Plotina. Llegaría el día en que alguien tuviera deseos de leer todo eso. Un grupo de versos obscenos me hizo vacilar, pero acabé por incluirlos. Nuestros poetas más honestos los escriben parecidos. Para ellos son un juego; yo hubiera preferido que los míos fuesen otra cosa, la exacta imagen de una verdad desnuda. Pero ahí, como en todo, los lugares comunes nos encarcelan; empezaba a comprender que la audacia del espíritu no basta para librarse de ellos y que el poeta sólo triunfa de las rutinas y sólo impone su pensamiento a las palabras gracias a esfuerzos tan prolongados y asiduos como mis tareas de emperador. Por mi parte no podía pretender más que a la buena suerte del aficionado; demasiado seria ya si de todo aquel fárrago subsistían dos o tres versos. Por aquel entonces, sin embargo, tuve intención de escribir una obra asaz ambiciosa, parte en prosa y parte en verso, donde quería hacer entrar a la vez lo serio y lo irónico, los hechos curiosos observados a lo largo de mi vida, mis meditaciones, algunos sueños. Todo ello hubiera sido enlazado

con un hilo muy fino y habría servido para exponer una filosofía que era ya la mía, la idea heraclitiana del cambio y el retorno. Pero he acabado dejando de lado un proyecto tan vasto.

Ese mismo año sostuve varias conversaciones con la sacerdotisa que me había iniciado antaño en Eleusis y cuyo nombre debe permanecer secreto; las modalidades del culto de Antínoo fueron establecidas una por una. Los grandes símbolos elusinos seguían destilando para mí una virtud calmante; acaso el mundo carece de sentido, pero si tiene alguno en Eleusis está expresado más sabia y noblemente que en cualquier otra parte. Bajo la influencia de aquella mujer decidí trazar las divisiones administrativas de Antínoe, sus demos, sus calles, sus bloques urbanos, plano del mundo divino a la vez que imagen transfigurada de mi propia vida. Todo tenía allí participación, Hestia y Baco, los dioses del hogar y los de la orgía, las divinidades celestes y las de ultratumba. Incorporé a mis antepasados imperiales, Trajano y Nerva, para que fueran parte integrante de aquel sistema de símbolos. Plotina también estaba allí; la bondadosa Matidia quedaba asimilada a Deméter; y mi mujer, con la cual mantenía en esa época relaciones bastante cordiales, figuraba en el cortejo de personas divinas. Meses más tarde di el nombre de mi hermana Paulina a uno de los barrios de Antínoe. Había acabado querellándome con la esposa de Serviano pero, después de muerta, Paulina

recobraba en aquella ciudad del recuerdo su lugar único de hermana. El triste sitio se convertía en paraje ideal de reuniones y recuerdos, Campos Elíseos de una vida donde las contradicciones se resuelven, donde todo, en su plano, es igualmente sagrado.

De pie junto a una ventana de la casa de Arriano, frente a la noche sembrada de astros, meditaba en la frase que los sacerdotes egipcios habían hecho grabar en el ataúd de Antínoo: *Obedeció la orden del cielo*. ¿Sería posible que el cielo nos intimidara sus órdenes y que los mejores de entre nosotros las escucharan allí donde el resto de los hombres sólo percibe un silencio aplastante? La sacerdotisa eleusina y Chabrias lo creían así. Hubiera querido poder darles la razón. Volvía a ver con el pensamiento aquella palma de la mano alisada por la muerte, tal como la había contemplado por última vez la mañana del embalsamamiento; las líneas que antaño me inquietaran ya no se veían; ocurría con ellas lo que con las tabletas de cera en las cuales se borra la orden cumplida. Pero esas afirmaciones de lo alto iluminan sin infundir calor, como la luz de las estrellas, y la noche en torno es aún más sombría. Si el sacrificio de Antínoo había sido pesado a mi favor en alguna balanza divina, los resultados de aquel horrible don de sí mismo no se manifestaban todavía; sus beneficios no eran los de la vida, y ni siquiera los de la inmortalidad. Apenas me atrevía a buscarles un nombre. A veces, a raros

intervalos, un débil resplandor palpitaba fríamente en el horizonte de mi cielo, sin embellecer al mundo ni a mí mismo; seguía sintiéndome más lacerado que salvado.

Por aquel entonces Cuadrato, obispo de los cristianos, me envió una apología de su fe. Había yo tenido por principio mantener frente a esa secta la línea de conducta estrictamente equitativa que siguiera Trajano en sus mejores días; acababa de recordar a los gobernadores de provincia que la protección de las leyes se extiende a todos los ciudadanos, y que los difamadores de los cristianos serían castigados en caso de que los acusaran sin pruebas. Pero toda tolerancia acordada a los fanáticos los mueve inmediatamente a creer que su causa merece simpatía. Me cuesta creer que Cuadrato confiara en convertirme en cristiano; sea como fuese, se obstinó en probarme la excelencia de su doctrina, y sobre todo su inocuidad para el Estado. Leí su obra; mi curiosidad llegó al punto de pedir a Flegón que reuniera noticias sobre la vida del joven profeta Jesús, fundador de la secta, que murió víctima de la intolerancia judía hace unos cien años. Aquel joven sabio parece haber dejado preceptos muy parecidos a los de Orfeo, con quien suelen compararlo sus discípulos. A través de la monocorde prosa de Cuadrato, no dejaba de saborear el encanto enternecedor de esas virtudes de gente sencilla, su dulzura, su ingenuidad, la forma en que se aman los unos a los otros; todo eso

se parecía mucho a las hermandades que los esclavos o los pobres fundan por doquiera para honrar a nuestros dioses en los barrios populosos de las ciudades. En el seno de un mundo que, pese a todos nuestros esfuerzos, sigue mostrándose duro e indiferente a las penas y a las esperanzas de los hombres, esas pequeñas sociedades de ayuda mutua ofrecen a los desventurados un punto de apoyo y una confrontación. Pero no dejaba por ello de advertir ciertos peligros. La glorificación de las virtudes de los niños y los esclavos se cumplía a expensas de cualidades más viriles y más lúcidas. Bajo esta inocencia recatada y desvaída adivinaba la feroz intransigencia del sectario frente a formas de vida y de pensamiento que no son las suyas, el insolente orgullo que lo mueve a preferirse al resto de los hombres y su visión voluntariamente deformada. No tardé en cansarme de los argumentos capciosos de Cuadrato y de esos retazos de filosofía torpemente extraídos de los escritos de nuestros sabios. Chabrias, siempre preocupado por el culto que debe ofrecerse a los dioses, se inquietaba ante los progresos de esa clase de sectas en el populacho de las grandes ciudades; temía por nuestras antiguas religiones, que no imponen al hombre el yugo de ningún dogma, se prestan a interpretaciones tan variadas como la naturaleza misma y dejan que los corazones austeros inventen si así les parece una moral más elevada, sin someter a las masas a preceptos demasiado estrictos que en

seguida engendran la sujeción y la hipocresía. Arriano compartía estos puntos de vista; pasamos toda una noche discutiendo el mandamiento que exige amar al prójimo como a uno mismo; yo lo encontraba demasiado opuesto a la naturaleza humana como para que fuese obedecido por el vulgo, que nunca amará a otro que a sí mismo, y tampoco se aplicaba al sabio, que está lejos de amarse a sí mismo.

Por lo demás el pensamiento de nuestros filósofos me parecía igualmente limitado, confuso o estéril. Tres cuartas partes de nuestros ejercicios intelectuales no pasan de bordados en el vacío; me preguntaba si esa creciente vacuidad se debería a una disminución de la inteligencia o a una decadencia del carácter; sea como fuere, la mediocridad espiritual aparecía acompañada en casi todas partes por una asombrosa bajeza del alma. Había encargado a Herodes Ático que vigilara la construcción de una red de acueductos en la Tróade; se valió de ello para derrochar vergonzosamente los denarios públicos. Llamado a rendir cuentas, respondió con insolencia que era lo bastante rico para cubrir el déficit; su riqueza misma era un escándalo. Su padre, muerto poco antes, se había arreglado para desheredarlo discretamente, multiplicando las dádivas a los ciudadanos de Atenas; Herodes rehusó redondamente pagar los legados paternos, de donde resultó un proceso que dura todavía.

En Esmirna, Polemón, mi familiar de antaño, se permitió arrojar a la calle a una diputación de senadores romanos que había creído poder contar con su hospitalidad. Tu padre Antonino, el más bondadoso de los hombres, perdió la paciencia; el estadista y el sofista acabaron yéndose a las manos; aquel pugilato indigno de un futuro emperador lo era aún más de un filósofo griego. Favorino, el ávido enano a quien había colmado de dinero y honores, repartía por todas partes epigramas a mi costa. De hacerle caso, las treinta legiones que mandaba eran mis únicos argumentos válidos en las justas filosóficas que tenía la vanidad de sostener, y donde él se cuidaba de dejar la última palabra al emperador. Con ello me tachaba a la vez de presunción y de tontería, presumiendo por su parte de una rara cobardía. Pero los pedantes se irritan siempre de que conozcamos tan bien como ellos su mezquino oficio. Todo servia de pretexto a sus malignas observaciones. Había hecho yo incluir en los programas escolares las obras demasiado olvidadas de Hesíodo y de Ennio; los espíritus rutinarios me atribuyeron inmediatamente el deseo de destronar a Homero y al límpido Virgilio, a quien sin embargo citaba sin cesar. Con gentes así no se podía hacer nada.

Arriano valía más. Me gustaba hablar con él de cualquier cosa. Había guardado un recuerdo deslumbrado y grave del adolescente de Bitinia. Yo le agradecía que colocara aquel amor, del que había

sido testigo, al nivel de las grandes pasiones recíprocas de antaño. Hablábamos de él algunas veces, pero nunca jamás se dijera una mentira, tenía a veces la impresión de que nuestras palabras se teñían de una cierta falsedad; la verdad desaparecía bajo lo sublime. También Chabrias terminó por decepcionarme; había tenido por Antínoo la ciega abnegación de un anciano esclavo por su joven amo, pero tanto lo ocupaba el culto del nuevo dios, que parecía haber perdido casi por completo el recuerdo del ser viviente. Por lo menos Euforión, mi servidor negro, lo había visto todo de más cerca. Arriano y Chabrias me eran muy queridos y no me sentía en nada superior a esos dos hombres tan honrados, pero a veces me parecía ser el único que se esforzaba por seguir teniendo los ojos abiertos.

Sí, Atenas era siempre bella, y no lamentaba haber impuesto disciplinas griegas a mi vida. Todo lo que poseemos de humano, de ordenado y lúcido, a ellas se lo debemos. Pero a veces me decía que la seriedad algo pesada de Roma, su sentido de la continuidad y su gusto por lo concreto habían sido necesarios para transformar en realidad lo que en Grecia seguía siendo una admirable concepción del espíritu, un bello impulso del alma. Platón había escrito *La República* y glorificado la idea de lo Justo, pero sólo nosotros, instruidos por nuestros propios errores, nos esforzábamos penosamente por hacer del Estado una máquina capaz de servir a los hombres, con el menor riesgo posible de triturarlos.

Griega es la palabra filantropía, pero el legista Salvio Juliano y yo trabajamos para mejorar la miserable condición del esclavo. La asiduidad, la seriedad, la aplicación en el detalle que corrige la audacia de las concepciones generales, habían sido para mi virtudes aprendidas en Roma. Me ocurría también encontrar en lo más hondo de mí mismo los paisajes melancólicos de Virgilio, sus crepúsculos velados de lágrimas. Iba aún más allá: reconocía otra vez la ardiente tristeza de España y su árida violencia, pensaba en las gotas de sangre celta, ibera, quizá púnica, que habían debido de infiltrarse en las venas de los colonos romanos del municipio de Itálica: me acordaba de que mi padre había sido llamado el Africano. Grecia me había ayudado a valorar esos elementos no griegos. Lo mismo ocurría con Antínoo, de quien había hecho la imagen misma de ese país apasionado por la belleza y del cual sería acaso el último dios. Y sin embargo la Persia refinada y la salvaje Tracia se habían aliado en Bitinia con los pastores de la antigua Arcadia; aquel perfil delicadamente curvo recordaba el de los pajes de Osroes; el ancho rostro de pómulos salientes era el de los jinetes tracios que galopan a orillas del Bósforo y que prorrumpen al anochecer en roncos cantos tristes. Ninguna fórmula era lo bastante completa para contenerlo todo.

Terminé aquel año la revisión de la constitución ateniense, comenzada mucho antes. En la medida de lo posible volvía a las viejas leyes democráticas

de Clístenes. La reducción del número de funcionarios aliviaba las cargas del Estado. Me opuse al desastroso sistema de impuesto que por desgracia se sigue aplicando aquí y allá en las administraciones locales. Las fundaciones universitarias, establecidas en la misma época, ayudaron a Atenas a convertirse otra vez en un importante centro de estudios. Los gustadores de belleza, que afluyeran a la ciudad antes que yo, se habían contentado con admirar sus monumentos sin inquietarse de la creciente penuria de sus habitantes. Habíame esforzado, en cambio, por multiplicar los recursos de aquella tierra pobre. Uno de los grandes proyectos de mi reinado culminó poco tiempo antes de mi partida: la creación de embajadas anuales, gracias a las cuales los problemas del mundo griego se tratarían desde entonces en Atenas, devolvió a aquella ciudad modesta y perfecta su categoría de metrópoli. El plan sólo había podido materializarse luego de espinosas negociaciones con las ciudades celosas de la supremacía de Atenas, o que alimentaban rencores seculares y anticuados; poco a poco, empero, la razón y hasta el entusiasmo lograron ventaja. La primera de aquellas asambleas coincidió con la apertura del Olimpión al culto público; el templo se convertía, más que nunca, en el símbolo de una Grecia renovada.

La ocasión fue celebrada con una serie de espectáculos muy bien realizados, que tuvieron lugar en el teatro de Dionisos. Asistí a ellos,

ocupando un sitial apenas más elevado que el del hierofante; el sacerdote de Antínoo tenía ya su lugar entre los notables y el clero. Había hecho agrandar el escenario, adornado con nuevos bajorrelieves; en uno de ellos, mi joven bitinio recibía de las diosas eleusinas algo así como un derecho de ciudad eterno. En el estadio de las Panateneas, convertido durante algunas horas en el bosque de la fábula, organicé una cacería en la que figuraron mil animales salvajes, reanimando así en el breve tiempo de una fiesta la ciudad agreste y salvaje de Hipólito, servidor de Diana, y de Teseo, compañero de Hércules. Pocos días después abandoné Atenas. Desde entonces no he vuelto a ella.

La administración de Italia, abandonada durante siglos a la voluntad de los pretores, no había sido nunca codificada definitivamente. El *Edicto perpetuo*, que la fija de una vez por todas, data de esta época de mi vida; llevaba años manteniendo correspondencia con Salvio Juliano acerca de las reformas, y mi retorno a Roma aceleró su realización. No se trataba de privar de sus libertades a las ciudades italianas; por el contrario, allí como en cualquier parte teníamos el máximo interés en no imponer por la fuerza una unidad ficticia; me asombra incluso que esos municipios, algunos de ellos más antiguos que Roma, estén tan dispuestos a renunciar a sus costumbres; a veces muy sabias, para asimilarse en un todo a la capital. Mi propósito

era tan sólo el de reducir la frondosa masa de contradicciones y abusos que acaban por convertir el derecho y los procedimientos en un matorral donde las gentes honestas no se animan a aventurarse, mientras los bandidos prosperan a su abrigo. Estas tareas me obligaron a viajar mucho por el interior de la península. Residí varias veces en Bayas, en la antigua villa de Cicerón que había comprado al comienzo de mi principado; me interesaba la provincia de Campania, que me recordaba a Grecia. A orillas del Adriático, en la pequeña ciudad de Adria de donde cuatro siglos atrás mis antepasados habían emigrado a España, recibí los honores de las más altas funciones municipales; junto al mar tempestuoso cuyo nombre llevo, volví a encontrar las urnas familiares en un columbario en ruinas. Pensaba en aquellos hombres de quienes no sabía casi nada, pero de los cuales había salido; su raza terminaba en mí.

En Roma se ocupaban de agrandar mi colosal mausoleo, cuyos planos habían sido hábilmente modificados por Decriano; aun hoy siguen trabajando en él. Egipto me inspiraba esas galerías circulares, esas rampas que se deslizan hacia salas subterráneas. Había concebido la idea de un palacio de la muerte que no quedara exclusivamente reservado para mí o mis sucesores inmediatos, sino al cual vendrían a descansar los emperadores futuros, separados de nosotros por una perspectiva de siglos; así, príncipes aún no nacidos tienen ya

señalado su lugar en la tumba. Me ocupaba también de adornar el cenotafio elevado en el Campo de Marte en memoria de Antínoo, para el cual un navío de fondo plano había desembarcado obeliscos y esfinges procedentes de Alejandría. Un nuevo proyecto me absorbió largamente, y aún me preocupa: el Odeón, biblioteca modelo, provista de salas de clase y de conferencias, que constituiría un centro de cultura griega en Roma. Le di menos esplendor que a la nueva biblioteca de Éfeso, construida tres o cuatro años atrás, y menos elegancia amable que a la de Atenas. Quería hacer de esta fundación una émula, ya que no la igual del Museo de Alejandría; su desarrollo futuro será de tu incumbencia. Mientras me ocupo de ella, suelo pensar en la hermosa inscripción que Plotina había hecho grabar en el umbral de la biblioteca creada por sus afanes en pleno foro de Trajano: *Hospital del alma*.

La Villa estaba lo bastante terminada como para que pudiera hacer trasladar a ella mis colecciones, mis instrumentos de música y los millares de libros comprados aquí y donde todo había sido cuidadosamente dispuesto, desde los platos hasta la lista bastante restringida de mis convidados. Quería que todo se acordara con la apacible belleza de los jardines y las salas; que los frutos fueran tan exquisitos como los conciertos, y la disposición de los servicios tan precisa como el cincelado de las bandejas de plata. Por primera vez me interesé por

la elección de los platos; ordené que las otras fueran traídas del Lucrino, mientras los cangrejos deberían venir de los ríos galos. Enemigo de la pomposa negligencia que caracteriza con frecuencia la mesa imperial, fijé como regla que cada plato me sería mostrado antes de ser servido al más insignificante de mis invitados; insistía en verificar personalmente las cuentas de los cocineros y hosteleros; recordaba, a veces, que mi abuelo había sido avaro. El pequeño teatro griego de la Villa, y el teatro latino apenas más grande, no estaban aún terminados, pero a pesar de ello hice representar algunas obras, tragedias y pantomimas, dramas musicales y atelanas. Me gustaba sobre todo la gimnástica sutil de las danzas; descubrí que sentía cierta debilidad por las danzarinas de crótalos, que me recordaban la comarca de Gades, los primeros espectáculos a que había asistido de niño. Amaba ese ruido seco, los brazos levantados, el despliegue o el repliegue de los velos, la bailarina que deja de ser mujer para convertirse en nube o en pájaro, en ola o en trirreme. Llegué a aficionarme pasajeramente a una de aquellas criaturas. Las perreras y las caballerizas no habían sido descuidadas en mi ausencia; volví a encontrar el pelaje duro de los sabuesos, la sedosa piel de los caballos, las hermosas jaurías con sus sirvientes. Organicé algunas partidas de caza en la Umbría, a orillas del lago Trasimeno, y también cerca de Roma, en los bosques de Alba. El placer había recobrado su lugar en mi vida; mi secretario

Onésimo me servia de proveedor. Sabía cuándo era preciso evitar ciertos parecidos, o cuándo debía buscarlos. Pero aquel amante presuroso y distraído no era amado. Aquí y allá daba con algún ser más tierno o más fino que los demás, alguien que valía la pena escuchar y quizá volver a ver. Aquellas felices ocasiones eran escasas, probablemente por culpa mía. Por lo regular me contentaba con satisfacer o engañar mis apetitos. En otros momentos sentía frente a esos juegos una indiferencia de viejo.

En las horas de insomnio andaba por los corredores de la Villa, errando de sala en sala, turbando a veces a un artesano que trabajaba para colocar un mosaico en su sitio. Estudiaba al pasar un sátiro de Praxiteles, y me detenía ante las efigies del muerto. Cada habitación tenía la suya, así como cada pórtico. Con la mano protegía la llama de mi lámpara, mientras rozaba con un dedo aquel pecho de piedra. Las confrontaciones complicaban la tarea de la memoria; desechaba, como quien aparta una cortina, la blancura del mármol de Paros o del Penélico, remontando lo mejor posible de los contornos inmovilizados a la forma viviente, de la piedra dura a la carne. Continuaba luego mi ronda; la estatua interrogada volvía a sumirse en la noche, mientras mi lámpara me mostraba una nueva imagen a pocos pasos; aquellas grandes figuras blancas no diferían en nada de los fantasmas. Pensaba amargamente en los pases con los cuales los sacerdotes egipcios habían atraído el alma del

muerto al interior de los simulacros de madera que emplean para su culto. Yo había hecho como ellos, hechizando piedras que a su vez me habían hechizado. Nunca más escaparía a ese silencio, a esa frialdad más próxima a mí desde entonces que el calor y la voz de los vivos; contemplaba rencorosamente aquel rostro peligroso, de huyente sonrisa. Y sin embargo, horas después, mientras yacía tendido en mi lecho, decidía ordenar una nueva estatua a Pappas de Afrodisia; le exigiría un modelo más exacto de las mejillas. Allí donde se ahondan apenas bajo la sien, una inclinación más suave del cuello hacia el hombro; a las coronas de pámpanos o a los nudos de piedras preciosas, sucedería el esplendor de los rizos desnudos. Jamás dejaba de hacer ahuecar aquellos bajorrelieves o aquellos bustos para rebajar su peso y facilitar su transporte. Los que guardaban mayor semejanza me han acompañado por doquier; ya ni siquiera me importa que sean hermosas o no.

Aparentemente mi vida era la cordura misma. Me aplicaba con mayor firmeza que nunca a mi oficio de emperador, mostrando más discernimiento allí donde quizá faltaba algo de ardor de otros tiempos. Había perdido en parte mi gusto por las ideas y las relaciones nuevas, así como la flexibilidad intelectual que me permitía asociarme al pensamiento ajeno y aprovecharme de él a la vez que lo jugaba. Mi curiosidad, que antaño me había parecido el resorte mismo de mi pensar, y uno de

los fundamentos de mi método, sólo se ejercía ahora en las cosas más fútiles; abría las cartas destinadas a mis amigos, que acababan ofendiéndose; aquella ojeada a sus amores y a sus querellas conyugales me divirtió cierto tiempo. En mi actitud se mezclaba además una parte de sospecha; durante varios días me dominó el terror al veneno, terror atroz que antaño había visto en la mirada de Trajano enfermo, y que un príncipe no se atreve a confesar pues parece grotesco hasta que los acontecimientos lo justifican. Semejante obsesión asombra en un hombre que se ha sumido en la meditación de la muerte, mas no pretendo ser más consecuente que los demás. Secretos furores, impaciencias salvajes, me dominaban ante las menores fruslerías y las bajezas más triviales, así como una repugnancia de la cual no me exceptuaba a mí mismo. Juvenal se atrevió a insultar en una de sus Sátiras al mismo Paris, que me placía. Estaba harto de ese poeta engreído y gruñón; me incomodaba su grosero desprecio por el Oriente y Grecia, su gusto afectado por la supuesta sencillez de nuestros padres y esa mezcla de detalladas descripciones del vicio y virtuosas declamaciones, que excita los sentidos del lector a la vez que tranquiliza su hipocresía. Sin embargo, dada su calidad de hombre de letras, tenía derecho a ciertas contemplaciones; lo mandé llamar a Tíbur para notificarle personalmente su sentencia de destierro. El denigrador del lujo y los placeres de Roma podrían estudiar sobre el terreno las

costumbres provincianas; sus insultos al bello Paris señalaban el fin de su propia obra. También en esa época Favorino se instaló en su cómodo exilio de Chios, donde no me desagradaría por mi parte vivir; desde allí su agria voz ya no podría alcanzarme. Y también en aquellos días hice expulsar ignominiosamente de una sala de festines a un mercader de sabiduría, un cínico roñoso que se quejaba de morirse de hambre como si semejante basura mereciera otra cosa. Grande fue mi placer cuando vi a aquel charlatán, doblado en dos por el espanto, desaparecer en medio del ladrido de los perros y la risa burlona de los pajes; la canalla filosófica y letrada no me inspiraba ya el menor respeto.

Las menores equivocaciones de la vida política me exasperaban, así como en la Villa me irritaba la más pequeña irregularidad de un pavimento, la menor mancha de cera en el mármol de una mesa, el más insignificante defecto de un objeto que hubiera querido sin imperfección y sin tacha. Un informe de Arriano, recientemente nombrado gobernador de Capadocia, me puso en guardia contra Farasmanés, quien en su pequeño reino a orillas del Mar Caspio continuaba el doble juego que tan caro nos había costado en tiempos de Trajano. El reyezuelo lanzaba solapadamente contra nuestras fronteras a las hordas de bárbaros alanos, y sus querellas con Armenia comprometían la paz en Oriente. Llamado a Roma, se negó a presentarse,

tal como se había negado cuatro años atrás a asistir a la conferencia de Samosata. A guisa de excusa me envió un regalo de trescientos ropajes de oro; ordené que los vistieran otros tantos criminales entregados a las fieras del circo. Esta decisión poco prudente me satisfizo como el gesto de un hombre que se rasca hasta hacerse sangre.

Tenía un secretario, personaje mediocre a quien conservaba porque estaba al tanto de los procedimientos de la cancillería, pero que me impacientaba por su suficiencia regañona y de cortos alcances, su negativa a aplicar métodos nuevos, su obstinación en argüir interminablemente sobre detalles inútiles. Aquel imbécil me irritó cierto día más que de costumbre. Alcé la mano para golpearlo; desgraciadamente tenía entre los dedos un estilo, que le yació el ojo derecho. Jamás olvidaré el aullido de dolor, el brazo torpemente recogido para atajar otro golpe, el rostro convulso de donde saltaba la sangre. Mandé llamar inmediatamente a Hermógenes, que se ocupó de los primeros cuidados; se consultó luego al oculista Capito, pero en vano: el ojo estaba perdido. Días más tarde, con el rostro vendado, el secretario reanudó sus tareas. Lo mandé llamar y le pedí humildemente que fijara por sí mismo la compensación a que tenía derecho. Con una sonrisa maligna, respondió que sólo me pedía otro ojo. Terminó sin embargo por aceptar una pensión. Lo guardé a mi servicio; su presencia me sirve de advertencia, quizá de castigo. No había

querido dejar tuerto a aquel miserable. Pero tampoco había querido que un niño que me amaba muriera a los veinte años.

Los asuntos judíos iban de mal en peor. Los trabajos llegaban a su fin en Jerusalén, a pesar de la violenta oposición de los grupos zelotes. Habíase cometido cierto número de errores, reparables en si mismos pero que los fautores de agitación superior aprovechar de inmediato. La Décima Legión Expedicionaria tiene por emblema un jabalí. La insignia fue colocada en las puertas de la ciudad, como es costumbre hacerlo. El populacho, poco habituado a las imágenes pintadas o esculpidas, de las cuales la priva desde hace siglos una superstición harto desfavorable para el progreso de las artes, tomó la imagen por la de un cerdo y vio en aquel hecho insignificante un insulto a las costumbres de Israel. Las fiestas del año nuevo judío, celebradas con gran algarabía de trompetas y cuernos, daban lugar cada vez a riñas sangrientas. Nuestras autoridades prohibieron la lectura pública de cierto relato legendario consagrado a las hazañas de una heroína judía, que valiéndose de un falso nombre llegó a ser la concubina de un rey de Persia e hizo matar salvajemente a los enemigos del pueblo despreciado y perseguido del que era oriunda. Los rabinos se las ingeniaron para leer de noche lo que el gobernador Tineo Rufo les prohibía leer de día; aquella feroz historia, donde los persas y los judíos

rivalizaban en atrocidad, excitaba hasta la locura el nacionalismo de los zelotes. Finalmente el mismo Tineo Rufo, hombre muy sensato y que no dejaba de sentir interés por las fábulas y tradiciones de Israel, decidió hacer extensivas a la práctica judía de la circuncisión las severas penalidades que yo había promulgado poco antes contra la castración, que se referían sobre todo a las sevicias perpetradas en jóvenes esclavos con fines de lucro o de libertinaje. Confiaba así en suprimir uno de los signos por los cuales Israel pretende distinguirse del resto del género humano. Por mi parte no alcancé a darme cuenta del peligro de aquella medida, máxime cuando me había enterado de que muchos judíos ilustrados y ricos que viven en Alejandría y Roma no someten ya a sus hijos a una práctica que los vuelve ridículos en los baños públicos y en los gimnasios, y que llegan incluso a disimular las marcas de su propio cuerpo. Ignoraba hasta qué punto aquellos banqueros coleccionistas de vasos mirrinos diferían de la verdadera Israel.

Ya lo he dicho: nada de todo eso era irreparable, pero silo eran el odio, el desprecio reciproco, el rencor. En principio el judaísmo ocupa su lugar entre las religiones del imperio; de hecho, Israel se niega desde hace siglos a no ser sino un pueblo entre los pueblos, poseedor de un dios entre los dioses. Los más salvajes dacios no ignoran que su Zalmoxis se llama Júpiter en Roma; el Baal púnico del monte Casio ha sido identificado sin trabajo con el Padre

que sostiene en su mano a la Victoria, y del cual ha nacido la Sabiduría; los egipcios, tan orgullosos sin embargo de sus fábulas diez veces seculares, consienten ver en Osiris a un Baco cargado de atributos fúnebres; el áspero Mitra se sabe hermano de Apolo. Ningún pueblo, salvo Israel, tiene la arrogancia de encerrar toda la verdad en los estrechos límites de una sola concepción divina, insultando así la multiplicidad del Dios que todo lo contiene; ningún otro dios ha inspirado a sus adoradores el desprecio y el odio hacia los que ruegan en altares diferentes. Por eso, más que nunca, quena hacer de Jerusalén una ciudad como las demás, donde diversas razas y diversos cultos pudieran existir pacíficamente; olvidaba que en todo combate entre el fanatismo y el sentido común, pocas veces logra este último imponerse. La apertura de las escuelas donde se enseñaban las letras griegas escandalizó al clero de la antigua ciudad. El rabino Josuá, hombre agradable e instruido con quien había yo hablado muchas veces en Atenas, pero que buscaba hacerse perdonar su cultura extranjera y sus relaciones con nosotros, ordenó a sus discípulos que sólo se consagraran a aquellos estudios profanos si encontraban una hora que no correspondiera ni al día ni a la noche, puesto que la Ley judía debía ser estudiada noche y día. Ismael, miembro conspicuo del Sanedrín, y que pasaba por aliado de la causa romana, dejó morir a su sobrino Ben-Dama antes que aceptar los servicios del cirujano griego

que le había enviado Tineo Rufo. Mientras en Tíbur buscábamos aún los medios de conciliar las voluntades sin dar la impresión de ceder a las exigencias de los fanáticos, en Oriente ocurrió lo peor; una asonada de los zelotes tuvo éxito en Jerusalén.

Un aventurero surgido de la hez del pueblo, un tal Simeón, que se hacía llamar Bar-Koshba, Hijo de la Estrella, desempeñó en la revuelta el papel de tea inflamada o de espejo incendiario. Sólo puedo juzgar a dicho Simeón por lo que de él se decía; sólo lo vi una vez cara a cara, el día en que un centurión me trajo su cabeza cortada. Pero estoy pronto a reconocerle esa chispa genial que siempre se requiere para ascender tan pronto y tan alto en los destinos públicos; nadie se impone en esa forma si no posee por lo menos cierta habilidad. Los judíos moderados fueron los primeros en acusar al pretendido Hijo de la Estrella de trapacería e impostura; por mi parte creo que aquel espíritu inculto era de los que se dejan atrapar por sus propias mentiras, y que el fanatismo corría en él parejo con la astucia. Simeón se hizo pasar por el héroe que el pueblo judío espera desde hace siglos para saciar sus ambiciones y sus odios; aquel demagogo se proclamó Mesías y el rey de Israel. El viejo Akiba, que había perdido la cabeza, paseó al aventurero por las calles de Jerusalén, llevando a su caballo de la rienda. El sumo sacerdote Eleazar consagró nuevamente el templo, considerándolo

profanado por la entrada de visitantes incircuncisos; montones de armas, enterradas desde hacia cerca de veinte años, fueron distribuidas a los rebeldes por obra de los agentes del Hijo de la Estrella; lo mismo hicieron con las armas defectuosas fabricadas intencionalmente por los obreros judíos en nuestros arsenales, y que intendencia la había rechazado. Los grupos zelotes atacaron las guarniciones romanas aisladas, matando a nuestros soldados con refinamientos de crueldad que recordaban los peores episodios de la sublevación judía en tiempos de Trajano. Jerusalén cayó finalmente en manos de los insurgentes, y los barrios nuevos de Elia Capitolina ardieron como una antorcha. Los primeros destacamentos de la Vigésima Segunda Legión Dejotariana, enviada desde Egipto con toda urgencia a las órdenes del legado de Siria, Publio Marcelo, fueron derrotados por bandas diez veces superiores en número. La revuelta se había convertido en guerra, una guerra inexpiable.

Dos legiones, la Segunda Fulminante y la Sexta, la Legión de Hierro, reforzaron de inmediato los efectivos emplazados en Judea; Julio Severo, que pacificara antaño las regiones montañosas del norte de Bretaña, tomó meses más tarde el mando de las operaciones militares; traía consigo algunos pequeños contingentes de auxiliares británicos acostumbrados a combatir en terrenos difíciles. Nuestras tropas pesadamente equipadas, nuestros oficiales habituados a la formación en cuadro o en

falange de las batallas en masa, se veían en dificultades para adaptarse a aquella guerra de escaramuzas y sorpresas, que conservaba en campo raso los procedimientos del motín. Simeón, gran hombre a su manera, había dividido a sus partidarios en centenares de escuadrones apostados en las crestas montañosas, emboscados en lo hondo de cavernas y canteras abandonadas, ocultos entre los pobladores de los suburbios populosos. Severo no tardó en comprender que aquel enemigo inasible podía ser exterminado pero no vencido, y se resignó a una guerra de desgaste. Fanatizados o aterrorizados por Simeón, los campesinos hicieron causa común con los zelotes; cada roca se convirtió en un bastión, cada viñedo en una trinchera: las alquerías debieron ser reducidas por hambre o tomadas por asalto. Sólo a comienzo del tercer año fue reconquistada Jerusalén, luego de fracasar las últimas tentativas de negociación; lo poco que se había salvado de la ciudad judía después del incendio de Tito fue aniquilado. Severo decidió cerrar los ojos por largo tiempo a la flagrante complicidad de las otras ciudades importantes; convertidas en las últimas fortalezas del enemigo, fueron más tarde atacadas y reconquistadas calle por calle y ruina por ruina. En aquellos momentos difíciles mi lugar estaba en el campamento, en Judea. Tenía la mayor confianza en mis dos tenientes, pero por eso mismo era necesario que estuviera en el terreno para compartir la responsabilidad de las

decisiones, que todo hacía prever atroces. Al terminar el segundo verano de la campaña inicié amargamente mis preparativos de viaje; Euforión empaquetó una vez más el estuche que contenía mis útiles de tocador, algo abollado por el uso, y que era obra de un artesano de Esmirna, la caja con libros y cartas, la estatuilla de marfil del Genio Imperial y su lámpara de plata; a comienzos del otoño desembarqué en Sidón.

El ejército es mi oficio más antiguo; jamás me he entregado de nuevo a él sin que sus exigencias me fueran pagadas con ciertas compensaciones interiores; no lamento haber pasado los dos últimos años de mi vida activa compartiendo con las legiones la aspereza, la desolación de la campaña de Palestina. Había vuelto a ser ese hombre vestido de cuero y de hierro que dejaba de lado todo lo que no fuera inmediato, sostenido por las sencillas rutinas de una vida dura, un poco más lento que antaño para montar o desmontar, un poco más taciturno, quizá más sombrío, rodeado como siempre (sólo los dioses saben por qué) de la devoción a la vez idólatra y fraternal de la tropa. Durante aquella última permanencia en el ejército tuve un encuentro inestimable: tomé como ayuda de campo a un joven tribuno llamado Celer, a quien cobré mucho afecto. Tú lo conoces, pues no me ha abandonado. Admiraba su hermoso rostro de Minerva con casco, pero en ese afecto la parte de los sentidos fue todo lo pequeña que puede serlo en esta vida. Te

recomiendo a Celer; posee esas cualidades que convienen a un oficial colocado en segundo plano, e incluso sus mismas virtudes le impedirán pasar al primero. Una vez más, y en circunstancias algo diferentes de las de antaño, había vuelto a encontrar a uno de esos seres cuyo destino es consagrarse, amar y servir. Desde que lo conocí, Celer no ha tenido jamás un pensamiento que no concerniera a mi bienestar o a mi seguridad; aún sigo apoyándome en esos fuertes hombros.

En la primavera del tercer año de campaña, el ejército puso sitio a la ciudadela de Bethar, nido de águilas donde Simeón y sus partidarios resistieron más de un año a las lentas torturas del hambre, la sed y la desesperación, y donde el Hijo de la Estrella vio perecer uno a uno a sus fieles sin aceptar rendirse. Nuestro ejército sufría casi tanto como los rebeldes, pues éstos, al retirarse, habían quemado los huertos, devastado los campos, degollado el ganado, a la vez que contaminaban las cisternas arrojando en ellas a nuestros muertos. Aquellos métodos salvajes resultaban abominables aplicados a una tierra naturalmente árida, carcomida ya hasta el hueso por largos siglos de locura y furor. El verano fue ardiente y malsano; la fiebre y la disentería diezmaron nuestras tropas. Una admirable disciplina seguía reinando en aquellas legiones obligadas simultáneamente a la inacción y al estado de alerta; hostigado y enfermo, el ejército se sostenía gracias a una especie de rabia silenciosa que se me

había comunicado. Mi cuerpo ya no soportaba como antes las fatigas de una campaña, los días tórridos, las noches sofocantes o heladas, el áspero viento y el polvo. Solía dejar en mi escudilla el tocino y las lentejas hervidas del rancho común, y quedarme con hambre. Desde mucho antes del verano venía arrastrando una tos maligna, y no era el único en sufrirla. En mi correspondencia con el Senado suprimí la fórmula que encabeza obligatoriamente los comunicados oficiales: *El emperador y el ejército están bien*. Por el contrario, el emperador y el ejército estaban peligrosamente fatigados. Por la noche, luego de la última conversación con Severo, la última audiencia a los tránsfugas, el último correo de Roma, el último mensaje de Publio Marcelo, encargado de limpiar los aledaños de Jerusalén, Euforión media parsimoniosamente el agua de mi baño en una cuba de tela embreada. Me tendía en mi lecho; trataba de pensar.

No lo niego: la guerra de Judea era uno de mis fracasos. No tenía la culpa de los crímenes de Simeón ni de la locura de Akiba, pero me reprochaba haber estado ciego en Jerusalén, distraído en Alejandría, impaciente en Roma. No había sabido encontrar las palabras capaces de prevenir, o al menos retardar, aquella crisis de furor de un pueblo; no había sabido ser lo bastante flexible o lo bastante firme a tiempo. Verdad es que no teníamos razones para sentirnos inquietos, y mucho menos desesperados; el error y las faltas recaían solamente

en nuestras relaciones con Israel; fuera de allí, en todas partes, cosechábamos en aquel tiempo de crisis el fruto de dieciséis años de generosidad en el Oriente. Simeón había creído poder contar con una rebelión del mundo árabe, semejante a la que había marcado los últimos y sombríos años del reinado de Trajano; lo que es más, se había atrevido a esperar ayuda de los partos. Su error le costaba la muerte lenta en la ciudadela sitiada de Bethar; las tribus árabes no se solidarizaban con las comunidades judías; los partos seguían fieles a los tratados. Aun las sinagogas de las grandes ciudades sirias se mostraban indecisas o tibias; las más entusiastas se Contentaban con remitir algún dinero a los zelotes. La población judía de Alejandría, tan turbulenta por lo regular, manteníase en calma; el absceso judío se localizaba en la árida zona que se tiende entre el Jordán y el mar; podíamos cauterizar o amputar sin peligro ese dedo enfermo. Pero no obstante todo eso, y en cierto sentido, los días nefastos precedentes a mi reinado parecían recomenzar. En aquellos tiempos Quieto había incendiado Cirene, ejecutado a los notables de Laodicea, reconquistado a Edesa en ruinas... El correo nocturno acababa de informarme de que habíamos tomado posesión del montón de escombros que yo llamaba Elia Capitolina y que los judíos seguían llamando Jerusalén; acabábamos de incendiar Ascalón; había sido necesario ejecutar en masa a los rebeldes de Gaza... Si dieciséis años de reinado de un príncipe

apasionado por la paz culminaban con la campaña de Palestina, las perspectivas pacíficas del mundo del futuro no se presentaban muy favorables.

Me incorporé apoyándome en el codo, incómodo en mi estrecha cama de campaña. Verdad era que por lo menos algunos judíos habían escapado al contagio de los zelotes; aún en Jerusalén los fariseos escupían al paso de Akiba, tratando de viejo loco a ese fanático que reducía a la nada las sólidas ventajas de la paz romana y gritándole que la hierba le crecería en la boca antes de que se cumpliera en la tierra la victoria de Israel. Pero yo prefería a los falsos profetas antes que a esos hombres amantes del orden que nos despreciaban a todos y contaban con nosotros para proteger de las exacciones de Simeón su dinero colocado en los bancos sirios y en sus granjas de Galilea. Pensaba en los tránsfugas que pocas horas antes se habían sentado bajo esta misma tienda, humildes, conciliadores y serviles, pero arreglándose siempre para dar la espalda a la imagen de mi Genio. Nuestro mejor agente, Elías Ben-Abayad, que nos servía de informante y de espía, era justamente despreciado por ambos bandos; el más inteligente del grupo tenía un espíritu liberal y un corazón enfermo, vivía desgarrado entre su amor por su pueblo y su afición a nuestras letras y a nosotros; también él, por lo demás, sólo pensaba en Israel. Josué Ben-Kisma, que predicaba la pacificación, era una especie de Akiba más tímido o más hipócrita;

en cuanto al rabino Josuá, que había sido mucho tiempo mi consejero en cuestiones judías, yo había advertido que por debajo de su flexibilidad y su deseo de agradar se escondían diferencias irreconciliables, ese punto en el que dos pensamientos de especie diferente sólo se encuentran para combatirse. Nuestros territorios se extendían a lo largo de centenares de leguas, millares de estadios, más allá de aquel seco horizonte de colinas, pero la roca de Bethar era nuestra frontera. Podíamos aniquilar los macizos muros de la ciudadela donde Simeón consumaba frenéticamente su suicidio, pero no podíamos impedir que aquella raza siguiera diciéndonos no.

Zumbaba un mosquito; Euforión, que se estaba poniendo viejo, no había cerrado del todo las finas cortinas de gasa; los libros, los mapas tirados por tierra, se movían crujiendo a causa del viento que entraba bajo la tela de la tienda. Sentándome en el lecho me calzaba los borceguíes, buscaba a tientas mi túnica, mi cinturón y mi daga; salía luego a respirar el aire nocturno. Recorría las grandes calles regulares del campamento, vacías a aquella hora avanzada, iluminadas como las de las ciudades. Los soldados de facción me saludaban solemnemente al yerme pasar; mientras flanqueaba la barraca que servía de hospital, respiraba el hedor de los enfermos de disentería. Me acercaba al terraplén que nos separaba del precipicio y del enemigo. Un centinela marchaba a largos pasos regulares por aquel camino

de ronda y la luna lo recortaba peligrosamente; en aquel ir y venir reconocía el movimiento de un engranaje de la inmensa máquina cuyo eje era yo mismo. Por un instante me emocionaba el espectáculo de aquella silueta solitaria, de esa llama efímera ardiendo en el pecho de un hombre en medio de un mundo de peligros. Silbaba una flecha, apenas más importuna que el mosquito que me fastidiara en mi tienda; me acodaba a los sacos de arena del parapeto.

Desde hace algunos años se supone que gozo de una extraña clarividencia, que conozco sublimes secretos. Es un error, pues nada sé. Pero no es menos cierto que en aquellas noches de Bethar vi pasar ante mis ojos inquietantes fantasmas. Las perspectivas que se abrían al espíritu en lo alto de las colinas desnudas eran menos majestuosas que las del Janículo, menos doradas que las del Sunión; eran su reverso, su nadir. Me repetía que era vano esperar para Atenas y para Roma esa eternidad que no ha sido acordada a los hombres ni a las cosas, y que los más sabios de entre nosotros niegan incluso a los dioses. Esas formas sapientes y complicadas de la vida, esas civilizaciones satisfechas de sus refinamientos del arte y la felicidad, esa libertad espiritual que se informa y que juzga, dependen de probabilidades tan innumerables como raras, de condiciones casi imposibles de reunir y cuya duración no cabe esperar. Destruiríamos a Simeón; Arriano sabría proteger a Armenia de las invasiones

alanas. Pero otras hordas vendrían después, y otros falsos profetas. Nuestros débiles esfuerzos por mejorar la condición humana serían proseguidos sin mayor entusiasmo por nuestros sucesores; la semilla del error y la ruina, contenida hasta en el bien, crecería en cambio monstruosamente a lo largo de los siglos. Cansado de nosotros, el mundo se buscaría otros amos; lo que nos había parecido sensato resultaría insípido, y abominable lo que considerábamos hermoso. Como el iniciado en el culto de Mitra, la raza humana necesita quizás el baño de sangre y el paisaje periódico por la fosa fúnebre. Veía volver los códigos salvajes, los dioses implacables, el despotismo incontestado de los príncipes bárbaros, el mundo fragmentado en naciones enemigas, eternamente inseguras. Otros centinelas amenazados por las flechas irían y vendrían por los caminos de ronda de las ciudades futuras; continuaría el juego estúpido, obsceno y cruel, y la especie, envejecida, le incorporaría sin duda nuevos refinamientos de horror. Nuestra época, cuyas insuficiencias y taras conocía quizá mejor que nadie, llegaría a ser considerada por contraste como una de las edades de oro de la humanidad.

Natura deficit, fortuna mutatur, deus omnia cernit. La naturaleza nos traiciona, la fortuna cambia, un dios mira las cosas desde lo alto. Atormentaba con los dedos el engarce de un anillo en el cual, cierto

día de amargura, había hecho grabar aquellas tristes palabras. Iba aún más allá en el desencanto y quizás en la blasfemia, y terminaba por encontrar natural, si no justo, que tuviéramos que perecer. Nuestra literatura se agota, nuestras artes se adormecen; Pancratés no es Homero, Arriano no es Jenofonte; cuando quise inmortalizar en la piedra la forma de Antínoo, no pude encontrar un Praxiteles. Nuestras ciencias están detenidas desde los días de Aristóteles y Arquímedes; los progresos técnicos no resistirían el desgaste de una guerra prolongada; hasta los más voluptuosos de entre nosotros sienten el hartazgo de la felicidad. Las costumbres menos rudas, el adelanto de las ideas durante el último siglo, son obra de una íntima minoría de gentes sensatas; la masa sigue siendo ignara, feroz cada vez que puede, en todo caso egoísta y limitada; bien se puede apostar a que lo seguirá siendo siempre. Demasiados procuradores y publicanos ávidos, senadores desconfiados y centuriones brutales han comprometido por adelantado nuestra obra; los imperios no tienen más tiempo que los hombres para instruirse a la luz de sus faltas. Allí donde un sastre remendaría su tela, donde un calculista hábil corregiría sus errores, donde el artista retocaría su obra maestra todavía imperfecta, la naturaleza prefiere volver a empezar desde la arcilla, desde el caos, y ese derroche es lo que llamamos el orden de las cosas.

Levanté la cabeza y me moví para desentumecerme. En lo alto de la ciudadela de Simeón nacían vagos resplandores que enrojecían el cielo, manifestaciones inexplicables de la vida nocturna del enemigo. El viento soplaba de Egipto; y una tromba de polvo pasaba como un espectro; los perfiles aplastados de las colinas me recordaban la cadena arábiga a la luz de la luna. Regresé lentamente, tapándome la boca con el borde de mi manto, irritado conmigo mismo por haber consagrado la noche a hueras meditaciones sobre el porvenir, cuando hubiera debido emplearla para preparar la jornada siguiente, o para dormir. La caída de Roma, si es que caía, era de la incumbencia de mis sucesores; en aquel año ochocientos ochenta y siete de la era romana, mi tarea consistía en sofocar la revuelta en Judea y devolver a la patria, sin demasiadas pérdidas, un ejército enfermo. Al atravesar la explanada, resbalaba a veces en la sangre de un rebelde ejecutado la víspera. Me acosté vestido; dos horas después me despertaron las trompetas del alba.

Durante toda mi vida me había entendido muy bien con mi cuerpo, contando implícitamente con su docilidad y con su fuerza. Aquella estrecha alianza empezaba a disolverse; mi cuerpo dejaba de formar una sola cosa con mi voluntad, con mi espíritu, con lo que torpemente me veo precisado a llamar mi alma; el inteligente camarada de antaño

ya no era mas que un esclavo que pone mala cara al trabajo. Mi cuerpo me temía; continuamente notaba en el pecho la oscura presencia del miedo, una opresión que no era todavía dolor pero sí el primer paso hacia él. Desde mucho tiempo atrás estaba acostumbrado al insomnio, pero ahora el sueño era aún peor que su ausencia; apenas dormido, me despertaba horriblemente angustiado. Padecía de dolores de cabeza que Hermógenes achacaba al clima caluroso y al peso del casco. Por la noche, después de las prolongadas fatigas, me sentaba como quien se desploma; levantarme para recibir a Rufo o a Severo me demandaba un esfuerzo para el cual tenía que prepararme por adelantado. Mis codos me pesaban en los brazos del asiento, y me temblaban los muslos como los de un corredor exhausto. El menor gesto se convertía en una fatiga, y de esas fatigas estaba hecha la vida.

Un accidente casi ridículo, una indisposición de niño, reveló la enfermedad agazapada detrás de aquella fatiga atroz. Durante una reunión del estado mayor tuve una hemorragia nasal de la que me preocupé muy poco, pero que continuó durante la cena; en plena noche me desperté bañado en sangre. Llamé a Celer, que dormía en la tienda vecina y que avisó a su vez a Hermógenes; pero el horrible flujo tibio continuó. Las manos diligentes del joven oficial enjugaban el liquido que me manchaba la cara. Al amanecer fui presa de estremecimientos, como los condenados a muerte que se abren las

venas en el baño. Con ayuda de mantas y afusiones hirvientes se buscó calentar en lo posible mi cuerpo que se helaba. Para detener la hemorragia, Hermógenes había recetado la aplicación de nieve. Como faltara en el campamento, Celer la hizo traer de las cimas del Hermón a costa de mil dificultades. Supe más tarde que habían desesperado de salvarme la vida; yo mismo me sentía retenido a su lado por un hilo delgadísimo, imperceptible como el pulso demasiado rápido que consternaba a mi médico. La inexplicable hemorragia acabó, sin embargo, por detenerse. Abandoné el lecho y traté de someterme a la misma vida de antes; no pude lograrlo. Una noche en que, apenas convaleciente, cometía la imprudencia de hacer un breve paseo a caballo, recibí un segundo aviso, más grave aún que el primero. Por espacio de un segundo sentí que los latidos de mi corazón se precipitaban, y que disminuían luego cada vez más hasta detenerse. Creí caer como una piedra en no sé qué pozo negro, que sin duda es la muerte. Si lo era, se engañan los que la creen silenciosa; me sentí arrastrado por cataratas, ensordecido como un buzo por el rugir de las aguas. No alcancé el fondo; sofocándome, ascendí a la superficie. En aquel instante que había creído el postrero, toda mi fuerza se concentró en mi mano crispada sobre el brazo de Celer, que se hallaba a mi lado; más tarde me hizo ver las huellas de mis dedos en su hombro. Pero aquella breve agonía no puede explicarse; como todas las experiencias del

cuerpo, es indecible y mal que nos pese sigue siendo el secreto del hombre que la ha vivido. Más tarde he pasado por crisis análogas pero jamás idénticas; sin duda no se puede soportar dos veces semejante terror y semejante noche sin perecer. Hermógenes acabó por diagnosticar un comienzo de hidropesía del corazón; fue preciso aceptar las consignas que me imponía el mal, convertido de pronto en mi amo, y consentir en una larga temporada de inacción, ya que no de reposo, limitando por un tiempo las perspectivas de mi vida a las dimensiones de un lecho. Me sentía como avergonzado de aquella enfermedad interna, casi invisible, sin fiebre ni abscesos, sin dolores de entrañas y cuyos síntomas son una respiración algo más forzada y la marca lívida que deja en el pie hinchado la correa de la sandalia.

Un silencio extraordinario se hizo en torno a mi tienda; el entero campamento de Berthar parecía haberse convertido en una cámara de enfermo: el aceite aromático ardiendo a los pies de mi Genio adensaba aún más el aire encerrado en esa jaula de tela; el ruido de forja de mis arterias me hacia pensar vagamente en la isla de los Titanes al borde de la noche. En otros momentos aquel ruido insoportable se convertía en un galope sobre tierra blanda; mi espíritu, tan cuidadosamente contenido durante cerca de cincuenta años, emprendía la fuga; un pesado cuerpo flotaba a la deriva: yo aceptaba ser ese hombre fatigado que cuenta distraídamente las

estrellas y los rombos de su manta. Miraba, en la sombra, la mancha blanca de mi busto; una cantilena en honor de Epona, diosa de los caballos, y que antaño cantaba en voz baja mi nodriza española, mujer corpulenta y sombría que parecía una Parca, remontaba del fondo de un abismo que tenía más de medio siglo. Los días y las noches parecían medidos por las gotas de color oscuro que Hermógenes contaba una a una sobre una taza de vidrio.

Por la noche reunía mis fuerzas para escuchar el informe de Rufo. La guerra tocaba a su fin, Akiba, que desde el comienzo de las hostilidades parecía haberse retirado de los negocios públicos, se consagraba a la enseñanza del derecho rabínico en la pequeña ciudad de Usfa, en Galilea. Sabíamos que su sala de conferencias era el centro de la resistencia de los zelotes. Aquellas manos nonagenarias cifraban y transmitían mensajes secretos a los secuaces de Simeón. Fue preciso emplear la fuerza para que los estudiantes fanatizados que rodeaban al anciano volvieran a sus hogares. Después de mucha vacilación, Rufo se decidió a prohibir por sedicioso el estudio de la ley judía. Días después Akiba desobedeció el decreto; fue arrestado y ejecutado. Nueve doctores de la ley, que formaban el alma del partido zelote, perecieron con él. Yo había aprobado aquellas medidas con un movimiento de cabeza. Akiba y sus fieles murieron persuadidos hasta el fin de ser los únicos inocentes

y los únicos justos. Ninguno de ellos soñó siquiera en aceptar su parte de responsabilidad en las desgracias que agobiaban a su pueblo. Gentes así serían envidiables si se pudiera envidiar a los ciegos. No niego a aquellos diez desaforados el título de héroes; de todas maneras no eran gentes sensatas.

Tres meses después, una fría mañana de febrero, subí a sentarme en lo alto de una colina, contra el tronco de una higuera pelada, para asistir al asalto que precedió por pocas horas a la capitulación de Bethar. Vi asomar uno a uno los últimos defensores de la fortaleza, lívidos, descarnados, horribles y sin embargo bellos como todo lo indomable. A fines de ese mismo mes me hice llevar hasta un sitio conocido por el pozo de Jacob, donde los rebeldes apresados con las armas en la mano en las aglomeraciones urbanas habían sido concentrados y vendidos al mejor postor. Había allí niños de rostro burlón, ferozmente deformados ya por convicciones implacables, que se jactaban en voz alta de haber causado la muerte de decenas de legionarios, ancianos sumidos en un ensueño de sonámbulos, matronas de carnes fofas, y otras solemnes y sombrías como la Gran Madre de los cultos orientales. Todos ellos desfilaron bajo la fría mirada de los mercaderes de esclavos; aquella multitud pasó delante de mí como una nube de polvo. Josué Ben-Kisma, jefe de los supuestos moderados, que había fracasado lamentablemente en su papel de pacificador, murió por aquellos días

luego de una larga enfermedad; sucumbió haciendo votos por la continuación de la guerra y el triunfo de los partos sobre nosotros. Por otra parte los judíos cristianizados, a quienes no habíamos molestado y que guardan rencor al resto del pueblo judío por haber perseguido a su profeta, vieron en nosotros el instrumento de la cólera divina. La larga serie de los delirios y los malentendidos continuaba.

Una inscripción emplazada en el lugar donde se había levantado Jerusalén prohibió bajo pena de muerte a los judíos que volvieran a instalarse en aquel montón de escombros; reproducía palabra por palabra la frase inscrita antaño en el portal del templo, por la cual se prohibía la entrada a los incircuncisos. Un día por año, el nueve del mes de Ab, los judíos tienen derecho a congregarse para llorar ante un muro en ruinas. Los más piadosos se negaron a abandonar su tierra natal y se establecieron lo mejor posible en las regiones poco devastadas por la guerra; los más fanáticos pasaron a territorio parto, mientras otros se encaminaban a Antioquía, a Alejandría y a Pérgamo; los más inteligentes se marcharon a Roma y allí prosperaron. Judea fue borrada del mapa y recibió, conforme a mis órdenes, el nombre de Palestina. Durante los cuatro años de guerra, cincuenta fortalezas y más de novecientas ciudades y aldeas habían sido saqueadas y destruidas; el enemigo había perdido casi seiscientos mil hombres; los combates, las fiebres endémicas y las epidemias nos costaban cerca de

noventa mil. La reconstrucción del país siguió inmediatamente a la terminación de la guerra; Elia Capitolina fue erigida otra vez aunque en escala más modesta; siempre hay que volver a empezar.

Descansé algún tiempo en Sidón, donde un comerciante griego me prestó su casa y sus jardines. En marzo, los patios interiores estaban ya tapizados de rosas. Había recobrado las fuerzas y descubría sorprendentes posibilidades en mi cuerpo, tan postrado al comienzo por la violencia de aquella primera crisis. Nada se habrá comprendido de la enfermedad en tanto que no se reconozca su extraña semejanza con la guerra y el amor, sus compromisos, sus fintas, sus exigencias, esa amalgama tan extraña como única producida por la mezcla de un temperamento y un mal. Me sentía mejor, pero para ganar en astucia a mi cuerpo, para imponerle mi voluntad o ceder prudentemente a la suya, ponía tanto arte como el que aplicara antaño a ampliar y a ordenar mi universo, para construir mi propia persona y embellecer mi vida. Volví con moderación a los ejercicios del gimnasio; mi médico había cesado de prohibirme montar a caballo, pero sólo lo empleaba como medio de transporte, renunciando a los peligrosos volteos de otros tiempos. En todo trabajo y en todo placer, ni el uno ni el otro eran ya lo esencial; mi mayor cuidado consistía en no fatigarme demasiado con ellos. Mis amigos se maravillaban de un restablecimiento al parecer tan completo; se esforzaban por creer que

la enfermedad se había debido tan sólo a los excesivos esfuerzos de aquellos años de guerra y que no se repetiría. Yo pensaba de otra manera, me acordaba de los grandes pinos de las florestas de Bitinia, que el leñador marca con una muesca al pasar, a fin de volver y derribarlos al año siguiente. Finalizaba la primavera cuando me embarqué rumbo a Italia en uno de los navíos de alto bordo de la flota; llevaba conmigo a Celer, que me era indispensable, y a Diótimo de Gadara, hermoso joven griego de origen servil, que había conocido a Sidón. La ruta del retorno atravesaba el archipiélago; por última vez en mi vida, sin duda asistía a los saltos de los delfines en las aguas azules; observaba, sin pensar demasiado en los posibles presagios, el largo vuelo regular de los pájaros migratorios, que a veces vienen a descansar amistosamente sobre el puente del navío; saboreaba el olor de sal y de sol en la piel humana, el perfume de lentisco y terebinto de las islas donde quiera uno vivir y donde saber por adelantado que no habrá de detenerse. Diótimo ha recibido esa acabada instrucción literaria que suele impartirse, para acrecer su valor, a los jóvenes esclavos que se distinguen por su belleza física. A la hora del crepúsculo, acostado en la popa bajo una pequeña tienda de púrpura, lo escuchaba leer a los poetas de su país, hasta que la noche borraba tanto las líneas que describen la trágica incertidumbre de la vida humana como las que hablan de palomas, coronas

de rosas y bocas besadas. Un aliento húmedo ascendía del mar; las estrellas subían una a una al lugar que les está asignado; balanceado por el viento, el navío corría hacia el oeste rasgado por una última franja roja; una estela fosforescente se tendía tras de nosotros, muy pronto cubierta por la masa negra de las olas. Y pensaba que sólo dos asuntos importantes me esperaban en Roma. Uno era la elección de mi sucesor, que concernía al imperio entero; la otra era mi muerte, que sólo me concernía a mí.

Roma me había preparado un triunfo, que esta vez acepté. Ya no luchaba contra costumbres al mismo tiempo venerables y vanas; todo lo que saca la luz el esfuerzo del hombre, aunque sea por un día, me parece saludable en un mundo tan dispuesto al olvido. No se trataba tan sólo de la represión de la revuelta judía; en un sentido más hondo, y que sólo yo conocía, había triunfado. Asocié a los honores el nombre de Arriano, quien acababa de infligir a las hordas alanas una serie de derrotas que por largo tiempo las contendrían en aquel oscuro rincón asiático del cual habían creído salir. Armenia estaba a salvo; el lector de Jenofonte se revelaba su émulo; aún no se había acabado esa raza de hombres de letras capaces de comandar y combatir cuando es necesario. Aquella noche, de regreso en mi casa de Tíbur, sentí mi corazón cansado pero sereno en el momento de recibir de

manos de Diótimo el vino y el incienso del sacrificio cotidiano a mi Genio.

Simple particular, había empezado a comprar y a reunir aquellas tierras tendidas al pie de los contrafuertes del Soracto, al borde de las fuentes, con el paciente encarnizamiento de un campesino que completa su viñedo. Entre dos jiras imperiales, había sentado mis reales en los bosquecillos entregados ya a los albañiles y arquitectos, y cuya conservación me pedía piadosamente un adolescente imbuido de todas las supersticiones asiáticas. Al volver de mi largo viaje por el Oriente, había tratado de completar casi frenéticamente aquel inmenso decorado de una obra terminada ya en sus tres cuartas partes. Ahora retornaba a él para acabar allí mis días de la manera más decorosa posible. Todo estaba ordenado para facilitar tanto el trabajo como el placer: la cancillería, las salas de audiencias, el tribunal donde juzgaba en última instancia los procesos difíciles, me evitaban los fatigosos viajes entre Tíbur y Roma. Aquellos edificios tenían nombres que evocaban a Grecia: el Pecilo, la Academia, el Pritaneo. Sabía de sobra que el pequeño valle plantado de olivos no era el de Tempe, pero llegaba a la edad en que cada lugar hermoso nos recuerda otro aún más bello, donde cada delicia se carga con el recuerdo de las delicias pasadas. Aceptaba entregarme a esa nostalgia que llamamos melancolía del deseo. Había llegado a llamar Estigia a un rincón del parque especialmente

sombrío, y Campos Elíseos a una pradera sembrada de anémonas; me preparaba así a ese otro mundo cuyos tormentos se parecen a los del nuestro, pero cuyas nebulosas alegrías no pueden compararse con las de la tierra. Lo que es más, había hecho construir en lo hondo de aquel retiro un refugio aún más aislado, un islote de mármol en medio de un estanque rodeado de columnatas, una cámara secreta que comunicaba con la orilla —o más bien se aislaba de ella— gracias a un liviano puentecillo giratorio que me basta tocar con una mano para que se deslice en sus ranuras. Mandé llevar a ese pabellón dos o tres estatuas amadas, y la pequeña imagen de Augusto niño que Suetonio me había regalado en los días de nuestra amistad. Iba allí a la hora de la siesta para dormir, soñar y leer. Tendido en el umbral, mi perro estiraba sus patas rígidas; un reflejo jugaba en el mármol; Diótimo apoyaba la mejilla en el liso flanco de un tazón de fuente para refrescarse. Yo pensaba en mi sucesor.

No tengo hijos, y no lo lamento. Verdad es que en esas horas de cansancio y debilidad en que uno reniega de sí mismo, me he reprochado a veces no haberme tomado el trabajo de engendrar un hijo que me hubiera sucedido. Pero esa vana nostalgia descansa en dos hipótesis igualmente dudosas: la de que un hijo nos sucede necesariamente y la de que esa extraña mezcla de bien y de mal, esa masa de particularidades ínfimas y extrañas que constituyen una persona, merezca tener sucesión.

He empleado lo mejor posible mis virtudes, he sacado partido de mis vicios, pero no tengo especial interés en legarme a alguien. No, no es la sangre lo que establece la verdadera continuidad humana: el heredero directo de Alejandro es César, no el débil infante nacido de una princesa persa en una ciudadela del Asia; Epaminondas, al morir sin posteridad, se jactaba con razón de que sus victorias fueran sus hijas. La mayoría de los hombres notables de la historia tuvieron descendientes mediocres, por no decir peor, dando la impresión de que habían agotado en sí mismos los recursos de una raza. La ternura del padre se halla casi siempre en conflicto con los intereses del jefe. Y si no fuera así, el hijo del emperador tendría que sufrir además las desventajas de una educación de príncipe, la peor de todas para un futuro monarca. Afortunadamente, en la medida en que nuestro Estado ha sabido crearse una regla para la sucesión imperial, ésta se determina por la adopción; reconozco en ella la sabiduría de Roma. Conozco los peligros de la elección y sus posibles errores; no ignoro que la ceguera no es privativa de los afectos paternales; pero una decisión presidida por la inteligencia, o en la cual ésta toma por lo menos parte, me parecerá siempre infinitamente superior a las oscuras voluntades del azar y de la ciega naturaleza. El imperio debe pasar al más digno; bello es que un hombre que ha probado su competencia en el manejo de los negocios mundiales elija su reemplazante, y que una decisión

de tan profundas consecuencias sea al mismo tiempo su último privilegio y su último servicio al Estado. Pero tan importante elección se me antoja más difícil que nunca.

Amargamente había reprochado a Trajano que vacilara durante veinte años antes de resolverse a adoptarme, y que sólo lo hiciera en su lecho de muerte. Pero ya habían transcurrido cerca de dieciocho años desde mi llegada al poder, y a pesar de los riesgos de una vida aventurera, también yo había aplazado para más tarde la elección de un sucesor. Circulaban mil rumores, casi todos ellos falsos; se habían aventurado mil hipótesis, pero lo que tomaban por mi secreto no era más que mi vacilación y mi duda. Cuando miraba en torno veía que los funcionarios honrados abundaban, pero ninguno tenía la envergadura necesaria. Cuarenta años de integridad abonaban en favor de Marcio Turbo, mi querido camarada de antaño, mi incomparable prefecto del pretorio, pero Marcio tenía mi edad, era demasiado viejo. Julio Severo, excelente general y buen administrador de Bretaña, no entendía gran cosa de los complejos asuntos de Oriente; Arriano había dado pruebas de todas las cualidades que se exigen a un estadista, pero era griego, y aún no ha llegado el tiempo de imponer un emperador griego a los prejuicios de Roma.

Serviano vivía aún; su longevidad daba la impresión de un largo cálculo, de una forma obstinada de la espera. Hacía sesenta años que

esperaba. En tiempos de Nerva, la adopción de Trajano lo había alentado y decepcionado a la vez. Había esperado algo mejor, pero el arribo al poder de aquel primo ocupado continuamente en el ejército parecía asegurarle por lo menos una situación importante en el plano civil, y quizás el segundo lugar. También en eso se engañaba, pues apenas logró una magra porción de honores. Seguía esperando, en la época en que encargó a sus esclavos que me atacaran en un bosque de álamos a orillas del Mosela; el duelo a muerte entablado aquella mañana entre el joven y el quincuagenario duraba desde hacia veinte años. Serviano había predispuesto a Trajano contra mí, exagerando mis desvíos y aprovechando mis más mínimos errores. Semejante enemigo acaba por ser un excelente profesor de prudencia; después de todo Serviano me había enseñado muchísimo. Cuando asumí el poder mostró suficiente finura como para dar la impresión de que aceptaba lo inevitable; se había lavado las manos en la conjuración de los cuatro tenientes imperiales, y yo había preferido no reparar en las salpicaduras de aquellos dedos todavía sucios. Por su parte habíase contentado con protestar en voz baja y escandalizarse a puertas cerradas. Sostenido en el Senado por el pequeño y poderoso partido de los conservadores inamovibles, a quienes mis reformas incomodaban, vivía cómodamente instalado en ese papel de critico silencioso del reinado. Poco a poco me había malquistado con mi

hermana Paulina. De ella sólo había tenido una hija, casada con un tal Salinator, hombre de noble cuna y a quien exalté a la dignidad consular, pero que murió joven de resultas de la tisis. Fusco, su único hijo, fue educado por su pernicioso abuelo en el odio hacia mi persona. Pero entre nosotros el odio conservaba el decoro; no negué a Serviano su parte en las funciones públicas, aunque evitaba figurar a su lado en las ceremonias donde su avanzada edad le hubiera valido un lugar de mayor privilegio que el del emperador. Cada vez que volvía a Roma aceptaba concurrir a una de esas comidas de familia en la que todos se mantienen a la defensiva; cambiábamos correspondencia y sus cartas no carecían de ingenio. Pero a la larga toda esa insípida impostura había terminado por repugnarme. La posibilidad de quitarse la máscara en todas las ocasiones es una de las raras ventajas que reconozco a la vejez; valiéndome de ella, me negué a asistir a los funerales de Paulina. En el campamento de Bethar, en las peores horas de miseria física y de desaliento, la suprema amargura había sido la de pensar que Serviano alcanzaría su objeto, y que lo alcanzaría por mi culpa. Aquel octogenario tan parsimonioso con sus fuerzas se las arreglaría para sobrevivir a un enfermo de cincuenta y siete años. Si yo moría intestado, sabría conseguir a la vez los sufragios de los descontentos y la aprobación de quienes pensarían seguir siéndome fieles al elegir a mi cuñado. Su mínimo parentesco le serviría para

echar abajo mi obra. Me decía, tratando de calmarme, que el imperio podía encontrar amos peores; después de todo Serviano tenía sus virtudes y hasta el torpe Fusco sería quizá digno de reinar algún día. Pero todo lo que me quedaba de energía se rebelaba contra esa mentira y deseaba seguir viviendo para aplastar a aquella víbora.

En Roma volví a encontrarme con Lucio. En otros tiempos había contraído con él ciertos compromisos, de esos que nadie se preocupa de cumplir pero que yo había recordado. Verdad es, por lo demás, que jamás le prometí la púrpura imperial; no se hacen cosas así. Pero durante quince años había pagado sus deudas, sofocado los escándalos y nunca dejé de contestar sus cartas, que eran deliciosas pero que terminaban siempre con pedidos de dinero para él o de ascensos para sus protegidos. Demasiado unido a mi vida estaba para que pudiera excluirlo de ella si se me antojaba, pero lejos me hallaba de querer tal cosa. Su conversación era deslumbrante; aquel joven a quien muchos consideraban trivial, había leído más y mejor que los literatos profesionales. Tenía el más exquisito gusto para todas las cosas; se tratara de personas, objetos, usos, o de la manera más justa de escandir un verso griego. En el Senado, donde tenía fama de hábil, había logrado celebridad como orador; sus discursos, concisos y ornados a la vez, servían de flamantes modelos a los profesores de elocuencia. Lo hice nombrar pretor, y más tarde

cónsul, funciones que cumplió satisfactoriamente. Algunos años atrás lo había casado con la hija de Nigrino, uno de los tenientes imperiales ejecutados al comienzo de mi reino; aquella unión pasó a ser el emblema de mi política de pacificación. El matrimonio no fue muy feliz; la joven esposa se quejaba del abandono de Lucio, de quien tenía sin embargo tres hijos, uno de ellos varón. A sus quejas casi continuas, Lucio respondía con helada cortesía que uno se casa por su familia y no por si mismo, y que un contrato tan grave no se aviene con los despreocupados juegos del amor. Su complicado sistema requería hermosas amantes para el espectáculo, y fáciles esclavos para la voluptuosidad. Se estaba matando a fuerza de placer, pero como un artista se mata realizando una obra de arte; y no soy yo quien he de reprochárselo.

Lo miraba vivir. Mi opinión sobre él se modificaba de continuo, cosa que sólo sucede con aquellos seres que nos tocan de cerca; a los demás nos contentamos con juzgarlos en general y de una vez por todas. A veces me inquietaba alguna estudiada insolencia, una dureza, una palabra fríamente frívola; pero casi siempre me dejaba arrastrar por aquel ingenio rápido y ligero, en el que una observación acerada permitía presentir bruscamente al estadista futuro. Hablaba de él a Marcio Turbo, quien una vez terminada su fatigosa jornada de prefecto del pretorio venia todas las noches a charlar sobre las cuestiones del momento

y a jugar conmigo una partida de dados; juntos volvíamos a examinar minuciosamente las posibilidades que tenía Lucio de cumplir adecuadamente una carrera de emperador. Mis amigos se asombraban de mis escrúpulos, algunos encogiéndose de hombros, me aconsejaban tomar el partido que más me agradara; gentes así se imaginan que uno puede legar la mitad del mundo como si dejara una casa de campo. Durante la noche volvía a pensar en el asunto. Lucio tenía apenas treinta años. ¿Qué era César a los treinta años sino un hijo de buena familia, cubierto de deudas y manchado de escándalos? Como en los negros días de Antioquía, antes de ser adoptado por Trajano, pensaba con el corazón oprimido que nada es más lento que el verdadero nacimiento de un hombre; yo mismo había pasado los treinta años cuando la campaña de Panonia me abrió los ojos sobre las responsabilidades del porvenir; y a veces me parecía que Lucio era un hombre más cumplido que yo a esa edad.

A raíz de una crisis de sofocación más grave que las anteriores —aviso de que ya no había tiempo que perder— me decidí bruscamente y adopté a Lucio, quien tomó el nombre de Elio César. Su ambición era negligente; exigía sin avidez, habituado desde siempre a conseguirlo todo; por ello recibió con la mayor desenvoltura mi decisión. Cometí la imprudencia de decir que aquel príncipe rubio sería admirablemente hermoso vestido de

púrpura; los maldicientes se apresuraron a sostener que yo pagaba con un imperio la voluptuosa intimidad de otrora. Aquello equivalía a no comprender la forma en que piensa un jefe, por poco que merezca su título y su puesto. Si consideraciones de esa especie hubieran desempeñado algún papel en la adopción, Lucio no era el único en quien podría haber fijado mi atención.

Mi mujer acababa de morir en su residencia del Palatino, que seguía prefiriendo a Tíbur y donde había vivido rodeada de una pequeña corte de amigos y parientes españoles, únicos que contaban para ella. Las consideraciones, las cortesías, las débiles tentativas de entendimiento habían cesado poco a poco entre nosotros, dejando al desnudo la irritación, el rencor y, por parte de ella, el odio. Fui a visitarla en sus últimos tiempos: la enfermedad había agriado aún más su carácter áspero y melancólico; la entrevista le dio ocasión de proferir violentas recriminaciones que la aliviaron y que tuvo la indiscreción de hacer ante testigos. Se felicitaba de morir sin hijos; pues mis hijos se hubieran parecido a mí y ella les hubiera mostrado la misma aversión que a su padre. Aquella frase en la que supura tanto rencor fue la única prueba de amor que me haya dado Sabina. A su muerte removí esos recuerdos tolerables que siempre deja algún ser cuando nos tomamos el trabajo de buscarlos; rememoraba una cesta de frutas que me enviara

para mi cumpleaños, después de una querella; mientras pasaba en litera por las estrechas calles del municipio de Tíbur, frente a la modesta casa que había pertenecido a mi suegra Matidia evocaba con amargura algunas noches de un lejano estío, cuando vanamente había tratado de hallar placer junto a aquella joven esposa fría y dura. La muerte de mi mujer me conmovía menos que la de la buena Areté, intendenta de la Villa, a quien un acceso de fiebre arrebató ese mismo invierno. Como la letal enfermedad de la emperatriz, que los médicos no habían sido capaces de diagnosticar, le produjera hacia el fin atroces dolores de entrañas, se me acusó de haber empleado el veneno y aquel rumor insensato halló fácil crédito. De más está decir que un crimen tan superfluo no me había tentado nunca.

Quizá la muerte de mi mujer impulsó a Serviano a jugar el todo por el todo. La influencia que tenía Sabina en Roma favorecía su causa; con ella se derrumbaba uno de sus sostenes más respetables. Por otra parte Serviano acababa de cumplir noventa años, y tampoco él tenía tiempo que perder. Llevaba varios meses tratando de atraerse a pequeños grupos de oficiales de la guarda pretoriana; su atrevimiento llegó al punto de explotar el respeto supersticioso que inspira la edad avanzada, y hacerse tratar como emperador a puertas cerradas. Poco tiempo antes había yo reforzado la policía secreta militar, institución que me parece repugnante pero que en esta oportunidad

probó su utilidad. Nada ignoraba de aquellos conciliábulos que parecían tan secretos, y en los cuales Serviano enseñaba a su nieto el arte de las conspiraciones. La adopción de Lucio no sorprendió al anciano, pues hacía mucho que tomaba mi incertidumbre por una decisión hábilmente disimulada, pero aprovechó para obrar el momento en que el acta de adopción era todavía materia de controversias en Roma. Su secretario Crescencio, cansado de cuarenta años de fidelidad mal retribuida, delató el proyecto, la fecha y el lugar de ejecución, y el nombre de los cómplices. Mis enemigos no habían desplegado mayor imaginación: se limitaban a copiar el atentado concebido en otros tiempos por Nigrino y Quieto. Debían matarme durante una ceremonia religiosa en el Capitolio; mi hijo adoptivo caería conmigo.

Aquella misma noche tomé mis precauciones. Nuestro enemigo había vivido demasiado, y yo quería dejar a Lucio una herencia libre de peligros. Alrededor de la duodécima hora, en un frío amanecer de febrero, un tribuno portador de la sentencia de muerte de Serviano y de su nieto se presentó en casa de mi cuñado; tenía la consigna de esperar en el vestíbulo hasta que la orden que llevaba fuese cumplida. Serviano mandó llamar a su médico y todo transcurrió decorosamente. Antes de morir, me deseó que expirara lentamente, atormentado por un mal incurable, sin gozar como él del privilegio de una breve agonía. Sus votos ya se han cumplido.

No había ordenado con alegría aquella doble ejecución, pero más tarde no sentí la menor lástima ni el menor remordimiento. Una vieja cuenta quedaba liquidada; eso era todo. Jamás he creído que la edad sea una excusa para la malignidad humana; ante bien, me parece una circunstancia agravante. La sentencia de Akiba y sus acólitos me había hecho vacilar mucho más; viejo por viejo, prefería el fanático al conspirador. En cuanto a Fusco, por mediocre que fuera y por más que su odioso abuelo lo hubiera prevenido contra mí, era el nieto de Paulina. Pero por más que se diga, los lazos de la sangre son harto débiles cuando no los refuerza el afecto; basta ver lo que ocurre entre las gentes cada vez que hay una herencia en litigio. Más lástima me daba la juventud de Fusco, que apenas tenía dieciocho años, pero el interés del Estado exigía ese desenlace que el viejo Serviano, se diría que con placer, había vuelto inevitable. Y yo me sentía demasiado próximo a mi propia muerte para ponerme a meditar sobre ese doble fin.

Durante algunos días Marcio Turbo redobló la vigilancia; los amigos de Serviano hubieran podido vengarlo. Pero nada ocurrió, ni atentado, ni sedición, ni protestas. Yo no era el recién llegado que busca atraerse la opinión pública luego de la ejecución de cuatro tenientes imperiales; diecinueve años de justicia decidían a mi favor. Mis enemigos eran execrados en masa, y la multitud aprobó que me hubiera desembarazado de un traidor.

Lamentaron la muerte de Fusco, sin considerarlo por ello inocente. Sé que el Senado no me perdonaba haber fulminado una vez más a uno de sus miembros; pero callaba, y callaría hasta mi muerte. Al igual que antaño, una dosis de clemencia no tardó en mitigar la dosis de rigor: ninguno de los partidarios de Serviano fue molestado. Esta regla tuvo una sola excepción: el eminente Apolodoro, bilioso depositario de los secretos de mi cuñado, y que pereció con él. Hombre de talento, había sido el arquitecto favorito de mi predecesor y a él se debía la erección de la Columna Trajana. Entre nosotros no existía el menor afecto; en un tiempo se había burlado de mis torpes trabajos de aficionado, mis aplicadas naturalezas muertas con calabazas y zapallos. Por mi parte había criticado sus obras con presunción de muchacho. A su tiempo Apolodoro denigró las mías, pues todo lo ignoraba de las grandes épocas del arte griego; aquel lógico al ras del suelo me reprochaba haber poblado nuestros templos con estatuas tan colosales que, de levantarse, romperían con la frente la bóveda de sus santuarios; crítica estúpida, que ofende a Fidias más que a mí. Pero los dioses no se levantan; no se levantan para prevenimos, ni para protegernos, ni para recompensarnos, ni para castigarnos. No se levantaron aquella noche para salvar a Apolodoro.

Al llegar la primavera, la salud de Lucio empezó a preocuparme seriamente. Una mañana, en Tíbur,

fuimos después del baño a la palestra donde Celer se ejercitaba en compañía de otros jóvenes. Alguien propuso disputar una de esas pruebas en la que cada participante corre armado de un escudo y una pica. Lucio se hizo a un lado como de costumbre, pero acabó por ceder a nuestras bromas amistosas. Mientras se equipaba, quejóse del peso del escudo; comparado con la sólida belleza de Celer, aquel esbelto cuerpo parecía frágil. Al cabo de unas pocas vueltas se detuvo privado de aliento y se desplomó vomitando sangre. El accidente no tuvo consecuencias, y Lucio se repuso pronto: Yo me había alarmado mucho; hubiera debido tranquilizarme menos rápidamente. A los primeros síntomas de la enfermedad de Lucio opuse la obtusa confianza de un hombre robusto, su implícita fe en las inagotables reservas de la juventud, en el excelente funcionamiento del cuerpo. También él se engañaba; lo sostenía un liviano ardor, y su vivacidad lo inducía a las mismas ilusiones que a nosotros. Mis mejores años habían transcurrido viajando, en los campamentos y las vanguardias; había apreciado personalmente las virtudes de una vida ruda, el efecto salubre de las regiones secas o heladas. Decidí nombrar a Lucio gobernador de aquella misma Panonia donde había hecho mi primera experiencia de jefe. La situación en esa frontera no tenía la gravedad de otrora; su tarea se limitaría a los sosegados trabajos del administrador civil o a inspecciones militares sin peligro. Pero aquel

país lleno de dificultades lo curaría de la molicie romana; aprendería a conocer mejor el inmenso mundo que Roma gobierna y del cual depende. Lucio temía los climas bárbaros y no comprendía que pudiera gozarse de la vida en otro lugar que en Roma. Aceptó, sin embargo, con la habitual complacencia que demostraba toda vez que trataba de serme grato.

Durante el verano leí atentamente sus informes oficiales, así como otros secretos que me enviaba Domicio Rogato, hombre de confianza que había puesto junto a Lucio en calidad de secretario con el encargo de vigilarlo. Quedé satisfecho: Lucio demostró en Panonia esa seriedad que yo le exigía y que quizá hubiera perdido después de mi muerte. Por otra parte se condujo brillantemente en una serie de combates de caballería en los puestos avanzados. En la provincia, como en todas partes, su encanto no tardaba en imponerse, y su sequedad un poco mordiente no le perjudicaba; por lo menos no sería uno de esos príncipes bonachones que se dejan gobernar por una camarilla. A comienzos del otoño atrapó un enfriamiento. Pareció curarse en seguida, pero la tos no tardó en reaparecer; la fiebre persistía, hasta no abandonarlo más. A una mejoría pasajera siguió una grave recaída en la primavera siguiente. Los boletines de los médicos me aterraron; el correo público que acababa de establecer, con sus postas de caballos y vehículos a lo largo de inmensos territorios, parecía funcionar tan sólo para traerme

lo más rápidamente posible, todas las mañanas, noticias del enfermo. No me perdonaba haberme mostrado inhumano con él por temor de ser o parecer demasiado indulgente. Tan pronto estuvo lo bastante repuesto como para soportar el viaje, lo hice volver a Italia.

Acompañado por el viejo Rufo de Éfeso, especialista en tisis, fue personalmente a esperar al puerto de Bayas a mi frágil Elio César. Aunque el clima de Tíbur es mejor que el de Roma, no se presta sin embargo para las enfermedades pulmonares, por lo cual había resuelto hacerle pasar el otoño en esa región más favorable. El navío fondeó en pleno golfo; una pequeña embarcación trajo a tierra al enfermo y a su médico. Su rostro torturado parecía aún más flaco bajo la corta barba que le cubría las mejillas y que se dejaba para asemejarse a mí. Pero sus ojos habían conservado el duro brillo de las piedras preciosas. Su primera palabra fue para recordarme que sólo había vuelto obedeciendo a mis órdenes; su administración había sido irreprochable y me había obedecido en todo. Se portaba como un colegial que justifica el empleo del día. Lo instalé en la misma villa de Cicerón donde antaño, cuando tenía dieciocho años, había pasado conmigo una temporada; tuvo la elegancia de no referirse jamás a aquellos tiempos.

Los primeros días me dieron la impresión de una victoria sobre la enfermedad. En sí misma, la vuelta a Italia valía por un remedio; el país era de

color púrpura y rosa en aquel momento del año. Pero vinieron las lluvias, y un viento húmedo sopló desde el mar gris; la vieja casa, construida durante la República, carecía de las comodidades más modernas de la villa de Tíbur; yo miraba a Lucio, que calentaba melancólicamente sobre el brasero sus largos dedos cargados de sortijas. Hermógenes había vuelto de Oriente, adonde lo enviara para renovar y completar su provisión de medicamentos. Ensayó en Lucio los efectos de un barro impregnado de potentes sales minerales; sus aplicaciones tenían fama de panacea, pero no fueron mejores para sus pulmones que para mis arterias.

La enfermedad dejaba al desnudo los peores aspectos de aquel carácter seco y ligero. Su mujer vino a visitarlo, y la entrevista acabó como siempre con palabras amargas; ella no volvió más. Le trajeron a su hijo, hermoso niño de siete años, llena de sonrisas la boca aún sin dientes; Lucio lo miró con indiferencia. Se informaba ávidamente de las noticias políticas de Roma; le interesaban como jugador, no como estadista. Pero su frivolidad seguía siendo una forma de valor; despertaba de largas tardes de sufrimiento o de sopor, para entregarse entero a una de esas deslumbrantes conversaciones de antaño; aquel rostro bañado en sudor sabía todavía sonreír; el descarnado cuerpo se alzaba con gracia para recibir al médico: Sería hasta el fin el príncipe de marfil y oro.

De noche, incapaz de dormir, me instalaba en el aposento del enfermo. Celer, que quería poco a Lucio pero que me es demasiado fiel para no servir solicito a quienes me son caros, aceptaba velar a mi lado; del lecho brotaba un continuo estertor. Me invadía una amargura profunda como el mar: Lucio no me había querido nunca, nuestras relaciones no habían tardado en convertirse en las del hijo pródigo y el padre condescendiente; aquella vida había transcurrido sin grandes proyectos, sin pensamientos graves, sin pasiones ardientes; había dilapidado sus años como un derrochador tira monedas de oro. Me había apoyado en un muro en ruinas; pensaba colérico en las enormes sumas gastadas para su adopción, en los trescientos millones de sextercios distribuidos a los soldados. En cierto modo mi triste suerte continuaba: había podido satisfacer mi antiguo deseo de dar a Lucio todo lo que puede darse. Pero el Estado no sufriría y yo no correría el riesgo de quedar deshonrado por mi elección. En lo más hondo de mí mismo llegaba a temer que mejorara; si por un azar se arrastraba todavía algunos años, ¿cómo legar el imperio a esa sombra? Sin hacerme jamás una pregunta, él parecía penetrar en mi pensamiento sobre este punto; sus ojos seguían ansiosos mis menores gestos. Lo había nombrado cónsul por segunda vez, y él se inquietaba al no poder cumplir con sus funciones; el temor de desagradarme lo empeoró. *Tu marcellus eris*... Me repetía a mí mismo

los versos de Virgilio consagrados al sobrino de Augusto, también destinado al imperio y detenido en plena ruta por la muerte. *Manibus date lilia plenis... Purpureos spargam flores*... El enamorado de las flores sólo recibiría de milos inanes ramos fúnebres.

Creyó sentirse mejor, y quiso volver a Roma. Los médicos que sólo disputaban ya acerca del tiempo que le quedaba por vivir, me aconsejaron que consintiera a su capricho; lo traje a la Villa en varias etapas cortas. Su presentación al Senado en calidad de heredero del imperio debía tener lugar en la primera sesión posterior al Año Nuevo; la costumbre quería que en esa oportunidad el elegido me dirigiera un discurso de agradecimiento. Aquel trozo de elocuencia lo preocupaba desde hacia meses, y revisábamos junto los pasajes difíciles. Trabajaba en él la mañana de las calendas de enero, cuando fue presa de un vómito de sangre. Perdiendo el sentido, se apoyó en el respaldo de su asiento y cerró los ojos. La muerte, para aquel liviano ser, no fue más que un aturdimiento. Era el día de Año Nuevo y no quise interrumpir las fiestas públicas y los festejos privados; mantuve en secreto la noticia de su muerte, que fue oficialmente anunciada al día siguiente. El entierro se cumplió discretamente en los jardines de su familia. La víspera de la ceremonia, el Senado me envió una delegación encargada de presentarme sus condolencias y ofrecer a Lucio los honores divinos, a los cuales tenía derecho en su calidad de hijo adoptivo del emperador. Rehusé los

honores; aquel asunto había costado ya demasiado dinero al erario público. Me limité a hacer levantar algunas capillas funerarias y colocar estatuas en los diferentes lugares donde había vivido; mi pobre Lucio no era un dios.

Cada momento contaba ahora, mas yo había tenido tiempo de reflexionar a la cabecera del enfermo, y mis planes estaban trazados. En el Senado había tenido ocasión de reparar en un cierto Antonino, hombre de unos cincuenta años, descendiente de una familia provinciana lejanamente emparentada con la de Plotina. Me habían impresionado las atenciones deferentes y afectuosas al mismo tiempo que prodigaba a su suegro, anciano inválido que ocupaba el asiento contiguo al suyo. Releí su hoja de servicios; aquel hombre de bien había mostrado ser un funcionario irreprochable en todos los puestos. Mi elección recayó en él. A medida que frecuento a Antonino, mi estima por él tiende cada vez más a convertirse en respeto. Hombre sencillo, posee una virtud en la cual había pensado poco hasta ahora, aun cuando me ocurriera ponerla en práctica: la bondad. No está a salvo de los modestos defectos, de la cordura; su inteligencia, aplicada al cumplimiento minucioso de las tareas cotidianas, se ocupa más del presente que del porvenir; su experiencia del mundo está limitada por sus propias virtudes, y sus viajes se han reducido a unas pocas misiones oficiales, por lo demás bien cumplidas. Sabe poco de arte, y sólo

acepta en último extremo las innovaciones. Las provincias, por ejemplo, jamás representarán para él las inmensas posibilidades de desarrollo que siempre he visto en ellas; más que ampliar mi obra la continuará, pero la continuará bien: el Estado tendrá en él un servidor honesto y un buen amo.

Una generación, sin embargo, me parece poca cosa cuando se trata de garantizar la seguridad del mundo; de ser posible querría prolongar más allá esa prudente filiación adoptiva y preparar para el imperio otra etapa en la ruta de los tiempos. Cada vez que volvía a Roma no dejaba de ir a saludar a mis viejos amigos Vero, españoles como yo y una de las familias más liberales de la alta magistratura. Te conocí desde la cuna, pequeño Annio Vero, que por obra mía te llamas hoy Marco Aurelio. En uno de los años más solares de mi vida, en la época marcada por la erección del Panteón, te hice ingresar, por amistad hacia los tuyos, en el santo colegio de los Hermanos Arvales, presidido por el emperador, que perpetúa piadosamente nuestras antiguas costumbres religiosas romanas. Te tuve de la mano durante el sacrificio que se ofreció aquel año a orillas del Tíber, y miré con afectuosa sonrisa tu figura de niño de cinco años, asustado por los chillidos del cerdo que inmolaban pero que trataba lo mejor posible de imitar la digna actitud de sus mayores.

Me preocupé de la educación de ese niño demasiado juicioso, y ayudé a tu padre a elegir los

mejores maestros. Vero, el que dice la verdad: me gustaba jugar con tu nombre; tú eres quizá el único ser que jamás me ha mentido.

Te he visto leer apasionadamente los escritos de los filósofos, vestirte de áspera lana, dormir en el suelo, someter tu cuerpo algo frágil a las mortificaciones de los estoicos. En todo eso hay exceso, pero a los diecisiete años el exceso es una virtud. A veces me pregunto en qué escollo naufragará toda esa cordura, puesto que siempre naufragamos: ¿será una esposa, un hijo demasiado querido, una de esas trampas legitimas en que caen por fin los corazones timoratos y puros? ¿O será sencillamente la vejez, la enfermedad, la fatiga, el desengaño que nos dice que si todo es vano, la virtud también lo es? En lugar de tu cándido rostro de adolescente, imagino tu rostro cansado de la vejez. Siento lo que tu firmeza, tan bien aprendida, oculta de dulzura, y quizá de debilidad; adivino en ti la presencia de un genio que no es necesariamente el del estadista; y sin embargo el mundo habrá de mejorar seguramente por haber asociado alguna vez ese genio al poder supremo. He hecho lo necesario para que fueras adoptado por Antonino; bajo tu nuevo nombre, que se incorporará un día a la lista de los emperadores, eres desde ahora mi nieto. Creo dar a los hombres la única posibilidad que tendrán jamás de realizar el sueño de Platón: ver reinar sobre ellos a un filósofo de corazón puro. Aceptaste los honores con repugnancia. Tu jerarquía te obliga a

vivir en palacio; Tíbur, donde seguiré reuniendo hasta el fin todo lo que la vida tiene de dulce, inquieta tu joven virtud. Te veo errar gravemente por las avenidas donde se entrelazan las rosas; sonrío al ver cómo te atraen los bellos seres de carne y hueso que encuentras a tu paso, cómo vacilas tiernamente entre Verónica y Teodora, hasta que de pronto renuncias a ambas en beneficio de tu austeridad, ese puro fantasma... No me has ocultado tu melancólico desdén por los esplendores efímeros, por esa corte que se dispersará con mi muerte. No me quieres; tu afecto va más bien hacia Antonino. Sospechas en mí una sabiduría opuesta a la que te enseñan tus maestros, ves en mi abandono a los sentidos un método de vida contrario a la severidad de la tuya, y sin embargo paralelo. No importa; no hace falta que me comprendas. Hay más de una sabiduría, y todas son necesarias al mundo; no está mal que se vayan alternando.

Ocho días después de la muerte de Lucio me hice llevar en litera al Senado. Pedí permiso para entrar así en la sala de deliberaciones y pronunciar acostado mi discurso, apoyándome en una pila de almohadones. Hablar me fatiga: rogué a los senadores que se agruparan en torno a mí, para no yerme obligado a forzar la voz. Hice el elogio de Lucio; aquellas pocas líneas reemplazaron en el programa de la sesión el discurso que él hubiera debido pronunciar ese día. Anuncié luego mi decisión; nombré a Antonino, y pronuncié tu

nombre. Había contado con una adhesión unánime, y la obtuve. Expresé entonces una última voluntad, que fue aceptada como las otras; pedí que Antonino adoptara asimismo al hijo de Lucio, que tendrá en esa forma a Marco Aurelio por hermano; los dos gobernaréis juntos, y cuento contigo para que tengas hacia él las atenciones de un hermano mayor. Quiero que el Estado conserve alguna cosa de Lucio.

Al volver a la Villa, y por primera vez en muchos días, sentí deseos de sonreír. Acababa de hacer una jugada maestra. Los partidarios de Severiano, los conservadores hostiles a mi obra, no habían capitulado; todas las cortesías que pudiera haber tenido con aquel cuerpo senatorial antiguo y caduco, no compensaban para ellos las dos o tres heridas que le había inferido. Sin duda aprovecharían mi muerte para tratar de anular mis actos. Pero mis peores enemigos no osarían oponerse al más integro de sus representantes y al hijo de uno de sus miembros más respetados. Mi tarea pública estaba cumplida; ahora podía volver a Tíbur, entrar en ese retiro que se llama enfermedad, experimentar con mis sufrimientos, sumergirme en lo que me restaba de delicias, reanudar en paz mi diálogo interrumpido con un fantasma. Mi herencia imperial quedaba a salvo en manos del pío Antonino y del grave Marco Aurelio; el mismo Lucio que sobrevivía en su hijo. Todo eso no estaba tan mal arreglado.

PATIENTIA

Arriano me escribe:

Conforme a las órdenes recibidas, he terminado la circunnavegación del Ponto Euxino. Cerramos el círculo en Sinope, cuyos habitantes te están profundamente agradecidos por los grandes trabajos de reconstrucción y ampliación del puerto, realizados bajo tu vigilancia directa hace unos años... A propósito, te han erigido una estatua nada parecida y nada bella; envíales otra, de mármol blanco... En Sinope, y no sin emoción, contemplé el Ponto Euxino desde lo alto de las mismas colinas donde nuestro Jenofonte lo percibió por primera vez, y donde tú mismo lo has mirado no hace mucho...

Inspeccioné las guarniciones, costaneras; sus comandantes merecen los mayores elogios por la excelencia de la disciplina, el empleo de los métodos más recientes de adiestramiento y la buena calidad de trabajos de ingeniería. En toda la parte salvaje y casi desconocida de la costa, he mandado practicar nuevos sondeos, rectificando allí donde era necesario las indicaciones de los navegantes precedentes...

Pasamos junto a la Cólquida. Sabiendo cuánto te interesan los relatos de los poetas antiguos, interrogué a los habitantes acerca de Medea y las hazañas de Jasón, pero parecen ignorar esas historias...

En la orilla septentrional de este mar inhospitalario tocamos una pequeña isla que se agranda en la fábula; la isla de Aquiles. Recordarás que Tetis hizo educar a su hijo en ese islote perdido en las brumas; surgiendo del fondo del mar, acudía todas las tardes a hablar con su hijo en la playa. Inhabitada, la isla sólo alimenta hoy a las cabras. Vi allí un templo consagrado a Aquiles. Las gaviotas, las grandes aves marinas, la frecuentan, y el batir de sus alas impregnadas de humedad marina refresca continuamente el atrio del santuario. Pero esta isla de Aquiles es también, como corresponde, la isla de Patroclo, y los innumerables exvotos que decoran las paredes del templo están dedicados tanto a Aquiles como a su amigo, pues aquellos que aman al uno veneran asimismo la memoria del otro. Aquiles se aparece en sueños a los navegantes que visitan esos parajes, para protegerlos y prevenirlos de los peligros del mar, como lo hacen en otras regiones los Dióscuros. Y la sombra de Patroclo aparece junto a Aquiles.

Te hago saber estas cosas pues entiendo que merecen ser conocidas, y porque aquellos que me las han contado las experimentaron personalmente o las oyeron a testigos merecedores de fe... Pienso a veces que Aquiles es el más grande de los hombres, por su coraje, el temple de su alma, el conocimiento del espíritu unido a la agilidad del cuerpo y su ardiente amor por su joven compañero. Y

nada en él me parece más grande que la desesperación que lo llevó a desdeñar la vida y desear la muerte cuando hubo perdido a su bienamado.

Dejo caer sobre mis rodillas el voluminoso informe del gobernador de la Armenia Menor y jefe de la escuadra. Como siempre, Arriano ha trabajado bien. Pero esta vez ha hecho más: me ofrece un don necesario para morir en paz, me devuelve la imagen de mi vida tal como yo hubiera querido que fuese. Arriano sabe que lo que verdaderamente cuenta es lo que no figurará en las biografías oficiales, lo que no se inscribe en las tumbas; sabe también que el transcurso del tiempo no hace sino agregar un vértigo más a la desdicha. Vista por él, la aventura de mi existencia asume un sentido, se organiza como en un poema; el afecto incomparable se desprende del remordimiento, de la impaciencia, de las tristes manías, como de otras tantas cenizas: el dolor se decanta, la desesperación se purifica. Arriano me abre el profundo empíreo de los héroes y los amigos, y no me cree demasiado indigno de él. Mi aposento secreto en el centro de un estanque de la Villa no es un refugio bastante interior; arrastro hasta él mi cuerpo envejecido y sufro. Verdad es que mi pasado me propone aquí y allá algunos retiros donde escapo por lo menos a una parte de las desdichas actuales: la llanura nevada a orillas del Danubio, los jardines de Nicomedia, Claudiópolis envuelta en la luz amarilla de la

cosecha de azafrán en flor, cualquier calle de Atenas, un oasis donde los nenúfares se balancean en el légamo, el desierto sirio a la luz de las estrellas, de retorno del campamento de Osroes. Pero esos lugares tan queridos están frecuentemente asociados a las premisas de un error, de una falta, de algún fracaso que solamente yo conozco; en mis malos momentos, todos mis caminos de hombre feliz parecen llevar a Egipto, a una habitación en Bayas, o a Palestina. Hay más: la fatiga de mi cuerpo se transmite a mi memoria; la imagen de las escalinatas de la Acrópolis resulta casi insoportable para un hombre que se sofoca al subir los peldaños del jardín; el sol de julio sobre el terraplén de Lambesa me abruma como si cayera hoy sobre mi cabeza desnuda. Arriano me ofrece algo mejor. En Tíbur, desde lo profundo de un ardiente mes de mayo, escucho en las playas de la isla de Aquiles la prolongada queja de las olas; aspiro su aire puro y frío, vago sin esfuerzo por el atrio del templo envuelto en humedad marina; veo a Patroclo... Ese lugar que no conoceré jamás se convierte en mi residencia secreta, mi asilo supremo. Allí estaré sin duda en el momento de mi muerte.

Hace años, di mi permiso al filósofo Eufrates para que se suicidara. Nada parecía más simple; un hombre tiene el derecho de decidir en qué momento su vida cesa de ser útil. Yo no sabía entonces que la muerte puede convertirse en el objeto de un ciego ardor, de una avidez semejante al amor. No había

previsto esas noches en que arrollaría mi tahalí en mi daga para obligarme a pensar dos veces antes de servirme de ella. Sólo Arriano ha entrado en el secreto de ese combate sin gloria contra el vacío, la aridez, la fatiga, la repugnancia de existir que culmina en el deseo de la muerte. Imposible curarse de ese deseo; su fiebre me ha dominado muchas veces haciéndome temblar por adelantado como el enfermo que siente llegar un nuevo acceso. Todo me era bueno para postergar la hora de la lucha nocturna: el trabajo, las conversaciones proseguidas insensatamente hasta el alba, los besos, los libros. Está sobreentendido que un emperador sólo se suicida si se ve obligado por razones de Estado; el mismo Marco Antonio tenía la excusa de una batalla perdida. Y mi severo Arriano admiraría menos esta desesperación nacida en Egipto, si yo no hubiera triunfado de ella. Mi propio código prohíbe a los soldados esa salida voluntaria que he acordado a los sabios; no me sentía más libre para desertar que cualquier legionario. Pero sé lo que es acariciar voluptuosamente la estopa de una cuerda o el filo de un cuchillo. Terminé por convertir ese deseo mortal en una muralla contra mí mismo; la perpetua posibilidad del suicidio me ayudaba a soportar con menos impaciencia la vida, así como la presencia al alcance de la mano de una poción sedante calma al hombre que sufre de insomnio. Por una íntima contradicción, la ansiedad de la muerte sólo dejó de imponerse en mí cuando los primeros síntomas

de mi enfermedad aparecieron para distraerme de ella. Volví a interesarme en esa vida que me abandonaba; en los jardines de Sidón, deseé apasionadamente gozar de mi cuerpo algunos años más.

Estaba de acuerdo en morir; pero no en asfixiarme; la enfermedad nos hace sentir repugnancia de la muerte, y queremos sanar, lo que es una manera de querer vivir. Pero la debilidad, el sufrimiento, mil miserias corporales, no tardan en privar al enfermo del ánimo para remontar la pendiente; pronto rechazamos esos respiros que son otras tantas trampas, esas fuerzas flaqueantes, esos ardores quebrados, esa perpetua espera de la próxima crisis. Me espiaba a mí mismo: ese sordo dolor en el pecho, ¿sería un malestar pasajero, el efecto de una comida apresurada, o bien el enemigo se preparaba a un asalto que esta vez no sería rechazado? Jamás entraba al Senado sin decirme que quizá la puerta se cerraba a mi espalda tan definitivamente como si, al igual que César, cincuenta conjurados me esperaran armados de puñales. Durante los banquetes en Tíbur, temía inferir a mis huéspedes la descortesía de una súbita partida; me aterraba la idea de morir en el baño, o en brazos de un cuerpo joven. Funciones que antaño resultaban fáciles y hasta agradables, llegan a ser humillantes cuando se las cumple con dificultad; nos cansamos del vaso de plata cuyo contenido examina el médico todas las mañanas. El mal

principal va acompañado de un cortejo de afecciones secundarias. Mi oído no es tan agudo como antes; ayer, sin ir más lejos, me vi obligado a rogar a Flegón que repitiera una frase, y me sentí más avergonzado de eso que de un crimen. Los meses siguientes a la adopción de Antonino fueron atroces; la estadía en Bayas, el regreso a Roma y las negociaciones posteriores habían acabado con mis pocas fuerzas. Volví a sentir la obsesión de la muerte, pero esta vez sus causas eran visibles, confesables, y mi peor enemigo no hubiera podido sonreír. Nada me retenía ya; hubiera sido comprensible que el emperador, recluido en su casa de campo luego de poner orden en los negocios del estado, tomara las medidas necesarias para facilitar su fin. Pero la solicitud de mis amigos equivale a una vigilancia constante: todo enfermo es un prisionero. Ya no me siento con fuerzas para hundir la daga en el lugar exacto, marcado antaño con tinta roja bajo la tetilla izquierda; al mal presente no hubiera hecho más que agregar una repugnante mezcla de vendajes, esponjas ensangrentadas y cirujanos discutiendo al pie del lecho. Para preparar mi suicidio necesitaba tomar las mismas precauciones que un asesino para dar el golpe.

Pensé primeramente en Mástor, mi montero mayor, hermoso sármata brutal que me sigue desde hace años con una abnegación de perro lobo y que a veces se encarga de velar a mi puerta por la noche. Aproveché de un momento de soledad para llamarlo

y explicarle lo que quería de él. Al principio no comprendió; luego la luz se hizo en él y el espanto crispó su hocico rubio. Mástor me cree inmortal; noche y día ve entrar a los médicos en mi aposento y me oye gemir durante las punciones, sin que su fe se quebrante, para él aquello era como si el señor de los dioses, deseoso de tentarlo, bajara del Olimpo y le reclamara el golpe de gracia. Arrancándome de las manos su espada, que yo tenía empuñada, huyó gritando. Lo encontraron en el fondo del parque; divagaba bajo las estrellas en su jerga bárbara. Calmaron lo mejor posible a aquella bestia espantada, y nadie volvió a hablar del incidente. Pero a la mañana siguiente advertí que Celer había sustituido sobre la mesa de trabajo situada junto a mi lecho, un estilo de metal por un cálamo de madera.

Busqué entonces un aliado mejor. Tenía la confianza más absoluta en Iollas, joven médico alejandrino que Hermógenes había escogido el verano pasado para que lo reemplazara durante su ausencia. Solíamos conversar, y arriesgábamos hipótesis sobre la naturaleza y el origen de las cosas; me gustaba su espíritu osado y soñador, y el fuego sombrío de sus ojos. No ignoraba que Iollas había descubierto en el palacio de Alejandría la fórmula de los venenos extraordinariamente sutiles que en otros tiempos utilizaban los médicos de Cleopatra. El examen de los candidatos a la cátedra de medicina que acabo de fundar en el Odeón me sirvió de excusa para alejar unos días a Hermógenes dándome

oportunidad de mantener una entrevista secreta con Iollas. Me comprendió inmediatamente; me compadecía, aunque estaba obligado a darme la razón, pero su juramento hipocrático le vedaba prescribir una droga nociva a un enfermo bajo ningún pretexto. Negóse, refugiándose en su honor de médico. Insistí, exigí, empleando todos los medios posibles para inspirarle piedad o comprometerlo; él ha sido el último hombre a quien he suplicado algo. Vencido, me prometió finalmente ir en busca de la dosis de veneno. Lo esperé en vano hasta la noche. Algo más tarde me enteré horrorizado de que acababan de encontrarlo muerto en su laboratorio, con una ampolleta de vidrio en la mano. Aquel corazón, puro de todo compromiso, había encontrado la manera de ser fiel a su juramento sin negarme nada.

Al día siguiente Antonino se hizo anunciar; aquel amigo sincero retenía apenas el llanto. La idea de que un hombre a quien se ha habituado a amar y a venerar como un padre, sufriera tanto como para buscar la muerte, le resultaba insoportable; tenía la impresión de haber faltado a sus obligaciones de buen hijo. Me prometía unir sus esfuerzos a los de aquellos que me rodeaban a fin de cuidarme, aliviar mis males, hacerme la vida fácil y agradable hasta el fin, y acaso curarme... Contaba con que yo siguiera orientándolo e instruyéndolo todo lo posible; se sentía responsable del resto de mis días ante el imperio. Sé lo que valen esas pobres

protestas, esas promesas ingenuas, y sin embargo me alivian y me reconfortan. Las sencillas palabras de Antonino me convencieron; vuelvo a tomar posesión de mí antes de morir. El fin de Iollas, fiel a su deber de médico, me exhorta a satisfacer hasta el fin lo que el oficio de emperador reclama. *Patientia*... Ayer vi a Domicio Rogato, procurador de la moneda y encargado de una nueva emisión; le di esa divisa, que será mi última consigna. Mi muerte me parecía mi decisión más personal, mi supremo reducto de hombre libre; me engañaba. La fe de millones de Mástores no debe ser quebrantada; no someteré a otros Tollas a semejantes pruebas. Comprendí que para el pequeño grupo de amigos abnegados que me rodean, mi suicidio parecería una señal de indiferencia, acaso de ingratitud; no quiero que su amistad conserve esa imagen irritante de un supliciado incapaz de soportar la tortura. Durante la noche que siguió a la muerte de Iollas, otras consideraciones se me hicieron presentes. La existencia me ha dado mucho, o por lo menos he sabido extraer mucho de ella; en ese momento, como en los tiempos de mi felicidad, y por razones absolutamente opuestas, me parece que no tiene ya nada que ofrecerme; y sin embargo no estoy seguro de que nada me queda por aprender de ella. Escucharé sus secretas instrucciones hasta el fin. Toda mi vida he tenido confianza en el buen sentido de mi cuerpo, tratando de saborear juiciosamente las sensaciones que ese amigo me procuraba; estoy

obligado, pues, a saborear también las postreras. No rehúso ya esa agonía que me corresponde, ese fin lentamente elaborado en el fondo de mis arterias, heredado quizá de un antecesor, nacido de mi temperamento, preparado poco a poco para cada uno de mis actos en el curso de mi vida. La hora de la impaciencia ha pasado; en el punto en que me encuentro, la desesperación sería de tan mal gusto como la esperanza. He renunciado a apresurar mi muerte.

Todo queda por hacer. Mis dominios africanos, heredados de mi suegra Matidia, deben convertirse en un modelo de explotación agrícola; los campesinos de la aldea de Borístenes, fundada en Tracia en memoria de un caballo fiel, tienen derecho a recibir socorros luego de un duro invierno; en cambio hay que negar los subsidios a los ricos cultivadores del valle del Nilo, siempre prontos a aprovecharse de la amabilidad del emperador. Julio Vestino, prefecto de estudios, me envía su informe sobre la apertura de las escuelas públicas de gramática. Acabo de dar fin a la refundición del código comercial de Palmira; todo está allí previsto, la tasa de las prostitutas y la adjudicación de las caravanas. Se reúne en este momento un congreso de médicos y magistrados que deberá estatuir sobre los limites extremos del embarazo, poniendo fin a interminables querellas legales. Los casos de bigamia se multiplican en las colonias militares; me esfuerzo

por persuadir a los veteranos de que no hagan mal uso de las nuevas leyes que los autorizan a casarse, y que se limiten prudentemente a una sola esposa. En Atenas se está levantando un Panteón a la manera del de Roma; compongo la inscripción que ostentarán sus muros, en la cual enumero a título de ejemplo los servicios que he prestado a las ciudades griegas y a los pueblos bárbaros; en cuanto a los servicios prestados a Roma, caen de su peso. La lucha contra la brutalidad judicial continúa; he debido amonestar al gobernador de Cilicia, que hacia morir entre suplicios a los ladrones de ganado de su provincia, como si la sola muerte no bastara para castigar a un hombre y librarse de él. El estado y las municipalidades abusaban de las condenas a trabajos forzados, para asegurarse así una mano de obra a bajo precio; he prohibido esa práctica, tanto para los esclavos como para los hombres libres, pero debo velar a fin de que tan detestable sistema no se restablezca con otro nombre. Todavía se sacrifican niños en algunos puntos del territorio de la antigua Cartago, y es preciso encontrar el modo de prohibir a los sacerdotes de Baal que sigan atizando alegremente sus hogueras. En Asia Menor, los derechos de los herederos de los Seléucidas han sido vergonzosamente perjudicados por nuestros tribunales civiles, siempre mal dispuestos hacia los antiguos príncipes; he cuidado de reparar esa prolongada injusticia. En Grecia, el proceso de Herodes Ático dura todavía. La caja de despachos

de Flegón, sus raspadores de piedra pómez y sus bastoncillos de cera roja seguirán conmigo hasta el fin.

Como en tiempos de mi felicidad, siguen creyéndome un dios, y persisten en darme ese título aun en momento en que ofrecen sacrificios al cielo para el restablecimiento de la Salud Augusta. Te he dicho ya por qué esa creencia tan beneficiosa no me parece descabellada. Una vieja ciega ha llegado a pie desde Panonia; emprendió tan inmenso viaje para pedirme que tocara con el dedo sus pupilas apagadas; al contacto de mis manos recobró la vista, tal como su fervor lo había previsto; su fe en el emperador-dios explica el milagro. Se han producido otros prodigios; hay enfermos que dicen haberme visto en sueños, como los peregrinos de Epidauro ven a Esculapio, y pretenden haber despertado sanos, o por lo menos aliviados. No me río del contraste entre mis poderes de taumaturgo y mi enfermedad; acepto gravemente estos nuevos privilegios. La anciana ciega que camina hacia el emperador desde el fondo de una provincia bárbara se ha convertido para mí en lo que fuera antaño el esclavo de Tarragona: el emblema de las poblaciones del imperio que he regido y servido. Su inmensa confianza es la recompensa de veinte años de trabajos que no me fueron desagradables. Flegón me ha leído hace poco la obra de un judío de Alejandría, que también me atribuye poderes sobrehumanos; he recibido sin sarcasmo esa

descripción del príncipe de cabellos canosos a quien se ha visto ir y venir por todas las rutas de la tierra, sumiéndose en los tesoros de las minas, despertando las fuerzas generadoras del suelo, estableciendo por doquiera la prosperidad y la paz, del iniciado que reconstruye los lugares sagrados de todas las razas, del conocedor de artes mágicas, del vidente que exalta a un niño hasta el cielo. He sido mejor comprendido por ese judío entusiasta que por muchos senadores y procónsules; ese adversario venido a mis filas completa a Arriano; me maravilla haberme convertido al fin, para ciertos ojos, en lo que deseaba ser, y que ese triunfo se haya logrado con tan poca cosa. La vejez y la muerte tan cercanas agregan ya su majestad a ese prestigio; los hombres se apartan religiosamente a mi paso; no me comparan como antes a Zeus radiante y sereno, sino a Marte Gradivo, dios de las largas campañas y la austera disciplina, y al grave Numa inspirado por los dioses; en estos últimos tiempos mi rostro pálido y demacrado, mis ojos fijos, mi gran cuerpo rígido por un esfuerzo de voluntad, les recuerdan a Plutón, dios de las sombras. Sólo algunos íntimos, algunos amigos seguros y queridos escapan a tan terrible contagio del respeto. El joven abogado Frontón, magistrado lleno de porvenir y que será sin duda uno de los buenos servidores de tu reino, vino a discutir conmigo un mensaje que deberá dirigir al Senado. Su voz temblaba, y leí en sus ojos esa misma reverencia mezclada con temor. Las tranquilas

alegrías de la amistad ya no existen para mí; me veneran demasiado para amarme.

He tenido una suerte análoga a la de ciertos jardineros: todo lo que traté de implantar en la imaginación humana ha echado raíz. El culto de Antínoo parecía la más alocada de mis empresas, desbordamiento de un dolor que sólo a mí concernía. Pero nuestra época está ávida de dioses; prefiere los más ardientes, los más tristes, los que mezclan al vino de la vida una amarga miel de ultratumba. En Delfos el niño se ha convertido en Hermes, guardián del umbral, amo de los oscuros pasajes que conducen a las sombras. Eleusis, donde su edad y su condición de extranjero habían impedido antaño que fuese iniciado junto a mí, lo ha consagrado el joven Baco de los Misterios, príncipe de las regiones limítrofes entre los sentidos y el alma. La Arcadia ancestral lo asocia con Pan y Diana, divinidades forestales; los campesinos de Tíbur lo asimilan al dulce Aristeo, rey de las abejas. En Asia los fieles vuelven a encontrar en él a sus tiernos dioses tronchados por el otoño o devorados por el verano. En los bordes de los países bárbaros, el compañero de mis cacerías y mis viajes ha asumido el aspecto del Jinete Tracio, caballero misterioso que galopa en los jarales al claro de luna, arrebatando las almas en el pliegue de su manto. Todo eso podría ser al fin y al cabo una excrecencia del culto oficial, una adulación de los pueblos o la bajeza de sacerdotes ávidos de subsidios. Pero la

joven figura me trasciende, cede a las aspiraciones de los corazones sencillos; por una de esas restituciones inherentes a la naturaleza de las cosas, el efebo sombrío y delicioso se ha convertido por obra de la piedad popular en el sostén de los débiles y los pobres, el consolador de los niños muertos. La imagen de las monedas de Bitinia, ese perfil de los quince años, con sus rizos flotantes y la sonrisa maravillada y crédula que tan poco habría de durarle, cuelga del cuello de los recién nacidos a guisa de amuleto; en los cementerios de aldea se la ve clavada en las pequeñas tumbas. Antes, pensando en mi propio fin como un piloto que no se preocupa por si mismo pero tiembla por el pasaje y la carga del navío, me decía amargamente que aquel recuerdo se hundiría conmigo; el adolescente minuciosamente embalsamado en lo hondo de mi memoria perecería así por segunda vez. Pero tan justo temor ya no me atormenta como antes; he compensado lo mejor posible esa muerte prematura; una imagen, un reflejo, un débil eco sobrenadará por lo menos durante algunos siglos. No se puede hacer más en materia de inmortalidad.

He vuelto a ver a Fido Aquila, gobernador de Antínoe, en ruta hacia su nuevo puesto en Sarmizegetusa. Me ha descrito los ritos anuales que se celebran a orillas del Nilo en honor del dios muerto, los peregrinos que afluyen por millares del norte y el sur, las ofrendas de cerveza y grano, las plegarias; cada tres años tienen lugar juegos

conmemorativos en Antínoe, así como en Alejandría, Mantinea, y en mi amada Atenas. Las fiestas trienales se repetirán este otoño, pero no espero durar hasta el noveno retorno del mes de Atir. Más que nunca importa que cada detalle de las solemnidades quede dispuesto por adelantado. El oráculo del muerto funciona en la cámara secreta del templo faraónico reconstruido por mí; los sacerdotes distribuyen diariamente algunos centenares de respuestas —preparadas por adelantado— a todas las preguntas que la esperanza o la angustia humana pueden formular. Se me ha reprochado que yo mismo haya compuesto varias de ellas. No tenía intención de faltar al respeto a mi dios, o burlarme de esa esposa de soldado que pregunta si su marido volverá vivo de una guarnición de Palestina, de ese enfermo ávido de confortación, de ese mercader cuyos navíos se balancean en las olas del Mar Rojo, de esa pareja que quisiera un hijo. Prolongaba, a lo sumo, los juegos de logogrifos, las charadas en verso a que solíamos entregarnos juntos. Tampoco falta quien se haya asombrado de que aquí, en la Villa, en torno a la capilla de Capone donde su culto se celebra al modo egipcio, haya permitido que se establecieran los pabellones destinados al placer, semejante a los que existen en el barrio de Alejandría que lleva ese nombre, con sus facilidades y sus distracciones que ofrezco a mis huéspedes, y de las cuales solía participar. Antínoo estaba acostumbrado a todo eso,

y uno no se encierra durante años en un pensamiento único sin que en él vayan entrando poco a poco todas las rutinas de la vida.

He hecho todo lo que nos aconsejan. Esperé, y a veces rogué. *Audivi voces divinas...* La tonta Julia Balbila creía escuchar al alba la misteriosa voz de Memnón; yo escuchaba los ruidos de la noche. He cumplido las unciones de miel y aceite de rosa que atraen a las sombras; preparé la taza de leche, el puñado de sal, la gota de sangre, sostén de su existencia de antaño. Me tendí en el pavimento de mármol del pequeño santuario; el resplandor de los astros se deslizaba por las aberturas de la muralla, creando aquí y allá extraños reflejos, inquietantes fuegos pálidos. Recordaba las órdenes susurradas por los sacerdotes al oído del muerto, el itinerario grabado en la tumba: *Y él reconocerá el camino... Y los guardianes del umbral lo dejarán pasar... Y él irá y vendrá en torno de aquellos que lo aman durante millones de días...* A veces, en contadas ocasiones he creído sentir el roce de un acercamiento, un ligero contacto, leve como el de las pestañas, tibio como el interior de la palma de una mano. *Y la sombra de Patroclo aparece junto a Aquiles...* Jamás sabré si ese calor, si esa dulzura, no emanaban simplemente de lo más hondo de mí mismo, últimos esfuerzos de un hombre en lucha con la soledad y el frío de la noche. Pero esa cuestión, que también se plantea en presencia de nuestros amores vivientes, ha dejado ya de interesarme; poco me importa que los

fantasmas evocados vengan de los limbos de mi memoria o de los de otro mundo. Si poseo un alma, está hecha de la misma sustancia que los espectros; ese cuerpo de manos hinchadas y uñas lívidas, esa triste masa disuelta a medias, este saco de males, deseos y ensueños, no es más sólido o más consistente que una sombra. Sólo me diferencio de los muertos en que me está dado asfixiarme todavía un momento más; en cierto sentido su existencia me parece más segura que la mía. Antínoo y Plotina son por lo menos tan reales como yo.

La meditación de la muerte no enseña a morir y no facilita la partida; pero ya no es facilidad lo que busco. Pequeña imagen enfurruñada y voluntariosa, tu sacrificio no ha enriquecido mi vida sino mi suerte. Su cercanía restablece como una estrecha complicidad entre nosotros; los vivientes que me rodean, los servidores abnegados y a veces inoportunos, no sabrán jamás hasta qué punto el mundo ha dejado de interesarnos. Pienso con repugnancia en los negros símbolos de las tumbas egipcias: el seco escarabajo, la momia rígida, la rana de los partos eternos. De creer a los sacerdotes, te he dejado en ese lugar donde los elementos de un ser se desgarran como una vestidura usada de la cual tiramos, en esa siniestra encrucijada entre lo que existe eternamente, lo que fue y lo que será. Puede ser después de todo que tengan razón, y que la muerte esté hecha de la misma materia fugitiva y confusa que la vida. Pero desconfío de todas las

teorías de la inmortalidad; el sistema de retribuciones y de penas deja frío a un juez que conoce la dificultad de juzgar. Por otra parte también me sucede encontrar demasiado simple la solución contraria, la nada, el hueco vacío donde resuena la risa de Epicuro. Observo mi fin: esta serie de experimentos sobre mí mismo continúa el largo estudio iniciado en la clínica de Sátiro. Hasta ahora las modificaciones son tan exteriores como las que el tiempo y la intemperie hacen sufrir a un monumento cuya materia o arquitectura no se alteran; a veces creo percibir y tocar a través de las grietas el basamento indestructible, la toba eterna. Soy el que era; muero sin cambiar. A primera vista el robusto niño de los jardines de España, el oficial ambicioso que entra en su tienda sacudiendo de sus hombros los copos de nieve, parecen tan aniquilados como lo estaré yo cuando haya pasado por la pira; pero sin embargo están ahí, soy inseparable de ellos. El hombre que clamaba abrazado a un muerto sigue gimiendo en un rincón de mí mismo, pese a la calma más o menos humana de la que ya participo; el viajero encerrado en el enfermo para siempre sedentario se interesa por la muerte puesto que representa una Partida. Esa fuerza que fui parece todavía capaz de instrumentar muchas otras vidas, de levantar mundos. Si por milagro algunos siglos vinieran a agregarse a los pocos días que me quedan, volvería a hacer las mismas cosas y hasta incurriría en los mis errores;

frecuentaría los mismos Olimpos y los mismos Infiernos. Una comprobación semejante es un excelente argumento en favor de la utilidad de la muerte, pero al mismo tiempo me hace dudar de su total eficacia.

Durante ciertos periodos de mi vida he tomado nota de mis sueños, para discutir su significación con los sacerdotes, filósofos y astrólogos. La facultad de soñar, amortiguada desde hacía años, me ha sido devuelta en estos meses de agonía; los incidentes de la vigilia parecen menos reales y a veces menos importunos que mis sueños. Si ese mundo larval y fantástico, donde lo vulgar y lo absurdo pululan con mayor abundancia aun que en la tierra, nos ofrece una idea de las condiciones del alma separada del cuerpo, sin duda pasaré mi eternidad lamentando el exquisito dominio de los sentidos y la ajustada perspectiva de la razón humana. Sin embargo me sumerjo con cierta dulzura en esas vanas regiones de los sueños; por un segundo aprehendo ahí ciertos secretos que no tardan en escapárseme y bebo en las fuentes. Hace unos días estaba en el oasis de Amón, la tarde de la caza del león. Me sentía feliz, y todo ocurrió como en los tiempos en que era dueño de mi fuerza: herido, el león se desplomó, para levantarse nuevamente mientras yo me precipitaba para rematarlo. Pero esta vez mi caballo, encabritándose, me tiró al suelo; la horrible masa ensangrentada rodó sobre mí y sus garras me desgarraron el pecho; desperté en mi

aposento de Tíbur pidiendo socorro. Hace muy poco volví a ver a mi padre, en quien sin embargo pienso pocas veces. Estaba acostado en su lecho de enfermo, en una habitación de nuestra casa de Itálica, de la cual me marché apenas hubo muerto. Tenía sobre la mesa una ampolla conteniendo una poción calmante, que le supliqué me entregara. Antes de que tuviera tiempo de responderme, desperté. Me asombra que la mayoría de los hombres tema tanto a los espectros, siendo que tan fácilmente aceptan hablar con los muertos en sus sueños.

También los presagios se multiplican; ahora todo parece una intimidación, un signo. Acaba de caérseme y hacerse trizas una preciosa piedra grabada que llevaba engastada en una sortija; un artista griego había trazado en ella mi perfil. Los augures mueven gravemente la cabeza; en cuanto a mí, lamento la pérdida de esa purísima obra maestra. Me ocurre hablar de mí mismo en pasado; mientras discutía en el Senado ciertos acontecimientos ocurridos con posterioridad a la muerte de Lucio, se me trabó la lengua y mencioné repetidamente esas circunstancias como si hubieran tenido lugar después de mi propia muerte. Hace unos meses, el día de mi cumpleaños, al subir en litera la escalinata del Capitolio me di de boca con un hombre de luto que lloraba; vi cómo mi viejo Chabrias palidecía. En aquel entonces yo seguía saliendo para cumplir en persona mis funciones de sumo pontífice, de hermano Arval, y celebrar los

antiguos ritos de la religión romana que he terminado por referir a la mayoría de los cultos extranjeros. Estaba de pie ante el altar, pronto a encender el fuego, y ofrecía a los dioses un sacrificio en pro de Antonino. De pronto la porción de la toga que me cubría la frente resbaló hasta caerme sobre el hombro, y quedé con la cabeza descubierta, pasando así de la condición de sacrificador a la de víctima. En realidad es justo que me toque el turno.

Mi paciencia da sus frutos. Sufro menos, y la vida se vuelve casi dulce. No me enojo ya con los médicos; sus tontos remedios me han condenado, pero nosotros tenemos la culpa de su presunción y su hipócrita pedantería; mentirían menos si no tuviéramos tanto miedo de sufrir. Me faltan las fuerzas para los accesos de cólera de antaño; sé de buena fuente que Platorio Nepos, a quien mucho quise, ha abusado de mi confianza; pero no he tratado de confundirlo y no lo he castigado. El porvenir del mundo no me inquieta; ya no me esfuerzo por calcular angustiado la mayor o menor duración de la paz romana; dejo hacer a los dioses. No es que confíe más en su justicia que no es la nuestra, ni tengo más fe en la cordura del hombre; la verdad es justamente lo contrario. La vida es atroz, y lo sabemos. Pero precisamente porque espero poco de la condición humana, los períodos de felicidad, los progresos parciales, los esfuerzos de reanudación y de continuidad me parecen otros tantos prodigios, que casi compensan la inmensa

acumulación de males, fracasos, incuria y error. Vendrán las catástrofes y las ruinas: el desorden triunfará, pero también, de tiempo en tiempo, el orden. La paz reinará otra vez entre dos períodos de guerra; las palabras libertad, humanidad y justicia recobrarán aquí y allá el sentido que hemos tratado de darles. No todos nuestros libros perecerán; nuestras estatuas mutiladas serán rehechas, y otras cúpulas y frontones nacerán de nuestros frontones y nuestras cúpulas; algunos hombres pensarán, trabajarán y sentirán como nosotros; me atrevo a contar con esos continuadores nacidos a intervalos irregulares a lo largo de los siglos, con esa intermitente inmortalidad. Si los bárbaros terminan por apoderarse del imperio del mundo, se verán obligados a adoptar algunos de nuestros métodos y terminarán por parecerse a nosotros. Chabrias se inquieta ante la idea de que un día el pastóforo de Mitra o el obispo cristiano se instalen en Roma y reemplacen al sumo pontífice. Si por desgracia llega ese día, mi sucesor al borde del ribazo vaticano habrá dejado de ser el jefe de un círculo de afiliados o de una banda de sectarios, para convertirse a su turno en una de las figuras universales de la autoridad. Heredará nuestros palacios y nuestros archivos; no será tan diferente de nosotros como podría suponerse. Acepto serenamente esas vicisitudes de la Roma eterna.

Los medicamentos ya no actúan; la inflamación de las piernas va en aumento, y dormito sentado

más que acostado. Una de las ventajas de la muerte será estar otra vez tendido en un lecho. Ahora me toca a mí consolar a Antonino. Le recuerdo que desde hace mucho la muerte me parece la solución más elegante de mi propio problema; como siempre, mis deseos acaban por realizarse, pero de manera más lenta e indirecta de lo que había supuesto. Me felicito de que el mal me haya dejado mi lucidez hasta el fin; me alegro de no haber tenido que pasar por la prueba de la extrema vejez, de no estar destinado a conocer ese endurecimiento, esa rigidez, esa sequedad, esa atroz ausencia de deseos. Si no me equivoco en mis cálculos, mi madre murió aproximadamente a la edad que tengo hoy; mi vida ha durado la mitad más que la de mi padre, muerto a los cuarenta años. Todo está pronto; el águila encargada de llevar a los dioses el alma del emperador se halla lista para ser empleada en la ceremonia fúnebre. Mi mausoleo, en cuya techumbre plantan ya los cipreses destinados a formar una pirámide negra en pleno cielo, estará terminado a tiempo para el transporte de las cenizas todavía tibias. He rogado a Antonino que haga llevar luego las de Sabina; descuidé ofrecerle a su muerte los honores divinos, que después de todo le corresponden, y no estaría mal que se reparara ese olvido. Y quisiera que los restos de Elio César sean colocados junto a mí.

Me han traído a Bayas; con los calores de julio el viaje fue penoso, pero respiro mejor a orillas del

mar. La ola repite en la playa su murmullo de seda frotada y de caricia; disfruto todavía de los prolongados atardeceres rosa. Pero sólo sostengo esas tabletas para dar ocupación a mis manos, que se mueven a pesar de mí. He mandado buscar a Antonino; un correo sale hacia Roma a galope tendido. Resonar de los cascos de Borístenes, galope del Jinete Tracio... El reducido grupo de los íntimos se reúne junto a mí. Chabrias me da lástima; las lágrimas no van bien con las arrugas de los ancianos. El hermoso rostro de Celer está, como siempre, extrañamente tranquilo; me cuida aplicadamente, sin dejar traslucir nada que pudiera agregarse a la inquietud o a la fatiga de un enfermo. Pero Diótimo solloza, hundida la cabeza en los almohadones. He asegurado su porvenir; como no le gusta Italia podrá realizar su sueño de volver a Gadara y abrir allí, junto con un amigo, una escuela de elocuencia; nada perderá con mi muerte. Y sin embargo sus frágiles hombros se agitan convulsivamente bajo los pliegues de la túnica; siento caer sobre mis dedos esas lágrimas deliciosas. Hasta el fin, Adriano habrá sido amado humanamente.

Mínima alma mía, tierna y flotante, huésped y compañera de mi cuerpo, descenderás a esos parajes pálidos, rígidos y desnudos, donde habrás de renunciar a los juegos de antaño. Todavía un instante miremos juntos las riberas familiares, los objetos que sin duda no volveremos a ver... Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos...

AL DIVINO ADRIANO AUGUSTO

HIJO DE TRAJANO CONQUISTADOR DE LOS PARTOS
NIETO DE NERVA
SUMO PONTÍFICE INVESTIDO POR LA XXII VEZ
DE LA DIGNIDAD TRIBUNICIA
TRES VECES CÓNSUL DOS VECES VENCEDOR
PADRE DE LA PATRIA
Y A SU DIVINA ESPOSA
SABINA
SU HIJO ANTONINO
A LUCIO ELIO CÉSAR
HIJO DEL DIVINO ADRIANO
DOS VECES CÓNSUL

CUADERNOS DE NOTAS A LAS «MEMORIAS DE ADRIANO»

Traducción de
Marcelo Zapata

a G.F.

Este libro fue concebido y después escrito, en su totalidad o en parte, bajo diversas formas, en el lapso que va de 1924 a 1929, entre mis veinte y mis veinticinco años de edad. Todos esos manuscritos fueron destruidos y merecieron serlo.

*

Encontrada de nuevo en un volumen de la correspondencia de Flaubert, releída y subrayada por mí hacia 1927, la frase inolvidable: «Cuando los

dioses ya no existían y Cristo no había aparecía aún, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que sólo estuvo el hombre». Gran parte de mi vida transcurriría en el intento de definir, después de retratar, a este hombre solo y al mismo tiempo vinculado con todo.

*

Trabajos vueltos a emprender en 1934; largas investigaciones; unas quince páginas escritas y consideradas definitivas; proyecto retomado y abandonado muchas veces entre 1934 y 1937.

*

Durante mucho tiempo imaginé la obra como una serie de diálogos donde se hicieran oír todas las voces del tiempo. Pero a pesar de todos mis intentos, el detalle prevalecía sobre el conjunto; las partes comprometían el equilibrio del todo; la voz de Adriano se perdía en medio de todos esos gritos. Yo no acertaba a organizar ese mundo visto y oído por un hombre.

La única frase que subsiste de la redacción de 1934: «Empiezo a percibir el perfil de mi muerte». Como un pintor instalado frente al horizonte y que desplaza sin cesar su caballete a derecha y a izquierda, al fin encontré el punto de vista del libro.

*

Tomar una vida conocida, concluida, fijada por la Historia (en la medida en que puede ser una vida), de modo tal que sea posible abarcar su curva por completo; más aún, elegir el momento en el que el

hombre que vivió esa existencia la evalúa, la examina, es por un instante capaz de juzgarla. Hacerlo de manera que ese hombre se encuentre ante su propia vida en la misma posición que nosotros.

*

Mañanas en la Villa Adriana; innumerables noches pasadas en los cafés que bordean el Olimpión; incesante ir y venir por los mares griegos; caminos de Asia Menor. Para que pudiera utilizar esos recuerdos, que son míos, fue necesario que se alejaran tanto de mí como el siglo II.

*

Experiencia con el tiempo: dieciocho días, dieciocho meses, dieciocho años, dieciocho siglos. Inmóvil permanencia de las estatuas que, como la cabeza de Antínoo Mondragón en el Louvre, viven aún en el interior de ese *tiempo muerto*. El mismo problema considerado en términos de generaciones humanas: dos docenas de pares de manos descarnadas, unos veinticinco ancianos bastarían para establecer un contacto ininterrumpido entre Adriano y nosotros.

*

En 1937, durante mi primera residencia en los Estados Unidos, hice una serie de lecturas para este libro en la Universidad de Yale; escribí la visita al médico y el pasaje sobre la renunciación a los ejercicios del cuerpo. Estos fragmentos subsisten, modificados, en la versión actual.

*

En todo caso, yo era demasiado joven. Hay libros a los que no hay que atreverse hasta no haber cumplido los cuarenta años. Se corre el riesgo, antes de haber alcanzado esa edad, de desconocer la existencia de grandes fronteras naturales que separan, de persona a persona, de siglo a siglo, la infinita variedad de los seres; o por el contrario, de dar demasiada importancia a las simples divisiones administrativas, a los puestos de aduana, o a las garitas de los guardias. Me hicieron falta esos años para aprender a calcular exactamente las distancias entre el emperador y yo.

Dejo de trabajar en este libro (salvo durante algunos días, en París) en 1937 y 1939.

*

Surge el recuerdo de T.E. Lawrence, que se superpone en Asia Menor al de Adriano. Pero el trasfondo de Adriano no es el desierto, sino las colinas de Atenas. Cuanto más pensaba en esto, tanto más la aventura de un hombre que niega (y que en primer término se niega) me inspiraba el deseo de presentar a través de Adriano el punto de vista de alguien que no renuncia, o que renuncia en un lugar para aceptar en otra parte. Por lo demás, es evidente que ese ascetismo y ese hedonismo son actitudes intercambiables.

*

En octubre de 1939, dejé el manuscrito en Europa con la mayor parte de las notas; pero llevé

a los Estados Unidos los resúmenes hechos antes en Yale, un mapa del Imperio Romano en la época de la muerte de Trajano que llevaba conmigo desde hacía años y el perfil del Antínoo del Museo Arqueológico de Florencia, que compré allí en 1926, y que lo muestra joven, grave y dulce.

*

Proyecto abandonado desde 1939 hasta 1948. A veces volvía sobre él, pero siempre con sumo desaliento, casi con indiferencia, como si se hubiera tratado de algo imposible. Y hasta avergonzada por haber intentado alguna vez semejante cosa.

*

Hundimiento en la desesperación de un escritor que no escribe.

*

En los peores momentos de desaliento y de atonía, iba a ver en el hermoso Museo de Hartford (Connecticut) una hermosa tela romana de Canaletto: el Panteón ocre y dorado recortándose contra un cielo azul, al final de una tarde de verano. Después de contemplarla, me sentía más serena y reconfortada.

*

Hacia 1941 descubrí por casualidad, en la tienda de un comerciante neoyorquino, cuatro grabados de Piranesi, que G... y yo compramos. En uno de ellos, una vista de la Villa Adriana que me era desconocida hasta entonces, aparece la capilla Canope, de donde fueron tomados en el siglo XVII el

Antínoo de estilo egipcio y las estatuas de sacerdotisas de basalto que hoy se ven en el Vaticano. Estructura redonda, pulida como un cráneo, de donde penden algunas malezas como mechones. El genio casi mediúmnico de Piranesi ha intuido la alucinación, las extensas rutinas del recuerdo, la arquitectura trágica de un mundo interior. Durante muchos años me detuve a contemplar esta imagen casi todos los días, sin por ello volver sobre mi antiguo proyecto, al que creía haber renunciado. Tales son los curiosos subterfugios de lo que se llama olvido.

*

En la primavera de 1947, ordenando papeles, quemé los apuntes tomados en Yale: me parecían ya definitivamente inútiles.

*

Sin embargo, el nombre de Adriano figura en un ensayo sobre el mito de Grecia, que redacté en 1943 y que Caillois publicó en *Les lettres françaises* de Buenos Aires. En 1945, la imagen de Antínoo, anegada y arrastrada de alguna manera por esa corriente de olvido, vuelve a salir a flote en un ensayo aún inédito, *Cántico del alma libre*, escrito en vísperas de una grave enfermedad.

*

Decirse constantemente que todo lo que yo aquí cuento está desmentido por lo que no cuento; esas notas sólo enmarcan una laguna. No se refieren a lo que yo hacia durante esos años difíciles, como

tampoco a mis pensamientos, mis trabajos, mis angustias, mis alegrías, la inmensa repercusión de los hechos exteriores, la constante prueba de mi misma en la piedra de toque de los hechos. Y callo también las experiencias que me deparó la enfermedad y otras, más secretas, que se vinculan con ellas, y la perpetua presencia o busca del amor.

*

No tiene importancia: tal vez fuera necesaria esa solución de continuidad, esa ruptura, esa noche del alma que tantos de nosotros hemos padecido en aquella época, cada uno a su manera, y muy frecuentemente de modo más trágico y más definitivo que yo, para obligarme a tratar de colmar no sólo la distancia que me separaba de Adriano, sino sobre todo la que me separaba de mí misma.

*

Utilidad de todo lo que hacemos por nosotros mismos, sin pensar en el provecho. Durante los años de destierro, frecuenté la lectura de los autores antiguos: los volúmenes de tapa roja o verde de la edición Loeb-Heinemann llegaron a ser una patria para mí. Una de las mejores formas de recrear el pensamiento de un hombre: reconstruir su biblioteca. Durante años, y sin saberlo, yo me había empeñado en repoblar las calles de Tíbur. No me quedaba más que imaginar las manos hinchadas de un enfermo sobre los manuscritos desplegados.

Reconstruir desde adentro lo que los arqueólogos del siglo XIX han hecho desde afuera.

*

En diciembre de 1948 recibí de Suiza, donde la había dejado durante la guerra, una maleta llena de papeles familiares y cartas de más de diez años de antigüedad. Me senté junto al fuego para acabar con esa especie de horrible inventario de cosas muertas; me pasé varias noches en soledad ocupada en eso. Deshacía atados de cartas; releía, antes de destruirlo, ese montón de correspondencia con personas olvidadas y que me habían olvidado, algunas vivas, otras muertas. Algunos de esos papeles databan de una generación anterior a la mía; los nombres mismos no me decían nada. Arrojaba mecánicamente al fuego ese intercambio de frases muertas con Marías, Franciscos y Pablos desaparecidos. Desplegué cuatro o cinco hojas dactilografiadas; el papel estaba amarillento. Leí el encabezamiento: «Querido Marco... » Marco... ¿De qué amigo, de qué amante, de qué pariente lejano se trataba? No advertí de inmediato a quién se refería el nombre. Al cabo de unos instantes, recordé de pronto que ese Marco no era otro que Marco Aurelio, y supe que tenía en mis manos un fragmento del manuscrito perdido. Desde ese momento, me propuse reescribir ese libro costara lo que costare.

*

Esa noche reabrí dos volúmenes que me habían enviado, restos de una biblioteca dispersa. Uno era Dion Casio en la hermosa impresión de Henri

Estienne, y el otro un tomo de una edición corriente de la *Historia Augusta*: las dos fuentes principales de la vida de Adriano, que adquirí en la época en que me había propuesto escribir este libro. Todo lo que el mundo y yo habíamos atravesado entre tanto, enriquecía esas crónicas con la experiencia de un tiempo convulso, proyectaba sobre esa existencia imperial otras luces, otras sombras. En aquel entonces, yo había pensado en el letrado, en el viajero, en el poeta, en el amante y sin que ninguno de esos aspectos perdiera su importancia, veía por primera vez dibujarse con extrema nitidez, entre todos ellos, el más oficial y a la vez más secreto, el del emperador. Haber vivido en un mundo que se deshace me mostró la importancia del Príncipe.

*

Me complací en hacer y rehacer el retrato de un hombre que casi llegó a la sabiduría.

*

Tan sólo otra figura histórica me ha tentado con una insistencia similar. Omar Khayam, poeta astrónomo. Pero la vida de Khayam es la del contemplador, la del contemplador puro: el mundo de la acción le fue ajeno por completo. Por lo demás, no conozco Persia ni su lengua.

*

Imposibilidad, también, de tomar como figura central un personaje femenino; de elegir, por ejemplo, como eje de mi relato, a Plotina en lugar de Adriano. La vida de las mujeres es más limitada,

o demasiado secreta. Basta con que una mujer cuente sobre sí misma para que de inmediato se le reproche que ya no sea mujer. Y ya bastante difícil es poner alguna verdad en boca de un hombre.

*

Partí para Taos, en Nuevo México. Llevaba conmigo las hojas en blanco para recomenzar este libro: nadador que se arroja al agua sin saber si alcanzará la otra orilla. Muy tarde en la noche, trabajé en él entre Nueva York y Chicago, encerrada en mi camarote como en un hipogeo. Después, durante todo el día siguiente, continué en el restaurante de una estación de Chicago, donde tuve que esperar a un tren detenido por una tormenta de nieve. Enseguida, de nuevo hasta el alba, sola en el coche del expreso de Santa Fe, rodeada por las oscuras cimas de las montañas del Colorado y por el eterno transcurso de los astros. Escribí sin interrupción los pasajes sobre la infancia, el amor, el sueño y el conocimiento del hombre. No recuerdo día más ardiente ni noches más lúcidas.

*

Paso lo más rápido posible sobre tres años de investigaciones, que no interesan más que a los especialistas, y sobre la elaboración de un método de delirio que no interesaría más que a los insensatos. Esta última frase hace demasiadas concesiones al romanticismo: hablemos más bien de una participación constante, y la más clarividente posible, en lo que sucedió.

*

Con un pie en la erudición, otro en la magia, o más exactamente y sin metáfora, sobre esa *magia simpática* que consiste en transportarse mentalmente al interior de otro.

*

Retrato de una voz. Si decidí escribir estas *Memorias de Adriano* en primera persona, fue para evitar en lo posible cualquier intermediario, inclusive yo misma. Adriano podría hablar de su vida con más firmeza y más sutileza que yo.

*

Los que consideran la novela histórica como una categoría diferente, olvidan que el novelista no hace más que interpretar, mediante los procedimientos de su época, cierto número de hechos pasados, de recuerdos conscientes o no, personales o no, tramados de la misma manera que la Historia. Como *Guerra y Paz*, la obra de Proust es la reconstrucción de un pasado perdido. La novela histórica de 1830 cae, es cierto, en el melodrama y el folletín de capa y espada; no más que la sublime *Duquesa de Langeais* o la asombrosa *Niña de los ojos de oro*. Flaubert reconstruye laboriosamente el palacio de Amílcar con ayuda de centenares de pequeños detalles; del mismo modo procede con Yonville. En nuestra época, la novela histórica, o la que puede denominarse así por casualidad, ha de desarrollarse en un tiempo recobrado, toma de posesión de un mundo interior.

*

El tiempo no cuenta. Siempre me sorprende que mis contemporáneos, que creen haber conquistado y transformado el espacio, ignoren que la distancia de los siglos puede reducirse a nuestro antojo.

*

Todo se nos escapa, y todos, y hasta nosotros mismos. La vida de mi padre me es tan desconocida como la de Adriano. Mi propia existencia, si tuviera que escribirla, tendría que ser reconstruida desde fuera, penosamente, como la de otra persona; debería remitirme a ciertas cartas, a los recuerdos de otro, para fijar esas imágenes flotantes. No son más que muros en ruinas, paredes en sombra. Ingeniármelas para que las lagunas de nuestros textos, en lo que concierne a la vida de Adriano, coincidan con lo que hubieran podido ser sus propios olvidos.

*

Lo cual no significa, como se dice con demasiada frecuencia, que la verdad histórica sea siempre y en todo inasible. Es propio de esta verdad lo de todas las otras: el margen de error es *mayor o menor*.

*

Las reglas del juego: aprenderlo todo, leerlo todo, informarse de todo, y, simultáneamente, adaptar a nuestro fin los *Ejercicios* de Ignacio de Loyola o el método del asceta hindú que se esfuerza,

a lo largo de años, en visualizar con un poco más de exactitud la imagen que construye en su imaginación. Rastrear a través de millares de fichas la actualidad de los hechos; tratar de reintegrar a esos rostros de piedra su movilidad, su flexibilidad viviente. Cuando dos textos, dos afirmaciones, dos ideas se oponen, esforzarse en conciliarlas más que en anular la una por medio de la otra; ver en ellas dos facetas diferentes, dos estados sucesivos del mismo hecho, una realidad convincente porque es compleja, humana porque es múltiple. Tratar de leer un texto del siglo II con los ojos, el alma y los sentimientos del siglo II; bañarlo en esa agua-madre que son los hechos contemporáneos; separar, si es posible, todas las ideas, todos los sentimientos acumulados en estratos sucesivos entre aquellas gentes y nosotros. Servirse, no obstante, pero prudentemente, a título de estudios preparatorios, de las posibilidades de acercamiento o de comprobación, de perspectivas nuevas elaboradas poco a poco por tantos siglos o acontecimientos que nos separan de ese texto, de ese suceso, de ese hombre; utilizarlos en alguna manera como hitos en la ruta de regreso hacia un momento determinado en el tiempo. Deshacerse de las sombras que se llevan con uno mismo, impedir que el vaho de un aliento empañe la superficie del espejo; atender sólo a lo más duradero, a lo más esencial que hay en nosotros, en las emociones de los sentidos o en las operaciones del espíritu, como

puntos de contacto con esos hombres que, como nosotros, comieron aceitunas, bebieron vino, se embadurnaron los dedos con miel, lucharon contra el viento despiadado y la lluvia enceguecedora y buscaron en verano la sombra de un plátano y gozaron, pensaron, envejecieron y murieron.

*

Hice revisar por médicos varias veces los breves pasajes de las crónicas que se refieren a la enfermedad de Adriano. No muy diferentes, en general, de las descripciones clínicas de la muerte de Balzac.

*

Para comprender mejor utilizar un comienzo de enfermedad del corazón.

*

¿Qué es Hécuba para él?, se pregunta Hamlet en presencia del actor ambulante que llora por Hécuba. Y Hamlet no tiene más remedio que reconocer que ese comediante que derrama lágrimas auténticas ha logrado establecer con esa muerte tres veces milenaria una comunicación más profunda que la de él mismo con su padre enterrado la víspera, pero cuya desdicha no siente del todo por estar dispuesto a vengarlo sin demora.

*

La sustancia, la estructura humana apenas cambian. Nada más estable que la curva de una clavícula, el lugar de un tendón o la forma de un dedo del pie. Pero hay épocas en las que el calzado

deforma menos. En el siglo del que hablo, estamos aún muy cerca de la libre verdad del pie descalzo.

*

Al atribuir a Adriano dotes de visionario, me instalaba en el terreno de lo plausible, aun cuando esas posibilidades fuesen vagas. El analista imparcial de los hechos humanos se equivoca por lo común bastante poco sobre el desarrollo ulterior de los acontecimientos; y al contrario, acumula errores cuando se trata de prever su manera de suceder, sus detalles y sus características. Napoleón profetizó en Santa Elena que un siglo después de su muerte Europa sería revolucionaria o cosaca; distinguió muy bien las dos posibilidades de la alternativa; no podía imaginar que se superpondrían la una a la otra. Pero en general, sólo es por orgullo, por grosera ignorancia o por negligencia, como nos negamos a ver en el presente los lineamientos de las épocas futuras. Esos sabios libres del mundo antiguo pensaban como nosotros en términos de física o de fisiología universal: consideraban posible el fin del hombre y la muerte del mundo. Plutarco y Marco Aurelio no ignoraban que los dioses y las civilizaciones pasan y mueren. No somos los únicos que miramos cara a cara un inexorable porvenir ante nosotros.

*

Esta clarividencia que atribuyo a Adriano no era, por lo demás, sino la forma de hacer resaltar el elemento casi fáustico del personaje, tal como se

ve, por ejemplo, en los *Cantos Sibilinos*, en los escritos de Elio Arístides, o en el retrato de Adriano anciano hecho por Frontón. Con razón o sin ella, se le atribuían a ese moribundo virtudes más que humanas.

*

Si ese hombre no hubiera mantenido la paz del mundo y no hubiera renovado la economía del imperio, sus venturas y desventuras personales interesarían menos.

*

No hay tarea tan apasionante como la de confrontar los textos. El poema del trofeo de caza de Tespies, consagrado por Adriano al Amor y a la Venus Uraniana «en las colinas de Helicón, junto a la fuente de Narciso», es del otoño de 124; el emperador fue por la misma época a Mantinea, donde nos cuenta Pausanias que hizo levantar la tumba de Epaminondas y que inscribió en ella un poema. La inscripción de Mantinea hoy se ha perdido, pero el gesto de Adriano quizá sólo cobra todo su sentido confrontado con un pasaje de las *Moralia* de Plutarco, que refiere que Epaminondas fue sepultado en aquel lugar entre dos jóvenes amigos muertos a su lado. Si se acepta para el encuentro entre Antínoo y el emperador la fecha 123-124 de su residencia en Asia Menor, que en todo caso es la fecha más plausible y mejor documentada por los hallazgos de los iconógrafos, esos dos poemas formarían parte de lo que podría

llamarse el ciclo de Antínoo, inspirados ambos por esa misma Grecia idílica y herpica que Adriano evocaría más tarde, después de la muerte del favorito, cuando compare al muchacho con Patroclo.

*

Cierto número de personajes cuyo retrato quisiera desarrollar: Plotina, Sabina, Arriano, Suetonio. Pero Adriano no podía verlos más que de sesgo. El propio Antínoo sólo puede verse por reflejo, a través de los recuerdos del emperador, es decir, con una minucia apasionada y algunos errores.

*

Todo lo que podría decirse sobre el temperamento de Antínoo está inscrito en la menor de sus imágenes. *Eager and impassiona¡ed tenderness, sullen effeminacy:* Shelley, con el admirable candor de los poetas, dijo en seis palabras lo esencial, lo que los críticos de arte y los historiadores del siglo xix no hicieron más que dilatar en declamaciones virtuosas, con mucho de idealización falsa o ambigua.

Retratos de Antínoo: abundan, van de lo incomparable a lo mediocre. Todos, a pesar de las variaciones debidas al arte del escultor o a la edad del modelo, con la diferencia que existe entre los retratos hechos ante la imagen viva y los retratos ejecutados en honor del muerto, sorprenden por el increíble realismo de esa figura siempre reconocida de inmediato y sin embargo interpretada de maneras

tan diversas, por ese ejemplo, único en la Antigüedad, de supervivencia y de multiplicación en la piedra de un rostro que no fue ni el de un hombre de Estado ni el de un filósofo, sino simplemente el de alguien que fue amado. Entre estas imágenes, las dos más hermosas son las menos conocidas: son también las únicas que llevan el nombre de un escultor. Una es el bajorrelieve firmado por Antoniano de Afrodisias y encontrado hace unos cincuenta años sobre el emplazamiento de un instituto agronómico, los *Fundi Rusrici*, en cuya sala del consejo de administración se halla hoy colocado. Como ningún guía de Roma señala su existencia en esta ciudad ya repleta de estatuas, los turistas la ignoran. El bajorrelieve de Antoniano está tallado en mármol italiano; seguramente fue hecho en Italia, y sin duda en Roma, por ese artista instalado desde mucho tiempo atrás en la Ciudad o llevado por Adriano en uno de sus viajes. La delicadeza de la pieza es admirable. Una greca de vid rodea con el más flexible de los arabescos al joven rostro melancólico e inclinado: se piensa irresistiblemente en las vendimias de la vida breve, en la atmósfera frutal de una tarde de otoño. La obra delata las huellas de los años pasados en un sótano durante la última guerra: la blancura del mármol ha desaparecido momentáneamente bajo manchas terrosas; faltan tres dedos de la mano izquierda. Así sufren los dioses la locura de los hombres.

[Nota de 1958. *Las líneas precedentes aparecieron hace seis años; entre tanto, el bajorrelieve de Antoniano fue adquirido por un banquero romano, Arturo Osio, curioso personaje que hubiera interesado a Stendhal o a Balzac. Osio demuestra por esta reliquia la misma solicitud que por los animales que viven en libertad en una propiedad suya muy cerca de Roma, así como por los árboles que ha plantado por millares en su dominio de Orbetello. Rara virtud: «Los italianos detestan los árboles», dijo Stendhal en 1828, ¿y qué diría ahora cuando los especuladores de Roma matan echándoles agua caliente a los pinos demasiado hermosos, demasiado protegidos por los reglamentos urbanos, que les molestan para construir sus hormigueros? Lujo raro, también: ¿cuántos hombres ricos pueblan sus bosques y prados de animales en libertad, no por el placer de la caza, sino para reconstruir algo así como un admirable Edén? El amor hacia las estatuas antiguas, esos grandes objetos apacibles, duraderos y frágiles a la vez, es bastante poco común en los coleccionistas de nuestra época agitada y sin porvenir. Por consejo de los expertos, el nuevo poseedor del bajorrelieve de Antoniano acaba de someterlo a mano autorizada para la más delicada de las limpiezas; una lenta fricción con la yema de los dedos ha desembarazado el mármol de su herrumbre y su moho, devolviéndole su brillo natural de alabastro y marfil.*]

La segunda de estas dos obras maestras es el ilustre sardónice que lleva el nombre de Gema Malborough por haber pertenecido a esa colección hoy dispersa. Durante más de treinta años se creyó

que esa hermosa pieza estaba perdida o enterrada. Una venta pública en Londres la sacó a relucir en enero de 1952; el gusto refinado del gran coleccionista Giorgio Sangiorgi hizo que volviera a Roma. Debo a la benevolencia de Sangiorgi el haber visto y tocado esa pieza única. En el borde se lee, incompleta, una firma que se considera de Antoniano de Afrodisias. El artista encerró con tanta maestría ese perfil perfecto en el estrecho espacio de un sardónice, que ese trozo de piedra testimonia un gran arte perdido como lo haría una estatua o un bajorrelieve.

Las proporciones de la obra hacen olvidar las dimensiones del objeto. En la época bizantina el reverso de la obra maestra fue moldeado en una ganga del oro más puro. Fue así como pasó de coleccionista desconocido en coleccionista desconocido hasta llegar a Venecia, donde en el siglo XVI se señala su presencia en una gran colección; el célebre anticuario Gavin Hamilton la compró y la llevó a Inglaterra, de donde vuelve hoy a Roma, su lugar de origen. De todos los objetos existentes en la superficie de la tierra, es el único que podemos presumir con alguna certeza que haya pasado por las manos de Adriano.

*

Es necesario sumergirse en los recovecos de un tema para descubrir las cosas más simples, y del interés literario más general. Fue sólo al estudiar a Flegón, secretario de Adriano, cuando supe que se

debe a este personaje olvidado la primera y una de las más bellas historias de aparecidos, esa sombría y voluptuosa *Novia de Corinto* en la que se inspiraron Goethe y el Anatole France de las *Bodas corintias*. Flegón, además, escribía con la misma tinta y con la misma curiosidad desordenada por todo aquello que trascendiera los limites de lo humano absurdas historias de monstruos con dos cabezas, de hermafroditas en trance de parir. Tal vez, por lo menos en ciertos días, el tema de conversación en la mesa imperial.

*

Los que hubieran preferido un Diario de Adriano a las Memorias de Adriano olvidan que el hombre de acción muy rara vez lleva un diario; no es sino mucho después, al llegar a un periodo de inactividad, cuando se pone a recordar, anota y por lo común se asombra.

*

A falta de cualquier otro documento, la carta de Arriano al emperador Adriano acerca del viaje por el Mar Negro bastaría para recrear en líneas generales la figura imperial: minuciosa exactitud del dueño y señor que todo lo quiere saber; interés por los trabajos de la paz y de la guerra; gusto por las estatuas bien modeladas; pasión por los poemas y las leyendas antiguas. Y ese mundo, raro en cualquier época, y que habría de desaparecer por completo después de Marco Aurelio, en el cual, por sutiles que fueran los matices del protocolo y el

respeto, el letrado y el administrador se dirigían aún al príncipe como a un amigo. Todo está allí: melancólico retorno al ideal de la Grecia antigua; discreta alusión a los amores perdidos y a las consolaciones místicas buscadas por el superviviente, añoranza de países desconocidos y de climas bárbaros. La evocación prerromántica de las regiones desiertas, pobladas de pájaros marinos hace pensar en el admirable vaso, encontrado en la Villa Adriana y que hoy puede verse en el Museo de las Termas, donde una bandada de garzas se esparce y alza vuelo en plena soledad por la nieve del mármol.

*

Nota de 1949. Cuanto más me esfuerzo por lograr un retrato fiel, más me alejo del hombre y del libro que podrían agradar. Sólo podrán comprenderme algunos pocos que se apasionan por el destino humano.

*

La novela devora hoy todas las formas: estamos casi obligados a pasar por ella; este estudio sobre la suerte de un hombre que se llamó Adriano hubiera sido una tragedia en el siglo XVII y un ensayo en el Renacimiento.

*

Este libro es la condensación de una enorme tarea hecha sólo para mí. Me había habituado, todas las noches, a escribir de manera automática el resultado de mis paseos imaginarios por la intimidad

de otras épocas. Registraba hasta las menores palabras, los menores gestos, los matices más imperceptibles; las escenas que en el libro ocurren en dos líneas, aparecían hasta en sus menores detalles y como en cámara lenta. Unidas las unas a las otras, esas especies de actas hubieran formado un volumen de millares de páginas. Pero quemaba por la mañana el trabajo de cada noche. Escribí así enorme cantidad de meditaciones muy abstrusas, y algunas descripciones bastante obscenas.

*

El hombre más apasionado por la verdad, o al menos por la exactitud, es por lo común el más capaz de darse cuenta, como Pilato, de que la verdad no es pura. De ahí que las afirmaciones más directas vayan mezcladas con dudas, repliegues, rodeos que un espíritu más convencional no tendría. En ocasiones, aunque no a menudo, me asaltaba la impresión de que el emperador mentía. Y entonces tenía que dejarle mentir, como todos hacemos.

*

Grosería de los que dicen: «Adriano es usted». Grosería quizás mayor de los que se sorprenden de que yo haya elegido un tema tan lejano y extraño. El hechicero que practica una incisión en su pulgar en el momento de evocar las sombras, sabe que ellas no sólo obedecerán esa llamada porque van a beber a su propia sangre. Sabe también, o debería saber, que las voces que le hablan son más sabias y más dignas de atención que sus propios gritos.

*

Me di cuenta muy pronto de que estaba escribiendo la vida de un gran hombre. Por tanto, más respeto por la verdad, más cuidado, y, en cuanto a mí, más silencio.

*

De alguna manera, toda vida narrada es ejemplar; se escribe para atacar o para defender un sistema del mundo, para definir un método que nos es propio. Y no es menos cierto que por la idealización o la destrucción deliberadas, por el detalle exagerado o prudentemente omitido, se descalifica casi toda biografía: el hombre así construido sustituye al hombre comprendido. No perder nunca de vista el diagrama de una vida humana, que no se compone, por más que se diga, de una horizontal y de dos perpendiculares, sino más bien de tres líneas sinuosas, perdidas hacia el infinito, constantemente próximas y divergentes: lo que un hombre ha creído ser, lo que ha querido ser, y lo que fue.

*

Aunque sea obvio decirlo, siempre se erige un monumento de acuerdo con el gusto de cada uno. Y no es poco emplear sólo piedras auténticas.

*

Todo ser que haya vivido la aventura humana vive en mí.

El siglo II me interesa porque fue, durante mucho tiempo, el de los últimos hombres libres. En

lo que a nosotros concierne, quizás estemos ya bastante lejos de aquel tiempo.

*

El 26 de diciembre de 1926, en una noche glacial al borde el Atlántico, en el silencio casi polar de la isla de los Montes Desiertos, en los Estados Unidos, traté de revivir el calor, la sofocación de un día de julio de 138 en Bayas, el peso de su túnica en las piernas lentas y cansadas, el ruido casi imperceptible de un mar sin marea que bañaba a un hombre absorto en los rumores de su propia agonía. Traté de llegar hasta el último trago de agua, el último malestar, la última imagen. Al emperador sólo le quedaba morir.

*

No he dedicado a nadie este libro. Tendría que habérselo dedicado a G.F. Y lo hubiera hecho si poner una dedicatoria personal al frente de una obra en la que yo pretendía pasar inadvertida no hubiera sido una suerte de indecencia. Pero aun la dedicatoria más extensa es una manera bastante incompleta y trivial de honrar una amistad fuera de lo común. Cuando trato de definir ese bien que me ha sido dado desde hace años, advierto que un privilegio semejante, por raro que sea, no puede ser único; que debe existir alguien, siquiera en el trasfondo, en la aventura de un libro bien llevado o en la vida de un escritor feliz, alguien que no deje pasar la frase inexacta o floja que no cambiamos por pereza; alguien que tome por nosotros los

gruesos volúmenes de los anaqueles de una biblioteca para que encontremos alguna indicación útil y que se obstine en seguir consultándolos cuando ya hayamos renunciado a ello; alguien que nos apoye, nos aliente, a veces que nos oponga algo; alguien que comparta con nosotros, con igual fervor, los goces del arte y de la vida, sus tareas siempre pesadas, jamás fáciles; alguien que no sea ni nuestra sombra, ni nuestro reflejo, ni siquiera nuestro complemento, sino alguien por sí mismo; alguien que nos deje en completa libertad y que nos obligue, sin embargo, a ser plenamente lo que somos. *Hospes Comesque.*

*

Supe en diciembre de 1951 de la reciente muerte del historiador alemán Wilhelm Weber, en abril de 1952 la del erudito Paul Graindor, cuyos trabajos me fueron muy útiles. Conversé estos días con dos personas. G.B... y J.F... que conocieron en Roma al grabador Pierre Gusman, sobre la época en la que él se dedicó a dibujar con pasión los lugares de la Villa. Sentimiento de pertenecer a una especie de *Gens Elia*, de formar parte del conjunto de secretarios del gran hombre, de participar en el relevo de la guardia imperial que montan los humanistas y los poetas relevándose en torno a un gran recuerdo. Así (y lo mismo ocurre sin duda con los especialistas en Napoleón y los amantes de Dante), un círculo de espíritus vinculados por las

mismas simpatías y las mismas inquietudes se forma a través del tiempo.

*

Los Blazios y los Vadios existen, y su primo Basilio aún vive. Una vez, sólo una vez, me encontré frente a ese conjunto de insultos y bromas de cuerpos de guardia, citas truncadas o deformadas con arte para infundir a nuestras frases una tontería que ellas no dicen, argumentos capciosos sostenidos por afirmaciones a la vez vagas y perentorias para ser tenidas en cuenta por el lector respetuoso del hombre con títulos y que no tiene tiempo ni deseos de consultar por su cuenta las fuentes. Todo esto caracteriza cierto género y cierta especie, felizmente poco comunes. Cuánta buena voluntad, al contrario, hay en tantos eruditos que podrían muy bien, en nuestra época de especialización forzosa, desdeñar en bloque todo esfuerzo literario de reconstrucción del pasado que parezca invadir sus territorios... Muchos de ellos se han ofrecido espontáneamente a rectificarme un error, a confirmarme un detalle, a sostener una hipótesis, a facilitar una nueva investigación; les quedo aquí sumamente agradecida. Todo libro reeditado debe alguna cosa a sus lectores honrados.

*

Esforzarse en lo mejor. Volver a escribir. Retocar, siquiera imperceptiblemente, alguna corrección. «Es a mí mismo a quien corrijo —decía Yeats— al retocar mis obras.»

Ayer, en la Villa, pensé en los millares de vidas silenciosas, furtivas como las de los animales, irreflexivas como las de las plantas: que han vivido entre Adriano y nosotros: Bohemios del tiempo de Piranesi, saqueadores de ruinas, mendigos, cabreros, aldeanos refugiados entre escombros. Al borde de un olivar, en una senda antigua y con escombros, G... y yo nos encontramos ante el lecho de cañas de un campesino, ante el bulto de las ropas colocado entre dos bloques de cemento romano, ante las cenizas de su fuego recién apagado. Sensación de humilde intimidad bastante similar a la que se siente en el Louvre, después del cierre, a la hora en que los catres de tijera de los guardas aparecen entre las estatuas.

*

(*Nada que modificar, en 1958, en las líneas que anteceden; el portamantas del campesino, aunque no su lecho, aún sigue allá G... y yo volvimos a detenernos sobre la hierba de Tempe, entre las violetas, en aquel momento sagrado del año en que todo vuelve a comenzar a pesar de las amenazas que el hombre de nuestros días deja caer sobre el mundo y sobre él mismo. Pero la Villa ha sufrido, sin embargo, un insidioso cambio. No total, es cierto: no se altera tan rápidamente un lugar que los siglos han destruido y formado con lentitud. Pero por un defecto raro, en Italia, los «embellecimientos» peligrosos han venido a sumarse a las refacciones y a las consolidaciones necesarias. Los olivares han sido talados para dar lugar a una zona de estacionamiento de*

automóviles y a un quiosco de bebidas que transforman la noble soledad del lugar en una especie de feria. Los visitantes beben de una fuente de cemento el agua que surge a través de un mascarón de yeso que imita lo antiguo; otro mascarán, aún más inútil, ornamenta el frente de una piscina surcada hoy por una flotilla de patos. Se ha copiado, también en yeso, triviales estatuas de jardín grecorromanas halladas en excavaciones recientes, y que no merecían que se les tributara ni ese exceso de honor ni esa indignidad; estas réplicas en tal vil material esponjosa y blanda, dispuestas casi al azar en pedestales, dan a la melancolía Canope la apariencia de un rincón de estudio de cine para una película sobre los Césares. Nada más frágil que el equilibrio de los lugares hermosos. Nuestras fantasías de interpretación dejan intactos los textos mismos, que sobreviven a nuestros comentarios; pero la menor restauración imprudente infligida a las piedras, la menor carretera de asfalto que invade un campo donde creció la hierba durante siglos, determina para siempre lo irreparable. La belleza se aleja; la autenticidad también.)

*

Lugares en los que se ha elegido vivir, residencias invisibles que uno se construye al margen del tiempo. Yo viví en Tíbur, tal vez allí muera, como Adriano en la Isla de Aquiles.

*

No. He vuelto a visitar la Villa una vez más, con sus pabellones para la intimidad y el reposo, sus vestigios de un lujo sin fasto, lo menos imperial

posible, de rico aficionado que se esfuerza por unir las delicias del arte a los placeres campestres; he buscado en el Panteón el lugar exacto al que llega un rayo de sol de la mañana del 21 de abril; he vuelto a transitar, a lo largo de los corredores del Mausoleo, la ruta fúnebre tan frecuentada por Chabrias, Celer y Diótimo, amigos de sus últimos días. Pero he dejado de sentir a esos seres, su inmediata presencia, esos hechos, esa actualidad; permanecen cerca de mí, pero desordenados, ni más ni menos como los recuerdos de mi propia vida. Nuestro intercambio con los demás no se produce más que por un cierto tiempo; se desvanece una vez lograda la satisfacción, la lección sabida, el servicio obtenido, la obra acabada. Lo que yo era capaz de decir ya está dicho; lo que hubiera podido aprender ya está aprendido. Ocupémonos ahora de otras cosas.

NOTA

Una reconstitución del género que acaba de leerse, es decir, escrita en primera persona y puesta en la boca del hombre a quien se trataba de retratar, próxima a la novela en algunos aspectos y en otros a la poesía, podría en rigor, prescindir de documentos justificativos; su valor humano aumenta sin embargo singularmente por obra de la fidelidad a los hechos. El lector hallará más adelante una lista de los principales textos en que nos hemos basado para escribir este libro. Al fundamentar así una obra

literaria, no hacemos más que conformarnos al uso sentado por Racine, quien en los prefacios de sus tragedias enumera cuidadosamente sus fuentes. Pero en primer término, y a fin de responder a las cuestiones más urgentes, sigamos asimismo el ejemplo de Racine al indicar algunos de los puntos, muy poco numerosos, donde hemos ido más allá de la historia, o la hemos modificado prudentemente. El personaje de Marulino es histórico, pero su característica principal, el don adivinatorio, está tomada de un tío y no de un abuelo de Adriano; las circunstancias de su muerte son imaginarias. Una inscripción nos señala que el sofista Iseo fue uno de los maestros del joven Adriano, pero no hay certeza de que el estudiante haya hecho, como aquí se dice, el viaje a Atenas. Galo es real, pero el detalle referente a la caída final de este personaje sólo tiene por objeto destacar uno de los rasgos más frecuentes en las descripciones del carácter de Adriano: el rencor. El episodio de la iniciación al culto de Mitra ha sido inventado; en aquella época dicho culto estaba ya de moda en el ejército, por lo cual es posible, aunque no se haya probado, que el joven oficial Adriano tuviera el capricho de hacerse iniciar. Lo mismo cabe decir del taurobolo al cual se somete Antínoo en Palmira. Melés Agrippa, Castoras y, en el episodio precedente, Turbo, son personajes reales, pero su participación en los ritos iniciáticos ha sido inventada en todos sus detalles. Se ha seguido en estas dos escenas la tradición según la cual el baño

de sangre es propio tanto del rito de Mitra cuanto del de la diosa siria, al cual ciertos eruditos prefieren limitarlo; estas asimilaciones de rituales entre distintos cultos son psicológicamente posibles en una época en la que las religiones de salvación «contaminaban» la atmósfera de curiosidad, de escepticismo y de vago fervor, como fue la del siglo II. El encuentro con el gimnosofista no figura en la historia de Adriano; hemos utilizado textos del siglo I y II que describen episodios del mismo género. Todos los detalles concernientes a Atiano son exactos, salvo una o dos alusiones a su vida privada, de la que nada sabemos. El capítulo sobre los amantes fue extraído en su totalidad de dos líneas de Esparciano (XI, 7); al recurrir toda vez que hacía falta a la invención, tratamos de mantenernos dentro de las generalidades más plausibles.

Pompeyo Próculo fue gobernador de Bitinia, aunque no puede asegurarse que lo fuera en 123-124, en ocasión de la visita del emperador. Estratón de Sardes, poeta erótico cuya obra no es conocida por la *Antología Palatina*, vivía probablemente en época de Adriano; nada prueba, ni impide, que el emperador lo haya encontrado en alguno de sus viajes por Asia Menor. La visita de Lucio a Alejandría en 130 ha sido deducida (cosa que ya hizo Gregorovius) de un texto muy discutido, la *Carta de Adriano a Serviano*; el pasaje concerniente a Lucio no obliga de ninguna manera a esa interpretación. Su presencia en Egipto es, pues, más que incierta;

en cambio los detalles concernientes a Lucio en este período han sido extraídos en su casi totalidad de su biografía por Esparciano, *Vida de Elio César*. La historia del sacrificio de Antínoo es tradicional (Dion, LXIX, 11; Esparciano, XIV, 7); el detalle de las operaciones de hechicería se inspira en las recetas de los papiros mágicos egipcios, pero los incidentes de la velada en Canope han sido inventados. El episodio del niño que se cae del balcón en una fiesta, y que aquí se sitúa durante la permanencia de Adriano en Filaé, fue extraído de un informe de los *Papiros de Oxirrinco*; en realidad, ocurrió cerca de cuarenta años después del viaje de Adriano a Egipto. Vincular la ejecución de Apolodoro a la conjuración de Serviano no pasa de una hipótesis, acaso defendible.

Chabrias, Celer y Diótimo son frecuentemente mencionados por Marco Aurelio, quien, sin embargo, no pasa de citar sus nombres y su apasionada fidelidad a la memoria de Adriano. Lo hemos utilizado para evocar la corte de Tíbur en los últimos años del reino: Chabrias representa el círculo de filósofos platónicos o estoicos que rodeaban al emperador: Celer (a quien no debe confundirse con el Celer mencionado por Filóstrato y Arístides, y que fue secretario *ab episulis Graecis*) resume elelemento militar, y Diótimo el grupo de los *eromenes* imperiales. Estos tres nombres históricos han servido por tanto como punto de partida para la invención parcial de tres personajes. En cambio,

el médico Iollas es un personaje real cuyo nombre no nos ha conservado la historia, la cual tampoco nos dice que fuera oriundo de Alejandría. El liberto Onésimo existió, pero no sabemos si cumplió para Adriano el papel de proxeneta; el nombre de Crescencio, secretario de Serviano, es auténtico, aunque la historia no nos diga que haya traicionado a su amo. El comerciante Opraomas existió: nada prueba empero que acompañara a Adriano hasta el Eufrates. La esposa de Arriano es un personaje histórico, pero no sabemos si era, como lo dice aquí Adriano, «fina y orgullosa». Los únicos personajes totalmente inventados no pasan de unas pocas comparsas: el esclavo Euforión, los actores Olimpo y Batilo, el médico Leotiquidas, el joven tribuno británico y el guía Assar. Las dos hechiceras —la de la isla de Bretaña y la de Canope— son personajes ficticios pero que resumen ese mundo de adivinos y expertos en ciencias ocultas que a Adriano le gustaba frecuentar. El nombre de Areté proviene de un poema auténtico de Adriano (*Ins. Gr.*, XIV, 1089), atribuido aquí arbitrariamente a la intendencia de la Villa; el del correo Menecratés fue extraído de la *Carta del rey Fermés al emperador Adriano* (Biblioteca de la Escuela de Actas, vol. 74, 1913), texto en un todo legendario y del que la historia propiamente dicha no puede valerse, pero que sin embargo pudo tomar sus detalles de otros documentos perdidos hoy en día. Los nombres de Benedicta y Teodora, pálidos fantasmas amorosos

que recorren los *Pensamientos* de Marco Aurelio, han sido cambiados por los de Verónica y Teodora, por razones estilísticas. Por último, los nombres griegos y latinos grabados en la base del coloso de Memnón, en Tebas, están en su mayor parte tomados de Letronne, *Colección de Inscripciones griegas y latinas de Egipto*, 1848; el imaginario de un tal Eumeno, que se habría inscrito en aquel lugar seis siglos antes de Adriano, tiene por fin dar cuenta, tanto para nosotros cuanto para Adriano mismo, del tiempo transcurrido entre los primeros visitantes griegos en Egipto, contemporáneos de Heródoto, y aquellos paseantes romanos de una mañana del siglo II.

La breve descripción del ambiente familiar de Antínoo no es histórica, pero tiene en cuenta las condiciones sociales que prevalecían entonces en Bitinia. Frente a diversos puntos controvertidos —razones del exilio de Suetonio, origen libre o servil de Antínoo, participación de Adriano en la guerra de Palestina, fecha de la apoteosis de Sabina y del entierro de Elio César en el castillo Sant'Angelo—, hemos tenido que elegir entre las hipótesis de los historiadores, esforzándonos por condicionar la decisión a las buenas razones. En otros casos —adopción de Adriano por Trajano, muerte de Antínoo— hemos preferido que planeara sobre el relato cierta incertidumbre que, antes de comunicarse a la historia, fue sin duda la de la vida misma.

Las dos fuentes principales para el estudio de la vida y del personaje del emperador son el historiador griego Dion Casio, que escribió el capítulo de su *Historia romana* consagrado a Adriano unos cuarenta años después de la muerte del emperador, y el cronista latino Esparcino, que redactó un siglo más tarde su *Vita Hadriani*, uno de los textos más sólidos de la Historia Augusta, y su *Vita Aeli Caesaris*, obra menor que nos da una imagen singularmente plausible del hijo adoptivo de Adriano y que sólo parece superficial porque el personaje también lo era. Ambos autores se basan en documentos hoy perdidos, entre otros las *Memorias* publicadas por Adriano con el nombre de su liberto Flegón, y una recopilación de cartas del emperador reunidas por este último. Ni Dion ni Esparciano son grandes historiadores, pero precisamente su falta de arte y hasta cierto punto de sistema, los mantiene en contacto singularmente estrecho con los hechos vivos, al punto que las investigaciones modernas han confirmado las más de las veces y en forma impresionante sus afirmaciones. Sobre estas sumas de hechos menudos se basa en parte la interpretación que acaba de leerse. Mencionemos también, sin pretender ser exhaustivos, algunos detalles extraídos de las *Vidas de la Historia Augusta*, como las de Antonino y Marco Aurelio, por Julio Capitolino, y algunas frases procedentes de Aurelio Víctor y del autor del *Epítome*, quienes tienen ya una concepción

legendaria de la vida de Adriano, pero cuyo espléndido estilo coloca en una categoría aparte. Las noticias históricas del *Diccionario* de Suidas proporcionaron dos hechos poco conocidos: la *Consolación* dirigida por Numenio a Adriano y las músicas fúnebres compuestas por Mesómedes en ocasión de la muerte de Antínoo.

Del mismo Adriano quedan algunas obras auténticas que hemos utilizado: correspondencia administrativa, fragmentos de discursos o de informes oficiales, como el célebre *Discurso de Lambesa*, conservados en la mayoría de los casos por inscripciones; decisiones legales transmitidas por jurisconsultos: poemas mencionados por los autores de su tiempo, como el ilustre *Animula vagula blandula*, o vueltos a encontrar en los monumentos donde figuraban a modo de inscripciones votivas, como el poema al Amor y a Afrodita Urania grabado en el muro del templo de Tespies (Kaibel, *Epigr. Gr.* 811). Las tres cartas de Adriano referentes a su vida personal (*Carta a Matidia, carta a Serviano, carta dirigida por el emperador moribundo a Antonino*) , que se encuentran respectivamente en la selección de cartas compiladas por el gramático Dositeo, en la *Vita Saturnini* de Vopiscus, y en el Grenfelí and Hunr, *Fayum Towns and their Papyri*, 1900, son de discutible autenticidad; no obstante, las tres llevan en gran medida la señal del hombre a quien se atribuyen, y algunas de las indicaciones que proporcionan han sido utilizadas en este libro.

Recordemos que las innumerables menciones de Adriano o de su círculo, diseminadas en casi todos los escritores del siglo II y III, ayudan a completar las indicaciones de las crónicas y llenan sus lagunas. Así, para no citar más que algunos ejemplos de las *Memorias de Adriano*, el episodio de las cacerías en Libia procede íntegramente de un fragmento muy mutilado del poema de Pancratés, *Las cacerías de Adriano y Antínoo*, hallado en Egipto y publicado en 1911 en la colección de *Papiros de Oxirrinco* (III, Nº. 1085); Ateneo, Aulo Gelio y Filóstrato proporcionan numerosos detalles sobre los sofistas y poetas de la corte imperial, mientras Plinio y Marcial agregan algunos rasgos a la imagen algo borrosa de un Voconio o un Licinio Sura. La descripción del dolor de Adriano por la muerte de Antínoo se inspira en los historiadores del reino, pero también en ciertos pasajes de los Padres de la Iglesia, sin duda reprobatorios, pero a veces más humanos y sobre todo con más diferentes opiniones acerca de este tema de lo que suele afirmarse. Se han incorporado a la obra pasajes de la *Carta de Arriano al emperador Adriano con motivo del periplo del Mar Negro*, que contienen alusiones al mismo tema, y aquí nos atenemos al juicio de los eruditos que consideran auténtico a este texto en su integridad. El *Panegírico de Roma*, el sofista Elio Arístides —obra de estilo netamente adriánico—, ha servido como base para la breve descripción del Estado ideal expuesta aquí por el emperador. Unos pocos detalles auténticos,

mezclados en el *Talmud* con un inmenso material legendario, se agregan al relato de la *Historia eclesiástica* de Eusebio para el episodio de la guerra de Palestina. La mención del exilio de Favorino proviene de un manuscrito de este último, publicado en 1931 por la Biblioteca del Vaticano (M. Norsa y G. Vitelli, *Il papiro Vaticano greco*, II en *Studi e Testi*, LIII); el atroz episodio del secretario tuerto procede de un tratado de Galeno, médico de Marco Aurelio; la imagen de Adriano moribundo se inspira en el trágico relato del emperador envejecido, obra de Frontón. Otras veces hemos acudido a las imágenes de los monumentos y a las inscripciones para fijar los detalles de los hechos no registrados por los historiadores antiguos. Ciertos aspectos de salvajismo de las guerras contra los dacios y los sármatas —prisioneros quemados vivos, los consejeros del rey Decebalo envenenándose el día de la capitulación— provienen de los bajorrelieves de la Columna Trajana (W. Foener, *La Colonne Trajane*, 1865; I. A. Richmond, *Trajan's A rmy on Trajan's Column*, en *Papers of the British School at Rome*, XIII, 1935); gran parte de las imágenes correspondientes a los viajes han sido tomadas de las monedas del reino. Los poemas grabados por Julia Balbila al pie del coloso de Memnón sirve de punto de partida al relato de la visita a Tebas (R. Cagnat, *Inscrip. Gr. ad res romanas pertinentes*, 1186-7); la precisión sobre el día del nacimiento de Antínoo se debe a la inscripción del colegio de

artesanos de Lanuvium, que en 133 tomó a Antínoo por patrón protector (*Corp. Ins. Lat* XIV, 2112), precisión discutida por Mommsen, pero aceptada más tarde por los eruditos menos hipercríticos; las frases que figuran como inscritas en la tumba del favorito fueron tomadas del gran texto en jeroglífico del obelisco del Pincio, que relata sus funerales y describe las ceremonias de su culto (A. Erman, *Obelisken Römischer Zeit, en Röm*. Mitt., XI, 1896); O. Marucchi, *Gli obelischi egiziani di Roma*, 1898). Para la historia de los honores divinos rendidos a Antínoo y la caracterización física y psicológica de éste, el testimonio de las inscripciones, los monumentos figurativos y las monedas sobrepasa ampliamente el de la historia escrita.

No existe hasta la fecha ninguna buena biografía moderna de Adriano a la cual podamos remitir al lector. La única obra de este género que merece mención, la más antigua también, es la de Gregorovius, publicada en 1851 y revisada en 1884, no carente de vida ni de color pero floja en todo lo referente a Adriano como administrador y como príncipe; por lo demás se trata de una biografía anticuada, y lo mismo puede decirse de los brillantes retratos trazados por Gibbon y por Renan. La obra de B.W. Henderson, *The Life and Principate of the Emperor Hadrian*, publicada en 1923, superficial a pesar de su extensión, no ofrece más que una imagen incompleta del pensamiento de Adriano y de los problemas de su tiempo, y hace un uso muy

insuficiente de las fuentes. Pero aunque aún falta una biografía completa de Adriano, abundan en cambio los sólidos estudios de detalle, y en muchos puntos la erudición moderna ha renovado la historia del reinado y la administración de Adriano. Para no citar más que algunas obras recientes, o prácticamente tales, y más o menos accesibles con facilidad, mencionaremos —en idioma francés— los capítulos consagrados a Adriano en *Le Haut-Empire Romain*, de Léon Hemo, 1933, y en *L'Empire Romain* de E. Albertini, 1936; el análisis de las campañas de Trajano contra los partos y de la política pacífica de Adriano en el primer volumen de la Histoire de l4sie de René Grousset, 1921; el estudio sobre la obra literaria de Adriano en *Les Empereurs et les Lettres latines* de Henri Bardon, 1944; las obras de Paul Graindor, *Athènes sons Hadrien*, de Louis Perret, 1929, y *L'Empereur Hadrien, son oeuvre législative et administrative*, de Bernard d'Orgeval, 1950, esta última a veces confusa en el detalle. Los trabajos más profundos sobre el reinado y la personalidad de Adriano siguen siendo sin embargo los de la escuela alemana, J. Dürr, *Die Reisen des Kaisers Hadrian*, Viena, 1881); J. Plew, *Quellenuntersuchungen zur Geshichte des Kaisers Hadrian*, Estrasburgo, 1890; E. Kornemann, *Kaiser Hadrian und der letzte grosse Historiker von Rom*, Leipzig, 1905, y sobre todo el breve y admirable trabajo de Wilhelm Weber, *Untersuchungen zur Geschichte des Kaisers Hadrianus*, Leipzig, 1907, y el

ensayo sustancial y más accesible publicado por él en 1936 en el undécimo tomo de la *Cambridge Ancient Histoiy, The Imperial Peace*, págs. 294-324. En lengua inglesa, la obra de Arnold Toynbee alude frecuentemente al reinado de Adriano; en algunas de dichas referencias se han basado ciertos pasajes de las *Memorias de Adriano*, en los que el emperador define por él mismo sus puntos de vista políticos: de Toynbee, véase en particular su *Roman Empire and Modern Europe*, en la *Dublin Review*, 1945. Véase también el importante capítulo consagrado a las reformas sociales y financieras de Adriano en M. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Roman Empire*, 1926; y, para el detalle de los hechos, los estudios de R.H. Lacey, *The Equestrian Officials of Trajan and Hadrian: Their career, with Some Notes of Hadrian's Reforms*, 1917; de Paul Alexander, *Letters and Speeches of the Emperor Hadrian*, 1938; de W.D. Gray, *A study of the Life of Hadrian Prior to his Accesion*, Northampton, Mass., 1919; de F. Pringsheim, *The Legal Policy and Reforms of Hadrian*, en el *Journ. of Roman Studies*, XXIV, 1934. Para la residencia de Adriano en las islas británicas y la erección del muro en la frontera de Escocia, consúltese la obra clásica de J.C. Bruce, *The Handbook to the Roman Wall*, edición revisada por R.G. Collingwood en 1933, y del mismo Collingwood en colaboración con J.N.L. Myres, *Roman Britain and the English Settlements*, segunda edición, 1937. Para la numismática del reino (excepción hecha de las monedas de Antínoo,

mencionadas más abajo), véanse los trabajos relativamente recientes de Harold Mattingly y E. A. Sydenham, *The Roman Imperial Coinage*, II, 1926, y el de P.L. Strack, *Untersuchungen zur Romisch Reichsprägung des zweiten Jahrhunderts*, II, 1923. Para la personalidad de Trajano y sus guerras, véase R. Paribeni, *Optimus Princeps*, 1927; R.P. Longden, *Nerva and Trajan*, y *The Wars of Trajan*, en la *Cambridge Ancient History*, XI, 1936; M. Durry, *Le Règne de Trajan d''après les Monnaies*, Rev. His. LVII, 1932, y W. Weber, *Traian und Hadrian*, en *Meister der Politik*, I, Stuttgart, 1923. Sobre Elio César: A.S. L. Farquharsen, On *the names of Aelius Caesar*, *Classical Quartely*, II, 1908, y J. Carpocino, *L'hérédité dynastique chez les Antonins*, 1950, cuyas hipótesis han sido desechadas como poco convincentes, prefiriendo la interpretación literal de los textos. Sobre la cuestión de los cuatro tenientes imperiales, véase A. von Premerstein, *Das Attentat der Konsulare aufHadrian in Jahre 118*, en *Klio*, 1908; J. Carcopino, *Lusius Quiétus, l''homme de Qwrnyn*, en *Istros*, 1934. Sobre el entorno griego de Adriano: A. von Premerstein, *C. Julius Quadratus Bassus*, en los *Sitz. Bayr. Akad. d. Wiss.*, 1934; P. Graindor, *Un Milliardaire Antique, Hérode Atticus et sa famille*, El Cairo, 1930; A. Boulanger, *Ælius Aritide et la Sophistique dans la Province d'Asie au Ile siècle de notre ère*, en las publicaciones de la *Bibliothèque des Ecoles Françaises d'Athènes et de Rome*, 1923; K. Horna, Die Hymnen *des Mesomedes*, Leipzig, 1928; G.

Martellotti, *Mesomede*, publicaciones de la *Scuola di Filologia Classica*, Roma, 1929; H.-C. Puech, *Numénius d'Apamèe*, en *Mélanges Bidez*, Bruselas, 1934. Sobre la guerra de los judíos: W. D. Gray, *The Founding of Ælia Capitolina and the Chronology of the Jewish War under Hadrian*, *American Journal of semitic Language and Literature*, 1923; A.L. Sachar, *A History of the Jews*, 1950; y 5. Lieberman, *Greek in Jewish Palestine*, 1942. Los descubrimientos arqueológicos hechos en Israel durante estos últimos años y vinculados con la revuelta de Bar Kochba han enriquecido con ciertos detalles nuestro conocimiento de la guerra de Palestina; la mayor parte de ellos, ocurridos después de 1951, no han podido ser utilizados en la presente obra.

La iconografía de Antínoo, y de manera más incidental, la historia del personaje, no han dejado de interesar a los arqueólogos y estetas, sobre todo en los países de lengua germana, desde que en 1764 Winckelmann dio al conjunto de retratos de Antínoo, o al menos a los principales de ellos conocidos en la época, un lugar preponderante en su *Historia del Arte Antiguo*. La mayoría de estos trabajos de fines del siglo XVIII y aun del siglo XIX no son más que una curiosidad, en lo que a nosotros concierne; la obra de L. Dietrichson, *Antinoüs*, Christiania, 1884, de un idealismo muy confuso, sigue siendo no obstante digna de atención por el cuidado con el que el autor ha recogido casi la totalidad de las referencias antiguas al favorito de

Adriano; el aspecto iconográfico representa sin embargo hoy en día una óptica y un método superados. El pequeño trabajo de F. Laban, *Der Gemütsausdruck des Antinoüs*, Berlín, 1891, pasa revista a las teorías estéticas en boga en Alemania en la época, pero no enriquece en nada la iconografía propiamente dicha del joven bitinio. El extenso ensayo consagrado a Antínoo por J.A. Symonds en sus *Sketches in Italy and Greece*, Londres, 1900, aunque de estilo y de información a veces envejecidos, sigue teniendo gran interés, así como una nota fundamental del mismo autor en su notable y rarísimo ensayo sobre la inversión antigua, *A Problem in Greek Ethics* (diez ejemplares fuera de comercio, 1883, reimpreso en 100 ejemplares en 1901). La obra de E. Holm, Das Bildnis des antinoas, Leipzig, 1933, revisión de tipo más académico, no aporta ni opiniones ni informaciones nuevas. Para los monumentos figurativos de Antínoo, además de la numismática, el mejor texto relativamente reciente es el estudio publicado por Pirro Marconi, Antínoo, *Saggio sull'Arte dell'Eta' Adrianea*, en el volumen XXIX de los *Monumenti Anticiti, R. Accademia dei Lincei*, Roma, 1923, estudio por lo demás poco accesible al gran público, por el hecho de que los numerosos tomos de esta colección se encuentran completos en muy pocas de las grandes bibliotecas.[1] El ensayo de Marconi, mediocre desde el punto de vista de la discusión estética, significa sin embargo un gran progreso en la iconografía del

tema, y acaba por su precisión con las brumosas fantasías imaginadas en torno al personaje de Antínoo aun por los mejores de los críticos románticos. Véanse también los breves estudios consagrados a la iconografía de Antínoo en las obras generales sobre el arte griego o grecorromano, como las de G. Rodenwalt, *Propyläen-Kunstgescitichte*, III, 2, 1930; E. Strong, *Art in Ancient Rome*, segunda edición, Londres, 1929; Robert West, *Römische Portrat-Plastik*, II, Munich, 1941; y C. Seltman, *Approach to Greek Art*, Londres, 1948. Las notas de R. Lanciani y C.L. Visconti, *Bolletine Communale di Roma*, 1886, los ensayos de O. Rizzo, *Antínoo-Silvano, en Ausonia*, 1908, de 5. Reinach, *Les Têtes des médaillons de l'Arc de Constantin*, en la *Rev. Arch.*, Serie IV, XV, 1910, de P. Gauckler, *Le Sanctuaire syrien du Janicule*, 1912, de H. Bulle, *Ein Jagddenkmal des Kaisers Hadrian*, en *Jahr. d. arch. Inst.*, XXXIV, 1919, y de R. Bartoccini, *Le Terme di Lepcis*, en *África italiana*, 1929, son dignos de citar entre muchos otros sobre los retratos de Antínoo identificados o descubiertos a fines del siglo XIX o en el siglo XX, y sobre las circunstancias de su descubrimiento.

En lo que concierne a la numismática del personaje, el mejor trabajo, considerando las numismáticas que se ocupan hoy de este tema, sigue siendo la *Numismatique d'Antínoos*, en el *Journ. Int. d'Archeologie Numismatique*, XVI, págs. 33-70, 1914, de Gustave Blum, joven erudito muerto durante la guerra de 1914, y que también ha dejado otros

estudios iconográficos consagrados al favorito de Adriano. Para las monedas de Antínoo acuñadas en Asia Menor, consultar en particular E. Babelon y T. Reinach, *Recueil Général des Monnaies Grecques d'Asie Mineure*, I-IV, 1904-1912, segunda edición 1925; para las monedas acuñadas en Alejandría, véase J. Vogt, *Die Alexandrinisciten Münzen*, 1929, y para algunas de las monedas acuñadas en Grecia, de C. Seltman, *Greek Sculpture and Some Festival Coins*, en *Hesperia* (*Journ. of Amer. School of Classical Studies at Athens*), XVII, 1948.

Con respecto a las oscurísimas circunstancias de la muerte de Antínoo, véase W. Weber, *Drei Untersucitungen zur aegyptisch-griechischen Religion*, Heidelberg, 1911. El libro de P. Graindor, ya citado, *Athènes sous Hadrien* contiene (pág. 13) una interesante referencia al mismo tema. El problema del exacto emplazamiento de la tumba de Antínoo nunca ha sido resuelto, a pesar de los argumentos de C. Hülsen, *Das Grab des Antinoüs*, en *Mitt. d. deutsch. arch. Inst. Röm. Abt.*, XII, 1896, y en *Berl. Phil. Wochenschr.*, 15 de marzo de 1919 y las opiniones opuestas de H. Kähler sobre este tema en su obra, mencionada más abajo, sobre la Villa de Adriano. Señalemos además que el admirable tratado del Padre Festugière sobre *La Valeur Religieuse des Papyrus Magiques*, en *L'ideal religeux des Grecs et l'Evangile*, 1932, y sobre todo su análisis del sacrificio del *Esiés*, de la muerte por inmersión y la divinización conferida en esa forma a la víctima,

si bien no contienen referencias a la historia del favorito de Adriano, no dejan por ello de aclarar ciertas prácticas que sólo conocíamos a través de una tradición literaria desvitalizada, permitiendo extraer esta leyenda de abnegación voluntaria del depósito de accesorios trágico-épicos, y hacerla entrar en el marco bien delimitado de cierta tradición oculta.

Casi todas las obras generales que tratan sobre el arte grecorromano dedican un extenso lugar al arte adriánico; algunas de ellas han sido mencionadas en parágrafo consagrado a las efigies de Antínoo; para una iconografía más completa de Adriano, de Trajano, de las princesas de su familia, y de Elio César, véase la obra ya citada de Robert West, *Römische Porträt-Plastik*, y entre otros, los libros de P. Graindor, *Bustes et Statues-Portraits de l'Egypte Romaine*, El Cairo, s/f, y de E Poulsen, *Greek and Roman Portraits in English Country Houses*, Londres, 1923, que contiene un cierto número de retratos menos conocidos y raramente reproducidos de Adriano y de su corte. Sobre la decoración de la época de Adriano en general, y sobre todo por las relaciones entre los motivos empleados por los cinceladores grabadores y las directivas políticas y culturales del reino, la hermosa obra de Jocelyn Toynbee, *The Hadrianic School, A chapter in the History of Greek Art*, Cambridge, 1934, merece una mención particular.

Las referencias a las obras de arte ordenadas por Adriano o pertenecientes a sus colecciones, sólo son dignas de figurar aquí en la medida en que completan la imagen de un Adriano anticuario, aficionado al arte, o amante preocupado por inmortalizar su rostro amado. La descripción de las efigies de Antínoo, hechas por el emperador, y la imagen misma del favorito en vida ofrecida en repetidas ocasiones en el curso de la presente obra, están naturalmente inspiradas en los retratos del joven bitinio, encontrados en su mayor parte en la Villa Adriana, que existen aún hoy en día, y a los que conocemos en la actualidad con los nombres de los grandes coleccionistas italianos de los siglos XVII y XVIII, a quienes Adriano por cierto no se los habría dejado. La atribución al escultor Aristeas de la pequeña cabeza existente hoy en el Museo Nacional de Roma, es una hipótesis de Pirro Marconi, en un ensayo citado más arriba; la atribución a Papias, otro escultor de la época de Adriano, del Antínoo Farnesio del Museo de Nápoles, no es más que una suposición de la autora. La hipótesis según la cual una efigie de Antínoo, hoy imposible de identificar con certeza, adornó los bajorrelieves adriánicos del teatro de Dionisos en Atenas, está tomada de una obra ya citada de P. Graindor. Sobre un punto de detalle, el origen de las tres o cuatro bellas estatuas grecorromanas o helenísticas encontradas en Itálica, patria de Adriano, adoptamos la opinión que señala que estas

obras, de las cuales una al menos parece salida de un taller alejandrino, provienen de mármoles griegos que datan del fin del primer siglo o del comienzo del segundo, y que sería una ofrenda del emperador mismo a su ciudad natal.

Las mismas consideraciones generales se aplican a la mención de monumentos levantados por Adriano, de los que una descripción más documentada habría transformado este libro en un manual disfrazado, y particularmente en el caso del de la Villa Adriana: el emperador, hombre de gusto; no haría sufrir a sus lectores el inventario completo de sus propiedades. Nuestras informaciones sobre las grandes construcciones de Adriano, tanto en Roma cuanto de las diferentes partes del imperio, nos llegan por intermedio de su biógrafo Esparciano, por la *Descripción de Grecia* de Pausanias, por los monumentos edificados en Grecia, o por cronistas más tardíos, como Malalas, que insiste particularmente en los monumentos elevados o restaurados por Adriano en Asia Menor. Por Procopio sabemos que la parte superior del Mausoleo de Adriano estaba decorada con estatuas que sirvieron como proyectiles a los romanos en la época del sitio de Alarico; y por la breve descripción de un viajero alemán del siglo VIII, el *Anónimo de Einsiedeln*, conservamos una imagen de lo que era a principios de la Edad Media el Mausoleo, ya fortificado desde los tiempos de Aureliano, pero aún no transformado en Castel Sant’Angelo. A estas

referencias y a estas nomenclaturas, los arqueólogos y los epigrafistas han añadido sus hallazgos. Para no dar de estos últimos más que un solo ejemplo, recordemos que fue en fecha muy reciente, y merced a las marcas de fábrica de los ladrillos que se utilizaron para edificarlo, que sabemos que el honor de la construcción o de la reconstrucción total del Panteón le es debido a Adriano, a quien se creyó por mucho tiempo sólo el restaurador. Remitimos al lector, sobre el tema de la arquitectura adriánica, a la mayor parte de las obras generales sobre el arte grecorromano citadas más arriba; véase también C. Schultess, *Bauten des Kaisers Hadrianus*, Hamburgo, 1898; G. Beltrami, *Il Panteone*, Roma, 1898; G. Rosi, *Bolletino della comm. arch. com.*, LIX, pág. 227, 1931; M. Borgatti, Castel 5. Angelo, Roma, 1890; S.R. Pierce, *The Mauseoleum of Hadrian and Pons Aelius*, en el *Jour. of Rom. Stud.*, xv, 1925. Para las construcciones de Adriano en Atenas, la obra varias veces citada de P. Graindor, *Athènes sous Hadrien*, 1934, y O. Fougères, *Athènes*, 1914, aunque algo anticuada, resume siempre lo esencial.

Recordemos, para el lector que se interese en ese lugar único que es la Villa Adriana, que los nombres de las diferentes partes de ésta, enumerados por Adriano en la presente obra y aún en uso hoy en día, provienen también de indicaciones de Esparciano y que las excavaciones hechas en el lugar han confirmado y completado, hasta el momento, antes que invalidado. Nuestro

conocimiento de los diferentes estados de esta hermosa ruina, entre Adriano y nosotros, proviene de toda serie de documentos escritos o de sucesivos grabados desde el Renacimiento, de los cuales los más preciosos son quizás la Relación dirigida por el arquitecto Ligorio al Cardenal d’Este en 1538, las admirables planchas consagradas por Piranesio a esta ruina hacia 1781, y, sobre un punto de detalle, los dibujos del Ciudadano Ponce (*Arabesques antiques des bains de Livre et de la Villa Adriana*, Paris, 1789), que conservan la imagen de estucos hoy destruidos. Los trabajos de Gaston Boissiers, en sus *Promenades Archéologiques*, 1880, de H. Winnefeld, Die Villa des Haudrian bei Tivoli, Berlin, 1895, y de Pierre Gusman, *La Villa impériale de Tibur*, 1904, son aún esenciales; más cerca de nosotros, la obra de R. Paribeni, *La Villa dell’Imperatore Adriano*, 1930, y el importante trabajo de H. Káhler, *Hadrian und seine Villa bei tivoli*, 1950. En las *Memorias de Adriano*, una referencia a mosaicos sobre los muros de la Villa ha sorprendido a algunos lectores; se trata de los de exedras y nichos de las ninfas, frecuentes en las ciudades de la campiña durante el siglo primero, y que plausiblemente también adornaron los pabellones del palacio de Tíbur, o los que según numerosos testimonios revestían el exterior de las bóvedas (sabemos por Piranesio que los mosaicos de Canope eran blancos), o aun los *emblemata*, tablas de mosaicos que según el uso se incrustaban en las paredes de las salas. Véase para todo este detalle, además de Gusman ya citado, el artículo de P.

Gauckler en Daremberg y Saglio, *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*, III, 2, *Musivum Opus*.

En lo que se refiere a los monumentos de Antínoo, recordemos que las ruinas de la ciudad fundada por Adriano en honor a su favorito todavía se mantenían a principios del siglo xíx, cuando Jomard dibujó las planchas de la grandiosa *Descripción de Egipto*, iniciada por orden de Napoleón, y que contiene emocionantes imágenes de este conjunto de ruinas hoy destruidas. Hacia mediados del siglo XIX, un industrial egipcio las transformó en cal, y las empleó para la construcción de fábricas de azúcar para las cercanías. El arqueólogo francés Albert Gayet trabajó con ardor pero, según parece, con poco rigor metodológico sobre ese lugar profanado, aunque las informaciones contenidas en los artículos publicados por él entre 1896 y 1914 son sumamente útiles. Los papiros recogidos en el lugar de Antínoe y en el de Oxirrincus, y publicados entre 1901 y nuestros días, no han aportado nada de novedoso sobre la arquitectura de la ciudad de Adriano o el culto favorito, pero uno de ellos nos ha provisto de una información muy completa de las divisiones administrativas y religiosas de la ciudad, evidentemente establecidas por el mismo Adriano, y que testimonia una fuerte influencia del rito eleusíaco sobre el espíritu de su autor. Véase la obra citada más arriba de Wilhelm Weber, *Drei Untersuch ungen zur aegyptisch-griechischen Religion*, y la de E.

Kuhn, *Antínoopolis, Ein Beitrag zur Geschichte des Hellenismus in römischen Egyptien*, Göttingen, 1913, y B. Kübler, *Antinoopolis*, Leipzig, 1914. El breve artículo de M. J. Johnson, *Antínoe and its Papyri*, en el *Journ of Egyp. Arch.*, I, 1914, es un buen resumen de la topografía de la ciudad de Adriano.

Sabemos de la existencia de una ruta establecida por Adriano entre Antínoe y el mar Rojo por una inscripción antigua encontrada en el lugar (*Ins. Gr. and Rer. Rom. Pert.*, I, 1142), pero el trazado exacto de su recorrido parece no haber sido nunca relevado hasta el momento, y la cifra de las distancias dada por Adriano en la presente obra no es más que una aproximación. Agreguemos finalmente que una frase de la descripción de Antínoe, atribuida aquí al emperador, ha sido extraída de la relación del viaje de un tal Lucas, que visitó la región a comienzos del siglo XVIII.

(Footnotes)

[1] Lo mismo también es aplicable, naturalmente, a muchas de las obras aquí mencionadas. Nunca se insistirá lo suficiente en que un libro raro, agotado, existente sólo en los anaqueles de pocas bibliotecas, o un articulo aparecido en un viejo número de una publicación seria, es para la inmensa mayoría de los lectores absolutamente inaccesible. En el noventa y

nueve por ciento de los casos, el lector curioso y con afán de instruirse. pero carente de tiempo y de algunas técnicas simples familiares al erudito de profesión, es tributario a su grado o a su pesar de las obras de difusión elegidas casi al azar, y que

las mejores de ellas, al no reimprimirse siempre, se convierten a su vez en inaccesibles. Aquello a lo que nosotros llamamos nuestra cultura es, más de lo que se supone, una cultura de escritorios cerrados.